



HE SOÑADO CONTIGO

Olga Salar



VERSATIL

ediciones

Resumen

¿Podrías amar a alguien sin conocerlo?

O para ser más exactos, ¿podrías amar a alguien a quien conoces, pero sin embargo, nunca has visto?

Penelope y Evan llevan años jugando al ratón y el gato y cuando por fin coinciden en una entrega de premios, el encuentro no es, ni mucho menos, como ella había soñado. A partir de ese momento, sus vidas se ven ligadas irremediabilmente por motivos profesionales, y cada paso que dan les ata más y más...

Si además añadimos que el hermano de Evan es su mejor amigo, que tiene una abuela un poco ludópata, una madre histérica y un gato cuya mayor afición es destrozar su lencería más cara...

Ya puede empezar a dudar sobre si su vida es, de repente, un sueño o una pesadilla.



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *He soñado contigo*

© 2014 Olga Salar

Cubierta:

Fotomontaje y diseño: Eva Olaya
Fotografías cubierta © Shutterstock

1ª edición: septiembre 2014

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2014: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

ISBN: 978-84-941205-7-2

IBIC: FRD

Depósito legal: B-18.516-2014

Impreso en España

2014. — Estilo Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos – nave 13

28350 Ciempozuelos (Madrid)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

*«El Amor Es Una Promesa, Es Un Recuerdo. Una Vez Entregado,
Jamás Lo Olvides, No Permitas Que Desaparezca».*

JOHN LENNON

A Todos Lo Que Creen En El Primer Amor,

A Los Que Sueñan Con Un Segundo,

Y A Los Que Encuentran Un Para Siempre.

Capítulo 1

Tras casi una hora charlando y paseándose entre la gente más *sexy* y admirada del celuloide, Penélope llegó a la dolorosa conclusión de que no servía de nada llevar un vestido espectacular si la persona a la que se pretendía impresionar no se daba cuenta lo que llevabas puesto. De hecho ni siquiera se percataba de tu existencia. Haber domado sus rebeldes rizos oscuros tampoco había conseguido granjerarse la mirada de admiración que buscaba. Penélope sabía que no era una belleza exuberante: medía poco más de metro sesenta y era más bien delgada, con pechos en consonancia con su cuerpo, a pesar de que esa noche, gracias al sujetador y al vestido, disimulase esa realidad. No obstante, estaba decidida a que su «normalidad» no se notara, de ahí que se hubiera arreglado con tanto esmero.

Alargó el brazo hasta la bandeja que sostenía un solícito camarero para hacerse con una copa de *champagne* con la que ahogar sus penas. Era su primera gala de los BAFTA y se sentía intimidada entre tanta celebridad.

El móvil vibró dentro del diminuto bolso de fiesta que sostenía. Dejó la copa de *champagne* y lo sacó con curiosidad, ya que muy poca gente sabía que había regresado a la ciudad.

Sonrió al ver el nombre que aparecía en la pantalla:

—Hola, profe —saludó contenta de poder dejar de lado por un momento la tensión de decidir cuál iba a ser su siguiente movimiento.

—¿Qué ha pasado, Perséfone? ¿Ha llegado antes el invierno y yo no me he enterado? —preguntó a pesar de que estaban a finales de enero.

—No seas borde. Londres tampoco es el inframundo —bromeó, siguiéndole el juego—. He venido por la gala —se quejó—. Además solo me he adelantado unas semanas.

Como cada año, en febrero se trasladaba a Londres y se quedaba allí escribiendo hasta que llegaba el verano y regresaba al maravilloso clima español.

—No puedo creer que estés en Londres y que me haya tenido que enterar por la televisión —se quejó Camden de mal humor—. Te he visto haciendo *zapping*, estaban retransmitiendo la entrada al teatro en las noticias.

—Te prometo que pensaba llamarte mañana. Ha sido todo muy rápido, apenas he tenido tiempo de nada.

—¡No me digas!

—Te aseguro que es verdad. No seas gruñón; con lo contenta que estoy de hablar contigo.

—Sinceramente, no te creo. Además estoy profundamente ofendido por no

haberme llamado en cuanto pusiste un pie en Londres, antes de salir de Madrid, incluso. ¿Te has instalado ya en tu piso o te quedas con tus abuelos mientras te trasladas? ¿Te quedas seis meses, Perséfone?

—En mi piso. Ya sabes que mi abuela le tiene alergia a Byron, y yo no voy a ninguna parte sin él. Y sí, me quedo hasta finales de junio —respondió sin molestarse por el tercer grado al que la estaba sometiendo su mejor amigo.

—Junio suena muy bien.

—Sabía que te gustaría —bromeó Penélope con una sonrisa que Camden no podía ver—. Byron y tú sois mis mayores fans.

—Hablando de Byron ¿has dejado al pobre gato solo en casa viéndote por la televisión, igual que yo? —preguntó fingiendo escandalizarse—. Tus seguidores nos merecemos más.

—¿Por quién me has tomado? Byron está al cuidado de su canguro adolescente. Solo te he abandonado a ti —bromeó. El gato era la posesión más valiosa de su dueña, y como tal, viajaba tanto como la propia Penélope, que vivía entre Madrid y Londres.

—De acuerdo, absuelta del maltrato animal, pero sigo enfadado porque no me hayas avisado de que venías —insistió Camden.

—Oh, vamos, estaba nominada a mejor guión original. ¡Me ha hecho mucha ilusión! Es el primero que escribo, además no te dije nada porque pensaba que lo sabías, y como tú no me llamaste, yo...

—¡Por Dios, Pen! no tenía ni idea, ya sabes lo poco que me apasionan las celebridades y sus cotilleos. Además estoy seguro de que mi madre tampoco lo sabe porque sino me lo hubiera dicho. ¿Has ganado?

—Sí, ahora soy la flamante poseedora de una máscara. La verdad es que no me lo esperaba, los demás nominados eran muy buenos.

—No seas modesta. Tú eres mejor —se quejó Camden, sabiendo que la reacción de su amiga no se debía a falsa modestia.

—No lo soy. Te aseguro que es la verdad.

—Me alegro mucho por ti. Lo celebraremos mañana —anunció sin darle opción a que se negara.

—Ahora me siento estúpida. De haber sabido que tu silencio era consecuencia de tu ignorancia te habría pedido que fueras mi acompañante. Me aburro como una ostra con tanta conversación intrascendente.

—¿Has ido sola? —inquirió con incredulidad.

Penélope era tan dulce y cálida que siempre estaba rodeada de amigos y de gente encantada de pasar una velada a su lado.

—No exactamente, pero casi. Mi acompañante es Daniel Scott, el protagonista de la miniserie por la que he ganado. La gente de la productora pensó que sería buena idea que fuéramos juntos. Pero parece que ha decidido celebrar el premio sin mí, sobre todo

cuando he tenido que pararle los pies para que dejara de meterme mano. Sinceramente, no sé dónde se ha dejado la tan mentada educación británica —se quejó al tiempo que caminaba unos pasos para hacerse con una nueva copa de *champagne*.

—Scott es escocés —gruñó Camden—. Por otro lado me sorprende que le hayas echado la bronca.

—En primer lugar, deja de ser tan tiquismiquis. Vives en una isla, todos estáis emparentados. Y en segundo lugar, no le he echado la bronca, le he informado de que no estoy interesada en sus avances.

Penélope sonrió para sí misma cuando volvió a escuchar el gruñido molesto de su amigo a través de la línea.

—Deberías haberle abofeteado. Eres demasiado blanda.

—No creo que la violencia resuelva nada —dijo con seguridad; lo que no confesó es que se había sentido tentada de usarla con Scott en más de una ocasión durante la cena.

—Evan también está ahí —contraatacó Camden sabiendo que en ese tema tenía las de ganar.

—Lo sé, está delante de mí en este preciso momento —comentó como si no le diera importancia al dato, a pesar de que llevaba varios minutos sin quitarle el ojo de encima.

Su mirada estaba clavada en el hombre alto y moreno que estaba apoyado en la barra hablando con otros invitados y disfrutando de la noche. Le extrañó no ver mujeres a su alrededor, pero prefirió no pensar mucho en ello para no estropear más la velada.

—Ve a hablar con él. Seguro que su conversación será menos intrascendente que la de Daniel Scott, y estoy casi convencido de que no intentará meterte mano —aguijoneó Camden.

Como siempre, Penélope respondió obviando la provocación. Era una persona que huía de la polémica.

—¿Y por qué iba a ir a hablar con él? ¡Tu hermano ni siquiera me conoce! Por no aludir a que seguro que ha venido acompañado.

—¡No seas absurda, Pen! —pidió molesto. La actitud de Penélope siempre que el nombre de Evan salía en la conversación rayaba lo ridículo—. Puede que haya ido acompañado, pero yo te he visto en televisión, ¿recuerdas? Estás preciosa, y solo es una conversación. Además, con lo inteligente que eres lo tendrás comiendo de tu mano en cuanto intercambies dos frases con él. Todo lo que tienes que hacer es guiñarle uno de esos exóticos ojos tuyos al señor estrella de cine y verás como todo va estupendamente.

Sonrió divertida por el comentario. Como casi todo el mundo Camden también creía que sus ojos rasgados eran uno de sus mayores atractivos. Y cuando su cabello negro y rizado tenía un buen día, también contribuía a que se la considerase una mujer llamativa.

—No conseguirás nada halagándome —bromeó, más relajada.

—Es la verdad. Algo que aunque todo el mundo puede ver, tú te empeñas en ignorar.

—Está bien. Me beberé la copa e iré a saludarle —concedió, fingiendo condescendencia, aunque por dentro estaba temblando ante la mera idea de acercarse a él—. Pero como salga mal me deberás una muy gorda.

—Prométeme que no vas a escabullirte en cuanto me cuelgues. —El tono de voz de Camden era tajante sin opción a negarse—. Prométeme que vas a ir a hablar con él.

—Te lo prometo: hablaré con él, le diré quién soy y nos tomaremos una copa juntos, ¿contento?

—Mucho. Ahora mismo llamo a mi madre para contárselo —dijo riéndose de ella—. Anda, cuelga ya y ve. Llámame mañana cuando te despiertes e iré a recogerte. Podemos comer en casa de mis padres, que estarán encantados de volver a verte, y después damos un paseo por el Soho.

—Suenas perfecto. Buenas noches, Cam.

—Buenas noches, preciosa. Recuerda que estás maravillosa y sonrío.

Ella se rio con ganas, antes de ir a por la siguiente copa para que la animara a pasar el mal trago.

—Sonreír no me lo va a hacer más fácil —murmuró, al tiempo que guardaba de nuevo el móvil en el bolsito.

Penélope Martín Pryce apuró su quinta copa de *champagne* de la noche, y se acercó lentamente hasta la barra en la que seguía apoyado Evan Nash, uno de los actores más atractivos del panorama actual. Le había prometido a su mejor amigo que saludaría a su hermano, pero sentirse capaz de hacerlo le había costado más alcohol del que estaba acostumbrada a consumir, razón por la que se sentía más desinhibida que nunca y quizás un poquito achispada.

Por instinto, se llevó las manos al cabello para recolocar los mechones negros de su flequillo, y se alisó el vestido del mismo tono azul verdoso de sus ojos.

No podía ser tan difícil sonar casual, se animó. Por otro lado tampoco era que fueran completos desconocidos... Al menos no técnicamente.

Dándole vueltas a la mejor manera de entrarle terminó plantada tras él sin saber todavía cómo abordarle. Temblorosa e indecisa entre darle unas palmaditas para captar su atención o acercarse lo suficiente para hablarle al oído, se quedó allí parada, hasta que uno de los acompañantes del actor se giró y sonrió al verla con total naturalidad, como si estuviera acostumbrado a que las mujeres se quedaran sin palabras ante Evan.

Completamente desarmada, Penélope le devolvió la sonrisa al tiempo que se decidía a dar los escasos tres pasos que la separaban de su objetivo. Dispuesta a cumplir su promesa y conocerle de una vez por todas, alzó la mano y le dio dos suaves golpecitos en el hombro con su dedo índice. El contacto envió descargas eléctricas que

subieron por sus dedos, su brazo y se instalaron en su pecho, acelerándole el pulso.

—Disculpa —pidió al ver que no se giraba.

Pasaron varios segundos tras los que Penélope tuvo que repetir sus palabras para que se oyeran sobre la suave música del local.

Sin embargo, no fue su llamada la que consiguió que se diera la vuelta sino la intervención del hombre que la había pillado observándoles, que le susurró algo al oído y le hizo girarse hacia ella.

Cuando Evan se dio la vuelta, Penélope tuvo que aguantar la respiración para no jadear por la impresión de tenerle tan cerca. Él clavó sus ojos grises en ella al tiempo que arqueaba una ceja, a la espera de que dijera algo. Por su expresión poco amigable, Penélope comprendió que no había elegido un buen momento para abordarle, en cualquier caso, ya no había vuelta atrás.

—Disculpa —repitió. ¿Dónde se había ido su don con las palabras? Se recriminó molesta—. ¿Eres Evan Nash? —inquirió, aunque era evidente que lo era y que él sabía que ella estaba al tanto, porque arqueó aún más la ceja y apretó los labios sin modificar un ápice su mirada de hastío.

No le permitió añadir nada más:

—Lo siento, pero no firmo autógrafos en fiestas —dijo antes de darse la vuelta y volver a su conversación anterior como si nadie la hubiera interrumpido.

Penélope tardó varios segundos en reaccionar. Se quedó allí plantada completamente alucinada e igualmente indignada por su reacción.

Había supuesto que alguien tan acostumbrado como él a los fans sería más humilde y cercano.

—¡Serás gilipollas! —dijo lo más alto que pudo antes de darse la vuelta para alejarse de él.

El sentido común regresó a Evan en cuanto escuchó la merecida reprimenda de la chica, por lo que se giró avergonzado para disculparse con ella, sabiendo que su reacción había estado fuera de lugar, sobre todo porque la pobre muchacha no tenía la culpa de su malestar; pero ella se alejaba de él sin mirar atrás.

Normalmente trataba bien a sus seguidores, de hecho si el tiempo se lo permitía le gustaba pararse y hablar con ellos, ya que sus comentarios sobre sus interpretaciones le ayudaban más que los de los propios críticos. No obstante, la noticia que acababa de darle su agente le había puesto de tan mal humor que había reaccionado como un cretino. Además la mujer que se le había acercado estaba en la fiesta tras la gala, vestida como una estrella de cine. Y aunque sus espectaculares ojos le miraban con timidez, quizás después de todo se trataba de alguna periodista internacional y su metedura de pata era más monumental de lo que había supuesto en un primer momento.

La buscó con la mirada, dispuesto a acercarse a ella para disculparse, pero no la vio, y se sentía demasiado consternado como para moverse y buscarla entre tanta gente.

—Eso ha estado fuera de lugar —le recriminó Paul, su agente—. No te conviene tener mala publicidad entre los fans.

—Lo sé, pero lo de *Un viaje infinito* me ha alterado. Creía que ya estaba cerrado que el papel era mío. Me dijiste...

—Yo también lo creía —le cortó—. Por desgracia la última palabra corresponde a la autora de la novela. Según me han explicado no solo es la guionista de la película sino que además hará una *cameo*, y tendrá la última palabra en la elección de los actores que interpretarán a sus personajes.

—¡Alucinante! Voy a pedirle que negocie mis contratos en lugar de que lo hagas tú —bromeó, admirado por todo lo que había conseguido P. M. Pryce.

—La productora no le ha puesto ningún impedimento. Cualquier cosa que vaya firmada con su nombre se convierte en *best-seller*. Lo mejor que puedes hacer es esforzarte en caerle bien cuando coincidas con ella. Lamentablemente no he sido invitado al acto de entrega de los premios de esta noche y no he podido conocerla, supongo que tú sí que te has acercado a saludarla.

—¿Está aquí?

—¿En la fiesta? No sé, pero estaba nominada al mejor guión y se ha llevado ella la máscara. —Ante la cara de estupefacción de su representado añadió—: No me digas que no la has saludado. ¿Qué narices has estado haciendo para no darte cuenta?

—¡Joder! Estaba distraído hablando con... ¡No importa con quién! Hubiese ido a felicitarla de saber que estaba en la gala. ¡Joder!

—No te preocupes. Pasado mañana vuelas a Edimburgo para participar en el *casting* junto a otros dos candidatos. Muéstrate encantador con ella y hazlo mejor que ellos.

—Quiero ese papel, Paul. Es perfecto para demostrar que además de un actor de acción puedo ser un actor dramático. ¿Quiénes son mis rivales?

—Prefiero que no lo sepas, te ayudará a no perder la fe en tus posibilidades —bromeó Paul.

La única respuesta de Evan fue asesinarle con la mirada.

Penélope salió del tocador decidida a pasarlo bien. Acababa de ganar su primera máscara BAFTA, y estaba rodeada de los actores más carismáticos y atractivos del panorama internacional. Se llevaba bien con todo el mundo y sabía sacarle provecho a cualquier situación. No necesitaba la compañía de Evan Nash para disfrutar de la fiesta, y bajo ningún concepto estaba molesta porque no la hubiera reconocido, no había ningún motivo por el que tuviera que hacerlo.

Compuso una sonrisa en su rostro y se acercó hasta la barra, el *champagne* estaba bien, pero sin duda la situación actual requería algo más fuerte y sin burbujas. Cerciorándose de situarse lo más lejos posible del actor, que en ese instante charlaba animadamente con una actriz rubia con un maravilloso vestido rojo, se apoyó en la fría

piedra, e intentó reorganizar sus pensamientos. Lamentablemente, el alcohol consumido no ayudaba.

El camarero se acercó sonriente a ella, evaluando su escote, que quedaba resaltado por el corpiño del vestido.

—Un *whisky* con hielo —pidió con decisión. *Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas*, se dijo.

Una voz atractivamente masculina habló tras ella.

—¿No es un poco pronto para un *whisky* solo?

Cuando se dio la vuelta se topó con su veleidoso acompañante mirándola con fijeza.

—Entonces lo mejor será que lo tome acompañada. ¿Quieres uno?

Daniel Scott captó a la perfección el significado de sus palabras porque sonrió complacido y asintió con una sonrisa pícara en los labios.

Penélope se mordió el labio para no regañarse. ¿Por qué narices no pensaba las cosas antes de decirlas? Tenía que dejar de anteponer la educación por encima del sentido común. Ahora Scott pensaría que había cambiado de opinión y que ahora estaba dispuesta a soportar y alentar sus atenciones. Nada más lejos de la realidad.

Capítulo 2

Camden Nash era la única persona capaz de conseguir que Penélope se olvidara de todo lo que rondaba su hiperactiva mente y se dejara llevar por el momento presente.

Se habían conocido casi por casualidad, cuando la madre de Penélope, londinense de nacimiento y de corazón, la había apuntado al programa de intercambio que cada año organizaban en su instituto en España. Aunque los abuelos Pryce residían en la capital británica, y desde los seis años Penélope pasaba cada verano con ellos, Jane, que se había esforzado porque su hija no se olvidara de sus raíces maternas, había considerado que tres meses al año no eran suficientes para que la joven se sintiera integrada ni para que desarrollara su independencia. Vivir en casa de sus abuelos solo resolvía la mitad del problema, ya que el carácter de Julia Pryce no era precisamente liberal, de modo que Jane solucionó el inconveniente a través del intercambio. Penélope desarrollaría su independencia y su carácter y al mismo tiempo seguiría fortaleciendo la parte británica de sus raíces.

Y gracias al afán materno Penélope había comenzado una amistad que duraba ya catorce años.

Tenía quince años cuando llegó abril y con ello el viaje que de algún modo cambiaría su vida. La casualidad quiso que el menor de los hermanos Nash también se hubiera apuntado al intercambio con el instituto madrileño en que Penélope cursaba sus estudios, y el destino hizo el resto.

Tras esa primera vez Penélope fue acogida por los Nash cada año, desde los quince hasta los dieciocho mientras que los Martín Pryce hacían lo propio con Evan Nash, un chico para el que Jane Pryce solo tenía buenas palabras, y tan pulcro que, al regresar a casa, Penélope dudaba de que hubiera estado usando su dormitorio.

De manera que ella vivía en su casa, dormía en su cama, y a pesar de ello, nunca le había conocido personalmente.

Durante los años posteriores todo siguió igual, Evan se apuntaba cada verano a clases de interpretación, que se impartían en campamentos o escuelas privadas, y Penélope siempre terminaba acompañada por Camden, el hermano once meses mayor que Evan, que se convirtió en su guía y compañero durante ese afortunado primer mes de abril.

Penélope nunca jamás había hablado con Evan, hasta el día anterior en que la había despachado con tan pocos miramientos. Ni siquiera parpadeó fingiendo reconocerla, a pesar de haber visto multitud de fotos suyas a lo largo de todos esos años en que habían compartido espacio, aunque nunca al mismo tiempo.

—¿Y tú, qué hiciste? —preguntó Camden con curiosidad, después que le contara la reacción de su hermano cuando se acercó a saludarle.

—Nada.

—No me lo creo. —Fingió no estar pendiente de su reacción dándole un sorbo a su café—. Estoy seguro de que te disculpaste por haberle molestado y saliste corriendo de allí totalmente arrepentida de haberle abordado sin una presentación formal previa —se burló, conociendo el carácter de su amiga.

—Pues esta vez te equivocas —comentó ella con los ojos brillantes por el recuerdo—. Incluso puede que hiciera algún comentario poco educado en voz alta.

—¿Qué tipo de comentario?

—Que era un gilipollas —confesó sin pestañear. A la espera de que Camden no la creyera y le diera un motivo para pelearse también con él.

Su amigo no solo la creyó sino que se mostró comprensivo.

—En ese punto no puedo rebatirte. Mi hermano es un gilipollas, era cuestión de tiempo que te enteraras —le dijo, guiñándole un ojo—. Lo que me sorprende es que se lo hayas dicho.

Penélope sonrió mucho más relajada, comprendiendo que lo único que pretendía Camden era quitarle importancia al desencuentro. Su mejor amigo era demasiado leal como para hablar mal de su hermano ante nadie, ni siquiera ante ella.

—Sí, yo también me sorprendí —aceptó recordando la descarga de adrenalina que la había empujado a ser tan directa con Evan. Había sido una reacción tan visceral que había salido huyendo de allí un instante después de insultarlo. Completamente descolocada consigo misma.

Tras el momento de mutua solidaridad no volvieron a hablar del tema. Dedicaron el resto de la tarde a visitar librerías antiguas a la caza de tesoros literarios, actividad que ambos disfrutaban y que, con el tiempo, se había convertido en una tradición.

Camden era profesor de historia en el King's College London y, como Penélope, sentía debilidad por los libros antiguos que pasaban desapercibidos para la gran mayoría de lectores. Era lo opuesto a su hermano en muchos aspectos, físicamente destacaba el color caramelo de su cabello en contraposición al negro ébano de Evan; los ojos castaños verdosos contra los grises... Lo mismo sucedía desde una perspectiva intelectual, aunque compartían el gusto por el cine tampoco coincidían en sus géneros favoritos. Y a pesar de ello eran capaces de ponerse siempre de acuerdo, disfrutar de palomitas y pasar tiempo juntos.

El hecho de que se llevaran apenas once meses hacía su relación más fácil y estrecha. Los hermanos Nash compartían amigos y salidas en grupo, no obstante, jamás se interesaron por la misma mujer. Sus gustos eran tan opuestos en todos los aspectos que podrían haber puesto en peligro su relación.

Consciente de que al día siguiente tenía un vuelo hasta Edimburgo, Penélope regresó pronto a casa. La jornada no dio mucho de sí, había comido con los padres de Camden, para después disfrutar de una tarde tranquila junto a su mejor amigo. La persona que mejor la comprendía, y con quien siempre podía contar a pesar de la distancia, ya que él vivía en Londres mientras que ella lo hacía entre la ciudad de la niebla y Madrid.

Por primera vez había dejado a Byron al cuidado de Camden, ya que no quería cargar a Beth con tanta responsabilidad. Si el viaje se hubiera alargado lo habría llevado consigo, pero para tan poco tiempo no merecía la pena buscar un hotel en el que aceptasen animales. Además tenía la maleta a medio hacer, y Byron era demasiado aficionado a su ropa interior, sobre todo la que llevaba encaje, como para dejarlo suelto por casa, y arriesgarse a que le clavara sus zarpas.

Se descalzó en cuanto cerró la puerta, encendió el portátil, que había dejado sobre la mesa del salón, y se dispuso a retomar su nueva novela. Una historia que giraba alrededor de un amor que parecía imposible, y cuyo final Penélope aún no había decidido.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente estaba completamente descansada, a pesar de que se había acostado tarde escribiendo, absorbida por la historia que tejía. Sin embargo, su cuerpo había aprovechado bien las pocas horas de sueño de las que había disfrutado.

Por otro lado, la idea de torturar a Evan Nash la activaba poderosamente. Y gracias a su desplante del sábado, que le había impedido hacerle saber quién era, contaba con la ventaja de conocer mejor que él terreno que pisaba. Por primera vez en semanas no temía que llegara el día de los *castings*, más bien estaba impaciente.

Lo primero que hizo Penélope cuando llegó a su asiento en el avión fue sacar del bolso su libreta de notas y el móvil. El vuelo era lo suficientemente largo como para que le diera tiempo a esquematizar varios capítulos, e incluso comenzar alguno. Gracias a la noche anterior tenía bastante claro el camino que iba a tomar la novela, las decisiones a las que iba a enfrentar a sus personajes, y estaba tan impaciente por hacerlo que un asiento en primera clase era una opción inmejorable para retomar el hilo de la trama.

Cinco minutos después, su compañero de vuelo se sentó junto a ella. Haciendo alarde de una educación que no había mostrado la última vez que se encontraron la saludó con un amable «buenos días».

Inmediatamente reconoció la voz. Juntó toda la dignidad que tenía para levantar la cabeza de la libreta, sin mostrar ningún interés, y mirarle. No se molestó en responderle. No obstante, se fijó en al detalle en su cabello revuelto, seguramente por llevar una gorra bajo la que ocultarse de la prensa, y en su expresión de absoluta sorpresa al encontrarla allí.

Interiormente agradeció a la secretaria de la productora, encargada de enviarles

los billetes de avión, que los hubiera comprado contiguos. Sin ninguna duda el vuelo iba a ser interesante, al menos para ella. Notó como Evan se sentaba a su lado y el aroma de su *after shave* estuvo a punto de hacerla flaquear y disculparse por la grosería de no haber correspondido a su saludo. Para no sucumbir a sus encantos se concentró en su libreta azul.

Sin volver a mirar de nuevo en la dirección de Evan sacó la bandeja dejó la libreta, el bolígrafo y el teléfono, y se acomodó, lo más lejos posible de él.

La azafata no tardó en acercarse hasta ellos y saludarles, al fin y al cabo eran los pasajeros más famosos del avión.

—Señorita Martín, señor Nash es un placer que vuelen con nosotros, el comandante me ha pedido que les salude de su parte. Me llamo Lauren, no duden en pedirme lo que necesiten —expuso con una sonrisa estudiada y cordial, para instantes después seguir su ronda con los demás pasajeros.

Tras la marcha de la azafata, Evan se quedó completamente desconcertado, finalmente su apreciación en la fiesta de los BAFTA era la acertada, y la mujer que tenía a su lado debía de ser alguna periodista o presentadora española, a pesar de que no había notado su acento cuando se dirigió a él el sábado, no había duda de que su apellido era español. No obstante, que fuera una periodista conocida era la única explicación que tenía al hecho de que su rostro le resultara tan familiar, puede que igual le hubiera entrevistado en alguna de las giras de promoción que hacía cada vez que estrenaba un film.

Tenía la intención de disculparse con ella cuando un hombre de unos cincuenta años se acercó hasta ellos, inclinándose sobre él para interpellarla.

—Por favor, señorita ¿podría firmármelo? Y si no es mucho pedir, ¿podría hacerme una fotografía con usted? —preguntó tendiéndole un libro, que pasó por delante de la cara de Evan—. Soy un gran admirador de su trabajo.

—Muchísimas gracias, me alegra mucho que le gusten mis novelas, ¿cómo se llama?

—James. Me llamo James.

El gesto del hombre fue tan rápido que Evan no tuvo tiempo para fijarse en la portada o en el nombre de la novela. No obstante, su corazón se aceleró cuando vio la firma que ella estampaba en la primera página. Se había tomado su tiempo para escribir la dedicatoria, lo que permitió que su compañero de asiento viera su nombre con claridad: P. M. Pryce.

Entretanto el tal James se retorció las manos mientras alargaba el cuello para leer la dedicatoria, nervioso por haber tenido la suerte de coincidir con su autora favorita en un avión.

Ella, en cambio, parecía tan acostumbrada a tratar con sus lectores como el propio Evan con sus fans.

—Aquí tiene. —Le devolvió el libro con una sonrisa.

—¿Una fotografía? —le recordó James con timidez.

Ella sonrió con amabilidad.

—Por supuesto —aceptó levantándose y saliendo al pasillo para posar junto al caballero.

—Disculpe, ¿sería tan amable de hacernos una foto? —pidió a Evan, que prácticamente se había quedado mudo, casi sin fijarse en que le estaban tendiendo el teléfono, con la cámara preparada.

Todavía aturdido por el descubrimiento, se levantó y encuadró la fotografía. Se fijó en la expresión encantada del hombre, pero lo que le llamó la atención fue el brillo malicioso en los ojos de P.M. Pryce. Estaba disfrutando el momento, lo que le llevaba a pensar que estaba al tanto de lo mucho que deseaba el papel de Cruz Davis.

—Muchas gracias por su amabilidad. Estoy deseando leer su nuevo libro —le dijo a modo de despedida.

Penélope sonrió sabiendo que la libreta que tenía frente a ella era la matriz de su nueva obra.

—Muchas gracias a usted, James —respondió ella, antes de acomodarse de nuevo en la butaca. Al pasar por delante de Evan aguantó la respiración, pero no sirvió de nada. Tenía su aroma grabado en el cerebro.

La incomodidad de Evan no hacía sino crecer. Sintió que el suelo se abría y él caía dentro.

Durante años se había esforzado por evitar problemas con las damas, que pudieran frenar su carrera. Por ello se había prohibido enamorarse, sorteando a mujeres que fueran a interesarle más allá de la atracción física, y justo cuando tenía tan cerca conseguir su objetivo, había metido la pata con la mujer cuyo guión podría encumbrarle definitivamente como uno de los mejores actores de su generación.

—Disculpa... —comenzó Evan, girando por completo su cuerpo para hablar con ella. No pudo evitar sentirse de repente un idiota, ya que estaba repitiendo la escena de la fiesta de los BAFTA, pero al revés. De repente entendió que lo que ella buscaba de él esa noche no era un autógrafo sino hablar del personaje principal de *Un viaje infinito*. Quizás si la hubiera atendido en ese momento todo hubiera sido más fácil en su camino hacia el papel.

Penélope se volvió lentamente y clavó sus bonitos ojos en él antes de hablarle:

—¿Tú también quieres hacerte una foto conmigo? —inquirió en tono burlón.

—No, yo quería...

—¿Una firma? Pues lo siento, porque no firmo autógrafos. —Se calló un instante cuando se dio cuenta de que acababa de hacerlo—. A gilipollas en los aviones —terminó, regresando a su cómoda posición, y esforzándose por ocultar la sonrisa satisfecha de su rostro.

La venganza era un plato que se servía frío, e incluso así, estaba delicioso.

Todavía no habían despegado y Evan ya estaba deseando bajarse del avión. De todas las personas a las que podía haber ofendido por culpa de un arranque de mal humor, había molestado precisamente a la que más interés tenía en agradar.

Se arrellanó en su asiento y deseó que el vuelo fuera rápido y sin contratiempos. De momento la suerte le había dado un respiro, P. M. Pryce se había levantado de su sitio, probablemente para huir de su compañía, con lo que le permitía pensar con claridad en cómo arreglar la situación sin la presión de tenerla cerca.

No había llegado a ninguna solución cuando el móvil, que ella había dejado sobre la mesita desplegable, comenzó a sonar y a vibrar. Incapaz de resistir la curiosidad de saber quién la llamaba estiró el cuello para ver el nombre que aparecía en la pantalla: Camden.

¡Qué casualidad! Su amigo se llamaba igual que su hermano, pensó con una sonrisa de medio lado.

Su perfume le llegó antes de que pudiera fingir que no estaba cotilleando.

Sin dignarse a mirar en su dirección Penélope pasó por delante de él y se sentó. Con una sonrisa de oreja a oreja, contestó la llamada.

—Hola, profe —saludó.

Se sintió estúpido, pero no por ello dejó de escuchar cada sílaba que ella pronunciaba.

—¿Cómo está Byron? ¿Se está portando bien?

—No seas estirado. También me preocupo por ti —dijo riendo, mucho más relajada de lo que la había visto nunca.

Seguramente su interlocutor estaba hablando porque ella permaneció atenta y en silencio más de un minuto.

—Sí, la conozco, hemos coincidido varias veces cuando me he acercado a visitarte a la universidad. Trabaja contigo en el departamento, ¿no? —respondió pensativa.

Evan lamentó no poder escuchar la otra parte de la conversación, aun así pudo seguirla bastante bien.

—Eso es maravilloso, es una chica muy guapa. Le habrás dicho que sí...

Esperó con el ceño fruncido a escuchar la respuesta. Evan dedujo que no la satisfizo por la expresión de su cara.

—Camden Nash, definitivamente no eres tan listo como pensaba. ¿Por qué no le das una oportunidad? Por lo poco que la conozco puedo decir que es una mujer estupenda. Además tenéis intereses comunes y por otro lado, tampoco es que ahora mismo estés saliendo con nadie, ¿no?

—Ni Penélope ni nada. Eso son excusas y lo sabes.

Evan se quedó lívido al instante y el estómago se le revolvió, cuando comprendió

el porqué de la sensación de familiaridad, que se había apoderado de él al volver a verla. Esta vez sin tanto maquillaje ni ropa de fiesta.

Buscó sus ojos, esos ojos azul verdosos y rasgados que siempre había admirado desde las fotografías y que ahora, en persona, le parecían espectaculares.

Definitivamente no era la periodista que había imaginado.

La megafonía avisó de que tenían que desconectar los dispositivos electrónicos, lo que hizo que ella frunciera todavía más el ceño.

—Está bien, Camden. Hablaremos cuando vuelva, pero no busques absurdas excusas y lánzate. Sería lo más honesto, ya sabes, predicar con el ejemplo y esas cosas...

Rio ante la respuesta de su interlocutor, antes de despedirse.

—De acuerdo. ¡Cuida de Byron! Os quiero.

Evan estaba demasiado alucinado como para apartar la mirada y disimular su sorpresa. Por eso cuando ella se dio la vuelta hacia él, se topó con una imagen que jamás esperó encontrarse, la de Evan Nash completamente fascinado por su persona.

—Hola, Evan, ¿verdad que el mundo es un pañuelo? —preguntó con malicia. Se giró para mirar por la ventanilla antes de que fuera capaz de responderle.

Capítulo 3

No deberías sentirte tan bien, se recriminó Penélope, no era propio de ella regodearse en la desgracia ajena. Pero tampoco podía evitarlo.

Durante años se había imaginado de mil formas distintas cómo sería conocer a Evan por fin, tenerle cara a cara; y desde luego, en ninguna de sus fantasías acababa insultándole, ofendida por su desplante.

Tenía que reconocer que por mucho que se esforzara por disfrazarlo de otro modo su actitud hacia él no era más que el rencor acumulado durante años como consecuencia de su indiferencia.

Penélope no era una persona agresiva verbalmente. Siempre medía cada una de sus palabras para no ofender ni lastimar. Del mismo modo era capaz de encontrar una justificación a los comportamientos menos educados de los demás. De ahí que su modo de tratar al actor fuera tan sorprendente incluso para la propia implicada; que cada vez que lo tenía cerca sentía como si por la sangre le corriera una dosis extra de adrenalina.

Si Evan Nash hubiese tenido algún interés por acercarse a ella podría haber sido la persona que mejor la conociera. Había entrado en rincones a los que nadie había llegado, y aun así, no se había molestado en establecer contacto con ella, ni superficial ni profundo.

Durante un mes al año se habían intercambiado la vida, compartido a sus familias y amigos, vivido sus vidas y dormido en sus camas; y a pesar de todo jamás hasta la noche de los BAFTA habían intercambiado una sola palabra.

Por desgracia para Penélope ni siquiera el abierto desinterés de Evan había conseguido que, una soñadora empedernida como ella, dejara de imaginar cómo sería entablar una conversación con él, compartir algo más que notas esporádicas en un cuaderno secreto.

El afecto que Jane Pryce sentía por él unido al de sus amigos y compañeros de instituto, despertaba en ella el deseo de ser algo más que un mera espectadora, lejana y ajena a la historia que se desarrollaba en su entorno cuando ella no estaba presente. Por otro lado también estaba Camden, un amigo al que no cambiaría ni por mil conversaciones con Evan.

Salió de su ensimismamiento para darse cuenta de que todavía sostenía el bolígrafo y la libreta, aunque no había escrito ni una sola línea. Instintivamente se dio la vuelta en su asiento para mirar a su compañero de vuelo, quien parecía no haberse movido en mucho tiempo, ya que seguía con la mirada clavada en ella.

—¿Eres consciente de que en estos instantes me siento un gilipollas? —preguntó con una sonrisa que pretendía encandilarla.

—Cuento con ello.

—¿No te doy pena? ¿Ni siquiera un poquito? —inquirió con una mirada lastimera.

—La verdad es que no.

—Eres una chica dura.

—No tanto, es que estoy vacunada contra la estupidez —espetó volviendo a centrarse en la página vacía. A pesar de lo mucho que le costaba apartar sus ojos de él.

Evan abrió los suyos sorprendido y admirado a partes iguales. En cualquier caso no estaba dispuesto a rendirse. No era uno de los actores jóvenes mejor pagados por casualidad. Sabía que para conseguir metas había que luchar por ellas y estaba dispuesto a ello. La mujer sentada a su lado era la clave para seguir manteniendo su carrera al nivel al que le había llevado su esfuerzo y sus interpretaciones. Que Penélope no se pareciera en nada a la imagen que él tenía de ella, no tenía nada que ver, se dijo.

La Penélope de la que Camden y su madre siempre hablaban era una mujer dulce, y un tanto remilgada, mientras que la que estaba sentada a su lado era una bomba de relojería que le tenía completamente asombrado.

Tenía que descifrar cuál de las dos penélopes era la verdadera o no conseguiría quitársela de la mente, y eso era precisamente lo que había pretendido siempre.

Se mantuvo en silencio unos minutos, mientras intentaba recordar cualquier cosa que pudiera servir para ablandarla, para establecer una conexión que le permitiera vencer esa actitud a la defensiva que mostraba con él.

Se fijó en ella con más detenimiento, llevaba el cabello suelto y rizado, que le llegaba hasta mitad de la espalda. Sus bucles oscuros y rebeldes le daban un aspecto salvaje que contrastaba con la palidez de su camiseta de un tono rosado. Vestía con comodidad: vaqueros y zapatillas Converse del mismo color que el suéter, lo que indicaba que era una mujer práctica que anteponía la comodidad a la moda. Detalle que le gustó especialmente.

De curvas suaves y rasgos comunes no podía considerarse una gran belleza, aunque una vez te fijabas en ella era imposible no considerarla atractiva. Sus ojos, sin embargo, eran otra historia, rasgados y de un color entre azul y verde, con largas pestañas negras y enmarcados por cejas arqueadas del mismo color que el cabello, sin duda se clasificaban en la categoría de espectaculares.

Satisfecho con su escrutinio, se concentró en recordar los constantes comentarios que Camden hacía sobre Penélope; pero tras pensarlo detenidamente llegó a la conclusión de que su hermano no era una buena fuente de información, visto lo visto. De modo que se propuso recurrir a aquello que conocía de primera mano: el dormitorio que habían compartido, los objetos que lo adornaban, el meticuloso desorden que se encontraba cada año al entrar en su mundo, las paredes cubiertas de libros... La gata blanca que dormía a los pies de su cama. ¡La gata! Supo que había dado en el clavo al

recordar a Lady Macbeth.

—¿Cómo está Lady Macbeth? —preguntó, orgulloso de encontrar el tema adecuado para romper el hielo.

Penélope se giró en su asiento para mirarle de frente, y le fulminó con sus ojos rasgados e hipnóticos.

Si no fuera porque era un actor consumado habría suspirado, admirado por la fuerza que se veía en ellos.

—¿Intentas hacerte el gracioso?

Evan levantó las manos como si con ello pudiera frenar su inesperado ataque.

—No entiendo por qué te... —Se calló de repente. Sintióse el gilipollas que ella le había acusado de ser.

Habían pasado catorce años desde que vio por última vez a Lady Macbeth. Era imposible que la gata siguiera con vida.

—Lo siento. No pensé... —se disculpó, sin saber qué más decir.

Pero ella ya se había girado de nuevo y no reaccionó a sus palabras, o a la falta de ellas.

Penélope era consciente de que estaba comportándose como una grosera. No se reconocía a sí misma cuando estaba junto a Evan. De hecho nadie que la conociera entendería el cambio operado en su carácter, por norma general dulce y amable. Lo que incrementaba su frustración, y su malestar con Evan, por tener la facultad de alterarla hasta ese punto. Y es que su actitud iba más allá del incidente en la fiesta o de que jamás hubiera tenido interés en conocerla, huyendo cada verano.

Por alguna razón que no lograba entender su presencia activaba la parte oscura y peligrosa de su personalidad, consiguiendo que disfrutara de cada uno de los dardos envenenados que le lanzaba con certera precisión.

Por otro lado era consciente de las razones del repentino interés que mostraba en ella, que no eran otras que el ansia de conseguir el papel de Cruz Davis; lo que aumentaba su acritud hacia él.

Evan siguió hablando de todo lo que recordaba de sus visitas a España, de lo deliciosa que estaba la comida, de cómo le había sorprendido que la gente se saludara por la calle, y de lo positivo que había sido para el desarrollo de su técnica interpretativa convivir con gente tan abierta que mostraba con cada gesto y cada palabra lo que sentía.

Mientras tanto Penélope se esforzaba por aparentar indiferencia, mirando por la ventanilla, y enfadada consigo misma por sentirse tan interesada en lo que él decía. Absorbiendo la información que le brindaba, y comprendiendo que nunca había sabido tanto de él como en esos instantes.

Siguiendo su monólogo Evan hizo alusión a algo que inmediatamente atrajo su atención:

—Me encantaba leer tu cuaderno azul. Gracias a él aprendí más español que el que me enseñaban en clase. Pero lo que más disfrutaba era el reto de encontrarlo. Cada año al entrar en tu dormitorio tenía claras tres cosas: que seguirías escribiendo en un cuaderno, que estaba ahí, oculto en alguna parte, y que sus tapas serían azules.

—No habría estado escondido si no hubieras seguido fisgoneando en él —dijo Penélope, incapaz de seguir aparentando desinterés.

Evan sonrió sabiendo que había encontrado el único tema que lograría que mantuvieran una conversación.

—Metí la pata. Lo reconozco. No debí haber escrito nada en tu cuaderno, si no lo hubiera hecho, jamás habrías sabido que lo había leído, pero tenía que hacerlo.

—No tenías que hacerlo. Lo hiciste para que supiera que lo habías encontrado.

Evan sonrió, aunque se cuidó mucho de que ella le viera.

—Si te soy sincero no recuerdo lo que te escribí... —comentó, con intención de provocarla.

—Que era asombroso.

—Y aun así al año siguiente lo escondiste de mí. —Fingió desconcierto—. Menos mal que te dije que me había gustado.

—Era personal. No tenías por qué leerlo. Nadie más lo había hecho antes ni lo hizo después.

—Y yo seguí invadiendo tu privacidad cada año, y dejándote mensajes en él para que supieras que por mucho que lo escondieras lo había vuelto a encontrar. —Se quedó pensativo un instante—. Lo que nunca entendí es por qué no te lo llevaste, esa hubiese sido la única forma de mantenerlo alejado de mí.

—Hacerlo habría sido rendirse, y no se me da muy bien abandonar.

—Ya tenemos algo en común —sentenció con la vista clavada en ella. Comprendiendo que esa mujer era mucho más interesante de lo que había supuesto—. De acuerdo, entiendo que me odies.

—No te odio —confesó, pero inmediatamente se dio la vuelta para seguir mirando por la ventana. No le odiaba por haberlo leído, ni siquiera lo hacía por haberla provocado con cada uno de los mensajes que le dejaba al final de la última página escrita: «it's amazing», «this year is better», «great»... Su personalidad le impedía dar cabida a ese sentimiento en su vida. Aunque no la liberaba de guardarle rencor. Un rencor arraigado en ella con los años porque, a pesar de haber entrado en su alma, no se había molestado en conocer a la persona que se escondía tras esos pensamientos.

—No me odias, pero tampoco te caigo bien.

Puede que estuviera enfadada, pero Penélope no era ninguna mentirosa; así que no lo negó.

Capítulo 4

Durante el resto del vuelo Evan siguió con su conversación unidireccional. No se desanimó por la falta de respuesta de Penélope; tampoco lo hizo cuando al llegar a la terminal del aeropuerto de Edimburgo comprobó que el silencio iba a acompañarlo durante más tiempo ya que la productora había considerado oportuno que compartieran chófer y vehículo. Decidieron cambiar la llamativa limusina habitual para una estrella del celuloide por un todoterreno mucho más discreto y utilitario. Aun así, el conductor iba ataviado con el típico uniforme oscuro y les esperaba con el consabido cartel con sus nombres. Penélope se acercó a él con una sonrisa amable para darse a conocer, y Evan se preguntó si reservaba su carácter agrio solo para él. Con los lectores, los asistentes de vuelo, y el propio chófer, se había mostrado más que afable. Y contra todo pronóstico le intrigaban las dos penélopes por igual.

Por suerte para ambos no había prensa a la que evitar y pudieron abandonar la terminal sin presión añadida. Nadie esperaba que una estrella del celuloide y una escritora reconocida a nivel mundial fueran a visitar la ciudad precisamente ese día.

Sin cambiar la actitud que había mantenido durante todo el vuelo, Evan siguió hablando sin descanso. Tarea que resultó mucho más agradable puesto que, al contrario que Penélope, el chófer era una persona locuaz y dispuesta a responderle. Fue por él que se enteraron de que a la huelga de los trabajadores del transporte público se les habían unido los taxistas. De ahí la aglomeración de vehículos que les retenía y les impedía llegar al hotel.

Durante más de media hora permanecieron parados en el coche, sin ninguna posibilidad de avance, con el único entretenimiento que la conversación de Evan.

Llevaban varios minutos detenidos cuando en la radio comenzó a sonar una canción y, para sorpresa de todos, Evan se calló inmediatamente.

—¿Puede subir el volumen, por favor?

—Claro, jefe —accedió el conductor.

El corazón de Penélope se aceleró cuando le escuchó tararear la canción de Duffy, una de sus favoritas:

I love you, [Te amo]

*but i gotta stay true [pero tengo que permacer fiel]
my moral's got me on my knees [mi moral tiene de rodillas]
I'm begging please stop playing games [te lo estoy suplicando por
favor, deja de jugar.]
I don't know what this is [No sé lo que es]
but you got me good [pero me tienes bien agarrada]
just like you knew you would [como si supieras lo que iba a hacer]
I don't know what you do [No sé qué es lo que haces]
but you do it well [pero se te da bien]
I'm under your spell [Me tienes bajo tu hechizo]*

Como buen actor de teatro, Evan era capaz de modular su voz logrando distintos registros. En ese instante sonaba grave, varonil y muy sexual, hasta el punto de que empezaba a sentir calor, sentada a su lado. Jamás hubiera imaginado que la voz de un hombre pudiera excitarla del modo en que lo había hecho la de Evan.

Las palabras del chófer, que había permanecido callado mientras duró la melodía, la sacaron de su ensimismamiento.

—No es usted como la mayoría de los actores a los que he recogido —comentó el hombre, cuando la canción dejó de sonar.

—¿Por qué lo dice? ¿Lleva usted a muchos famosos?

—A bastantes. Y la mayoría, aunque amables y educados, no dicen más que unas pocas palabras de cortesía. Usted en cambio es tan hablador como yo.

—Por desgracia —murmuró Penélope mientras miraba por la ventana.

Evan se aguantó las ganas de reír, y fingió que no había escuchado su comentario.

—Su esposa es todo lo contrario a usted, por lo que veo —siguió hablando el conductor, ajeno a las chispas que saltaban en la parte de atrás del vehículo.

Penélope se giró como un resorte hacia delante, de repente más interesada en lo que sucedía dentro del todoterreno que en mirar por la ventanilla.

—Ella no es mi esposa —aclaró Evan—. El día que me busque una será imprescindible que sea tan buena conversadora como yo —bromeó con malicia.

Su intención inicial no era molestarla, más bien todo lo contrario; quería establecer con ella cierta complicidad que le favoreciera a la hora de escogerle para el papel que tanto ansiaba interpretar, y de paso descubrir el porqué de su exagerada animadversión hacia él. Y para ello tenía que hacerla reaccionar fuese como fuese.

No servía a sus propósitos que siguiera con la fría distancia que había establecido entre ellos. Una distancia que no llegaba a comprender, ya que su actitud en la fiesta de los BAFTA aunque desconsiderada no la justificaba. Al menos no hasta ese punto. Comprendió que había más que un desplante en su abierta animosidad.

Cuando por fin llegaron a su destino Penélope abandonó por completo la

distancia que había impuesto a su alrededor, y volvió a mostrarse amable y educada con el personal del hotel. Lo que propició que Evan volviera a preguntarse si la dulzura era su estado natural y la acritud quedaba reservada en exclusividad para él. Y de nuevo volvió a resurgir la necesidad de descubrir más sobre ella.

La habitación que le habían asignado estaba en la misma planta que la que le había correspondido a Evan. Para ser más exactos quedaba pared con pared. Los otros dos actores a cuyos *castings* tenía que acudir la tarde siguiente llegarían entre esa misma noche y la mañana siguiente. Ya que tanto Adam Murphy como Henry Sutherland, la competencia de Evan por el papel de Cruz Davis, eran actores norteamericanos y su viaje era más largo y cansado.

Las dos actrices que aspiraban al papel de Amanda llegarían en cualquier momento, o quizás ya estuvieran instaladas en el hotel.

Se dejó caer sobre la cama, sin molestarse en deshacer las maletas. Todavía le quedaba día y medio antes de ponerse a trabajar, lo que le permitiría o bien descansar o bien disfrutar de Edimburgo. Pero antes de decidirse necesitaba asegurarse de algo...

Enfadada consigo misma por lo que estaba a punto de hacer, abrió la maleta solo para sacar el portátil. No se dio tiempo a pensar. Acudió a Google y escribió el nombre de Evan Nash en busca de la información que necesitaba. Camden le había comentado, de pasada, que su hermano no salía con nadie, no obstante, quería asegurarse de que era así. No porque estuviera interesada en su vida privada, se dijo a sí misma, sino porque si pretendía interpretar a Cruz Davis tenía que deshacerse de cualquier distracción.

Se mordió la lengua, autocastigándose por mentirse.

Desde el primer momento tenía claro que no había nadie mejor que él para interpretar al protagonista. Desde el instante en que la idea de la novela se abrió paso en su mente, tuvo la imagen física y mental de Evan como referente de Cruz. Por su parte el papel era suyo, aunque no pensara decírselo hasta el último momento. Impaciente por ver cómo pensaba ganársela para que se decidiera por él.

Tras gandulear unos minutos más se dispuso a visitar la urbe. Sabiendo que iba a verse obligada a hacer todo el recorrido a pie, por culpa de la huelga, se calzó unas botas planas, se ajustó el chaquetón y salió de su dormitorio con la sana intención de hacer turismo.

El recepcionista del hotel estuvo encantado de marcarle las zonas más emblemáticas en un plano, que le regaló sin perder la sonrisa, y la instó a que comenzara la visita por el castillo de Edimburgo, una antigua fortaleza erigida sobre una roca de origen volcánico situada en el centro de la ciudad.

Consciente de que carecía de sentido de la orientación sacó el móvil y abrió el navegador que la dirigiría sin problemas hasta su destino.

Ensimismada como estaba en no perderse nada, no se dio cuenta de que Evan,

ataviado con unas gafas de sol, —innecesarias dado lo encapotado que estaba el cielo—, y una gorra oscura, la seguía de cerca. De hecho él ya estaba en el *hall* cuando Penélope se acercó a recepción para pedir información al empleado, y escuchó a la perfección sus intenciones y las indicaciones que recibía del recepcionista, por lo que, preocupado por ella, e igualmente interesado en su compañía, se dispuso a seguirla con discreción.

Acostumbrada como estaba a ir a casi todas partes andando hizo gran parte del camino sin darse cuenta, parándose cada pocos minutos para anotar pensamientos e ideas en la libreta que siempre llevaba consigo. Fue durante esos momentos cuando se dio cuenta de que un Evan camuflado caminaba unos metros por detrás. Lo primero que la alertó fue el aroma del *after shave* que relacionaba con él, ese fue el motivo por el que se giró, para comprobar quién olía igual que él.

Fingiendo que debía tomar notas, se detuvo unas cuantas veces más, y en cada una de esas paradas, él también lo hizo. Molesta porque la estuviera siguiendo, con la única finalidad de ganarse su simpatía y con ello el papel que anhelaba, se encaminó hasta donde él fingía mirar un escaparate con intención de ponerlo en su sitio.

—¿Me estás siguiendo? —inquirió Penélope deteniéndose de golpe para enfrentarle.

—No seas creída. Vamos en la misma dirección. —Estaba tan circunspecto que ella estuvo casi a punto de creerle.

—De acuerdo. ¿Hacia dónde vas a ir tú? ¿Izquierda o derecha?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Completamente.

—Derecha —zanjó sin convicción.

—Vale, entonces yo iré a la izquierda.

Él le ofreció una sonrisa traviesa antes de hablar de nuevo.

—¿Sabes, Pen? He cambiado de opinión, yo también voy a ir a la izquierda, parece que va a llover y por ese lado hay más sitios en los que resguardarse.

—No me llames así.

—¿Pen^[1]? Pero si es perfecto para ti. Entonces qué ¿paseamos juntos? Puedo enseñarte Edimburgo mejor que tu mapa. La pena es que no haya traído mi coche, te habría encantado que te llevara de paseo con él por la ciudad.

—No sueñes con eso. No te conozco lo suficiente como para subirme en tu coche. Es más, si no me dejas en paz voy a gritar pidiendo socorro —amenazó con los brazos en las caderas.

—No te creo —dijo, y su tono instó a Penélope a aceptar el desafío.

Dispuesta a enseñarle de lo que era capaz, arqueó las cejas, le lanzó una mirada fulminante y abrió la boca, decidida a cumplir su palabra, a demostrarle que era capaz de eso y de mucho más.

La reacción de Evan fue tan veloz que no llegó a escapar ningún sonido de sus

labios que quedaron cubiertos por su boca.

Estupefacta por el modo en que Evan había escogido para silenciarla, no reaccionó. Se quedó completamente paralizada, todavía con los brazos en las caderas, obligándose a no temblar al sentir la caricia.

Los labios de él presionaron con fuerza su boca, buscando algún resquicio por el que colarse en ella. Tentándola para que lo hiciera, Evan le mordió con suavidad el labio inferior, arrancando un gemido de sorpresa que él aprovechó para introducirle la lengua, que jugueteó con sus dientes y su paladar. Ansiando algo más que un beso, le puso las manos en la parte baja de la espalda y la apretó contra su cuerpo.

Totalmente excitado con su sabor, asombrado por la intensa reacción de su cuerpo.

A pesar de que cada fibra de su ser se moría por corresponderle, Penélope se mantuvo impasible, obligándose a pensar en trivialidades como lo mucho que lamentaba no haberse comprado el jersey negro que se probó en aquella tienda en Madrid o las pocas hojas en blanco que le quedaban a su libreta. Por desgracia, a pesar de sus esfuerzos por mantener la cordura, las sensaciones que Evan le despertaba eran mucho más intensas que las ideas que poblaban su mente.

Sin embargo, un pensamiento inesperado la salvó de la rendición: la certeza de que él haría cualquier cosa con tal de llevarse el papel que tanto deseaba. Incluso besarla con tanta pasión.

Fue la lluvia que empezaba a caer sobre ellos lo que consiguió que Evan se apartara de Penélope con cierta dignidad intacta. Era la primera vez que besaba a una mujer y que esta no correspondía a sus atenciones. Aturdido por el beso, se quedó mirándola profundamente fascinado, y con la sangre todavía ardiendo en sus venas.

—¿Has terminado? —preguntó ella entonces, cruzando los brazos sobre su pecho y ladeando la cabeza.

Mientras esperaba a que le respondiera, Penélope se fijó en su expresión: una mezcla de frustración, deseo y curiosidad, Evan carraspeó varias veces antes de hacerlo, pero aun así su voz sonó ronca.

—De momento. —Ni toda su experiencia como actor le hubiera servido para ocultar su asombro.

—De acuerdo, pues mientras tanto entremos en el *pub*. Me estoy calando, y no me apetece volver al hotel caminando bajo la lluvia.

—Esto es nuevo. ¿Ya no quieres evitarme a toda costa? —dijo cada vez más descolocado.

—No. Resulta que eres mucho más divertido de lo que esperaba. —*Y sabes mucho mejor*, pensó, forzando a sus rodillas a que la mantuvieran en pie.

^[1]*Pen*: pluma, bolígrafo en inglés. Juego de palabras con su nombre y el trabajo

que ejerce. (*N. de la A.*)

Capítulo 5

Evan abrió la puerta y se apartó para que Penélope entrara primero. Fue un gesto natural, sin ninguna otra intención oculta que cederle el paso. Aunque le permitió observarla detenidamente sin que ella se diera cuenta.

Era delgada y bajita, apenas le llegaba por el cuello. Sus movimientos eran gráciles, pero sin ningún tipo de afectación. Había seguridad en el modo en que se movía, como si conociera de primera mano el terreno que pisaba. Se detuvo en la entrada, y él a su lado, mientras se acostumbraban a la penumbra para ver lo que les rodeaba.

Las paredes del *pub* estaban pintadas de negro y gris, haciendo aguas más oscuras en unas zonas que en otras. La única nota de color la ponían las lámparas verdes que colgaban del techo y de la pared del fondo en la que se situaba la barra. Tras ella se erguía un panel que iba de lado a lado de la pared, y que servía de refugio para una gran cantidad de botellas de distintos colores y tamaños.

Se sentaron en una de las mesas vacías. Había poca gente, por lo que inmediatamente después se acercó a ellos el camarero, un chico de unos treinta años, alto y muy rubio, y tan grande como se suponía que eran los *highlanders*.

—Hola, ¿qué vais a tomar? —preguntó con fuerte acento escocés.

—Dos cervezas. La marca la dejamos a tu elección —dijo Evan con una sonrisa educada.

—Buena idea —alabó el camarero, aunque no parecía muy complacido con que fuera Evan el que hablara—. ¿Y para comer? Si no aprovecháis para pedir ahora, dentro de media hora esto se llenará y tendréis que esperar. —Miraba directamente a Penélope quien se estaba quitando la chaqueta apenas húmeda por las gotas de lluvia.

—Perfecto. Tengo hambre —comentó Evan, cogiendo la carta que había sobre la mesa.

Desconcertada, Penélope miró el reloj del teléfono móvil y se dio cuenta que era casi mediodía. Había estado tan inquieta que había asociado a sus nervios el agujero que tenía en el estómago.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó alzando la cabeza para mirarlo. Sin siquiera echar un vistazo al menú.

El chico le sonrió con picardía. Tenía la mirada clavada en sus ojos.

—¿Hasta qué punto estás dispuesta a fiarte de mí?

Penélope le sonrió, mucho más cómoda con él de lo que había estado con Evan en todo el día.

—Apenas te conozco, pero tienes cara de buena persona, así que me fiaré por

completo de ti.

—¿Siempre eres tan crédula? —inquirió él, devolviéndole la sonrisa.

—Me temo que sí.

—¿Te temes? ¿Crees que es algo malo?

—Depende de la persona con la que te topes, no es la primera vez que me toman el pelo —dijo, sin dejar de sonreír.

—Tienes un pelo precioso, así que lo dejaré exactamente donde está —comentó sin dejar de mirarla—. Además te prometo que no te arrepentirás.

—¡Hecho! —aceptó ella ansiosa por comer algo.

El atractivo camarero le dio un buen repaso antes de darse la vuelta para marcharse de nuevo tras la barra.

Evan se descubrió pendiente de Penélope, atento a cada sonrisa que le dedicaba al escocés y asombrado porque hubiera coqueteado con un desconocido delante de sus propias narices. Detalle, que unido a su falta de respuesta ante el beso, lo tenía bastante malhumorado. También lo desconcertaba que le importara tanto.

—No te pareces en nada a la imagen que tenía de ti. Camden siempre ha dado a entender que eres blandita como el algodón —dijo, en cuanto se quedaron solos de nuevo.

—Lo soy —afirmó ella con la expresión seria.

—Permíteme que lo dude.

—Si no tengo más remedio...

—Lo has vuelto a hacer —acusó sonriendo—. No puedes dejar pasar ninguna.

—Eso no es verdad. Suelo dejarlas pasar todas. Eres tú quien saca a relucir lo peor de mí. —No quiso preguntarse la razón tras sus exageradas reacciones.

—Yo no diría que es lo peor. Me gusta más esta Penélope guerrera que la Penélope que dormía en una habitación de color rosa con cortinas y colcha azul celeste —comentó recordando su antiguo cuarto, y mintiendo descaradamente. Por alguna extraña razón que se escapaba de su comprensión, encontraba a ambas igual de fascinantes.

—Me asombra que lo recuerdes, pero tienes razón. Mi dormitorio ahora es de color negro, excepto las cortinas y las colchas que son de un tono rojo sangre que me encanta.

Evan se rio a carcajadas, captando la atención de los pocos parroquianos del *pub*, y del entrometido camarero que no dejaba de mirar en su dirección.

—Definitivamente no puedes evitarlo. ¿Sabes? Creo que deberías mantenerme cerca, mi presencia te hace más interesante.

—Yo ya soy interesante sin ti, además, no te va a servir de nada.

—No sé qué quieres decir.

Penélope arrugó la frente en un gesto de marcado escepticismo.

— Pasar más tiempo conmigo no va a conseguir que te escoja a ti para el papel.

— Lo sé, pero quizás borre con ello los prejuicios que tienes sobre mí, y encuentre el modo de ser el Cruz que buscas.

— Es decir, que se mire por dónde se mire tu interés en conocerme se reduce a lo mismo. Lo que A, es un insulto porque crees que soy poco profesional y no voy a separar mi vida privada de mi trabajo y B, es un insulto porque me crees influenciabile.

— ¿Y por qué no lo ves como lo veo yo? A, fui un idiota en la fiesta y quiero disculparme y B, me resulta interesante tu compañía. Podemos añadirle un punto C, siempre he creído que los escritores reflejan una parte de ellos en sus personajes, conocerte me ayudará a darle el punto personal al papel, y D, tenemos un pasado en común y ahora que por por primera vez compartimos espacio y tiempo, me gustaría conocerte.

Durante unos largos segundos Penélope se mantuvo en silencio.

— Supongo que puedo darte el beneficio de la duda, pero no esperes más que eso.

— No lo hago — replicó con seriedad—. Y te agradezco el esfuerzo.

Ninguno de los dos dijo nada más ya que en ese momento apareció el camarero con dos cervezas marca Caledonian 80.

— A ver qué os parece la cerveza. Os aviso que es un poco más fuerte de las que seguramente habréis probado anteriormente, pero vale la pena — explicó colocando el botellín frente a ellos, sin jarras ni vasos, esperando que bebieran directamente de la botella.

— Gracias — dijo Penélope, consciente de que Evan había vuelto a quedarse callado.

El camarero le hizo un gesto con la cabeza para que la probara, era evidente que no pensaba retirarse hasta conocer su veredicto.

Sonriendo, alzó la cerveza y se la llevó a los labios, degustando la fría bebida que se derramó por su garganta. Tal y como él le había dicho el sabor era mucho más fuerte e intenso que el de las cervezas que había probado antes. El alcohol era más evidente, aun así entraba con facilidad, y su amargura también era atrayente, y muy gustosa.

Dejó la botella de nuevo sobre la mesa y miró a Evan antes de responder a la pregunta que brillaba en los ojos del camarero. Su compañero tenía una expresión seria que contrastaba con su jovialidad anterior.

— ¿No vas a probarla?

— No. Yo también estoy impaciente por saber tu opinión — dijo en un tono que no cabía duda de que era una burla a la actitud del barman.

Ella levantó la cabeza para mirar al rubio, que sonreía con travesura, al tiempo que extendía su mano delante de ella.

— Me llamo Alec.

—Encantada de conocerte, Alec. Yo soy Penélope —anunció estrechando su mano, que desapareció bajo la suya mucho más grande, y devolviéndole la sonrisa—. Y añadió—: Él es Evan.

Alec inclinó la cabeza a modo de saludo en dirección al actor, y aunque no obtuvo respuesta no pareció inmutarse.

—Y bien Penélope, ¿Qué te ha parecido?

—Está deliciosa.

Alec ensanchó su sonrisa, mostrando una dentadura perfecta, un instante antes de darse la vuelta para marcharse. Le detuvo la voz de Penélope:

—¿No quieres saber lo que opina él de tu cerveza?

—Estoy seguro de que tu amigo también la encontrará de su agrado —zanjó sin apartar la mirada de ella.

—¿Su amigo? ¿Cómo sabes que no es mi novia o mi esposa? —inquirió Evan con los ojos llameantes. El descaro del camarero y la cordialidad de Penélope le habían enfurecido más de lo que hubiera querido.

—Es evidente que no lo es.

Evan arqueó una ceja oscura de modo interrogativo. A la espera de que el otro aclarara su comentario.

Algo que hizo, del mismo modo que en la ocasión anterior, sin dignarse a mirarlo a él. Pendiente de cada gesto de Penélope, quien también parecía interesada en conocer su respuesta.

—No pareces el tipo de hombre que atraería la atención de una mujer tan interesante como Penélope —dijo con convicción.

Tras ello se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Penélope no pudo contener un suspiro, lo que enfureció todavía más a Evan.

Alec se alejó de ellos disimulando una sonrisa complacida. Desde el primer momento en que los había visto entrar se había dado cuenta de que no eran pareja. Lo que no quería decir que no hubiera atracción entre ellos. Era evidente que Penélope estaba interesada. Casi sin darse cuenta se movía alrededor de él, aunque disimulaba cuando él la miraba, lo que sucedía bastante a menudo.

La actitud de ambos llamó inmediatamente la atención de Alec, quién terminó fijándose casi exclusivamente en ella. En apariencia se trataba de una chica normal, menuda con una preciosa melena rizada, y poco llamativa. No obstante, la apreciación quedaba en entredicho cuando uno se fijaba en sus ojos. No solo en su forma ovalada y exótica, sino también en el color azul verdoso de sus iris, y el modo en que mostraban cada uno de sus pensamientos. Siguió observándola mientras elegían una mesa en la que sentarse y se dio cuenta de lo natural que se mostraba en sus movimientos; a pesar de estar interesada en su acompañante no sonreía como una boba a todo lo que él decía, más bien parecía cuestionárselo todo, buscando la manera de distanciarse de su

atracción.

Salió de detrás de la barra para tomarles nota, dirigiéndose solo a ella, sin apartar la mirada en ningún instante. En cambio fue el hombre quién le respondió.

Entonces se dio cuenta de quién era. A Alec le gustaban las películas de acción y había visto suficientes como para saber que Evan Nash estaba sentado en una de las mesas de su *pub*. En cuanto se acercó a la mesa para tomarles nota del pedido había comenzado el juego de la seducción; estaba hastiado de las mujeres huecas que solo se acercaban a él por su físico, seguramente Evan Nash sufría del mismo mal.

Dos horas después, la pareja se levantaba para marcharse. Alec aprovechó su última oportunidad y se acercó sin disimulos hasta Penélope con un papel doblado en las manos.

—Llámame si vuelves por Edimburgo, ¿de acuerdo? Prometo volver a alimentarte —bromeó con los ojos llameantes, y añadió—: Y a sorprenderte.

Ella se sonrojó, pero le ofreció una sonrisa que rasgó mucho más sus ojos.

—Me encantará que lo hagas. —Y añadió en voz más baja—: Gracias.

Alec se quedó con la sensación de que ella pensaba que él lo había hecho solo para poner celoso a Evan, como si no se creyera capaz de llamar su atención.

Penélope iba a darse la vuelta para marcharse cuando la tomó por el codo, se inclinó sobre su oído y le susurró:

—Eres asombrosa. No he necesitado más que dos frases para darme cuenta de ello. Yo no soy tan idiota.

Penélope lo miró con sus llamativos ojos brillando por una emoción que no supo descifrar. Entonces se puso de puntillas, se asió a sus fuertes hombros, y le dio un beso en la mejilla.

Evan tuvo que contenerse para no tomarla de la mano y sacarla a toda prisa del *pub*, molesto, por primera vez, porque fuera tan encantadora con todos, menos con él.

Capítulo 6

Eran más de las tres de la mañana cuando Camden se despertó alertado por el timbre del móvil que descansaba sobre la mesita de noche.

Su primera reacción fue pensar que ya era hora de levantarse para ir al trabajo, pero en su letargo se dio cuenta de que el sonido era distinto al de la alarma que se ponía por si fallaba el despertador.

Alargó el brazo, y dio un grito poco masculino al notar algo caliente y peludo durmiendo a su lado en la cama. Ya completamente despierto se dio cuenta de que su compañero no era otro más que Byron, quien ronroneaba encantado con el mullido colchón, y el calor que desprendía su cuerpo.

Se sentó de golpe en cuanto vio el nombre de quien llamaba y la hora en la pantalla:

—Penélope, ¿estás bien?, ¿te ha pasado algo?

—Sí estoy bien, y sí que ha pasado algo —contestó ella con gravedad.

—¿Es Evan?, ¿le ha sucedido algo a mi hermano? —interrogó, cada vez más nervioso por su silencio.

No era normal que su amiga le llamara a horas tan intempestivas, y todavía era más sospechoso que lo hiciera si ni siquiera se encontraba en el país.

—¿Por qué tiene que haberle pasado algo a Evan? Te llamo porque me ha sucedido algo a mí, o bueno, no exactamente, pero...

—Pen, son las tres de la madrugada de un martes, mañana tengo que madrugar para ir al trabajo, dime de una vez por todas qué te tiene despierta antes de que me dé un ataque de ansiedad pensando que estás herida o enferma.

—¿Cómo está Byron? —Su voz sonó tan bajita que Camden tardó unos segundos en decidir si la había escuchado o no.

—¿Byron? —repitió, incrédulo—. ¿Llamas a estas horas para preguntar por tu maldito gato?

Penélope no respondió a la pregunta, en su lugar lanzó la que le había impedido dormir, y la culpable de que, hubiera despertado a su mejor amigo para que le diera una respuesta.

—¿Crees que tengo prejuicios? ¿Juzgo a la gente basándome en mis propias opiniones arbitrarias?

Penélope escuchó el suspiro exasperado que emitió Camden, seguido de un sonido de sábanas al moverse.

—Dime que esto no es por Evan, porque es la pregunta más absurda que me has hecho nunca.

—No es por él, es por mí.

—De acuerdo —concedió poco convencido—. En ese caso te diré que no debes preocuparte por eso. Eres la persona más justa que he conocido nunca. Tanto que a veces me sacas de quicio. Sobre todo cuando me quejo de alguien buscando tu solidaridad, y tú me haces sentir mezquino. ¿Te ha quedado claro ya?

—Sí, gracias. Lamento haberte despertado —se disculpó, sintiéndose un poco mejor por la respuesta y culpable por haber interrumpido su descanso.

—Yo también lo siento. Estaba teniendo un sueño muy bueno —comentó con melancolía mientras pelaba una manzana. Despertarse de madrugada siempre le abría el apetito, y por alguna razón se había despertado pensando en cócteles y frutas.

—¿Cómo de bueno? —Estaba muerta de curiosidad por saber en qué consistía para Camden un buen sueño.

Instintivamente cogió la libreta que tenía abierta encima de la cama con intención de tomar notas. Se había dado cuenta de que las anécdotas reales, las que le sucedían a ella misma o incluso a sus amigos, eran las que mejor conectaban con los lectores.

—Uno muy, muy bueno. Había una hamaca, piña fresca, una playa, arena, sol... y tú estabas en él. Estábamos desnudos...

La libreta le cayó de las manos cuando comenzó a reír a carcajadas por la ocurrencia.

—Si sigues riéndote así no voy a contarte lo que hacíamos —se quejó Camden, lo que propició un nuevo ataque de risas.

—Lo siento —balbuceó, todavía riendo—. Venga, dime ¿qué hacíamos?

—¿Qué íbamos a hacer tú y yo en una isla desierta? ¡Tomar el sol! —dijo, fingiendo bromear. No obstante, no había humor en sus ojos.

Los *castings* comenzaron a la hora prevista. A diferencia del día que llegó a Edimburgo en que compartió transporte con Evan, en esta ocasión la recogió uno de los productores de la película que también iba a asistir a las pruebas.

Los estudios eran un enorme complejo blanco de líneas rectas, similar a un conjunto de almacenes. Llegaron en coche hasta el edificio más al norte y entraron en un garaje subterráneo desde el que accedieron en ascensor a la antesala en la que charlaban animadamente los actores citados para esa tarde. Penélope evitó mirar directamente a Evan. Saludó con educación, pero no se paró a hablar con ninguno de ellos.

Sabía que hacerlo podía provocar tensiones, sobre todo si le dedicaba más atención a alguno de ellos sin darse cuenta. Era más seguro ser educada, pero distante.

Entró en la sala siguiendo a su anfitrión. Les esperaban dentro una cámara con un operador técnico y el director del film, junto con quien debía elegir a los protagonistas.

Penélope sabía que era costumbre grabar las pruebas para visualizarlas posteriormente. De hecho ella misma recibiría las grabaciones y dispondría de tres

semanas para tomar la decisión final sobre quiénes interpretarían a sus personajes.

Se sentó junto al productor en el lugar que le indicaron, sacó su libreta azul y se dispuso a poner rostro a sus personajes.

A petición del director, la prueba iba a ser conjunta para Cruz y para Amanda. Había tres actores que optaban al papel masculino, para el femenino solo había dos actrices.

La escena que había elegido el director era el momento en el que Cruz entraba en la iglesia con los nudillos destrozados de pelear, un ojo morado y la sensación de que su mundo se venía abajo. Desesperado, se sentaba en uno de los solitarios bancos sin comprender qué le había llevado a ese punto. Entonces Amanda aparecía en escena y los dos se veían por primera vez. Muchos críticos habían alabado el diálogo entre ambos, llegando a compararlo a los monólogos shakesperianos por su calidad e ingenio.

Los primeros en entrar fueron Adam Murphy y Eva Carson. Penélope la descartó en cuanto entró. Era demasiado guapa para el papel, y lo peor de todo era que ella lo sabía. Conocía el efecto que tenía en los hombres, y ni siquiera actuando podía librarse de su pose de diva. Melissa Ryman, en cambio, resultó ser la Amanda perfecta: delicada, tímida y etérea. Y su capacidad para meterse en la piel de la protagonista femenina se ganó la aprobación de todos los que se encontraban en la sala.

El papel de Cruz tampoco fue un problema. Mientras que Adam y Henry solo estuvieron creíbles, Evan estuvo perfecto. Brillante. Tal y como ella lo había imaginado mientras lo escribía.

Esa noche, le enviaron al hotel los DVD con las grabaciones del proceso de selección. Idéntica escena representada por todos los aspirantes, de manera que cada actor había repetido la prueba con las dos actrices que optaban a representar a Amanda.

Tras el último de los *castings* había cambiado su vuelo, programado para el día siguiente, con intención de evitar coincidir con Evan. Aunque se lo había disfrazado a sí misma con la excusa de que tenía pendiente la visita al Castillo de Edimburgo, quizás incluso volver al *pub* de Alec...

Se dejó caer en la cama, y encendió la televisión. Al día siguiente ya se preocuparía por todo lo que tenía pendiente. Esa noche iba a intentar pasar una noche agradable.

Evan había llamado para decirle a sus padres de que ya estaba de nuevo en Londres, y su madre le comentó que su hermano iría a comer con ellos. Sabiendo que Camden estaría allí se apuntó a la comida, a pesar de que estaba agotado por los días que había pasado en Edimburgo, y la presión a la que se había visto sometido. No obstante, tenía unas cuantas palabras que intercambiar con su hermano que no podían esperar.

Una hora después entraba en la casa familiar sin pararse a saludar a nadie, fue directo en busca de su hermano mayor, y antes de que Camden pudiera reaccionar le

asesó un puñetazo.

—¿Qué demonios haces? —inquirió este, llevándose la mano a la nariz para constreñir la sangre que emanaba de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y de qué se supone que debería haberte informado?

—Lo sabes perfectamente. Que Penélope y P.M. Pryce eran la misma persona. Que tu amiga era la guionista de la película en la que me muero por trabajar. Que iba a estar en los BAFTA... La lista es más bien larga.

Al escuchar los gritos Jack y Victoria acudieron a toda prisa para ver qué sucedía. Como cada semana, se encargaban de la barbacoa mientras sus hijos hablaban y se dedicaban a poner la mesa, tal y como habían hecho desde que cumplieron los cuatro años. Sin embargo, se alarmaron y acudieron sin hacer ruido para comprobar a qué se debía el escándalo. Victoria estaba dispuesta a socorrer a Camden, pero su marido la cogió del brazo para impedirselo.

—Cariño, déjales que arreglen sus problemas solos.

—Pero...

—Ya no son unos niños. —No, no lo eran, pensó Victoria, aunque a veces seguían comportándose como tales.

Asintió poco convencida, y aceptó la mano que su esposo le tendía para regresar al patio y seguir con la barbacoa.

Camden miró a su hermano menor como si hablara en un idioma desconocido para él.

—Sabías que escribía. Sabías que vivía en Londres la mitad del año, sabías que ha escrito guiones, mamá y yo lo hemos comentado delante de ti muchas veces.

—¡No me lo dijiste! —Volvió a insistir, mientras cogía un puñado de servilletas de papel de la mesa y se las tendía a su hermano para que se limpiara.

—No te lo dije directamente porque nunca pensé que te importara. Desaparecías cada verano para no verla —dijo mientras intentaba eliminar la sangre de sus manos sin mucho éxito—. Pero hemos hablado delante de ti. No era ningún secreto.

—Eso es mentira. No me iba por ella, aprovechaba el verano para apuntarme a los cursos de interpretación porque papá me obligó a terminar el instituto.

—Supongo que todavía estás a tiempo de conocerla, si quieres. Penélope es encantadora.

—¡Ja! —Fingió una carcajada—. Esa mujer es todo un carácter.

—Definitivamente no la conoces. Aunque supongo que tampoco te interesa hacerlo. —Pinchó Camden, en busca de una respuesta.

—Te equivocas, pero después de lo que ha pasado, no creo que ella esté muy interesada. Tal vez con un poco de ayuda...

—¡Dispara! ¿Qué quieres saber?

—No sé, improvisa —pidió, de repente nervioso de tener toda la atención de su hermano para hablar de Penélope.

—Está bien, veamos... No sale con nadie.

—¿Por qué has empezado por ahí? —le cortó—. No era precisamente esa información la que me interesa.

—He improvisado como me has pedido... Y que sepas que sigo pensando que podrías haberla conocido hace muchos años si hubieras querido hacerlo.

—Y tú podrías haberme contado que era la guionista de la película en la que deseo trabajar si hubieras querido que lo supiera —zanjó Evan—. Así que si quieres compensarme dime dónde vive —pidió más calmado.

—No hacía falta que me pegaras para que te lo dijera. Lo habría hecho igual. Vive en Chelsea —dijo, aunque en ese momento no tuviera ningunas ganas de hacerlo.

—¿Podrías ser más específico?

Justo en ese momento Byron decidió pasearse por el comedor, atraído por el bullicio que habían levantado los dos Nash.

—¿Qué es eso?

—Un gato.

—¿Quieres que vuelva a pegarte? Ya sé que es un gato.

—¿En serio crees que te dejaría volver a hacerlo? —Como hermano mayor Camden había soportado muchas regañinas por su hermano, e incluso algún que otro golpe por defenderle, pero no era ningún enclenque que se dejara avasallar por nadie.

—No te hagas el duro. ¿Desde cuándo papá y mamá tienen un gato?

—Desde nunca. Es de Penélope. Se lo estoy cuidando mientras está de viaje.

—¿El gato es de Penélope?

—Ni se te ocurra —advirtió, adivinando sus intenciones—. Penélope me mataría.

—Lo siento Camden, pero me debes una y ya sé cómo voy a cobrarla.

Capítulo 7

Richard Pryce estaba a las puertas de Heathrow esperando para recoger a su nieta. Había decidido ir a por ella en cuanto recibió el mensaje avisándole de que regresaba a Londres esa misma mañana. Últimamente cualquier excusa era buena para escapar de casa. Al menos estando en la calle no se sentía tan solo como lo hacía cuando se encontraba en su hogar. Julia, su esposa durante casi cincuenta años, había llegado a un punto de adicción tan fuerte que estar a su lado era como compartir vida con un fantasma, que hacía acto de presencia en contadas ocasiones.

Casi sin darse cuenta habían dejado de hacer cosas juntos e incluso de compartir una animada charla durante las comidas. En la mesa ya solo se escuchaba el sonido del *dealer* recogiendo las fichas cada vez que Julia ganaba una mano al póquer virtual al que jugaba con sus amigas a través de su móvil.

Aceleró el paso cuando vio a Penélope aparecer entre la gente. No la había avisado que iría a recogerla por lo que no le esperaba. Parecía distraída arrastrando su *trolley* cuando repentinamente se paró allí en medio, soltó la maleta y comenzó a hurgar buscando algo en su bolso. Richard no pudo evitar sonreír al verla sacar un bolígrafo y una libreta y comenzar a escribir en medio del caos que era la terminal aquel viernes por la mañana.

—¿La inspiración siempre es tan inoportuna? —preguntó en cuanto estuvo cerca de ella.

Penélope levantó la cabeza molesta por la interrupción, y se topó con la mirada risueña de su abuelo.

—¡Hola, abuelo! —saludó abrazándole—. ¿Por qué no me dijiste que ibas a venir?

—Pensé en darte una sorpresa, muñequita, y si no tienes planes, invitarte a comer.

—Si tuviera planes los cancelaría inmediatamente. Eres el hombre más guapo que me ha invitado a comer últimamente. —*¡Mentirosa!* La acusó una vocecilla a la que ignoró.

—Los hombres son demasiado estúpidos o ciegos —se quejó Richard.

Penélope arrugó la frente.

—Abuelo, eso es mucho generalizar. Tú eres un hombre.

—Pero yo acabo de invitarte, ¿recuerdas? —bromeó, contento por primera vez en lo que iba de semana.

—Cierto. —Rio ella, enlazando su brazo al de su abuelo—. ¿Dónde comemos?

—Donde quieras.

—Dame un minuto para que llame a Camden y soy toda tuya —pidió abriendo el bolso y guardando la libreta y el bolígrafo mientras los miraba malhumorada. Con la aparición de Richard no había terminado de escribir todo lo que tenía en la cabeza y ahora no era capaz de recordar cómo quería hacerlo. Sin pensar mucho más en ello sacó el móvil y marcó el número de su amigo que no contestó ni al primer intento ni al segundo.

—¿No te lo coge? —inquirió Richard.

—Estará en clase. Ya le llamaré más tarde. ¿Nos vamos?

Richard asintió dándose la vuelta para hacerse cargo del equipaje de su nieta. Al ver que no llevaba más que un *trolley* sonrió complacido.

—Todavía me asombra que seas mujer, de mi familia y que puedas viajar con tan poco equipaje. Estoy orgulloso de ti, muñequita.

Penélope rio acercándose más al calor y al conocido aroma de su abuelo.

—No me parezco mucho a mamá ni a la abuela, ¿verdad?

—Por suerte para todos nosotros solo lo haces en las cosas importantes.

—Abuelo, eres terrible —lo censuró, sin dejar de sonreír.

—Terrible no, cariño. Realista.

Camden se encaminó hacia el departamento de Historia de la universidad, buscando un poco de paz.

Esa misma mañana Penélope le había mandado un mensaje de texto para anunciarle que regresaba a Londres en el primer vuelo que salía de Edimburgo, y que en cuanto aterrizara le llamaría para recuperar a Byron. *Byron*, pensó Camden. ¿Por qué siempre terminaba dejándose embaucar por su hermano menor? Comprendía que para Evan era importante recuperar su buena imagen ante Penélope, y también entendía que para su amiga era una buena oportunidad de conocer a Evan, y superar ese enamoramiento juvenil que inconscientemente la había acompañado durante todos esos años.

Necesitaba pasar página, y jamás lo haría hasta que se diera cuenta de que el príncipe azul de su cabeza no era el actor de éxito al que admiraba. Y para ello necesitaba pasar tiempo a su lado. Entonces, y solo entonces, comprendería que en la vida de Evan no había lugar para el amor ni el romanticismo. Estaba demasiado ocupado en forjar su leyenda.

Camden se dijo, una vez más, que el único motivo que le había impulsado a dejar que su hermano se llevara a Byron era la amistad que le unía a Penélope, que no había ningún motivo egoísta tras ello, se lo había dicho tantas veces que estaba muy cerca de creérselo.

Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta, sorprendiéndose al comprobar que no estaba cerrada. Normalmente a esas horas sus compañeros estaban dando clase por lo que podía leer, corregir trabajos e incluso conectarse a las bases de datos de las

bibliotecas de la ciudad en busca de alguna obra antigua recién catalogada.

No obstante, ese día no hubo suerte. Charlotte Shepard estaba sentada en la larga mesa central con varios tomos desperdigados y la cabeza enterrada en ellos.

¡Bien!, se dijo Camden, con un poco de suerte estaría tan concentrada que apenas repararía en su presencia. Desde que ella le había invitado a salir a principios de semana se sentía incómodo en su presencia. Su primera opción había sido excusarse, no porque Charlotte no fuera atractiva tanto física como intelectualmente, sino porque nunca se había fijado en ella de ese modo. Era una compañera, una colega, alguien con quien discutir y compartir opiniones, no una mujer con la que tener una cita o mantener relaciones sexuales.

No obstante, aceptó salir con ella, aunque no llegaron a fijar una fecha en concreto. Detalle que de alguna manera lo ponía más nervioso que si lo hubieran hecho.

La observó desde la puerta, su melena castaña recogida en un rodete, sus ojos dorados escondidos tras los cristales de sus gafas... El traje de chaqueta oscuro, sobrio... Más propio de una solterona que de una mujer joven. No, definitivamente nunca había pensado en ella de ese modo.

El sonido de su teléfono la alertó de su presencia en la puerta. Charlotte sacó la cabeza de su investigación y trabó su mirada con la de Camden, que descubierta, se dispuso a entrar en la sala.

Con lentitud sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón de pinzas, le dio un fugaz vistazo y volvió a guardarlo.

Ese no era un buen momento para atender a Penélope. Sobre todo teniendo en cuenta que había permitido que su hermano secuestrara a su gato. Su amiga no se tomaría nada bien la noticia. De hecho o mucho se equivocaba o Evan ya la había puesto al tanto de las novedades y esa era la razón por la que ella le llamaba. Eso o que Penélope no sabía nada del secuestro todavía, y únicamente pretendía recuperar a su gato, convencida de que su amigo lo había cuidado con dedicación. Lo que venía siendo el mismo problema ya que el animal ya no estaba en su poder.

—Camden, te está sonando el móvil —comentó Charlotte, confusa por su reacción.

—Sí, lo sé —dijo mientras dejaba la cartera de piel sobre la mesa y se volvía para colgar la chaqueta en el perchero de la pared.

—De acuerdo. ¿Piensas contestar?

—No.

—Pues cuelga o apágalo, empieza a molestarme la cancioncita, no sabía que tuvieras tan mal gusto musicalmente hablando.

Charlotte estaba exagerando y ambos lo sabían. En más de una ocasión Camden la había escuchando tarareando *Break on through (to the other side)*^[1] después de que sonara su móvil. Con todo, por algún motivo que escapaba de la comprensión de

Camden, Charlotte se esforzaba por aparentar una formalidad que estaba lejos de ser natural.

—Por lo que veo eres tú la que no entiende de música. Esta canción es un clásico.

—Eso debe de ser —cedió de mala gana—. Pero contesta, por favor, a ver si así me evito el dolor de oídos.

—Contesta tú —pidió tendiéndole el teléfono—. Dile que me lo he dejado en el departamento y que no sabes si volveré hoy.

—¿Perdona? —inquirió abriendo mucho los ojos.

—Es Penélope —anunció como si con ello aclarara el asunto.

—¿Y no quieres hablar con ella por...?

—Simplemente no puedo hacerlo.

En ese instante el móvil dejó de sonar.

—Solucionado. Ya no tienes que hacerlo. Ha colgado —zanjó Charlotte, volviendo la cabeza de nuevo a sus libros.

—Por favor, Charlie, no va a dejar de llamar hasta que le responda.

Charlotte volvió a mirarle con una expresión que Camden fue capaz de leer a la perfección: «¿y a mí qué me importa?».

Como si hubiese esperado el momento oportuno el teléfono volvió a sonar. Camden lo dejó sobre la mesa, como si quemara, y se quedó mirándolo sin decir nada más.

—Es la primera vez que te llama tu amiga y lo dejas sonar más de tres segundos. Voy a hacerte el favor, pero no será gratis —anunció alargando el brazo para hacerse con él—. Vas a deberme una muy grande.

—¿Penélope? Hola, soy Charlotte. No sé si me recuerdas, trabajo con Camden en la universidad.

—Sí, por supuesto que te recuerdo, ¿qué tal estás? —preguntó Penélope con cortesía, a pesar de que no comprendía porqué le había respondido ella al teléfono.

—Como siempre, trabajando. Verás, te he contestado yo porque Camden está en clase y se ha dejado el móvil en el departamento. Como has llamado más de una vez he pensado en contestarte y decírtelo, además ni siquiera sé si se dará cuenta de que no lo lleva encima y vendrá a por él.

—¡Qué despistado! Gracias, Charlotte, y perdona por haberte molestado.

—No te preocupes, solo estaba leyendo. Adiós, Penélope. Me ha gustado hablar contigo

—Lo mismo digo, Charlotte. Adiós, y de nuevo, disculpa la interrupción.

Con movimientos deliberadamente lentos dejó el aparato sobre la mesa, frente a Camden, y clavó la mirada en él, que la observaba con una ligera sonrisa y las manos entrelazadas por delante.

—Has estado increíble. Nunca imaginé que mintieras tan bien —la alabó—. ¡Muchas gracias!

—Tengo tres hermanos mayores, era cuestión de simple supervivencia que lo hiciera mejor que ellos. Pero no cambies de tema, como te he dicho voy a cobrarme el favor... —Se llevó un dedo a la sien, y se dio varios golpecitos antes de seguir hablando—. Con información. ¿Por qué la evitas?

—Puede que te suene raro.

—Casi todo lo que tiene que ver contigo es raro, ya estoy acostumbrada —dijo, entre la broma y la constatación de un hecho.

—He perdido a su gato. En realidad no lo he perdido, más bien he permitido que lo secuestraran. Se lo ha llevado mi hermano Evan.

Charlotte frunció el ceño con asombro y confusión.

—Definitivamente estáis todos locos —concluyó sin alterarse por la declaración.

—Y a pesar de ello, ¿quieres salir conmigo? —preguntó de manera directa.

Ella no lo negó. No era de las que se echaban para atrás.

—¿Qué le voy a hacer? Siempre me han atraído los deportes de riesgo.

Camden curvó los labios en una sonrisa llena de admiración.

^[1] Canción de The Doors. (*N. de la A.*)

Capítulo 8

Evan miró al gato que dormitaba sobre su preciado sofá de cuero, y se preguntó por enésima vez porqué se lo había llevado. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. En Edimburgo ya había conseguido su objetivo, que no era otro que redimirse por su grosería y demostrar en el *casting* que él era el actor perfecto para interpretar al personaje principal de *Un viaje infinito*.

Y saberlo era lo que le tenía tan alterado. No había ninguna razón de peso para que siguiera interesado en Penélope. Había sido capaz de olvidarse de ella durante años, y no era lógico que tras pasar a su lado una tarde se sintiera tan interesado en su compañía. Ya no se trataba de la sana curiosidad que le había empujado a conocerla mejor. En sus breves encuentros ya había constatado que no iba a conocer a la Penélope de la que hablaba Camden. La había visto interactuando con otras personas, pero nunca con él. Estaba claro que esa parte de su personalidad le estaba vetada.

Como si comprendiera lo que estaba pensando Byron se despezó a su lado y bajó al suelo para pasearse con insistencia por sus tobillos. Estaba seguro de que llevarse al gato era la peor decisión que había tomado en mucho tiempo, pero ya no había vuelta atrás, en esos momentos no le quedaba más remedio que afrontarlo. Camden sería incapaz de ocultarle algo así a su mejor amiga, de modo que ya estaría enterada de lo sucedido. Lo mejor era que manejara la situación con humor, para que Penélope lo viera como una broma, quizás incluso como una venganza por la indiferencia de la que había hecho gala cuando estaban juntos. Cualquier conjetura era mejor a que se diera de cuenta de que el motivo tras el secuestro de Byron era encontrar una excusa para volver a verla.

Al fin y al cabo él era Evan Nash, no necesitaba llegar a tales extremos para conseguir una cita con una mujer, por muy inteligente y fascinante que fuera.

Con esa idea se levantó del sofá y cogió el móvil de encima de la mesa; el gato seguía paseándose por el salón, como si estuviera reconociendo el terreno. Una vez que decidió que se encontraba en un lugar seguro, volvió a tumbarse para dormir sobre la alfombra.

Evan sonrió al verle tan cómodo en su casa. Definitivamente Byron no se parecía a su dueña. Había escuchado decir que los animales terminan por parecerse a sus amos, pero lamentablemente para él a corto plazo era bastante improbable que Penélope se sintiera tan tranquila en su compañía como lo estaba su mascota.

Abrió la aplicación de la cámara, se agachó para coger al gato en los brazos, y disparó el *flash* esbozando una amplia sonrisa. Su primer *selfie* y no estaba solo.

Desde que era una niña Penélope había disfrutado de la compañía de Richard

como si se tratara de un amigo en lugar de un abuelo o un símbolo de autoridad. A diferencia de Julia, y su estricta atención a la dieta, cuando estaba con Richard podía permitirse el lujo de comer cualquier cosa que se le antojara. En multitud de ocasiones se habían divertido escapando de los asados y las empanadas para hartarse comiendo embutidos, pasta fresca o incluso comida china.

Para su abuela era imprescindible degustar el *sunday roast* los domingos y el *bubble and squeak* los lunes. Según ella la dieta forjaba los rasgos que mejor definían a los británicos: la flema y el saber estar. Por esa razón en la mente de Penélope iban asociadas la libertad de ser uno mismo con la de comer cualquier alimento por el simple placer de hacerlo, sin pensar en calorías, colesterol, sobrepeso y demás quebraderos de cabeza que a menudo se asocian a la comida. De hecho los mejores recuerdos que tenía de su infancia en Londres iban acompañados de Camden, Richard y una gran variedad de platos exóticos.

Jamás se había preocupado por lo que consumía, y aun así estaba mucho más delgada de lo que se esperaba en alguien con su apetito.

—¿Sabes que es lo que más echo de menos cuando estás en Madrid? —preguntó su abuelo, ante su plato de cuscús con pollo.

—¿Mi interesante conversación?

—También. Pero hablaba de tu compañía. ¿Me dejas probar un falafel?

—Claro. Sírvete.

—¡Gracias! —dijo Richard pinchando en el plato de su nieta.

—A ver si lo he entendido, lo que te gusta de mí es que diga que sí a todas las locuras que me propones —comentó Penélope, volviendo a la conversación anterior.

—Básicamente.

—Espero que con la abuela seas un poco más creativo. En este punto de la conversación es cuando tienes que dorarme la píldora y decirme lo maravillosa que es mi compañía y lo mucho que te diviertes a mi lado —bromeó.

—Bueno, muñequita, ya sabes que no me gusta mentir —respondió pinchando otro falafel del plato de su nieta.

Penélope se echó a reír con ganas, olvidándose por un instante de la lista de tareas pendientes y de los DVD que llevaba en el bolso.

Siguieron comiendo entre risas y confianzas, hasta que Richard se atrevió a desahogarse con su nieta, poniéndola al día de los problemas que estaba teniendo con Julia y su adicción al póquer *online*.

—La situación me supera. Tu abuela no se despegaba de su móvil. Al principio pensé que estaba teniendo una aventura, pero ahora sé que es por el juego. Y lo peor es que no juega sola, sus amigas están en la misma situación.

—¿Qué quieres decir?

—Antes se reunían en casa dos veces por semana y jugaban al bridge. Ahora

juegan al póquer cada día, a todas horas. Y lo peor es que compran fichas, no es que sea mucho dinero, al menos de momento, pero no sé en qué acabará esto.

—¿Has hablado con ella?

—Por supuesto que he hablado con ella. Incluso la he amenazado con abandonarla e irme de casa para siempre.

—Habéis estado juntos cincuenta años, te conoce, abuelo. Si no reacciona a tu amenaza es porque no te cree —la defendió Penélope—. Ella te quiere mucho.

—Lo sé, cariño, pero mi paciencia tiene un límite, y el amor también lo tiene. No sé cómo lo llevarán los maridos de sus amigas, pero sé que yo ya no puedo seguir así.

—Hablaré con ella, ¿de acuerdo? Quizás a mí me haga caso.

—Siento mucho tener que pedírtelo. —Sabía que la estaba poniendo en un compromiso, pero no se sentía con fuerzas para llamar a Jane y contarle lo que estaba sucediendo con su madre. Su hija era capaz de presentarse allí y ponerlo todo patas arriba, no tenía duda de que Penélope sería más discreta y más eficiente. Gracias al cielo había heredado su carácter paciente y mesurado, tan en contraposición con los histrionismos de su esposa y de su hija.

Penélope estiró la mano para coger la de su abuelo.

—Estoy contigo, como siempre.

Richard solo sonrió, y ella se dio cuenta de que por primera vez su familiar rostro aparentaba la edad que tenía.

—Lo sé, muñequita.

Ninguno de los dos añadió nada más porque en ese momento el móvil de Penélope comenzó a sonar dentro de su bolso.

—Cógelo. No pasa nada. Tu abuela no está y para mí los modales no son tan importantes —bromeó Richard, intentando distender el ambiente.

—Solo es un mensaje. Lo leeré después —anunció sin dejar de mirar a su abuelo—. ¿Qué te parece si el domingo voy a comer con vosotros y aprovecho la oportunidad para hablar con la abuela?

—Me parece perfecto, pero muñequita, no se lo digas a tu madre. Mantengamos la paz familiar un poquito más.

Las risas de ambos rebajaron la seriedad del problema.

Cuando por fin llegó a su apartamento estaba agotada. Tras prometerle a su abuelo que se verían el domingo había entrado en el portal deseando deleitarse con la paz y la tranquilidad de su casa. Necesitaba ordenar sus pensamientos para poder tomar las decisiones acertadas. Pero antes de disfrutar de su merecido descanso tuvo que soportar un poco más de caos; la mala suerte intervino para que se encontrara en el ascensor con su vecina y sus dos hijos: Beth y Jordan.

Beth era una niña encantadora, que hacía de canguro para Byron, ya que dejar al gato solo muchas horas equivalía a tener que renovar los muebles y comprarse un

guardarropa nuevo pero Jordan era un adolescente problemático que llevaba a sus padres de cabeza. Y para seguir con el desorden en que se había convertido su vida durante la última semana, se vio forzada a ser una oyente involuntaria del sermón que Emily le estaba dando a su hijo mayor. De modo que cuando por fin entró en su piso, se descalzó y se dejó caer sobre el sofá con un sonoro suspiro. Durmió durante casi una hora, y no despertó hasta que el sonido del teléfono la sobresaltó.

Todavía semiinconsciente abrió el bolso y sacó el móvil. Tenía una llamada perdida de un número desconocido y un WhatsApp que había recibido mientras comía con su abuelo, y que había olvidado leer.

El aturdimiento producido por haberse despertado de golpe desapareció en cuanto vio la fotografía que le habían enviado: Evan muy sonriente mientras sostenía a Byron en brazos, y el muy traidor del gato parecía encantado con la compañía, Penélope apostaría a que incluso había ronroneado mientras le hacían la foto.

Supo sin necesidad de comprobarlo de quien era la perdida que la había despertado. Presionó la última llamada y la devolvió mientras su activa imaginación de escritora ideaba distintas formas de tortura.

Evan respondió antes del tercer tono:

—¡Qué decepción, Pen! Pensaba que te importaba más Byron. Has tardado una eternidad en reclamarlo —contestó Evan, sin saludar siquiera. Su voz tenía un deje de impaciencia que ella nunca hubiera esperado.

—No te hagas el gracioso. ¿Por qué lo tienes tú?

—¿Sabes? Estoy pensando en quedármelo. Tú no pareces muy interesada y yo... Le he cogido cariño —comentó obviando su pregunta.

—Secuestrar a mi gato no te va a dar el papel.

—No, pero garantizaré que aceptes cenar conmigo. —Se notaba en su voz cuánto estaba disfrutando de la conversación.

Desde el primer momento en que se habían encontrado, ella era la que manejaba la situación; mientras Penélope estaba al tanto de quién era Evan, él no la conocía. Después se había vengado usando esa información y finalmente se había mostrado fría, borde y distante. Pero ahora era Evan quien tenía la sartén por el mango y pensaba aprovecharse tanto como pudiera. Aunque no estuviera dispuesto a analizar las razones que le impulsaban a hacerlo.

—No pienso salir contigo. No sería ético.

—Tranquila, no vamos a salir. Cenaremos en casa, así no tienes que preocuparte de que te vean conmigo. Lo tengo todo bajo control.

—¿Y si digo que no?

—Me quedo con Byron —dijo, sabiendo que no iba a negarse—. Y francamente creo que el animal lo prefiere.

—Es imposible que le gustes a mi gato —atacó Penélope, molesta por su

seguridad—. Ha estado conmigo desde que era un cachorrito.

Evan se rio con ganas.

—Solo podrás comprobar si digo la verdad si nos ves a los dos juntos. Así que...

—Por lo visto no tengo más remedio que aceptar volver a verte... ¡Está bien!

—Eso está mejor. Nos vemos a las siete en tu casa —dijo, despidiéndose.

—¡Espera! No te he dado mi dirección.

—¿Qué clase de secuestrador crees que soy? Sé dónde vives. ¡Soy un profesional!

—dijo, fingiéndose ofendido.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que eras actor.

Capítulo 9

Tras colgar el teléfono, Penélope se sentó en el sofá, asimilando la conversación que acababa de mantener con Evan. ¿Cuál era la razón por la que deseaba cenar con ella? Su interpretación en el *casting* había sido un éxito, hasta el punto de que todos los presentes habían estado de acuerdo en que él era perfecto para el papel. Y si bien la última palabra le correspondía a Penélope, Evan tendría que haber supuesto que ella no se pondría en contra del director del film por nada del mundo. Por otro lado, si quería invitarla a cenar no tenía que molestarse en cuidar de Byron, bastaba con que la hubiera llamado y se lo hubiera pedido. De modo que si lo había hecho creyendo que esa era la única manera de conseguir que aceptara cenar con él, tendría que revisar su actitud, pensó sintiéndose culpable por los desplantes que le había hecho.

Cuando comprendió que disponía de una cena para redimirse se acordó de Camden, y de que no había logrado hablar con él cuando le había llamado.

Preocupada porque su amigo se sintiera culpable por haber perdido a su gato marcó su número y esperó a que respondiera. Lo hizo antes del tercer tono.

—Hola, Penélope —saludó, y su voz sonó abatida.

—¿Estás bien? —inquirió preocupada.

—Más o menos.

—¡Dios mío! ¿Evan te ha pegado para que le dieras a Byron?

—Siendo justos en realidad me pegó antes.

—Lo siento mucho, Camden —se disculpó, replanteándose la decisión de ser amable con Evan.

—Soy yo el que debe disculparse.

Armado con el transportín, y una caja con seis botellas de Caledonian 80 bien frías, Evan llamó timbre de Penélope.

Un instante después le abrió la puerta se lanzaba directa a recuperar a su gato sin siquiera saludarle. Abrió el transportín y lo dejó salir con intención de cogerle en brazos.

—¡Cuánto te he echado de menos, cosita! —le dijo al animal, que ronroneaba, encantado con las caricias.

—¡Qué sorpresa! Jamás imaginé que lo fueras a reconocer. Yo también te he echado de menos. —Se rio Evan—. He traído cerveza, por los viejos tiempos —comentó, levantando la caja para que ella la viera.

—Hola, Evan. Gracias por cuidar a Byron.

La respuesta le pilló desprevenido, había esperado un sermón, quizás alguna pulla hiriente, pero nunca que le agradeciera haberse llevado a su gato.

Sin saber qué decir se dedicó a observarla. Llevaba unos vaqueros desgastados y una blusa azul celeste, que resaltaba el color de sus ojos. El cabello recogido en una coleta, dejaba a la vista su preciosa piel, y apenas maquillaje, de hecho ni siquiera llevaba zapatos. Sintió una punzada al darse cuenta de que no se había molestado en arreglarse para él.

¿Tan poco interés tenía en atraerle? ¿O lo hacía porque era consciente de lo hermosa que estaba enfundada en aquellos vaqueros con las uñas pintadas de rosa chicle y con la blusa abrochada a partir del tercer botón?

—Dame las cervezas, las pondré en la nevera —pidió, sacándole de sus pensamientos.

—Te acompaño, me muero por ver lo que me has preparado para cenar —dijo, con intención de provocarla, de repente ansioso por volver a toparse con la Penélope que conocía.

—No te hagas ilusiones, el menú es muy sencillo, ensalada especial y cordero al horno.

—¿Especial? ¿Por qué ensalada especial?

—Porque lleva de todo lo que tengo en la nevera en el momento en que la hago. Es una receta abierta —explicó con una tímida sonrisa.

—Suenan maravilloso, justo la clase de comida que me esperaba de alguien como tú. —Siguió empujándola para que reaccionara.

—¿Eso qué quiere decir?

—Bueno, eres latina. No te pega el *fish and chips*. Apuesto a que tienes aceite de oliva y vinagre de Módena en la despensa.

—En eso tienes razón. Adoro la comida mediterránea, es una de las cosas que echo de menos de España cuando estoy en Londres —confesó, dejando las cervezas sobre la encimera—. ¿Quieres una?

—Eso estaría muy bien —aceptó, fastidiado por no haberla hecho reaccionar. De hecho sus respuestas eran de lo más razonables—. ¿Necesitas a un hombre para que la abra?

—Sí, gracias —respondió ella, tendiéndole el abridor sin perder la sonrisa.

Frustrado por la amabilidad que seguía mostrándole, a pesar de sus intentos de enfadarla, se planteó la posibilidad de decirle que dejara de comportarse de ese modo. Pero se detuvo cuando comprendió que hacerlo equivaldría a una derrota.

Voy a tener que cambiar de táctica, se dijo, por lo que se pasó el resto de la velada haciéndose el interesante.

Penélope sabía perfectamente lo que Evan buscaba, pero no estaba dispuesta a dárselo. Se había propuesto ser amable, la clase de anfitriona que su abuela le había inculcado que debía ser, y no iba a renunciar a ello por mucho que Evan la provocara. Siendo completamente sincera se estaba divirtiendo viendo a Evan perder la partida.

No obstante, durante la cena ambos parecieron relajarse. La comida y la cerveza distendieron el ambiente, pero tras ella, sentados en el salón, las intenciones de Evan volvieron a quedar claras y, a pesar de sus intentos por controlarse, la paciencia de Penélope llegó a su límite.

—¿Ya has decidido quién hará el papel de Cruz? Reconozco que Henry no lo hizo mal, pero yo soy perfecto para dar vida a tu personaje. Parece escrito a mi medida. ¿Pensaste en mí mientras lo escribías? He oído que los escritores buscáis un referente real para personificar al personaje.

—¿De verdad te crees tan irresistible?

—¿De verdad crees que no me doy cuenta de cómo me miras? —preguntó arqueando una ceja, de un modo arrogante y muy *sexy*.

—¿Y cómo se supone que te miro?

—Como si quisieras devorarme. Como si quisieras saborear cada centímetro de mi cuerpo.

Penélope sintió un hormigueo en la piel y el desasosiego se instaló en su estómago. Era evidente que él lo había dicho para molestarla, pero la imagen que había descrito se había instalado en su cabeza con fuerza, principalmente porque eso era exactamente lo que deseaba.

—¡Oh, vamos! Deja de fanfarronear y tómate una cerveza. Así mantendrás la boca ocupada en algo que no seas tú mismo. —Le espetó, arrepintiéndose al instante, ya que sus palabras la empujaron a mirar sus labios. Justo lo que había estado evitando durante toda la noche.

—Imposible. Te estás bebiendo la última —dijo, señalando la cerveza que Penélope sostenía en la mano derecha.

—La compartiremos. Cualquier cosa por un poquito de silencio —bromeó, tendiéndole el botellín.

—No, así no.

—¿Quieres un vaso? —preguntó, dolida porque no quisiera beber de la botella porque lo había hecho ella antes.

—No exactamente. ¡Bebe! —pidió él, en un tono sensual que hizo que se le incendiara la piel.

Hipnotizada por el modo en que la estaba mirando obedeció sin protestar, dando un largo trago a la cerveza.

La sonrisa de Evan se ensanchó, y sin perder el contacto visual le indicó con un gesto de la mano que se sentara a su lado en el sofá.

Como si su cuerpo se hubiera desligado de su mente, Penélope hizo lo que le pedía, aunque al hacerlo dejó espacio entre ambos. Sabedora de que su aroma sería más intenso a medida que estuviera más cerca de él. Evan no fue tan cuidadoso, eliminó la distancia un instante antes de inclinarse sobre ella y posar sus labios sobre los suyos.

En esta ocasión la boca de Penélope le estaba esperando, entreabierta. Dispuesta a ofrecerle todo lo que buscaba. No hubo caricias para tantear su respuesta. El beso fue hambriento y salvaje desde el primer contacto. La lengua de Evan se adentró en su boca, arrasando con la poca cordura que le quedaba, empujando a su lengua a que le devolviera el beso, a que se atreviera a arrebatarle el control. Y Penélope lo hizo, dejó escapar un gemido y se lanzó a sus brazos, sentándose sobre sus muslos, y derramando un poco de la cerveza que todavía sostenía en sus manos. El líquido frío empapó la camiseta de Evan, marcando con ello los músculos de su pecho, pero ninguno de los dos pareció notarlo.

—Delicioso, pero quiero más —expuso él, abandonando sus labios.

Le quitó de las manos temblorosas la cerveza, y con sumo cuidado metió dentro del cuello de la botella un dedo. Volcándola lo necesario para que este quedara mojado con el líquido ambarino. Tras ello volvió a centrar la mirada en Penélope, que lo miraba expectante. Con lentitud fue acercando el dedo mojado a su piel suave y cálida, y comenzó a trazar formas por el sensible cuello, por las clavículas... Mojándolo de nuevo cada vez que era necesario, siguió por la curva de los senos... Y luego con mucho cuidado de no derramar más de la cuenta dejó caer unas gotas en la separación entre los pechos. Penélope se arqueó al notar el frío en la piel y gimió, cada vez más excitada.

—¿Evan? —susurró.

—¡Shhhh!

Se chupó el dedo que ardía por el contacto con la piel femenina, y acto seguido se inclinó sobre ella para lamer cada una de las gotas de cerveza que tan metódicamente le había derramado.

No solo la lengua de Evan era la culpable del tormento del que estaba disfrutando Penélope, sus manos parecían abrir el camino a su boca. Estaban por todas partes, acariciando y desabrochándole la ropa. Tenía la camisa completamente abierta, dejando al descubierto un sujetador de encaje que dejaba entrever sus inhiestos pezones.

Sintiendo que estaba a punto de estallar en llamas se movió sobre Evan para sentir mejor la presión que ejercía el deseo de Evan en sus nalgas, y este le pagó enterrando la cara entre sus senos para beber la cerveza directamente desde su piel.

Evan comprendió que si seguía besándola acabaría perdiendo el control, y ambos terminarían jadeando en la cama. Era tan receptiva que sus reacciones estaban haciendo añicos su sentido común. Lo que había comenzado como un juego que pretendía provocarla, conseguir que reaccionara, se había transformado en una espiral de pasión que estaba a punto de hacerle enloquecer de deseo.

No obstante, no podía olvidar que por mucho que la deseara la mujer que temblaba en sus brazos era la mejor amiga de su hermano. ¡Por Dios! Incluso su propia madre la adoraba. Se mirase por donde se mirase llevarla a la cama era un error que no

se podía permitir. Y lo era porque él no estaba dispuesto a que su relación pasara de ahí.

Las mujeres siempre lo complicaban todo, y él había trabajado mucho para estropearlo todo cuando ya casi había conseguido su objetivo. Lo había visto en multitud de ocasiones entre sus compañeros de profesión. Rodajes que duraban meses y que te mantenían lejos de casa, largas temporadas de promociones, mujeres dispuestas a casi cualquier cosa por acostarse con una celebridad... Las relaciones románticas duraban muy poco en semejantes circunstancias. Tampoco se trataba de que no hubiera parejas felices dentro del celuloide, pero en casi todos los casos, los implicados eran actores que entendían de primera mano que el trabajo de su pareja no terminaba cuando finalizaba el rodaje.

Se separó de ella con brusquedad aunque se mostró delicado cuando la asió por la cintura y la hizo sentarse a su lado en el sofá.

—Gracias por compartir la última cerveza conmigo —dijo, al tiempo que se levantaba, todavía con el deseo presionando sus pantalones—. Buenas noches, Pen.

Ella fue incapaz de responder, e incluso de reaccionar. Solo el sonido de la puerta al cerrarse la sacó de su letargo.

Se había permitido dejarse llevar y ahora iba a pagar por haberlo hecho. Porque en esos momentos lo único que tenía claro era que iba a ser imposible que pudiera olvidarse de lo que acababa de suceder.

Capítulo 10

Cuando se despertó el sábado por la mañana después de haber pasado gran parte de la noche en vela, tenía un intenso dolor de cabeza, y la sensación de que todo hubiera ido mejor si se hubiera esforzado en no corresponder el beso. Por muy difícil que fuera la tarea debería haberlo intentado. Sobre todo porque tras la reacción de él, se sentía estúpida y mucho más enfadada de lo que Evan se merecía.

Después de todo no era la primera vez que la besaba, en Edimburgo había podido resistirse a su encanto, y su relación no se había visto afectada. Algo le decía que en esta ocasión, si por casualidad volvían a encontrarse, las cosas entre ellos no serían tan fáciles. Ya no solo por el hecho de que él se hubiera marchado tan repentinamente, visiblemente arrepentido por lo que había sucedido, sino por el detalle, que le estaba costando tanto olvidar: lo mucho que había deseado que continuara.

Por eso estaba tan alterada, porque al enfado que sentía con Evan y la facilidad con que se había marchado, se le unía el enfado consigo misma, por haber deseado más de lo que le dictaba el sentido común.

Se levantó sin muchas ganas, molestando a Byron que había montado su cama a sus pies, y rebuscó en el cajón de los medicamentos un paracetamol. Se lo tomó y regresó a la cama. A fin de cuentas era sábado, no tenía ningún trabajo pendiente y estaba deprimida. Con ese panorama se quedó dormida inmediatamente. Al abrir de nuevo los ojos se dio cuenta de que era casi mediodía, aunque no tenía hambre. La mera idea de llevarse algo a la boca le provocaba malestar en el estómago. No había bebido tanto como para echarle la culpa a la cerveza así que lo más probable era que se hubiera acatarrado.

Colocó la almohada contra el cabecero de la cama y se sentó apoyada en ella. Por una vez iba a olvidarse de las responsabilidades e iba a vagar durante todo el día. Alargó el brazo para abrir el primer cajón de la mesilla de noche y coger el mando a distancia de la televisión.

Una vez encendida tardó cinco minutos en decidirse por una cadena, en las que no pasaban noticias que le ponían el vello de punta, emitían programas ya comenzados.

La suerte hizo que, en un canal por cable, anunciaran el inicio de una película que había visto millones de veces: *Shakespeare in love*.

Saltó de la cama, y a toda prisa fue a la cocina a llenarle a Byron el cuenco de comida, abrió una latita de paté para gatos y lo mezcló con el pienso. Como si se tratara de un sabueso en lugar de un felino, Byron apareció maullando de felicidad, impaciente por hincarle el diente a la comida.

—No me llores así —pidió Penélope al gato—. Estoy planteándome ponerte a

dieta por traidor.

Byron la miró como si comprendiera sus reproches, y como si pidiera perdón, se restregó contra sus piernas.

—Está bien, si me lo pides de este modo tendré que perdonarte —concedió con una sonrisa, dedicada a sí misma y a sus locuras.

Una vez que lo tuvo todo preparado lo depositó en su sitio, le cambió el agua, y regresó al dormitorio, dispuesta a disfrutar del romanticismo del que carecía su vida.

Ciento treinta y siete minutos después se sentía más deprimida mientras intentaba controlar las lágrimas que siempre le provocaba el final de la película.

El timbre de casa la hizo salir de la cama, descalza fue a ver quién osaba interrumpir su día de descanso. Le llamó la atención que su visitante llamara directamente a la puerta de su apartamento, Dimitri, el portero del edificio, no dejaba entrar a nadie sin anunciar a ella su llegada, a no ser que, como la noche anterior, Penélope le hubiera informado que esperaba una visita.

Se puso de puntillas, y ojeó por la mirilla quién había conseguido colársele al portero ruso, antiguo agente del KGB.

Abrió con una sonrisa en los labios.

—Hola, Camden, qué sorpresa.

—¿Sorpresa? Llevo horas telefoneándote, y no te has dignado a responder a ninguna de mis llamadas. He estado a punto de llamar a tus abuelos para preguntarles por ti, pero después he decidido no asustarles antes de tiempo, y he venido para comprobar que estás bien. Estaba preocupado.

—¡Oh, cariño. Lo siento! Tenía el móvil en silencio, lo puse ayer antes de irme a dormir y me he olvidado de él. ¿Por qué no me has llamado a casa antes de venir?

Camden la miró con mala cara. Enfadado porque le creyera tan estúpido.

—Lo he hecho. Tampoco contestabas.

—¡Qué extraño! No lo he escuchado sonar —comentó yendo hasta donde tenía el teléfono fijo, para comprobar que el cable que iba a la caja de conexión de la pared, estaba suelto.

—¡Byrooon! —gruñó Penélope.

—¿Qué sucede? —inquirió Camden, acercándose y viendo el desacato del teléfono—. Debe haberlo hecho esta noche mientras estabas durmiendo.

—No, se ha pasado toda la noche a mis pies.

—¿Entonces? Dudo que lo haya hecho delante de ti.

—Debió de atacar el cable ayer cuando estaba bes... —Se calló antes de terminar la frase, pero no lo suficientemente rápido para que Camden no sospechara.

—¿Cuándo estabas qué?

—Será mejor que prepare café —decidió, encaminándose a la cocina.

—Supongo que sabes que el hecho de que no me cuentes de qué va esto me hace

pensar en mil posibilidades.

—No he dicho que no te lo fuera a contar sino que necesito café para poder hacerlo —explicó abriendo los armarios para sacar el azúcar y las cápsulas de café.

—En ese caso imagino que tiene algo que ver con mi hermano y la cena romántica de ayer —aventuró—. ¿Qué tal fue? ¿Ha resultado ser tal y como esperabas que fuera? ¿O habías puesto el listón muy alto?

Penélope se giró a mirarle con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¡Vete a la mierda!

Ahora fue Camden quien se asombró.

—¿Quién eres tú, y qué has hecho con mi amiga?

Diez minutos después los dos reían divertidos por el incidente mientras paladeaban una taza de café recién hecho.

—¿Qué esperabas? Has dicho mierda. Ni siquiera creía que fueras capaz de pronunciar una palabra tan mal sonante —se burló Camden—. Siempre imaginé que te quedarías sin voz antes de hacerlo o tus labios se negarían a moverse.

—Muy gracioso.

—Estoy de acuerdo. Soy demasiado ingenioso para mi propio bien —comentó, viendo la cara que estaba poniendo Penélope.

—No soy tan perfecta como crees. A veces también digo palabrotas, y tengo muy mal genio. Lo que pasa es que me controlo muy bien.

—Te creo —aceptó Camden, aguantándose las ganas de reír—. Te he visto en acción. Eres temible.

—No tientes a la suerte o tendré que demostrarte que digo la verdad.

—Nada me aterrorizaría más que verte enfada. Mejor cuéntame qué tal fue todo ayer —pidió cambiando el tono jovial por uno más serio.

—¿Te acuerdas cuando te dije que Evan era gilipollas? —esperó hasta que él asintió con la cabeza para seguir hablando—. Pues en ese momento solo era una conjetura. Ahora estoy completamente segura de que lo es.

Camden escuchó sin interrumpir lo que había sucedido. Desde que se había comportado como un cretino buscando sus réplicas a cómo la había besado con pasión. Se abstuvo de contarle los detalles, pero la idea quedó bastante clara sin ellos.

A pesar de los años a que se remontaba su amistad y a la estrechez de ella, Penélope se sentía incómoda hablando de esto con Camden. Siempre había sido violento para ella hablar de Evan con su hermano por lo que ambos evitaban hacerlo. Aun así, sabía que su mejor amigo sospechaba de su encaprichamiento por él. Lo que lo hacía todo más complicado.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Camden, preocupado.

—¿Hacer...? Nada. Nada en absoluto. Sinceramente, dudo mucho que vaya a volver a ver a tu hermano en una larga temporada. Si tengo suerte pueden pasar otra

vez quince años antes de que lo vea.

—En eso tienes razón, si finalmente no consigue el papel no habrá ninguna razón para que tengas que volver a verle —confirmó, esperando que le dijera si se iba a decidir por Evan o por otro actor. Sin embargo, Penélope ni afirmó ni negó.

—Exactamente.

El domingo a Penélope no solo le dolía la cabeza, le dolía todo el cuerpo. Había dormido fatal, despertándose cada pocas horas. Incluso le había empezado a escocher la garganta. A pesar de todo, tenía una cita pendiente que no podía posponer. Su abuelo estaba demasiado preocupado como para dejarle solo.

Se preparó un vaso de leche caliente con miel y un paracetamol, y se metió en la ducha. Dejó que el agua caliente le cayera encima durante varios minutos, permitiendo que se desentumecieran los músculos. Se lavó el cabello, se enjabonó el cuerpo con meticulosidad, y tras enjuagarse rápidamente, se envolvió en una toalla y se dispuso a encontrar el vestuario perfecto para una comida en casa de sus abuelos. Lo que excluía vaqueros, pantalones, chándal... Resumiendo, cualquier prenda con la que sentirse cómoda.

Tras mirar durante varios minutos su armario se decidió por un vestido rojo por encima de la rodilla, recto, y de cuello baby en negro, al igual que los ribetes de los puños y dos franjas en los hombros, semejantes a los galones.

Por supuesto las bailarinas, y el zapato plano en general estaban descartados, su abuela no aceptaría ningún zapato con un tacón de menos de cuatro centímetros. Por lo que se calzó unas botas negras de tacón de aguja con las que remató su atuendo.

El color del vestido mitigaba un poco su palidez, pero a pesar de ello tuvo que maquillarse para esconder los cercos oscuros bajo los ojos.

Cuando pensó que estaba lo suficientemente decente como para pasar la inspección de su abuela, se puso un abrigo negro de lana, se colgó el bolso del hombro y abandonó su casa, el único lugar en que deseaba estar.

La salida empezó mal, ya que tuvo que esperar varios minutos al ascensor, que no dejó de estar ocupado ni un segundo. Se sentía demasiado adolorida como para bajar los cinco pisos a pie, y además llevaba tacones, por lo que se vio obligada a esperar.

Una vez en el vestíbulo interrogó a Dimitri sobre los problemas con el ascensor, y fue así como supo que tenían un nuevo vecino, que estaba haciendo la mudanza. Al parecer sus muebles eran demasiado grandes para caber en el ascensor del servicio.

Tras agradecer a Dimitri la información —a quien su anterior trabajo de espía le había capacitado para ser lo suficientemente competente como para descubrir los detalles más escabrosos de todos los vecinos—, le pidió que llamara a un taxi para que la llevara a casa de sus abuelos. Mientras tanto, y sintiendo en sus pies las consecuencias de llevar tacones y haber estado de plantón, se sentó a esperarlo.

Aburrida, aprovechó la ocasión para observar a los operarios de la mudanza.

Ciertamente los muebles eran enormes. Los nuevos inquilinos debían de tener un problema con el tamaño.

De eso no tenía ninguna duda.

Capítulo 11

Richard recibió a su nieta con una sonrisa y un abrazo. Había estado esperando que Penélope apareciera como si ella fuera capaz de obrar el milagro. Estaba tan centrado en sus problemas que tardó más de lo usual en darse cuenta de que Penélope no tenía buen aspecto, a pesar de que era evidente que se había esmerado en disimularlo.

No obstante, se la veía alicaída, y su piel estaba más caliente de lo normal en una persona.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —preguntó separándose de su abrazo, y tocándole con cariño la frente. Los dedos fríos le provocaron un escalofrío que trató de ocultar.

Optó por no responder directamente, comprendiendo que su abuelo se sentiría culpable por haberla hecho asistir a la comida estando enferma, de modo que se encogió de hombros.

—Por supuesto que no se encuentra bien —comentó la voz de su abuela a su espalda—. Solo hay que mirarla para darse cuenta de que tiene fiebre.

Penélope se giró con cuidado para no marearse. Al bajar del taxi había hecho un movimiento brusco y a punto había estado de caerse al suelo.

Julia Pryce la observaba con el entrecejo fruncido, seguramente preocupada por la debilidad que mostraban los ojos enrojecidos y la piel pálida de su única nieta. Imagen que contrastaba con la suya propia, vestida con un impecable traje de chaqueta de color gris perla y adornado con un collar de perlas al que le había dado dos vueltas. Su cabello rubio platino, antaño natural, estaba recogido en un moño francés del que no se escapaba ni un mísero cabello.

—Hola, abuela. ¡Estás guapísima! —saludó, acercándose para besarla en ambas mejillas. Costumbre española que Penélope mantenía cuando estaba en Londres.

—Tú también estás guapa, a pesar de la mala cara que traes. ¿Tienes fiebre? —preguntó, acercándose con la mano en alto para tocarle la frente, igual que había hecho su abuelo.

—Estoy bien. Un poco hambrienta, pero bien.

Tal y como había esperado, esa era la respuesta adecuada para que su abuela olvidara el tema. La obsesión de Julia por la comida le había servido en esta ocasión a Penélope para escapar del interrogatorio sobre su estado de salud al que seguramente pensaba someterla.

Se dejó llevar hasta el comedor, sorprendida por no haberla visto coger el teléfono en ningún momento. Sabía que su abuelo no exageraría sobre su adicción, de modo que lo achacó a su presencia en la casa, o quizás después de todo, ella misma se había dado cuenta del problema y estaba intentando solucionarlo.

Una vez sentados en la mesa la conversación siguió fluida, ninguno de los dos volvió a hacer alusión al aspecto de Penélope, lo que la hizo sentirse más relajada, y poder centrarse en lo que la había llevado hasta allí.

Disimuladamente le hizo una señal a su abuelo para indicarle su extrañeza ante la normalidad de su abuela. Para su sorpresa este levantó su servilleta, por supuesto de tela, en casa de los Pryce estaban prohibidas las de papel; y le hizo un gesto con la cabeza que Penélope no supo descifrar.

Aprovechando que Julia estaba entretenida sirviéndose la comida en el plato, se giró completamente hacia su abuelo articulando con los labios qué era lo que quería decirle. Le respondió del mismo modo, y su respuesta la dejó desconcertada. ¿Qué narices le pasaba a la servilleta? ¿Estaba sucia? ¿Se refería a la suya o a la de él?

Cada vez más desconcertada, se dio la vuelta para servirse de la bandeja que tenía delante cuando un movimiento a su izquierda atrajo su atención. Por el rabillo del ojo vio a su abuela sacar un objeto pequeño y plateado de debajo de su servilleta y dejarlo con cuidado sobre su regazo.

En esos instantes no supo cómo reaccionar, si reírse del hecho de que su abuela se comportara como una adolescente, o llorar al comprender que su abuelo no había exagerado en nada.

—Abuela, ¿tienes algo escondido debajo del mantel? —preguntó, con naturalidad.

Admirablemente Julia no perdió ni un ápice de su compostura.

—Nada, ¿por qué me haces una pregunta tan rara?

—Me ha parecido que estabas tecleando con el teléfono —comentó como si no fuera importante—. Lo que me ha extrañado mucho teniendo en cuenta lo mucho que valoras la corrección en la mesa.

Richard, quien no se esperaba que Penélope encarara a Julia de ese modo tan sutil, y a la vez acertado, se atragantó con la comida y comenzó a toser con fuerza.

—¡Richard! —gritó Julia, visiblemente indignada—. Mastica bien, por Dios.

Penélope le acercó el vaso de agua a su abuelo, que tenía el rostro mojado por las lágrimas producidas por el atragantamiento.

Durante unos segundos, nadie dijo nada, se limitaron a mirarse en silencio. Julia

pendiente de cada gesto de su esposo y de su nieta, Richard intentando calmar su respiración, y Penélope intentando librarse de los pinchazos que le estaba dando la cabeza.

—Abuela, creo que tenemos que hablar —anunció, llevándose los dedos a las sienes para masajearse, en un vano intento de sentirse mejor.

—Seguro que sí, pero no será hoy —anunció Julia, levantándose de la mesa, y añadió—. Richard lleva a la niña a casa antes de que se desplome encima de la comida.

—¡Estoy bien!

—No lo estás, muñequita. Tu abuela tiene razón, deberías meterte en la cama y llamar al médico.

—Solo estoy cansada.

—Lo que digas, en cualquier caso te voy a llevar a casa. No discutas conmigo.

—No puede evitarlo, Richard. Se parece demasiado a ti para ser razonable —comentó Julia, con el abrigo y el bolso de su nieta en las manos.

Se lo tendió a su marido para que la ayudara a ponérselo, y después ella misma le colgó el bolso en el hombro, le dio un beso en la frente y la conminó a que fuera al médico para poder empezar con un tratamiento que la hiciera sentir mejor.

—Abuela, no tengo nada grave. Solo es una gripe.

—¿Cuándo te licenciaste en Medicina que no me invitaste a la entrega de diplomas?

Durante el trayecto en coche hasta su casa se disculpó varias veces con su abuelo por no haber podido cumplir con su promesa de hablar con Julia sobre su adicción. Él le quitó importancia al asunto, consciente del lamentable estado en que se encontraba su nieta, pero igualmente se veía desilusionado, como si hubiera creído que Penélope lograría convencer a su esposa para que dejara de estar tan obsesionada con el juego. Aunque la realidad fuera otra, ya que ni siquiera lo había dejado el tiempo que había estado la niña en casa.

—¿Te acompaño arriba? —ofreció cuando paró el coche frente a la puerta del portal.

—No es necesario, abuelo. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Te llamaré para volver a hacer el intento. Sobre todo ahora que he visto que no estabas exagerando.

Instintivamente se dio la vuelta cuando escuchó que le abrían la puerta desde fuera. Al ver el coche de Richard Pryce, Dimitri, había tenido el galante gesto de ayudar a Penélope a salir.

—Buenas tardes, señor Pryce —saludó el portero.

—Buenas tardes, Dimitri. Por favor, acompaña a Penélope hasta su puerta que no se encuentra muy bien —pidió alargando la mano para estrechársela y depositarle disimuladamente un billete en la mano.

—No se preocupe por nada, yo me hago cargo —dijo, antes de despedirse sonriendo y caminar detrás de Penélope.

—Adiós, abuelo. No es necesario que me acompañes, Dimitri. Estoy bien.

El portero se adelantó, galante para abrirle la puerta del portal.

—Tengo que hacerlo, señorita Martín. Le he dado mi palabra a su abuelo. — Justificó, con expresión seria.

Penélope se calló la réplica, resignada a sufrir sus atenciones. Cruzó el vestíbulo, y miró esperanzada a Dimitri cuando pasaron por delante de su mesa. Haciendo honor a su pasado de agente secreto, el portero no movió ni un músculo de su cara mientras la seguía.

Los administradores de la finca le habían dado el puesto de portero a Dimitri porque en el edificio vivía gente muy importante, y él sabía mantener alejada a la prensa de allí. De alguna manera su anterior trabajo le había cualificado para ello, y a pesar de su edad se mantenía en óptimas condiciones para desempeñar su papel de protector.

Pero su celo con los inquilinos en esos instantes molestaba a Penélope, que lo único que deseaba era que la dejaran sola para poder subir a su casa e invernar.

Con un hondo suspiro se dio por vencida, giró la cabeza para seguir su camino, y se quedó paralizada por la sorpresa a tres pasos del ascensor, al ver a Evan frente a ella, relajado y cómodo.

Una cálida sensación invadió su cuerpo, que unido a su malestar, le hizo tambalearse un poco sobre sus tacones, la mano firme de Dimitri la estabilizó.

—¿Se encuentra peor? —preguntó Dimitri, con la preocupación pintada en el rostro.

La pregunta, alertó a Evan de que había alguien más allí, por lo que se giró para saber de quién se trataba topándose con la mirada sorprendida de Penélope.

En una décima de segundo la cabeza de la autora se llenó de preguntas, ¿qué hacía en su finca? ¿Había ido a verla a ella? Y si era el caso, ¿por qué? ¿Para qué? ¿Quería disculparse por el beso? ¿O por haberse marchado tan precipitadamente?

—Estoy bien. —Logró contestar.

—Buenas tardes, señor Nash —saludó Dimitri, con una sonrisa.

Penélope achicó los ojos y frunció el ceño, sorprendida por el grado de conocimiento entre ambos hombres, pero en lugar de responder a la interrogación implícita en el gesto, Evan formuló su propia pregunta.

—¿Estás enferma? Tienes mal aspecto.

—Gracias, eres muy amable. ¿Qué haces aquí?

—Me he mudado esta mañana.

—¿Perdón? —estaba segura de que había escuchado mal.

—Dimitri, ¿te importa dejarnos solos? Por favor —pidió, con una sonrisa.

—Por supuesto, señor Nash, pero tendrá que acompañar a la señorita Martín hasta su casa, está enferma y puede marearse.

—Estaré encantado de hacerlo.

Dimitri asintió al mismo tiempo que Penélope protestaba alegando que no necesitaba una niñera.

—¿Cómo que te has mudado? —inquirió, en cuanto vio a Dimitri regresar a su mesa, en la entrada del edificio.

—Se han roto las cañerías de mi piso, y he tenido que trasladarme mientras duran las obras. Aunque no tengo muy claro si volveré, mi nueva casa es mucho más espaciosa, y tiene un portero a prueba de *paparazzi*.

—¿Y cuándo pasó eso? —preguntó, desconfiada, pasando por alto la broma.

—El viernes por la noche.

—¿Y te has mudado tan rápido?

—Penélope, mi casa está inundada, y cuando estuve aquí el viernes me fijé en el cartel que anunciaba que había apartamentos libres. No tenía mucho tiempo para buscar otra cosa. ¿Te molesta que seamos vecinos? —Era demasiado buen actor, pensó Penélope, porque en esos instantes parada frente a él no era capaz de descubrir ninguna laguna en su respuesta o en su actitud.

Las puertas del ascensor eligieron ese momento para abrirse y Penélope aprovechó para entrar con rapidez, y librarse así de su compañía. Evan iba a seguirla cuando la mano alzada de ella le detuvo.

—¿Por qué tendría que molestarme? Me da igual lo que hagas, y no te molestes en acompañarme. Puedo llegar sola a mi casa.

Sonrió satisfecha cuando las puertas se cerraron ante la cara de admiración del actor.

La misma que ella había intentado mantener fuera de su rostro cuando se fijó en lo atractivo que estaba enfundado en vaqueros.

Entró en su piso y se apoyó contra la puerta, sin soltar el bolso o quitarse el abrigo, demasiado nerviosa como para moverse.

Como si de un perro se tratara Byron se acercó para saludar a su ama ronroneando entre sus piernas.

—¿A que no sabes lo que me acaba de pasar? —preguntó, como si el gato pudiera responderle—. Todavía me va el corazón a cien por hora —anunció con la mano en el pecho.

—Debería ser ilegal ser tan guapo.

Byron maulló enfadado por no haberse ganado la atención de su dueña.

—Te aseguro que no lo adivinarías jamás.

Byron volvió a maullar, lastimero.

—De acuerdo, te lo contaré. Evan Nash se ha mudado. Así que ya puedo

olvidarme de no verlo en los próximos catorce años. Deprimente, ¿verdad?

Dio un salto cuando sonó el timbre de la puerta. No necesitaba la mirilla para saber quien estaba al otro lado.

—¡Vete, Evan! No tengo ganas de discutir contigo.

—¡Perfecto! Entonces no lo haremos, pero abre la puerta, por favor —pidió en un tono meloso—. Me gustaría comprobar que estás bien.

Con un suspiro exasperado, abrió, aunque no se apartó del umbral:

—¿Vas a dejarme entrar?

—¿Te irás si no lo hago? —preguntó esperanzada.

—Para nada.

—Entonces pasa —concedió retirándose de la puerta—, pero no te pongas cómodo que no estoy con ánimos de charla.

Evan entró cerrando la puerta tras él.

—Ve a ponerte el pijama. Te esperaré aquí. ¿Dónde tienes el paracetamol?

Iba a protestar, pero la determinación que vio en sus ojos le hizo comprender que no pensaba ceder.

—En la cocina.

Con una sonrisa satisfecha se encaminó con intención de prepararle un té y hacer que se una pastilla.

Penélope entró en su dormitorio maldiciendo entre dientes. ¿Por qué narices de repente estaba siendo tan amable? Sobre todo teniendo en cuenta que el viernes había huido despavorido después de unos cuantos besos. ¿Y por qué de todos los apartamentos vacíos de Londres había tenido que trasladarse al que había en su edificio. Como si un hombre como él no tuviera multitud de opciones.

Se cambió de ropa dándole vueltas a las mismas preguntas por lo que cuando salió de su dormitorio estaba que echaba chispas. Nada mejor que una misma para enfadarse sin medida.

Evan se había sentado en el sofá, encima de la mesa, frente a él, había un té que humeaba y una pastilla blanca y alargada que Penélope supo que era paracetamol.

—¿Sabes? —dijo un poco más alto de lo que acostumbraba a hablar—, no es necesario que seas amable conmigo. Ni siquiera es necesario que me beses como si te gustara. Lo has conseguido, ya no tienes que volver a verme más, el papel de Cruz Davis es tuyo. Puedes volver a ignorarme como acostumbras.

Durante unos segundos, que a Penélope le parecieron horas, Evan se limitó a observarla, sin hablar. Sin moverse un milímetro de donde estaba sentado. Puede que él no se moviera, pero sus manos eran otro cantar, había clavado los dedos en los cojines del sofá con tanta fuerza que empezaba a sentir dolor en las yemas.

Tras su expresión de asombro fue apareciendo gradualmente, conforme iba a asimilando las palabras de Penélope, una de completo desdén, de estudiada

indiferencia. Como si su discurso no le hubiera afectado lo más mínimo, aunque por dentro sentía la sangre rugir de rabia.

Parecía casi aburrido, se levantó y en un tono mesurado y excesivamente educado le espetó lo que pensaba de ella.

—Penélope, eres ridícula —dijo, antes de desaparecer tras la puerta de la vivienda sin mirarla de nuevo.

Capítulo 12

Evan estaba tan enfadado que cuando subió al ascensor, en lugar de presionar el botón de su piso, sacó la llave con la que entrar en el garaje, consciente de que lo único que le calmaría en ese momento era dar un paseo en su Aston Martin DB7. De ese modo podría dejarse llevar por la velocidad y olvidarse de las acusaciones que acababa de hacerle Penélope.

A diferencia de otras ocasiones, en las que sentarse al volante de su coche era suficiente para subirle el ánimo, en ese momento ni siquiera le hormigueaban los dedos de ganas de arrancarlo, posar la mano en el cambio de marchas o escuchar rugir el motor.

De modo que se quedó sentado en silencio. Molesto con Penélope por lo que le había dicho, enfadado porque le hubiera creído tan retorcido, resentido porque le hubiera arrebatado el placer de conducir su coche, y rabioso consigo mismo porque en algún momento de debilidad se hubiera planteado seducirla, aunque no por los motivos que ella alegaba.

Por alguna razón que escapaba a su entendimiento, esa mujer borde y dulce, cariñosa y arisca a la vez, le atraía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero por encima de esa atracción primaba otro sentimiento que fortalecía la necesidad de estar cerca de ella, un sentimiento que le había afectado casi desde el instante en que ella le había insultado, y es que esa mujer le intrigaba más de lo que lo había hecho nadie nunca.

Vacío como estaba en ese momento el garaje, encendió el motor, y le dio al botón del reproductor. Entonces puso la música tan alta que ni siquiera era capaz de escuchar sus pensamientos, se recostó sobre el cuero del asiento e intentó relajarse concentrándose en el olor a limón del ambientador. Después de todo, tenía razones para sentirse contento: el papel de Cruz Davis era suyo.

El fin de semana había sido un completo desastre para Penélope, la cena con Evan había terminado abruptamente, el sábado había sido incapaz de escribir un sola línea, y mucho menos de ver los DVD que tenía pendientes desde su regreso de Edimburgo, y el domingo, además de haber decepcionado la confianza que su abuelo había depositado en ella, se había comportado de un modo grosero e imperdonable con Evan, que solo había pretendido ayudarla. Además, para rematar la lista de calamidades, se encontraba mucho peor.

Consciente de que necesitaba algo más que paracetamol, se levantó de la cama, y se obligó a vestirse para ir a la farmacia y conseguir tratamiento contra la gripe.

Cuando salió del dormitorio vio a Byron en el salón, peleándose con un trozo de

tela. Se acercó más para ver qué era lo que lo tenía tan entretenido y dio un grito de horror cuando descubrió que era el tanga que iba a juego con el sujetador malva y negro que se había comprado en Agent Provocateur.

—Byrooon, voy a matarte. ¿No podías haberme robado un calcetín o incluso unas medias? ¿Tenías que hacer honor a tu nombre, verdad? Y escoger lo más escandaloso de mi ropa interior.

¡Por Dios! Después del lamentable fin de semana, ¿no podía comenzar el lunes un poco mejor?

El gato no movió ni un pelo ante la amenaza, lo que alteró más a su dueña.

—He decidido que no voy a matarte, eso sería demasiado rápido. Voy a bañarte, te lavaré y te dejaré en remojo hasta que estés completamente arrepentido. ¿Qué te parece, señorito?

Obviamente el animal la miró como si estuviera loca, se dio media vuelta y salió muy digno del salón.

Penélope se sentó en el suelo con el tanga hecho jirones en las manos. No era capaz de asustar ni a su gato, pensó contrariada. Tal vez el día mejorara, solo tenía que darle la oportunidad de hacerlo, pensó, haciendo gala de su positivismo.

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando Camden entró en el departamento de Historia de la universidad en busca de un café bien cargado. Había consumido tanto té a lo largo de su vida que se había vuelto inmune a la teína, o al menos eso alegaba para justificar haberse cambiado de bando.

—Buenos días, Charles, ¿no tienes clase a primera hora? —saludó a la única persona que había en la sala.

—No, mis alumnos están en uno de los seminarios que está ofreciendo la universidad. ¿Tú tienes clase?

—Nop, mis alumnos también están de seminario. Va a ser una semana larga y tediosa —se quejó, dejando sobre la mesa su maletín, y despojándose de la chaqueta de paño que colgó en el perchero.

—Veámoslo por el lado bueno, disponemos de una semana completa con la que continuar con nuestras investigaciones sin clases ni alumnos de por medio —sentenció Charlotte con una sonrisa que mostraba el hoyuelo que se le formaba en una de las mejillas.

—Tienes razón, visto así es un regalo.

Los dos sonreían con camaradería cuando sonaron dos suaves golpecitos en la puerta. Camden que todavía se encontraba de pie, se acercó a abrir, sorprendido porque no pasaran directamente y se molestaran en llamar. Sus colegas, fueran del departamento que fueran, normalmente abrían sin tanta ceremonia.

Al hacerlo se topó con Penélope, que le sonrió tímidamente, incluso avergonzada

por su inesperada presencia allí. A Camden no le pasó por alto ni su palidez ni las ojeras oscuras que. Llevaba un abrigo de lana marrón chocolate y una larguísima bufanda roja anudada al cuello.

—Hola. Estaba cerca y... ¿Es mal momento? ¿Te pillo muy ocupado?

—Para nada, pasa. Ahora mismo Charles y yo nos quejábamos por no tener alumnos a los que martirizar con nuestras tediosas lecciones.

—No nos quejábamos exactamente —comentó Charlotte, levantándose para saludar a Penélope, y sorprendiéndose cuando ella le dio dos besos en las mejillas.

—¿Estás enferma? Tienes mala cara —intervino Camden, mirándola con preocupación.

—Creo que he pillado la gripe. Así que he salido para ir a la farmacia, y he pensado en pasar a saludarte.

—Ya veo, has ido a buscar una farmacia en Chelsea, y luego has recorrido cinco millas para venir a saludarme.

Sintiéndose incómoda, Charlotte alegó que tenía que seguir con el trabajo y se sentó de nuevo en su lugar. Camden y Penélope se apartaron hasta los enormes ventanales del fondo para hablar con relativa intimidad.

—¿Qué sucede en realidad? —preguntó, acariciándole con suavidad la pálida mejilla.

Penélope no necesitó más alicientes para descargar su conciencia y contarle a Camden todo lo que le había gritado a Evan. A pesar de la vergüenza que sentía por su arrebatado de mal humor, y por sus crueles acusaciones, no se guardó ningún detalle.

El único instante en que su amigo la interrumpió fue cuando le reveló que su hermano se había mudado a su edificio. Camden estaba tan asombrado como lo había estado ella cuando le vio parado frente al ascensor y Evan se lo anunció.

—No te preocupes por nada de lo que hayas dicho. Mi hermano nunca ha sido rencoroso, y por otro lado... —Se calló antes de hablar más de la cuenta.

—¿Por otro lado? —insistió, al ver que él no continuaba.

—Bueno, Pen, es evidente que no le importas tanto como para que le haya hecho daño tu reproche. Evan no se permite que le importe nadie ni nada. Sus intereses se reparten entre su familia y amigos, su carrera y su coche, en ese orden. No te lo tomes como algo personal porque te aseguro que no lo es.

Charlotte alzó de golpe la cabeza de sus papeles, aunque se mantuvo en silencio, fingiendo que no había escuchado el último comentario de su colega, y obviando su falta de tacto.

—Tienes razón. Gracias por escucharme, tengo que irme ya.

—Cariño, no te lo he dicho para lastimarte. Todo lo contrario, sabes que yo siempre te he empujado para que te animaras a conocerlo. —Y añadió—: El problema es que quizás mi madre y yo te hemos hablado tanto de él que te has hecho una idea

errónea de cómo es en realidad.

—De verdad, tengo que irme.

—Penélope, no quiero que te sientas mal por esto —insistió él, volviendo a acariciarle la mejilla.

—Lo sé, eres un buen amigo. Ahora me voy a casa, necesito meterme en la cama y no salir de ella en una semana. —A pesar de la broma, a Charlotte no le pasó por alto que las palabras de Camden le habían afectado.

—Cúdate, Pen. —Se despidió, sintiéndose solidaria con ella.

—Gracias, Charlotte —contestó, sacando del bolso los medicamentos que había comprado en la farmacia—. Voy bien equipada. —Y añadió con una sonrisa que le indicó que estaba al tanto de su cita con Camden—. Me alegra haberte visto.

—Lo mismo digo, Penélope.

—Te acompaño —ofreció este.

La profesora la vio salir por la puerta mucho más decaída de lo que había entrado y se sintió furiosa. Furiosa con Camden por ser tan insensible, furiosa por la sospecha que cada vez se hacía más clara en su mente, y frustrada porque la comprendía mucho mejor de lo que hubiera deseado.

Durante los largos diez minutos que su compañero tardó en regresar, Charlotte tomó la decisión de concretar de una vez por todas la cita que ambos tenían pendiente. Sabía que él había accedido a su propuesta casi sin pensar. No era ninguna tonta que se engañara a sí misma creyendo que él estaba loco por ella. Sabía perfectamente que lograr que Camden la viera como una potencial pareja le iba a costar mucho esfuerzo y seguramente decenas de citas. Pero tampoco era una mujer que se rindiera con facilidad, y mucho menos cuando estaban en juego personas que le importaban.

—Pobre Penélope, está hecha polvo —comentó el protagonista de sus pensamientos al entrar de nuevo en el departamento.

—¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? Tenemos que ponerle fecha algún día a nuestra cita pendiente, ¿no? ¿Por qué no hoy? Mañana no tenemos que venir a primera hora, nuestros alumnos estarán de seminario toda la semana, y alargarlo más sería ilógico.

Camden no supo disimular su sorpresa lo suficientemente rápido para que Charlotte no se diera cuenta.

—Me parece bien, Charles. Esta noche es perfecta.

—Estupendo, ¿me recoges en casa a las seis? —pidió levantándose y recogiendo el material con el que había estado trabajando—. Y otra cosa, no me llames Charles, ¿o es que todavía no te has dado cuenta de que soy una mujer? —Y sin esperar respuesta salió de la sala, dejando a Camden completamente desconcertado, y nervioso por la velada que le esperaba.

Capítulo 13

¿Su coche? Camden había dicho que le importaban su familia, su carrera y su coche. Lo demás era secundario para él, y desde luego ella no entraba ni en esa categoría, como mucho podía acceder a la de circunstancial, y eso si tenía mucha suerte.

Aunque si era sincera consigo misma en esos instantes no sabía con quién estaba más enfadada, ¿con Evan por ningunearla? ¿O con Camden por decírselo como si sintiera lástima por ella? Dando a entender que la reacción de Evan era exactamente lo que había esperado que su hermano hiciera. Y si era el caso, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué la había empujado a que le saludara en los BAFTA? ¿Por qué se había pasado tanto tiempo convenciéndola para que se decidiera de una vez a buscarle y conocerle? Además había hablado delante de Charlotte, que si bien, le parecía una mujer muy agradable, apenas la conocía. ¿Por qué de repente los hombres de su vida se volvían tan irracionales? Su abuelo y su falta de decisión con su esposa, su mejor amigo y su repentina reacción de *ya lo sabía yo*, y Evan y su actitud bipolar, ahora no me interesa conocerte, ahora te persigo.

Entre el hervidero que era su cabeza y su malestar, lo único que la animaba era la idea de llegar a casa y meterse en la cama. Estaba tan hecha polvo que incluso había pensado en darle unas llaves a Beth para que entrara de vez en cuando a vigilar a Byron y alimentarle, y de paso se asegurara de que no le robaba más ropa interior de marca.

Una vez fuera del metro enfiló hacia su casa, esperando que el viento enfriara su fiebre; que ya no tenía tan claro si estaba tan caliente por la gripe o por la furia que la embargaba cada vez que recordaba las palabras de Camden: «a mi hermano solo le importa su familia, su carrera y su coche, en ese orden. No te lo tomes como algo personal... Bla, bla, bla».

¡Y una mierda que no era personal!

Estaba a punto de cruzar el parque, que había a dos calles de su casa, cuando divisó a Jordan, su vecino maleante y a un amigo suyo sentados en el respaldo de un banco, y poniendo los pies en el lugar en el que la gente normal aposentaba el trasero.

Los dos iban vestidos como si fueran clones. Pantalones vaqueros por las caderas, calzoncillos al aire, zapatillas, y camisetas tres tallas más grandes que ellos. La

única diferencia visible entre los dos era que Jordan era rubio y su amigo pelirrojo, de esos que tenían la cara llena de pecas y que Penélope podía distinguir a pesar de la distancia que todavía la separaba de ellos.

Mientras caminaba se fijó en los otros adolescentes que estaban sentados en el cuidado césped, algunos tumbados buscando el sol, y otros dando buena cuenta de sus sándwiches; comprobó que el estilo de vestir de Jordan se repetía en casi todos ellos. Tomó nota mental por si se daba el caso que le sirviera para alguna novela, aceleró el paso, cada vez más ansiosa por dejarse caer en la cama, e hibernar una semana seguida.

—¡Menudo cochazo tiene mi nuevo vecino, tío. Un Aston Martin DB7 plateado que ruge como los leones. —Le estaba contando Jordan a su amigo—. Lo vi ayer después de que mi madre nos obligara a visitar a mis abuelos. El tío estaba allí sentado con la música a toda pastilla, y los ojos cerrados. Parecía en trance.

—Seguro que está chalado. Pídele que te dé una vuelta igual te dice que sí —se burló el pelirrojo.

—¡Estás loco!

Penélope que estaba a dos pasos de pasar justo por delante de ellos se quedó paralizada donde estaba. La idea surgió en su mente de la misma forma en que lo hacían las escenas de sus novelas, a todo color y con detalles. Sin darse cuenta había acortado la distancia que le separaba de Jordan, y le miraba fijamente.

El chico debía de haberle hablado a juzgar por el movimiento de sus labios, pensó Penélope, antes de recobrar el control de sí misma.

—Penélope, ¿te encuentras mal? Tienes una cara que da miedo.

—Muchas gracias, Jordan. Tú sí que sabes lo que decir a una chica para hacerla sentir importante.

El aludido sonrió ampliamente.

—Tú no eres una chica, eres una mujer —alegó, con picardía.

—En eso tengo que darte la razón, pero no me he parado para que me llames vieja, ¿qué te parecería ganarte cien libras por hacerme un favor?

El chico saltó del banco y se acercó a ella.

—¿Qué tengo que hacer? No será nada pervertido, ¿verdad?

Ella rio al ver la preocupación en los ojos del maleante. Al menos tenía escrúpulos, algo es algo.

Su amigo también se acercó, intrigado. Al parecer iba a tener a dos delincuentes a su servicio.

—Nada de eso. En realidad es una broma para un amigo.

—Eso me parece bien. ¿Qué tipo de broma?

Aguantándose la sonrisa de triunfo que pugnaba por salir a sus labios le contó al chico su plan. Tanto él como su compañero asentían y se reían conforme Penélope iba desgranando los detalles.

—Lo hago, pero si me das doscientas libras. La mitad para mí y la mitad para George. —Señaló con la cabeza al pelirrojo—. Además tiene el riesgo añadido de que le tengo que sustraer la llave del garaje a mi madre, porque tú no tienes coche, ¿no?

—No, no tengo coche. Al menos no en Londres. Soy una persona muy convencional y me gusta conducir por el lado correcto de la carretera. ¿Y como es eso de sustraer? Menuda palabreja.

—¿No te enseñó tu madre que robar está mal? —bromeó Jordan.

—Algo de eso me suena, sí —concedió, riendo por la soltura que demostraba—. Pero casi podría jurar que la definición de sustraer se acerca bastante a la de robar.

—No le des más vueltas. Dame doscientas libras y cerramos el trato.

—¡Hecho! —concedió tendiéndole la mano para que se la estrechara—. Estoy demasiado enferma para regatear contigo.

Cuando estaba tan cerca de casa que ya veía el edificio, cruzó los dedos y se encomendó al cielo. Por nada del mundo iba a ser capaz de cruzarse con Evan y mantener la calma. Sacó las llaves del bolso y casi entró de puntillas al portal. La suerte se puso de su lado, ya que ni siquiera Dimitri estaba en su mesa cuando pasó. Subió en el ascensor, sin dejar de presionar el botón de su piso, con la esperanza de que las puertas se cerraran antes, y solo se relajó cuando se puso en marcha.

Decidida a seguir el plan original, entró apresuradamente en casa, dejó caer el bolso, sin fijarse dónde lo hacía, y se encaminó hasta la librería. Una vez allí abrió la bombonera, y sacó las llaves de su casa de repuesto.

Fue Beth quien le abrió la puerta de su casa, minutos después cuando Penélope llamó. La recibió con una sonrisa y el uniforme del colegio.

—Hola, Penélope.

—¿Te has saltado las clases? —inquirió la escritora, antes de saludarla. Beth era una niña muy responsable, pero verla así vestida la puso sobre aviso.

—No, acabo de llegar. Ni mi hermano ni yo comemos en el instituto.

—¡Ah, vale! Perdona. —Beth le sonrió moviendo la cabeza para quitarle importancia al tema.

—No te preocupes, casi todo el mundo come allí, pero si lo hacemos mamá no se acuerda de alimentarse, como llega tarde y cansada de trabajar... De este modo yo hago la comida para los tres.

—No entiendo cómo trabaja tanto siendo tu padre... —Se detuvo antes de decir nada que pudiera molestar a la niña.

Su padre era un alto cargo de una de las compañías de telefonía móvil más importantes del mundo, algo extraño debía de pasar si Emily necesitaba trabajar tanto para mantener a sus hijos.

—Mi madre no quiere tocar el dinero que nos pasa mi padre. Dice que ella sola se puede hacer cargo de nosotros. Y yo estoy de acuerdo con ella. —En detalles como

ese se veía la madurez de Beth.

—Lo siento, no debería... En realidad he venido porque quería preguntarte si puedes ocuparte de darle de comer a Byron y esas cosas. Me encuentro fatal, y no tengo fuerzas para cuidar de él, y ya sabes lo peligroso que es dejarle a su aire.

—No te inquietes por nada, puedes contar conmigo. Me encanta cuidar de Byron.

—Gracias, Beth, toma las llaves, así no tienes que llamar —le dijo tendiéndole el llavero—. Aclaremos cuentas después, ¿de acuerdo?

—¡Descansa!

—Últimamente ese es mi sueño más recurrente. Descansar —bromeó, regresando a su casa.

Un par de horas más tarde, cuando por fin había conseguido dormirse, llamaron sus abuelos para ver cómo se encontraba. Su abuela incluso se había ofrecido a llevarle comida para que no tuviera que levantarse de la cama para cocinársela ella misma. Pero Penélope lo había rechazado con amabilidad y firmeza, alegando que lo único que le apetecía ingerir eran caldos ligeritos, y que tenía el congelador a rebosar de ellos.

Julia había aprovechado la ocasión para darle un discurso sobre el valor de la comida inglesa, lo que le permitió a Penélope desconectar temporalmente de su incansable cháchara, hasta el momento en que su abuela se despidió, advirtiéndola de que volvería a llamarla esa misma noche.

Tras el aviso, silenció el móvil, y haciendo un esfuerzo mayúsculo, se levantó de la cama, sintiendo que tenía las piernas de gelatina, y descolgó el teléfono fijo. Necesitaba paz y tranquilidad, ¿acaso era algo tan difícil de comprender?

Capítulo 14

Evan estacionó el coche en su plaza de garaje, y bajó silbando de él. Cuando había salido esa mañana de casa lo había hecho de un humor de perros, lo que contrastaba por completo con su actual estado sonriente y relajado.

La visita que le había hecho a su mejor amigo, Brian, y a su familia, le había levantado el ánimo, y le había permitido ordenar sus ideas.

El mérito de la sonrisa que exhibía le pertenecía a una preciosa rubia de cinco años, Evangeline, más conocida como Eva, su ahijada, y la única mujer de la que se permitía estar perdidamente enamorado.

Cuando Brian le llamó para invitarle a comer no lo dudó. No solo porque su amigo fuera uno de los mejores chefs de Gran Bretaña sino porque necesitaba desconectar de todo lo que se acumulaba en su cabeza, y no lograba hacerlo en el caos de cajas y muebles por colocar que era su apartamento tras la mudanza.

Brian Mosley había sido su mejor amigo desde que se conocieron a los cuatro años. A pesar de los viajes de Evan y los horarios de trabajo de Brian habían conseguido mantener su amistad y el contacto.

Brian dirigía, de martes a sábado con jornadas maratónicas, la cocina del Hispania, un restaurante de comida española, recomendado en la guía *Michelin*. Por ello de vez en cuando cambiaba cocinar para cientos de comensales por hacerlo para Pamela, su esposa, y algún sibarita privilegiado, Evan la mayoría de las veces.

Tras jugar un rato con Eva, y bromear con Pamela, las mujeres se retiraron de la cocina, para que los hombres pudieran encargarse de cocinar. Como siempre, en cuanto se quedaron solos Brian sacó dos cervezas de la nevera y puso unos cacahuets en un plato para ir picando mientras trabajaban, aunque siendo justos era el anfitrión el único que lo hacía.

En el trabajo tenía que dirigir a varios cocineros y chefs reposteros, pero en casa se sentía posesivo de sus dominios, y no permitía a nadie meter la mano en sus guisos.

—¿Vas a decirme qué te pasa o pretendes hacerme jugar a las adivinanzas? —inquirió, dejando que saliera el vapor de la olla antes de abrirla.

—No sé por qué dices eso. Estoy bien. —Su tono casual no despistó a su amigo, por lo que volvió al ataque, dispuesto a descubrir la causa de su mal humor.

—No has dejado de gruñirle a la comida, y eso que todavía no la has probado.

—No le gruño a la comida sino a la elección del menú —explicó antes de llevarse el botellín de cerveza a los labios—. Podrías haber cocinado algo más británico.

Las carcajadas de Brian atronaron en la silenciosa cocina en la que solo se escuchaba el silbido del vapor.

—Trabajo en un restaurante de cocina española, ¿qué esperabas? Además, a ti siempre te ha gustado mi cocido —comentó haciéndose el inocente.

—Me gusta —sentenció, quedándose callado un instante, valorando si debía seguir o permanecer en silencio—. El problema es que me recuerda a alguien a quien quiero olvidar.

—Y por fin llegamos a la parte interesante, ¿quién es ella?

—Te crees muy listo.

—Soy muy listo. Su nombre —pidió, con curiosidad. Pocas veces había visto a Evan tan alterado por algo que no fuera su carrera.

—Penélope.

—¿Penélope? ¿La Penélope de Camden?

—No es suya —dijo, fulminándole con la mirada—. Solo son amigos.

—A eso me refería, ¿estás muy susceptible o es idea mía? —provocó, con intención de volver a hacerle hablar. Pero Evan no abrió la boca, se limitó a mirarle con el ceño fruncido, y a darle otro sorbo a su bebida.

—¡Vamos! Dispara antes de que lleguen las chicas.

—Eres un poco cotilla para ser un tío.

—Tienes razón, pero aun así, cuéntame.

Tras hacerse un poco más de rogar, Evan se desahogó con Brian, le relató todo lo que había sucedido entre Penélope y él desde el primer día en la fiesta tras los BAFTA hasta las acusaciones que le había lanzado ella la noche anterior, después de que descubriera que se había mudado a su edificio.

Brian escuchaba mientras iba colando el caldo del puchero y separando las legumbres, la carne y la verdura. Cuando Evan terminó, dejó sobre la encimera lo que estaba haciendo, y clavó su mirada oscura sobre su amigo.

—¿Le pasa algo a tus cañerías?

—No —confesó, Evan.

—¿Entonces?

—No lo sé... Ella me intriga, me... —se calló, sin saber cómo continuar.

Principalmente porque ni él mismo estaba muy seguro de la razón por la que se había trasladado. Se había dicho a sí mismo que lo hacía porque Chelsea era un barrio mejor que el suyo; además su piso era el mismo al que se había mudado tras abandonar la casa de sus padres y su sueldo apenas le llegaba para más. No obstante, eso no justificaba que hubiera elegido el mismo edificio que Penélope. Ni siquiera su interés por la película lo justificaba.

Con mucho tacto, Brian tanteó el terreno. Sabiendo que Evan era poco dado a contar sus intimidades.

—¿Cabe la posibilidad de que te sientas atraído por ella? —hizo la pregunta de espaldas, atareado con la comida. Pretendía darle espacio para que hablara sin

presiones.

—Supongo que puede ser —aceptó.

Al notar su incomodidad, Brian dejó el tema, y retomó el hilo anterior.

—Comprendo que estés molesto por sus acusaciones, pero reconoce que no puedes culparla por pensar mal de ti. No te conoce. Penélope es una mujer muy dulce, no reaccionaría de ese modo contigo si...

—¡Espera! —le cortó—. ¿La conoces?

—Pues claro que la conozco. Ya te lo he dicho. Es amiga de Camden, ha estado aquí muchas veces con él. A Eva le gusta mucho, según mi hija cuenta unos cuentos *fantabulosos* —comentó sonriendo al pensar en la niña—. Y Pamela la considera una buena amiga, y una excelente persona.

Evan dudó entre si estaba más sorprendido porque la conociera o enfadado con Camden por pasearla entre sus amigos. En cualquier caso, en ese momento se sentía incapaz de hablar.

Resultaba paradójico que las vidas de ambos estuvieran tan entrelazadas y que a pesar de ello no hubiese sido hasta la fiesta de los BAFTA que por fin se hubiesen conocido. Se preguntó cuántos más de sus amigos la conocerían, y si todos la verían como «la chica de Camden» o «la amiga de Camden», no la suya.

Si Brian se dio cuenta de su reacción no lo dio a entender porque siguió analizando lo sucedido como si de una receta se tratase, midiendo las cantidades y valorando la calidad de los ingredientes.

—Durante años no has querido saber nada de ella, y justo cuando descubres quién es, y su papel en la película... Te dedicas a perseguirla y a interesarte por su persona. No te conoce, Evan, y no lo hace porque tú no has querido que lo hiciera, sus conclusiones no son tan descabelladas.

—Visto así...

—Es el único modo de verlo, creo yo.

Evan asintió con la cabeza, pero Brian ya no se dio cuenta. El repentino cambio de actitud de su amigo unido a su deslumbrante sonrisa indicaron a Evan que Pamela o Eva habían entrado en la cocina. Se dio la vuelta esperando encontrar a alguna de las dos, pero se topó con ambas mirán道les desde la puerta.

—Chicos, nosotras ya hemos hecho nuestra parte y la mesa está preparada. ¿Os falta mucho? —preguntó Pamela.

—Sí, papi, que tenemos hambre —corroboró la pequeña Eva de cinco años.

—Ya está todo preparado, preciosas. Ya sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí.

Comieron entre risas y buen humor, de manera que cuando llegó la hora de marcharse, Evan ya había aceptado que Brian tenía razón: las conclusiones a las que había llegado Penélope sobre él, aunque ofensivas, eran perfectamente comprensibles.

Después de todo, iba a tener que encontrar la manera de disculparse con ella, y bajo ningún concepto pensaba pedirle ayuda a Camden.

Tras pasarse prácticamente todo el día durmiendo, a las tres de la madrugada, cuando se despertó porque necesitaba ir al baño, fue incapaz de volver a conciliar el sueño. Se puso una bata y los calcetines con suela, con forma de gatito, y fue al comedor, arrastrando una manta que sacó a tirones de su cama.

La maldita conciencia la había atacado en cuanto abrió los ojos, y no pensaba dejar de agujionearla hasta que hiciera lo que debería haber hecho en cuanto regresó de Edimburgo: revisar los DVD que grabaron durante los *castings*, y escoger a los actores secundarios para *Un viaje infinito*. Amanda y Cruz ya estaban claros en su cabeza, pero todavía le quedaba escoger tres actores más para los integrantes del grupo de Cruz.

Antes de poner el DVD, rebuscó en su despacho una de entre la multitud de libretas que compraba compulsivamente, un bolígrafo, y una caja de pañuelos de papel, y regresó al salón con intención de acallar su conciencia, y librarse de una de las obligaciones que su agente se había empeñado en otorgarle cuando firmaron el contrato de venta de derechos de la novela para la adaptación cinematográfica. Eso era lo malo de tener un representante que la conocía desde que era una niña. Víctor Santos era uno de los mejores amigos de su padre, y desde que Penélope era una niña había comentado que tenía madera de escritora y que algún día la representaría. El hecho de que se afincara en Londres y que trabajara con editoriales de todo el mundo fueron detalles que Penélope en ningún momento tuvo en mente cuando firmó con él. Para ella se trataba del tío Víctor, y no había mejor compañero de aventuras que él.

Metió el DVD que tenía, en grande y escrito en negro el número uno, en el lector, y se dejó caer en el sofá, envuelta en la cálida manta.

Un cartel azul marino con letras en blanco le informó de que lo primero que iba a aparecer en pantalla era la prueba de Adam Murphy para el papel de Cruz Davis. Sintiéndose culpable, presionó el botón de pasar rápido, deteniéndose únicamente cuando el mismo cartel que anunciaba que el video, en esta ocasión, correspondía a la prueba de Evan Nash.

Apretó el botón de «play» justo antes de lamentarse por sentirse tan enferma como para no tener ganas de comer palomitas con que acompañar la proyección.

Capítulo 15

Puntual como un reloj, Camden se paró frente al edificio de Charlotte exactamente a las seis, ni un minuto arriba ni un minuto abajo. La primera idea que cruzó por su mente al verse plantado frente a su edificio fue si ella le invitaría a subir. Y si lo hacía, cuál debía ser su respuesta.

Charles, Charlotte, se corrigió mentalmente, era una compañera a la que apreciaba, y admiraba profundamente, lo que se traducían en que en ningún momento se había planteado la posibilidad de pedirle una cita o verla de un modo romántico. Tampoco es que estuviera completamente seguro de que ella esperara de él otra cosa distinta a su amistad, pero el hecho de que le hubiera pedido una cita le alertaba de una predisposición que él, según creía, no sentía.

Por suerte Charlotte le indicó que bajaba a reunirse con él. A pesar de sus temores iniciales el hecho de que ella no le hubiera ofrecido la posibilidad de negarse le molestó más de lo que su sentido común podía racionalizar.

Estaba de espaldas al portal cuando escuchó que se cerraba la puerta de la entrada. Se dio la vuelta con una sonrisa cordial, que se quedó tan grabada en su cara que no pudo mover los labios para articular un saludo. Durante varios segundos se limitó a mirarla completamente pasmado.

—Buenas noches, Camden.

—¡Vaya! No sabía que se pudiera esconder tanto pelo en un rodete —dijo con absoluta sinceridad cuando por fin fue capaz de hablar.

Ni siquiera la saludó con la corrección que se esperaba de él. Completamente fascinado por la transformación que estaba viendo.

Su cabello castaño, normalmente recogido en un rígido moño, caía ahora suelto y espeso por debajo de sus hombros, casi a la altura de los pechos que se adivinaban por el escote de su vestido. Un escote que el abrigo desbotonado dejaba a la vista y poco a la imaginación. Las gafas también habían desaparecido de manera que sus penetrantes ojos color ámbar le observaban con todo su esplendor.

—Gracias, supongo —respondió ella, no muy satisfecha con su respuesta.

—Lo siento, estoy tan asombrado al verte tan diferente a como vas en el trabajo que no he sido muy amable que digamos. —Sonrió disculpándose. La tensión que había sentido durante todo el día, desde el instante en que le había propuesto cenar juntos, se había evaporado—. Lo que quería decir es que estás preciosa.

—Si quisiera ser quisquillosa volvería a sentirme insultada por decir que estás asombrado de verme preciosa —bromeó, intentando romper el hielo que había entre ellos con el que ella ya contaba al ver su incomodidad.

—¡*Touché!* —aceptó ofreciéndole el brazo para que se agarrará a él—. Veamos cómo puedo explicarme y conseguir tu perdón. —Comenzaron a andar calle abajo, mientras fingía estar pensando.

—¿Te está costando mucho? Y yo que pensaba que eras un mago de las palabras —comentó, recordando el poco tacto que había tenido con Penélope esa misma mañana, y haciendo una referencia que solo ella podía entender.

El rio, más relajado de lo que hubiera esperado.

—Siempre estás preciosa, lo que sucede es que hoy estás tan arrebatadora que me has dejado sin palabras.

Charlotte se rio tan fuerte que sus pechos parecía que fueran a salirse del vestido verde de punto que llevaba. Obligándose a actuar como un caballero intentó apartar la mirada de ellos, pero era como si algún poder magnético le empujara a mirarlos. Lo que unido a la sensualidad de su risa consiguió que Camden se planteara si en lugar de con la profesora de Historia medieval, a la que conocía desde hacía años, estaba paseando del brazo con su hermana gemela, una mujer interesante y *sexy* que le provocaba deliberadamente y sin ningún tipo de pudor.

—Creo que el que debería sentirse insultado ahora mismo soy yo. —Siguió la broma—. Tengo la sensación de que te estás riendo de mí.

—Lo dejamos en empate y vamos a cenar —zanjó Charlotte—. Estoy muerta de hambre.

—Me parece un trato justo.

Camden paró un taxi, una vez que estuvieron en la avenida principal, al otro lado de la calle en que vivía Charlotte. Su intención era llevar a su acompañante a un restaurante asiático de Mayfair.

Puede que se tratara de una cita que él no había propuesto, y de la que no había estado muy seguro hasta ese momento, pero no por ello dejaba de ser una cita con una mujer a la que apreciaba. Por ello había planeado una cena que esperaba que fuera del agrado de su compañera.

Verla tan natural, como si solo fuera una cena entre amigos consiguió lo impensable, que se sintiera orgulloso por haberse tomado tantas molestias para que la ocasión fuera perfecta. Charlotte estaba preciosa y el local al que iban permitiría que no

se quedaran sin tema de conversación.

El restaurante era especial no solo porque estuviera situado en uno de los barrios más bonitos de la ciudad sino porque en sí mismo era una obra de arte.

El gran portón de madera con forma de arco y verja de hierro, y la fachada de mármol gris, no daba ninguna pista sobre lo que el visitante se iba a encontrar una vez que cruzara el umbral. El amplio vestíbulo estaba compuesto por una barra de madera de roble, y unos sofás forrados en tela verde para esperar cómodamente mientras les preparaban la mesa. Para amenizar la espera les ofrecieron una copa de vino o *champagne*, a elección de cada comensal.

Las paredes de la antesala estaban decoradas con cuadros de todos los estilos y colores, aunque en ellas predominaba el arte contemporáneo.

Una vez que se traspasaban las puertas se entraba en un nuevo mundo, los verdes y negros daban paso a los rojos y los dorados, y el arte se centraba en la milenaria cultura asiática. Antiguas máscaras teatrales, tallas medievales, telares ricamente bordados, cuadros oníricos, pequeños guerreros de terracota...

El restaurante se asentaba en una antigua galería de arte que el nuevo dueño había remodelado para convertirlo en algo más que una fusión de sabores y olores, también en una fusión de colores y milenios.

—¿Cómo has podido reservar en un sitio como este en tan poco tiempo? Diría que tienen lista de espera —susurró Charlotte mientras el *maître* les acompañaba a su mesa.

—Y la tienen. Le pedí a Evan que me echara una mano —dijo sin mirarla.

—Las ventajas de tener un hermano famoso.

—Cierto. Pensé que disfrutarías del lugar. Es un sueño para cualquier historiador —comentó quitándole importancia al hecho de haberse molestado tanto para conseguir mesa.

—Es perfecto. Las piezas son impresionantes. Gracias por traerme —dijo mirándole con un brillo intenso en sus ojos color ámbar—. Tendré que compensarte. La próxima vez que salgamos conseguiré entradas para el Barbican^[1], es lo menos que puedo hacer por ti.

Estaban sentados en una de las mejores mesas del local con una botella bellamente ornamentada de sake frente a ellos. Un instante después llegó el camarero con la comida que no habían pedido. Ambos se miraron extrañados.

—Disculpe, debe haber un error, nosotros no hemos pedido nada —comentó Camden, extrañado por las bandejas que les iban sirviendo.

—Lo sé, señor. Es el menú especial para los comensales vip. Lo que les traemos ni siquiera está en la carta —explicó el camarero, vestido de riguroso negro.

—¡Qué honor! Por favor transmítale nuestro agradecimiento al chef —intervino Charlotte.

—Estará encantado de recibirlo —aceptó el camarero con un gesto de la cabeza.

—Debe de ser idea de Evan. Fue él quién hizo la reserva —comentó Camden una vez que se quedaron solos.

—Mucho me temo que mis entradas para el Barbican no van a estar a la altura de esta cena —dijo riendo Charlotte.

La idea de cenar con ella, que tanto le había preocupado, había dejado de ser un problema. La incomodidad que había caracterizado su relación tras la inesperada invitación de Charlotte se había desvanecido, y Camden estaba más que encantado con la idea de repetir otra noche, sobre todo si la oferta llevaba implícita una obra de Shakespeare.

Si bien el aspecto de ella había sufrido una transformación, seguía siendo la misma persona inteligente y franca a la que veía cada día en el trabajo. Por el momento no había cambiado en nada su forma de relacionarse con él, y ese era un punto importante a su favor. Camden odiaba cuando las etiquetas: «novia, amiga, compañera...» conseguían que las personas cambiaran en su trato.

La conversación siguió el curso habitual: comenzaron hablando de comida, más concretamente de lo que estaban degustando. Agradecían a Evan que hubiera tenido el detalle de conseguir que los trataran como vips. La conversación siguió con los temas más convencionales: el trabajo, los proyectos de investigación... Sin embargo, Charlotte no sabía cómo sacar sutilmente el tema que realmente le interesaba: Penélope y lo que Camden sentía por ella. Si bien siempre había creído que este estaba medio enamorado de su amiga, el encuentro del que involuntariamente había sido testigo, la había dejado con más dudas que nunca. Cuando la ocasión fue propicia hizo acopio de ese valor que la caracterizaba y que la había salvado de las bromas de sus hermanos, y se lanzó a lo que le interesaba, aunque tuviera que dar un pequeño rodeo:

—Y hablando de libros, ¿desde cuándo conoces a Penélope? ¿Antes o después de que publicara su primera novela?

—Desde mucho antes. Nos conocemos desde que yo tenía quince años y ella catorce.

—Pero, es española, ¿no? ¿Dónde la conociste?

—Medio española. Su madre es inglesa, y sus abuelos viven aquí en Londres. De todas formas la conocí por casualidad. Evan se apuntó a los intercambios del instituto en el que estudiábamos y Penélope vino a casa. Desde entonces somos amigos.

—¿Y cuándo empezó a salir con Evan?

—¿Perdón? —Estuvo a punto de atragantarse con el sushi—. Penélope y Evan nunca han salido, apenas hace unas semanas que se conocen.

—¡Oh! Lo siento, entonces es tu ex. No lo sabía. —Se llevó la mano a la boca como si quisiera borrar sus preguntas.

La reacción de Camden consiguió que respirara tranquila, y se quitara un peso

de encima. Primero abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido por la interpretación que le había dado ella a su relación con Penélope, y después se puso a reír con total sinceridad.

—Para mí es como una hermana, te aseguro que jamás la he visto de otro modo, ni ella tampoco a mí. Es mi mejor amiga por méritos propios, siempre he podido contar con ella cuando la he necesitado.

Charlotte se dio cuenta de que su sonrisa se iba borrando conforme hablaba.

—¿Entonces qué te preocupa?

—¿Tan evidente es que me preocupa algo?

Ella asintió con la cabeza, al tiempo que le daba un sorbito a su sake.

—Evan. —Y tras la confesión, le contó muy por encima una parte de lo que había sucedido entre ellos. La poca información que le dio unido a lo que ella misma había escuchado le permitió hacerse una idea de lo que le preocupaba a Camden. Verse en el medio de dos personas a las que quería. No obstante, había algo más que Camden le confesó con cierta vergüenza.

—Penélope ha sido siempre mi mejor amiga. Ella, yo y nadie más. Sé que es egoísta, pero no solo me preocupa que mi hermano le rompa el corazón, sino también que nuestra amistad cambie.

—No creo que seas egoísta. Tú la quieres y es lógico que te preocupe perderla, pero eso sería así con cualquier pareja. Es normal que cuando ella empieza a salir con alguien te vea menos o cuando lo hagas tú. —Notó cómo se sonrojaba, pero no apartó la mirada de él—. De hecho creo que el detalle de que el elegido sea tu hermano es algo bueno para tu causa.

—¿Y si acaba mal?

—No hay nada que puedas hacer al respecto.

Camden la miró fijamente durante unos instantes antes de volver a hablar:

—Eres una mujer muy sabia, Charlotte Shepard.

—Ya era hora que te dieras cuenta, Camden Nash —bromeó.

Dejaron el tema zanjado, y el buen humor volvió a aparecer en Camden. Era evidente que estaba preocupado, aunque Charlotte estaba segura de que sus comentarios le habían ayudado a comprender mejor la situación.

El ambiente se hizo más íntimo y propició las confianzas e igual que él le contó sus temores sobre Evan y Penélope, y Charlotte terminó explicándole que estaba recopilando información para escribir un libro sobre la historia del teatro inglés: se trataba de un proyecto que llevaba mucho tiempo planteándose y al que finalmente había decidido dedicarle más tiempo. La respuesta de Camden fue tan entusiasta que Charlotte le pidió que le escribiese el prólogo. Él aceptó en medio segundo.

Charlotte estaba encantada con que le entusiasmara la idea, y él admirado por su inteligencia y su pasión.

El único problema de la velada se originó cuando llegó la cuenta, y ambos quisieron hacerse cargo de ella.

—Fui yo quien te invité, y seré yo quien pague la cena —anunció Charlotte sin darle opción a que se negara.

No obstante, mientras ella rebuscaba en su bolso la cartera, Camden fue más rápido y ofreció su tarjeta al camarero, que los observaba impasible, como si no fuera la primera vez que se veía en una situación similar.

—Yo elegí el restaurante, pago yo. El teatro es cosa tuya ya que es tu propuesta —ofreció, al verla fruncir el ceño.

—Está bien, la cena y el teatro corren de mi cuenta.

—Me parece que solo te he concedido el teatro, no la cena —dijo Camden con despreocupación.

—¡Oh! Es cierto, disculpa. Iremos solo al teatro, sin cena —rectificó rápidamente, con las mejillas sonrojadas.

—No me refiero a eso, Charlotte, sino a que tú solo podrás pagar el teatro. Que te permita pagar algo ya es un logro —bromeó con intención de aligerar el momento tenso por el malentendido.

Ella aceptó con un gesto incómodo, avergonzada por no haber comprendido a qué se refería Camden, sintiéndose algo culpable porque de repente tenía la sensación de que le había vuelto a obligar a que aceptara cenar con ella.

Media hora después, y tras rehusar una invitación para tomar una copa en un *pub*, Charlotte abrió la puerta de su casa con la sensación de que había hecho lo correcto. Tenía que ir despacio para que Camden fuera asimilando poco a poco el cambio en su relación, si se precipitaba perdería lo que había ganado esa noche. Se había dado cuenta del camino recorrido cuando al llegar a casa él le dio un beso en la mejilla, a modo de despedida.

Era la vez que más cerca había estado de él, y había tenido que controlarse para no agarrarlo por las solapas del abrigo y besarle hasta que los dos perdieran el sentido. Sin embargo podía sentirse satisfecha, puede que no hubiera disfrutado del beso, pero había conseguido una nueva cita para cenar e ir al teatro ese mismo viernes.

^[1] Teatro de Londres. Representan obras de Shakespeare. (*N. de la A.*)

Capítulo 16

Lo primero que hizo Evan al abrir los ojos fue pensar en Penélope y en la mejor manera de disculparse con ella por el modo en que la había tratado el domingo. Su conversación con Brian el día anterior le había abierto los ojos y hecho recapacitar sobre lo que debía de estar pensando Penélope de su repentino acercamiento. Si hubiese sido al revés, él habría llegado a la misma conclusión.

Tras darle vueltas al mejor modo de disculparse con ella sin encontrar una respuesta satisfactoria, decidió llamar a alguien del sexo femenino para que le aconsejara. Su primera idea fue Pamela, puesto que por edad era similar a Penélope, pero se dio cuenta de que sería imposible pedirle consejo sin contarle parte de la historia y, si bien Pamela era una gran amiga y la esposa de Brian, no se sentiría cómodo explicándole su metedura de pata. Por el contrario su madre le permitiría tantearla sin verse obligado a contarle nada. De hecho solo pensaba exponerle que necesitaba disculparse con una mujer especial, dejaría que su progenitora se inventara lo demás, para que iba a privar a la pobre mujer de soñar con que se había reformado.

Se levantó de la cama y antes de desayunar siquiera, se dio una ducha. Salió con la toalla enrollada en las caderas y se vio obligado a abrir tres cajas antes de encontrar una muda limpia con la que poder vestirse. Sabía que en lugar de pensar tanto en Penélope debería estar preocupado de instalarse. El orden era algo que siempre había priorizado en su vida, si todo estaba en el lugar que le correspondía la vida era más fácil.

En unas pocas semanas tendría que volver a salir del país, en esta ocasión viajaría a Los Ángeles, ciudad en la que vivía una parte del año. Una vez allí tendría que dejarse ver y fotografiar en un par de fiestas, preparando de ese modo el camino para el estreno de su nueva película. Un film de acción que había rodado unos meses atrás en Praga.

Tal vez aprovechara la llamada a su progenitora para pedirle ayuda con la mudanza, decidió. Al fin y al cabo no había nadie más ordenado y eficiente que ella. Aunque bien pensado, quizás conocía a alguien a la altura de su madre, si bien era indudable que en esos momentos no era seguro acercarse a ella a menos de diez metros.

Sonrió al recordar la imagen de Penélope enfadada con él, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas por la rabia. Gritándole lo que pensaba de él mientras iba enfundada en un pijama rosa de gatitos. Y no obstante, a pesar de sus palabras y de su atuendo, era la visión más sensual que Evan recordaba haber visto jamás.

Colgó el teléfono convencido de que el chocolate y las flores obraban milagros. Salió silbando de casa, con una sonrisa esperanzada en el rostro, y con una sensación en

el pecho a la que no quiso poner nombre. Tanto el ascensor como el garaje estaban vacíos así que no se molestó en disimular su entusiasmo y siguió silbando, hasta que se detuvo frente a su Aston Martin y el aire se le quedó atorado en los pulmones.

Su primera reacción fue llevarse las manos a la cabeza y maldecir a voz en grito.

Siguió allí plantado, intentando comprender lo que estaba viendo, pero estaba demasiado asombrado como para poder pensar con claridad. Su precioso coche estaba completamente envuelto en plástico transparente. Era imposible abrir las puertas o acceder a él. Pero lo que más le preocupaba era cómo cortar el plástico sin dañar la valiosa carrocería plateada. ¿A qué clase de edificio de locos se había mudado que no respetaban la belleza ni el estilo?

El papel cubría el coche en su totalidad, a excepción de las ruedas no había ninguna superficie que no estuviera cuidadosamente envuelta por capas y capas de papel. Todavía descompuesto por lo que veía, se encaminó de nuevo al ascensor, a toda prisa, para hablar con Dimitri y pedirle explicaciones por el acto vandálico que acababa de sufrir su apreciado vehículo.

El portero había estado entretenido con el periódico por lo que no se dio cuenta de la expresión asesina del inquilino hasta que fue demasiado tarde.

—Buenos días, señor Nash —le saludó, sentado al otro lado de su mesa.

—Serán buenos para otra persona. Por favor, acompáñame, quiero mostrarte algo —pidió, haciendo un esfuerzo por no estallar en medio del vestíbulo.

—¿Qué sucede? —inquirió el portero, consciente que algo iba muy mal.

—Será mejor que me acompañes al garaje, no sabría cómo explicártelo —dijo, echando a andar sin girarse para ver si el hombre le seguía.

Bajaron los dos en silencio. Dimitri intrigado, y Evan más furioso a cada minuto que pasaba. ¿A qué clase de edificio se había mudado?, volvió a preguntarse. ¿Realmente había gente tan chalada viviendo allí? Súbitamente la idea se instaló en su cabeza. Él no conocía a nadie más que a Penélope y a la mujer con sus hijos con la que se había cruzado en el garaje, a quien se había limitado a saludar con educación.

Por otro lado había que tener mucha imaginación para hacer algo tan retorcido... Penélope. Su nombre se iluminó en su cabeza como los carteles de neón del circuito de Broadway.

—Voy a matarla —dijo, entre dientes.

—¿Decía algo? —preguntó Dimitri.

—No —gruñó en respuesta—. Dimitri, ¿todos los inquilinos tienen llave del garaje?

—En teoría sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Déjalo.

El portero asintió consternado por no saber el motivo de la pregunta, y siguió a

Evan por el garaje, cada vez más curioso por descubrir qué era lo que había puesto al actor en ese estado. Antes de estar lo suficientemente cerca del coche como para tocarlo, el antiguo espía ya se dio cuenta de lo que sucedía.

—Мать!^[1] —exclamó, sin darse cuenta de que había hablado en su lengua materna.

—Sea lo que sea lo que has dicho, estoy seguro de estar de acuerdo.

—No sé quién ha podido hacer algo así.

—Creía que tu trabajo era encargarte de que no sucedieran estas cosas —le recriminó.

—Ya he solicitado en varias ocasiones que colocaran cámaras de seguridad para que yo pudiera ver lo que sucede aquí abajo desde arriba, pero el administrador siempre ha denegado mi petición —se excusó, avergonzado por lo sucedido.

Evan se dio cuenta de que su comentario estaba fuera de lugar. Era humanamente imposible que una sola persona se encargara de la portería y de la vigilancia del garaje.

—No me hagas caso, Dimitri. Estoy un poco alterado.

—Lo entiendo, señor Nash.

—¿Puedes ayudarme a quitar esto? —pidió, esforzándose por hablar en un tono más comedido.

—Por supuesto.

Mientras los dos hombres arrancaban el *film* transparente con las manos, para no arañar la pintura, Evan planeaba distintas formas de tortura, y contra todo pronóstico, las ideas que venían a su mente siempre se caracterizaban por un punto en común: Penélope siempre estaba desnuda.

De hecho cuando por fin terminaron, estaba alterado y excitado a partes iguales. Se había olvidado de las flores y los bombones, y en lo único en lo que pensaba era en demostrarle que si se lo proponía él también sabía jugar sucio, y que el ingenio de ella era comparable al suyo.

—Dimitri, ¿puedes deshacerte de esto? —preguntó señalando el film transparente que cubría buena parte del suelo del garaje una vez que el coche quedó limpio—. Tengo un asunto que resolver —explicó, sacando un billete de la cartera.

—Cuenta con ello, señor Nash —aceptó el billete con una sonrisa satisfecha—. Pondré especial atención en el garaje por si al vándalo se le ocurre volver.

Evan asintió, a pesar de que estaba seguro de que el culpable no volvería a repetir la jugada.

Penélope se había quedado dormida en el sofá viendo los DVD. Fueron los timbrazos de la puerta los que la despertaron. Se levantó tambaleante, con la cabeza dándole vueltas, la nariz y los ojos irritados y la marca de los cojines del sofá marcadas en la mejilla. Sentía que la garganta le ardía, y le costaba respirar por la nariz.

Tenía un aspecto deplorable, pero lo peor del caso es que se sentía todavía peor de lo que parecía.

Abrió la puerta mareada, ni siquiera se molestó en mirar quien estaba al otro lado antes de hacerlo. Su cabeza no pensaba con claridad. Fue por ese motivo que tardó más de lo habitual en asimilar que la expresión en el rostro de Evan era una mezcla de sorpresa, preocupación y rabia.

— ¿Penélope? ¿Te encuentras bien?

Iba a responder si estaba ciego que no veía que no estaba bien, pero entonces todo frente a sus ojos se volvió blanco, y dejó de escuchar lo que él hablaba y de recordar lo que quería decir.

La rápida reacción de Evan impidió que se desplomara en el suelo y se diera un buen golpe al caer. La asió por la cintura mientras sus piernas se doblaban y su mente se nublaba por la fiebre. Incluso a través del pijama de gatitos notaba que su temperatura corporal era demasiado alta.

Estaba tan preocupado por ella que ni siquiera se dio cuenta de que había dejado la puerta abierta hasta que no regresó al salón para llamar al médico.

La había acostado en la cama, arrodillándose a su lado, nervioso y preocupado, esperando a que se despertara. Solo su respiración acompasada logró calmarle lo suficiente como para no salir con ella en brazos camino del hospital.

Lo mejor que podía hacer para ayudarla era conservar la calma, sacarla a la calle en ese estado tampoco era una idea muy brillante que dijéramos. Salió del dormitorio marcando el número de su madre.

Si Victoria se sorprendió porque su hijo menor la llamara dos veces en el mismo día para consultarle sobre una mujer, lo disimuló muy bien y no hizo preguntas. Tras varios consejos para refrescar a la enferma, Victoria se encargó de llamar al doctor Smith, el médico que atendía desde hacía años a la familia Nash, un señor entrañable que debía de estar cerca de la jubilación.

Media hora después le abrió la puerta al médico y le dejaba a solas con la paciente, que había vuelto a abrir los ojos, para que la atendiera con privacidad.

Los escasos diez minutos que tardó en hacerle el chequeo se le hicieron eternos. Disponía de demasiado tiempo para sentirse culpable por haber pensado que Penélope era quién le había gastado la broma pesada del coche. La pobre estaba tan débil y enferma que era imposible que hubiese sido ella.

Respiró aliviado cuando John Smith salió sonriendo de la habitación.

— No te preocupes, Evan. Tiene una infección en las anginas. Tendrá que tomar antibiótico, pero no es nada grave.

— Pero se ha desmayado.

— Ha sido por la fiebre, en cuanto comience con el antibiótico remitirá. Toma — dijo tendiéndole un papel —, será mejor que vayas cuanto antes a comprarlo.

—¿Puedo dejarla sola?

—Está dormida, si te das prisa no creo que se dé cuenta de que te has ido —dijo guiñándole el ojo.

Era la primera vez en los años que llevaba encargándose de la familia que veía a Evan tan preocupado. Normalmente siempre era un hombre muy serio y reservado que no mostraba tan abiertamente sus emociones. El hecho de que fuera un actor reconocido le había enseñado a ser prudente y comedido en sus reacciones. Ya que era muy consciente de que cada paso que daba estaba mirado con lupa por la prensa y los fans.

—¿Vas a cuidar tú de ella? —se interesó.

—Sí.

—Pues asegúrate de que se toma el medicamento a su hora —comentó acercándose a la puerta para marcharse, y añadió—: Por cierto, Evan, cámbiale el pijama de franela que lleva y ponle algo más fino, aunque lo más adecuado sería que no llevara nada, no es bueno para la fiebre que esté tan abrigada.

Evan tragó saliva con dificultad antes de responder.

—Lo haré. Muchas gracias por venir.

—No se merecen —respondió el hombre con una sonrisa.

¿Por qué estaba tan nervioso? No era la primera vez que desnudaba a una mujer, aunque para ser justos sí que era la primera vez que desnudaba a una que estaba semi inconsciente. Tenía la práctica y la teoría más que aprendidas, y ella no tenía nada que no hubiera visto antes, se dijo para tranquilizarse.

—Penélope, cariño, tengo que quitarte esto —explicó dando un suave tirón a la parte de arriba del pijama—. ¿Puedes incorporarte un poco?

—No quiero. Tengo frío —se quejó, pero a pesar de ello hizo lo que él le pedía.

Era la primera vez desde que la conocía que no le plantaba cara o le lanzaba alguna pulla hiriente. Realmente estaba indefensa y solo le tenía a él para ayudarla. Con sumo cuidado le acarició las ardientes mejillas para hacerla sentir segura.

—Déjame que te la quite y te taparé con la sábana, ¿vale?

Ella asintió con suavidad, incorporándose un poco más y levantando los brazos por completo para que se la pudiera sacar por la cabeza. Era consciente de que Evan la estaba vistiendo, que iba a verla desnuda, pero en esos instantes nada le importaba más que volver a posar la cabeza sobre la almohada. Podía sentir sus dedos fríos por su piel caliente, y la ternura con la que él le estaba poniendo una camiseta que no recordaba que tuviera. Una camiseta enorme que olía igual que él.

—¿Puedo tumbarme ya? —preguntó alzando la cabeza para mirarle.

Evan tenía los ojos cerrados, como si estuviera evitando mirar sus pechos desnudos. Abrió los ojos y clavó la mirada en los suyos.

—¿Te encuentras mejor?

—Solo cuando me tocas. Tus manos están frías...

Penélope no comprendió el gemido ahogado de él. ¿Qué le pasaba? ¿Se encontraba tan mal como ella?

—¡Tumbate! Ahora vamos a quitarte los pantalones.

Obediente, hizo lo que le pedía. Al hacerlo se fijó en que la camiseta que llevaba puesta tenía el sello de la universidad de Oxford. Ella nunca había estudiado en Oxford, ¿o sí?

—Esto —murmuró tirando de la parte de delante de la camiseta de manera que Evan pudo ver sus pechos a través del cuello de la misma. A pesar del esfuerzo sobrehumano que había hecho para no mirarlos, ahí estaban blancos y redondos.

—Es mía, cariño. No tenías nada tan grande para dormir.

—¡Oh! Gracias.

—De nada. Levanta el trasero. Eso es. —Igual que la vez anterior intentó no mirarle las piernas por lo que con ambas manos asió la tela de los tobillos, se dio la vuelta y tiró de ellos.

Después, de nuevo con los ojos cerrados, y con mucho cuidado de no tocarla más de lo necesario, le bajó la camiseta y la tapó con la sábana.

Cuando volvió a abrirlos, ella le estaba mirando con una expresión intrigada y febril en el rostro sonrojado.

—¿Por qué has cerrado los ojos? ¿Sabes? Si hubiera sido al revés yo te habría mirado. Mucho —añadió.

Evan sonrió por la ocurrencia, mientras le pasaba la mano por la frente para apartarle el cabello de la cara, que lo tenía pegado a la piel por el sudor, y que quizás por llevar tanto tiempo acostada, se veía más rizado y salvaje.

—Cariño, estás enferma. Es lo correcto.

—Es porque no te gusto —opinó ella, con tristeza.

—Te equivocas. Es justo lo contrario —sentenció él, dándole un suave beso en la frente—. Ahora duérmete hasta que vuelva con el medicamento.

^[1] En ruso: ¡Madre mía! (*N. de la A.*)

Capítulo 17

En cuanto salió del dormitorio se dejó caer en el sofá con los dientes apretados, y una erección que estaba empezando a molestarle de verdad. ¿Qué clase de persona era si se excitaba al ayudar a cambiarse a una mujer enferma? Por muy preciosa que fuera, por muy sedosa que tuviera la piel, y por muy dulce que actuara afectada por la fiebre, era de mal gusto excitarse de ese modo en dichas circunstancias.

Allí sentado recordó que la primera vez que la había visto pensó que era llamativa, con sus ojos azul verdosos rasgados y su larga melena negra, sin embargo, ahora que la conocía mejor había cambiado de opinión, no solo era llamativa, era preciosa, inteligente, divertida y fascinante. Con ella uno nunca sabía a qué atenerse. A veces era dulce, otras guerrera, no obstante, siempre reaccionaba de un modo diferente al de todas las mujeres que habían pasado por su vida.

Encendió la televisión con intención de despejar la mente, pero cuando todavía no había decidido qué cadena elegir escuchó a Byron maullar con fuerza y arañar la puerta del dormitorio de Penélope. Se levantó sin ganas de regresar ahí dentro y aspirar el aroma dulce y cítrico de la dueña de la casa, y fue a abrir al gato, que cada vez estaba más impaciente por salir.

El peludo animal salió dándole pataditas a un trozo de tela negra.

—¿Qué llevas ahí, pequeñajo? —dijo tirando del botín del animal.

La tela negra era suave al tacto, y le resultaba muy familiar. La desenrolló para saber de qué se trataba y abrió los ojos exageradamente al descubrirlo.

Sin soltarlo regresó al sofá, y se sentó, con los brazos descansando sobre sus rodillas y el pulso acelerado.

—Byron, ¿has venido a rematarme? —le preguntó al felino, casi esperando una respuesta—. Y yo que pensaba que éramos colegas... —bromeó, mirándole con la misma fijeza con que lo hacía el felino.

Ese animal era demasiado inteligente para ser un gato doméstico, decidió.

Sostuvo el sujetador entre las manos, frente a su cara, un instante antes de llevárselo a la nariz.

—Es bonito, y huele maravillosamente, pero he de decirte que es mucho más irresistible cuando está donde le corresponde. —Esta vez no se obligó a dejar de pensar en ella sino más bien todo lo contrario. El sujetador negro de encaje era el mismo que Penélope llevaba puesto el día en que la había besado y a punto había estado de hacerle el amor en ese mismo sofá.

Gruñó al notar que su cuerpo volvía a sufrir los efectos de tener una mente tan visual. Lo mejor era que se diera una ducha de agua fría y que se pusiera cómodo,

todavía faltaban varias horas antes de la siguiente dosis de medicamento.

Penélope se había pasado el día anterior durmiendo, se despertaba únicamente cuando necesitaba ir al baño o cuando Evan la obligaba a ingerir comida y unos sobres que sabían a naranja pasada. Se despertó a las cinco de la tarde del miércoles por el sonido insistente de su móvil. Por instinto, alargó la mano hasta la mesilla de noche, donde lo dejaba siempre antes de irse a la cama, pero no estaba allí.

Entonces se dio cuenta de que el sonido le llegaba desde el salón. Se levantó con cuidado para no marearse, tenía el pelo pegado a las sienes por el sudor, y llevaba una camiseta que no recordaba haberse puesto. Repentinamente las imágenes y las palabras que había intercambiado con Evan se agolparon en su mente. Se tambaleó sobre sus piernas, al pensar que había sido él quien la había desnudado, pero el sonido del teléfono la obligó a moverse sin poder pararse a reflexionar detenidamente sobre ello.

El móvil estaba encima de la mesa del comedor, por lo que pasó por delante del sofá y lo cogió. Se quedó con él en la mano, ahora ya en silencio, y observó el cuerpo que descansaba sobre su sofá. Estaba tumbado boca arriba, casi con medio cuerpo fuera, descalzo y con Byron dormitando entre sus piernas. Su ropa estaba arrugada y sus mejillas oscurecidas por una barba incipiente que le confería más atractivo, si cabe. El móvil volvió a sonar en su mano, y evitó que Penélope siguiera con su escrutinio.

—¿Diga? —pidió sin apartar la vista de Evan que no se había inmutado por el ruido. Debía de estar realmente cansado para dormir entre tanto escándalo. Por cierto, ¿por qué dormía en el sofá? Se preguntó. Si se había quedado a pasar la noche podría haber utilizado el dormitorio de invitados.

—¿Penélope? —preguntó la voz de Jane Pryce.

—Claro, mamá, me has llamado a mí. ¿Con quién querías hablar? ¿Te has equivocado de número?

—No cariño, quería hablar contigo, pero pensaba que seguías enferma y que sería Evan quien contestaría otra vez a tu teléfono —explicó, con su habitual sentido práctico.

—¿Has hablado con él?

—Sí, y la abuela también. Papá y yo te llamamos ayer para saber cómo estabas. ¿Por qué no me dijiste que salíais juntos?

—No salimos juntos, mamá. Somos vecinos. ¿Puedo llamarte luego? Me gustaría darme una ducha.

—Claro, cariño. Pero no te olvides o tendré que llamarte otra vez. —Penélope sonrió por la amenaza velada de su madre.

—Sí, mamá.

Colgó el teléfono y se quedó allí de pie observándole dormir más tiempo del que le convenía. Camden ya le había dejado claro que Evan no estaba interesado en ella, y si era lista tenía que asumirlo pronto, antes de otorgarle la capacidad de poder lastimarla.

No obstante, se había quedado y la había cuidado cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo. ¿Sería porque había decidido añadirla en su selecto grupo de amistades?

—No seas absurda, Penélope —se recriminó en voz alta. Después se dio la vuelta y regresó a su dormitorio con intención de darse una larga ducha.

En cuanto escuchó que la puerta se cerraba Evan abrió los ojos con una sonrisa satisfecha en los labios.

Cuando regresó al salón, ya duchada y vestida con unas mallas negras y una camiseta rosa, Evan ya no estaba durmiendo en su sofá. La desilusión se instaló como un nudo en su pecho, *¿qué esperabas?*, se regañó mentalmente. No tenía que haberse permitido creer que tenía interés en establecer una amistad con ella, ya debía de estar acostumbrada, puesto que tampoco la había querido en el pasado. El ruido de la puerta de casa abriéndose la sacó de golpe de sus pensamientos.

Evan entró con dos bolsas en la mano y el cabello húmedo. Debía de haberse ido a ducharse también porque iba vestido con otra ropa, unos vaqueros oscuros y una camiseta negra.

Se veía tan atractivo que instintivamente parpadeó para asegurarse de que estaba frente a ella. Sintió un nudo en el estómago que se asemejaba mucho a la lujuria.

—He pensado que tendrías hambre —comentó mirándola de arriba abajo para comprobar cómo estaba.

—Pues has acertado. ¡Gracias! —La voz le salió más chillona de lo habitual.

El parpadeo de Evan le indicó a Penélope que no se esperaba su reacción, pero modificó su expresión antes de que ella pudiera leer algo más en ella.

Intrigada por su nueva actitud le siguió a la cocina, y permitió que le sirviera un zumo de naranja y tostadas mientras rezaba en silencio para que no fuera capaz de adivinar en lo que estaba pensando.

—Es la primera vez que desayuno a la hora de cenar —confesó sonriendo por ello.

—No es la primera vez para mí y antes de que pienses lo peor te aviso que fue por exigencias laborales.

—Ya me lo imagino —aceptó —. Por cierto, ¿de dónde has sacado las llaves de mi casa? —su intento de sonar casual fue un completo fracaso a juzgar por la mirada de Evan.

—Me las dio Beth ayer cuando vino a darle de comer a Byron. Le dije que no se preocupara, que yo me encargaría de vosotros. La pobre niña está hasta arriba de exámenes, pero le daba pena dejarte en la estacada. Desde ahora tienes un nuevo canguro, que como bien has visto, es extremadamente eficiente. —Se hinchó fingiendo orgullo.

—No quiero sonar desagradecida, pero ¿cómo supiste que estaba tan mal?

Después de lo que te dije el otro día no esperaba volver a verte.

—Tengo que disculparme por eso —confesó, sin añadir nada más.

—En realidad soy yo la que debería disculparse. Fui muy grosera y tú solo pretendías ayudarme. —Su mirada era franca y directa. Evan no tenía ninguna duda de que sus palabras eran sinceras.

—Era lógico que pensaras mal de mí. No me conoces, pero eso quiero solucionarlo. Tenemos un pasado, amigos en común... Por lo que he decidido conocerte y conseguir que me conozcas. ¡Desde este preciso instante! —dijo extendiendo la mano—. Hola, soy Evan y estoy encantado de conocerte por fin.

—Encantada, Evan —respondió al saludo—. ¿Me vas a contar ahora a qué se debía tu visita?

—Por supuesto, aunque es probable que no te guste mucho mi respuesta —comentó achicando los ojos.

Entonces le relató lo que le había sucedido a su coche y que debido a que no conocía a nadie más en el edificio había creído que la culpable era ella. Luego al verla tan débil no había podido dejarla sola, había llamado al médico y había estado cuidando de ella.

Al fin y al cabo era de buenos vecinos ser amable, dijo riendo, y tal y como le acababa de decir, estaba interesado en ser su amigo.

Su buen humor y su ayuda desinteresada la hicieron sentir culpable por la broma del coche. No obstante, la nueva amistad que se estaba creando entre ellos se vendría abajo si le confesaba la verdad: que sus sospechas eran ciertas y que ella había sido la vándala que había arremetido contra su apreciado Aston Martin. Para contrarrestar sus remordimientos le hizo una oferta que sabía que no podría rechazar.

—Me gustaría ayudarte con la mudanza. El que hayas estado cuidando de mí debe de haberte retrasado, y yo necesito tomarme unos días de descanso antes de volver a ponerme a escribir.

—Todavía estás convaleciente. Además soy yo el que ha estado echándote una mano —dijo, tendiéndole la libreta en la que Penélope había estado tomando notas de los *castings*.

—¿Qué es?

—Mis apreciaciones sobre las pruebas de cámara, opiniones sobre los actores... Cosas que creo que pueden ayudarte a decidir a quienes escoger para los papeles de Un viaje infinito —comentó, quitándole importancia a lo que había hecho—. No solo es importante ver cómo se mueven en escena, el que sean profesionales o conflictivos también es importante. Te lo he apuntado todo ahí. —Señaló la libreta.

—¡Qué detalle! Muchas gracias —dijo con sinceridad. No obstante, Evan notó que quería añadir algo más y que no se atrevía a hacerlo—. Sé que estás agotado, y que sería abusar de tu amabilidad, pero... —Se calló, de repente avergonzada.

—¿Sí?

—¿Tienes planes para esta noche?

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó con una expresión pícaro en los ojos y una sonrisa torcida que a Penélope le hizo pensar en besos.

—No exactamente. Te estoy pidiendo ayuda profesional. Me gustaría ver los DVD contigo e intercambiar opiniones. Al fin y al cabo si vas a ser Cruz Davis tu opinión es relevante.

—Nunca he podido decirle que no a una mujer.

—Me lo imaginaba —bromeó ella a pesar de la punzada de celos que no esperaba sentir—. Pero no creas que no voy a compensarte. Ya te he dicho que tengo intención de ayudarte con la mudanza. Mañana, después de comer, me sentiré más fuerte y podré cumplir mi palabra. Eso sí, no voy a hacer esfuerzos. Me encargaré de la parte logística del trabajo.

—¿Y qué significa exactamente que vayas a encargarte de la logística? —preguntó con una divertida sonrisa.

—Básicamente, que te iré diciendo dónde va cada cosa y que te ayudaré a ordenar los objetos menos pesados. Te cambio tus conocimientos escénicos por mi buen gusto en decoración.

—¡Trato hecho! —aceptó tendiéndole la mano—. Pero la cena mañana correrá de mi cuenta —dijo, pensando en hacer una llamada a su amigo Brian y sorprender a Penélope con un menú cien por cien español.

—Mientras no sean empanadas no me oirás quejarme.

Las siguientes dos horas las pasaron viendo los *castings* y hablando sobre la película. En esos momentos, mientras ellos decidían quién daría vida a los personajes que ella había creado, se estaban buscando las localizaciones. En breve comenzarían a rodar.

Penélope se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba Evan con su trabajo. Estaba entusiasmado con el papel de Cruz. Incluso llegó a confesarle que tras leer el guión había comprado el libro y lo había leído casi del tirón. Cruz Davis le permitiría mostrar su capacidad interpretativa a otro nivel. Se trataba de un personaje de acción con una gran vena dramática que lo hacía tan especial y codiciado por cualquier actor que se preciara.

Finalmente con su ayuda terminó de cerrar el tema de los actores. Al día siguiente mandaría un *e-mail* a la productora con sus decisiones, y su participación en la película quedaría vista para sentencia. A pesar de lo mucho que había insistido su agente en que hiciera un cameo en ella, Penélope no se sentía cómoda frente a las cámaras y todavía seguía dudando sobre ese punto.

En cuando notó que se le cerraban los párpados Evan se levantó del sofá y obligó a Penélope a hacer lo mismo. Pensaba quedarse una noche más a dormir allí, ya que no

estaba recuperada como para quedarse sola.

—Hoy no vas a quedarte —le avisó al ver sus intenciones—. Vete a casa y descansa. Yo estoy mejor.

—Tu sofá es muy cómodo, y no pienso dejarte sola. Puede que ya no tengas fiebre, pero sigues estando enferma.

—No sé si sabes que tengo un dormitorio de invitados estupendo con una cama mullidita y acogedora.

—Menudo enfermero sería. Tenía que estar cerca por si necesitabas algo —explicó, haciendo que Penélope se sintiera todavía más culpable de lo que ya lo hacía.

—Me encuentro bien, y te prometo que dormiré mejor si sé que tú también lo haces. —*Porque si te quedas seré incapaz de pegar ojo pensando en que estás a unos metros de mi cama,* pensó.

—De acuerdo, pero si necesitas cualquier cosa dame un escobazo. Estoy justo encima de ti. Te escucharé y bajaré a toda prisa para socorrerte. —Le guiñó un ojo antes de encaminarse a la puerta.

Penélope se rio por la ocurrencia del escobazo, sabiendo de primera mano que aunque pasara un tren de mercancías por su lado, o sonara un móvil en su oreja, no se despertaría.

Capítulo 18

Como sus alumnos seguían de seminario, Camden decidió salir a comer antes del trabajo, y pasar por casa de Penélope y comprobar cómo se encontraba. Le había dejado varios mensajes en el buzón de voz, que no habían obtenido respuesta y ya empezaba a estar preocupado por su silencio.

Era la una del mediodía cuando entró en el vestíbulo de su edificio. Había ido con la intención de pedir una *pizza* y pasar unas horas juntos antes de que tuviera que regresar a la universidad. Además, de ese modo aprovecharía la visita para acercarse a saludar a Evan y aclarar todo sobre su repentino cambio de domicilio. Evan solía ser muy meticuloso en todo lo que hacía, no era propio de él actuar con tanta celeridad.

Dimitri le saludó con la cordialidad de siempre, y ni siquiera hizo el amago de llamar a Penélope para avisarle de su llegada. Era uno de los mejores en su trabajo principalmente porque estaba al tanto de cosas como que Camden siempre era bienvenido.

El jueves Penélope se sentía mucho mejor, al menos físicamente. Su conciencia no estaba igual de saludable. No podía quitarse de la cabeza todas las molestias que Evan se había tomado por cuidarla mientras ella se comportaba como una niña malcriada y atentaba contra su vehículo, no directamente, pero enviando a sus secuaces a hacerlo.

Una parte de ella se sentía feliz porque Evan no hubiese resultado ser la persona interesada y superficial que había creído. Su mitad más egoísta, en cambio, hubiera preferido acertar con su carácter, de ese modo habría sido más fácil pasar página y superar el absurdo enamoramiento que sufría por él desde los quince años.

Primero fueron sus notas en la libreta azul lo que habían despertado su interés, después fue su ausencia durante ese primer verano lo que avivó su curiosidad de futura novelista. Al año siguiente le prestó más atención a su dormitorio, lo ordenado que era, la cantidad de libros y películas en sus estanterías. No podía negar que su atractivo también tuvo mucho que ver. Victoria tenía la casa repleta de fotografías de la familia, y Penélope, como toda adolescente, se quedaba embelesada por los ojos grises del misterioso Evan Nash.

Durante ese tiempo estuvo atenta a cualquier información sobre él que se le escapara a Camden o a Victoria. Con los años, y casi sin darse cuenta, había desarrollado un encaprichamiento que se intensificaba con cada película. Se había enamorado perdidamente de Daniel Black, su primer personaje protagonista, un hombre atormentado que cambiaba por amor. Había simpatizado con el terrorista Jack Hard, y había suspirado por Evan en cada una de sus escenas románticas.

Después se encontró con un Evan Nash en los BAFTA que no se parecía en nada

al chico que la provocaba escribiéndole mensajes en su cuaderno secreto, ni al muchacho que luchaba por conseguir hacer realidad sus sueños. Y eso la había hecho sentir segura, a pesar de que cada vez que lo tenía cerca sufría una descarga de adrenalina que la empujaba a plantarle cara, sabía que nunca se enamoraría de verdad de alguien tan interesado y egocéntrico. Alguien que era lo opuesto al Evan Nash que estaba conociendo...

El sonido de la puerta la sacó de un plumazo de sus reflexiones. Agachó la cabeza para mirarse, no esperaba visita tan pronto por lo que llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta de manga francesa del mismo color azul verdoso de sus ojos, nada espectacular ni llamativo. Se colocó la melena rizada sobre la espalda, para dejar a la vista el escote con forma de pico de la camiseta, y fue a abrir.

Camden le sonreía desde la puerta.

—Hola, Pen. Tienes mejor aspecto —dijo, con amabilidad—. ¿Me dejas pasar? —preguntó al ver que ella no hacía ningún movimiento para apartarse.

—Lo siento. Me ha sorprendido verte, no te esperaba —explicó haciéndose a un lado para que entrara.

—Te he estado llamando, y como no has contestado, he pensado en venir a comprobar que estabas bien.

—¿Tienes prisa? ¿Has comido?

—No, para serte sincero esperaba que me invitaras. Quizás podemos pedir una *pizza* —ofreció—. Es lo más rápido.

—¿*Pizza*? La sola idea de comer algo tan fuerte me da náuseas. Si te conformas con una tortilla española y ensalada, cocino yo.

—¿Tortilla de patata? Eso ni se pregunta. Por supuesto que me quedo. Te ayudo a pelar las patatas y mientras me vas contando cómo has estado.

—De acuerdo. Pero te aviso que no te lo vas a creer.

Para Penélope comer con Camden fue un respiro. Su mejor amigo siempre conseguía que se sintiera cómoda y que se olvidara de los problemas y preocupaciones. Entre ellos la conversación nunca decaía, tenían demasiadas cosas en común para quedarse sin temas. Aun así, no pasó desapercibido para ella el interés de Camden en redireccionar la conversación hacia su hermano. No obstante, supo esquivarle sacando el tema de su cena con Charlotte.

Lo había comentado mientras preparaban la ensalada, pero una llamada de su abuelo había dejado la conversación interrumpida, y al retomarla el tema de la cita había quedado eclipsado por el problema con el juego de su abuela.

Al igual que le sucedió en su momento a la propia Penélope, a Camden también le costó asimilar que una mujer tan recta, sofisticada y obsesa de la etiqueta pudiera obsesionarse con algo tan incontrolable como el juego. Su amigo le había aconsejado que pidiera ayuda profesional. Le contó que hay psicólogos que se especializan en

adiciones, y que la ludopatía era una de ellas. Estos profesionales no solo ayudaban a sus pacientes a dejarlas sino que aconsejaban a sus familiares la mejor forma de ayudarles.

Penélope todavía no había quemado sus últimos cartuchos, creía sinceramente que antes de hacer nada le debía una charla a su abuela, y si esta no servía para que Julia se diera cuenta de su problema, le quedaba el chantaje. Puede que fuera poco ortodoxo, pero Penélope estaba segura de que su abuela sería capaz de casi cualquier cosa por evitar que su hija estuviera al tanto de su problema. Toda la familia sabía que Jane no se limitaría a una charla civilizada por teléfono con su madre. Cogería el primer vuelo con destino a Londres, pondría el grito en el cielo y después les volvería locos a todos con sus brillantes y descabelladas ideas para atajar el problema.

Un problema que aunque en esos instantes no fuera de una gravedad extrema, sí que llevaba camino de complicarse si no hacían algo cuanto antes.

Penélope volvió a preguntar por la cena con Charlotte, pero a parte de unas pocas palabras vagas sobre el restaurante no pudo descubrir nada más. No era propio de Camden no contestar a sus preguntas por lo que tomó nota mental para interrogarle más adelante cuando pasaran un par de días más y hubiera tomado una decisión sobre su colega.

Acababan de recoger la mesa, y estaban poniendo el lavavajillas cuando sonaron dos timbrazos y se abrió la puerta de casa.

—Penélope, ¿estás visible? Ayer olvidé devolverte las llaves —dijo Evan alzando la voz al no verla en el salón.

—Pasa. Estoy en la cocina —contestó en el mismo tono.

Evan entró en casa y cerró con cuidado la puerta tras de sí. No obstante, antes de encaminarse a la cocina se sacó un objeto pequeño y colorido que tenía guardado en el bolsillo de atrás del pantalón.

—Bsbsbsbsbsbs. —Se puso a llamar a Byron, que obedientemente salió de detrás del sofá para acercarse a saludarle—. Mira lo que te he traído. Un sabroso ratón —dijo, dándole un pequeño animalito hecho con tela de colores, y que al moverlo sonaba un cascabel—. Es para agradecerte el regalito que me trajiste. Tú ya me entiendes.

Byron le dio varios golpecitos al ratón con las patas delanteras, hasta asegurarse de que no era peligroso, y tras la comprobación, lo cogió con la boca y se fue a su rincón para jugar con él.

Evan escuchó los pasos de Penélope, que seguramente se había extrañado cuando no se acercó hasta la cocina, y se levantó con una sonrisa que se le borró de golpe al ver quien estaba con ella.

Penélope no supo decidir cuál de los dos hermanos se sentía más incómodo. Era evidente que ninguno de ellos había esperado encontrar al otro allí. Sin embargo ahora las cosas habían cambiado, Evan le había ofrecido su amistad, y ella no estaba dispuesta

a permitir que se echara atrás por vergüenza.

Dejó la bandeja con las tazas y el azúcar en la mesa, y le hizo una señal a Camden para que él también dejara la cafetera.

—Hola, Evan. Supongo que vienes a obligarme a cumplir mi palabra y ayudarte con la mudanza —bromeó—. Pero que sepas que yo siempre cumplo mis promesas, y sin necesidad de coacción. Siéntate nos tomamos el café y subimos a tu apartamento. Quizás Camden se apunte y nos eche una mano.

Evan se recuperó rápidamente. Volvió a sonreír, y alargó el puño para un choque de nudillos con su hermano.

—Si decides unirte tu ayuda será más que bienvenida.

—Me encantaría, pero tengo que regresar a la universidad —dijo, sentándose en el sofá—. Me he escapado a la hora de comer para ver a Penélope. La última vez que supe de ella estaba casi en estado comatoso.

—¡Qué gracioso!

Camden se dispuso a servir el café para hacer algo y no mirarles. Después de tanto tiempo temiendo lo peor se encontraba en la clase de situación que había querido evitar: en el medio de su único hermano y su mejor amiga, que recientemente había sufrido un desengaño por ser excesivamente sincero con ella.

—Tengo la sensación de que es una excusa y dice eso para no ayudarnos —dijo Penélope sonriendo a Evan.

Extrañado alzó la cabeza y los miró. No parecía que hubiera ningún problema entre ellos. De hecho, Evan había entrado con una llave y estaba claro que conocía el terreno en el que se movía.

—Chica lista. Lo tienes calado —respondió Evan.

—¿Verdad que sí? Tengo un sexto sentido para estas cosas —comentó como si alegar tener un sentido más que el resto del mundo fuera lo más normal del mundo.

—¿Para pillar a los que se escaquean? —Estaba claro que era una velada burla, y que se lo estaba pasando de maravilla con ello.

Gracias a Penélope y su conversación Evan ya no se acordaba de la incomodidad del primer momento al entrar y encontrarse con su hermano.

—Para calar a las personas en general. —Se apartó un mechón negro de los ojos para que quedara bien claro a quién estaba mirando y le espetó—: A ti te radiografié en un instante. Ser tan ordenado como tú no es normal, es un claro indicio de trastorno.

—Tendrías que ver mi casa ahora. En estos momentos, ordenada no es la palabra que yo usaría para describirla, caótica le va mucho mejor.

—Ya, y por eso estás a punto de sufrir un ataque al corazón. —Se rio a carcajadas—. ¿Verdad que tiene mala cara? —preguntó mirando a Camden que los observaba con la boca abierta, pero sin atreverse a intervenir.

—Es cierto, hoy no está en todo su esplendor —respondió siguiéndole la broma,

aunque era cierto que su hermano tenía ojeras.

—Estoy cansado, eso es todo.

—Ahora no puedo bromear a tu costa ya que está claro que es culpa mía. Ha estado cuidándome mientras he estado enferma. —Le contó a Camden, quien escuchó en silencio y cada vez más asombrado lo que le estaban contando.

—Se desmayó sobre mí. No es la primera mujer que lo hace... Pero me dio pena dejarla sola. —La sonrisa pícaro con la que lo dijo consiguió que Penélope se atragantara con el sorbo de café.

—¿Te di pena?

Él asintió con la cabeza sin cambiar su expresión.

—Bueno, la primera vez que te vi pensé que eras un engreído y que no eras tan guapo en persona como en el cine —dijo, ladeando la cabeza a modo de disculpa—. Es porque os untan la cara con maquillaje y así cualquiera es guapo.

El primero en reaccionar fue Camden. Miró asombrado a una y luego al otro, y después estalló en carcajadas mientras balbuceaba algo como que eran tal para cual.

Al abandonar la casa de Penélope Camden se sentía liberado. La tensión que había ido acumulando últimamente se había desintegrado por completo al ver el modo en que su hermano y su mejor amiga se relacionaban.

Jamás hubiera imaginado que la conexión entre ellos sería tan intensa, sobre todo porque Penélope parecía una persona diferente estando cerca de Evan, y él se veía expectante, pendiente de cada gesto y de cada palabra que Penélope le dirigía. De algún modo se había sentido un intruso, como si estuviera espiando un momento íntimo. Por esa razón había declinado la invitación de su hermano de subir a su apartamento y ayudarles con la mudanza, después de todo, sus alumnos seguían de seminario. Y por ese mismo motivo se sentía liberado.

Ya no estaba en medio de ambos. Ahora se conocían, se relacionaban por algo más que por su mera existencia, ya no era un nexo común entre ambos.

Por primera vez se alegró de estar equivocado, e instintivamente se preguntó en qué más lo había estado. Al parecer no era un buen teórico de las relaciones sentimentales, quizás lo mejor era comenzar con la práctica, se dijo, sonriendo por la idea.

Marchaba por el pasillo de la universidad que llevaba al departamento de historia cuando se encontró con Charlotte en el pasillo, iba leyendo mientras caminaba.

Desde que había salido a cenar con ella y la había visto vestida de un modo tan diferente no podía quitarse de la cabeza la idea de acercarse a ella y deshacerle el rodete. Tenía ganas de comprobar cómo de suave era su cabello, y si su mano era capaz de contenerlo.

Se llevó la mano derecha a la frente para secar un sudor inexistente, al tiempo que se detenía a esperar que se acercara.

En cuestión de días su vida estaba dando un giro tan inesperado que había tenido que aferrarse a lo que le hacía sentirse él mismo, sus libros antiguos y su trabajo.

La vio caminar directa hacia él, absorta en su lectura, y sintió ganas de bromear con ella. Por esa razón reanudó la marcha y propició un inocente choque. El aroma que desprendía su piel le golpeó con más fuerza que su dulce cuerpo.

—Lo siento, estaba... —Se calló cuando vio de quién era el duro pecho con el que había chocado. Necesitaba recuperar el aliento que había perdido y que nada tenía que ver con el golpe—. Despistada.

—Ya veo. ¿Qué lees que te tiene tan concentrada?

Charlotte entrecerró los ojos, sospechando de la jovialidad de Camden. Pocas veces lo había visto así, y no era porque no lo observara. Llevaba los últimos dos años pendiente de cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué estás tan contento? —No recordaba haberlo visto tan sonriente en mucho tiempo. Sobre todo en su presencia.

—Si te tomas un café conmigo te lo cuento.

—De acuerdo, imagino que en el departamento habrá recién hecho. —Dio un paso para reanudar su camino.

—No, la invitación es para tomárnoslo fuera de aquí —comentó, asiéndola del brazo para que diera la vuelta.

—¡Está bien! Tengo demasiada curiosidad para decir que no —bromeó ella.

—Así que solo aceptas para que te revele mis secretos.

—Por supuesto, ¿qué te pensabas?

Capítulo 19

A Penélope el piso de Evan le recordó a las zonas asoladas por los tornados. Sofás desmontados, muebles descolocados, ropa por el suelo, enseres en cajas a medio abrir... Nadie que hubiera visto la habitación de Evan en casa de sus padres hubiera adivinado que pertenecieran a la misma persona.

—Byron se va a dar un festín con tu ropa —comentó Penélope, sin atreverse a dejar al gato en el suelo—. Ha sido mala idea traerlo.

Evan se había empeñado en que subiera con ellos para que no pasara tantas horas solo, y para ella había sido un alivio, así se evitaba encontrarse con más lencería desgarrada por sus afiladas uñas.

—No creo que le atraiga mi estilo.

Penélope arqueó las cejas, sorprendida por el comentario. ¿Cómo sabía que...?

—¡Oh, Dios mío! Dime que no lo ha hecho. Dime que no te ha llevado nada... delicado y personal.

—Podría decírtelo, pero estaría faltando a la verdad —se guaseó.

Penélope se dio cuenta del brillo acerado de su mirada y sintió un aleteo especial en el estómago. Sus mejillas enrojecieron tanto por la confesión de Evan como por las sensaciones que la embargaban. Evan encontró divertida su vergüenza porque rio sin disimulo.

—No puedo creer que hiciera eso contigo. Normalmente solo me lo hace a mí.

—Es su forma de hacer de casamentero. Tus anteriores invitados no han sido tan interesantes como yo, y Byron ha sabido darse cuenta y ha pensado que con la tentación apropiada...

—¿Míster ego ataca de nuevo? Creía que ya habías superado esa fase.

—Es la costumbre —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Creo que lo primero es que coloques cada mueble en el lugar en el que debe estar, y después sigamos con las cajas —propuso.

—Me parece perfecto. Tú mandas.

—¡Qué bien que lo reconozcas!

Evan sintió un ramalazo de deseo que barrió su espina dorsal. Era atrevida, *sexy* y tenía una verborrea que lo excitaba como ninguna otra mujer que había conocido anteriormente. Iba a tener que tomarse las cosas con calma, esa mujer era muy peligrosa para su cordura.

Antes de ponerse con la mudanza Evan le puso un platito con leche a Byron en una esquina de la cocina, y le enseñó el apartamento a Penélope, quien se asombró al

comprobar que era bastante más grande que el suyo, ya que disponía de un dormitorio más. Evan sonrió satisfecho de sí mismo, como si el mérito fuera suyo, y alegó que era más grande por tratarse del piso de la última planta.

Durante las dos horas siguientes siguió al pie de la letra cada una de las indicaciones de Penélope, y cuando se quisieron dar cuenta, ya tenían el salón y la cocina libre de cajas, y uno de los dormitorios listos.

En esos momentos se encontraban organizando el segundo cuarto más grande de la casa, reconvirtiéndolo en despacho.

Evan instalaba los altavoces de su iPod y Penélope se afanaba en ordenar las estanterías de madera que él acababa de montar. Intentaba concentrarse en lo que tenía entre manos, pero el recuerdo de los músculos de la espalda y de los brazos de Evan, tensándose por el esfuerzo de alzar listones de madera, y visibles a través de la camiseta blanca que vestía, se había quedado grabado en su retina.

—Hace calor aquí —comentó, intentando entretenerse con otro tema.

—¿Quieres que paremos y nos tomamos una cerveza fría?

—No, terminemos y así cenamos pronto. Estoy hambrienta. —*De comida y de ti*, pensó, enrojeciendo por haberse permitido pensarlo.

—De acuerdo. Dejemos esta habitación como está para mañana. Organizamos mi dormitorio y después cenamos. Al menos así dejamos lo principal en orden —propuso con una sonrisa.

—Me parece bien —concedió, siguiéndole por el pasillo.

El dormitorio al que Evan la condujo era un espacio diáfano, pintado de blanco y con una claraboya por la que entraba la luz que se reflejaba en los espejos que camuflaban unos armarios empotrados. Solo los espejos que iban de arriba abajo de la pared alertaban de su localización.

Penélope sintió cómo su estómago se retorció. Cada espejo reflejaba una y otra vez la grandiosa cama de hierro forjado que presidía la habitación. Todo ello unido al aroma a Evan que impregnaba el dormitorio le estaba haciendo difícil mantener la compostura. En su locura se preguntó si las sábanas olerían del mismo modo. Tensó las piernas para evitar ir a comprobarlo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Evan, parado a su lado en la entrada.

—La cama —balbuceó, poniéndose de repente colorada por la vergüenza. Había hablado sin pensar.

—Entonces, ¿me ayudas a hacerla o a deshacerla?

—¿Perdona? —se giró a mirarle con las mejillas ardiendo.

Antes de responder Evan puso cara de no haber roto un plato en su vida.

—Quiero decir si me ayudas a cambiar las sábanas o dejamos las que puse ayer. ¿Crees que combinan bien?

—Depende, ¿esperas visita? —Por muy incómoda que se sintiera, no pensaba

demostrárselo, ya había hecho suficiente con el *lapsus* de la cama.

— Soy hombre de una sola mujer, y hoy soy tuyo.

— ¿Significa eso que puedo hacer contigo lo que quiera o no es más que un farol?

Las imágenes de él sudoroso con los músculos tensos por el esfuerzo volvieron a su cabeza.

— Sí. Puedes hacer conmigo lo que seas capaz de imaginar — contestó en un susurro, mientras trababa su mirada con la de Penélope.

— Quítate la camiseta.

— ¿Solo la camiseta? Creía que íbamos a comenzar a lo grande — la pinchó, esperando que saltara.

— De momento solo la camiseta. — Sus ojos le retaron más que sus palabras—. Ya veremos después.

Intrigado con la nueva actitud de Penélope Evan hizo lo que le pedía, prestando especial atención para no perder el contacto visual con ella, llevó sus manos a la parte de debajo de la camiseta y tiró de ella para quitársela con rapidez alborotándose con ello el cabello.

La sonrisa pícaro que le ofreció tentaba a Penélope tanto como la dorada piel de su pecho desnudo.

Su intención inicial cuando comenzó el juego había sido robarle unos cuantos besos y después dejarle ansiando más, tal y como se había quedado ella la primera vez que él la había besado. No obstante, en ese instante no se creía capaz de poder parar a tiempo si le ponía un dedo encima.

— ¿Qué hago con ella? — preguntó Evan con la camiseta todavía en las manos. Penélope le tendió la suya para que se la diera.

— Date la vuelta, y pon los brazos atrás. A falta de esposas buena es una camiseta.

— No creo que vayas a hacer lo que creo que vas a hacer — dijo con la voz ronca por la anticipación.

— ¿Tienes miedo?

— No. En realidad estoy impaciente.

Sin añadir nada más lo asió por las muñecas y uniéndolas a su espalda las ató. Después le dio la vuelta, mientras Evan se dejaba hacer sin oponer resistencia y, colocándole al borde de la cama, lo empujó con suavidad en el pecho para que cayera sobre ella cuan largo era.

— Siempre he sabido que eras una mujer muy imaginativa, aunque ahora estoy loco por comprobar cuánto.

— Si quieres saber qué va después de la camiseta empieza por callarte.

La brusca respuesta consiguió que su miembro cobrara vida.

Penélope arqueó las cejas al ver la reacción que empujaba dentro de sus

pantalones.

—¿Te gusta jugar duro?

—No, me gustan las mujeres con carácter.

Ella no alteró su expresión. Mientras su corazón latía desbocado en su pecho, su apariencia era tranquila, casi casual. La idea de dejar a Evan allí tumbado y marcharse le atraía, pero le atraía mucho más la de quedarse y comprobar cómo de incompatibles eran.

La descarga de adrenalina que siempre la dominaba cuando estaba cerca de él se había apoderado de ella, y lo único que deseaba era satisfacer los sueños de adolescente que había conservado a través de los años, y que había ido perfeccionando con la edad.

Se humedeció los labios inconscientemente y, como respuesta, el deseo de Evan creció hasta casi hacer estallar la tela de sus pantalones vaqueros.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó mirándole la boca.

—¿No te había dicho que te callaras? Quizás debería castigarte dejándote aquí tumbado.

Evan no respondió, optó por devolverle el favor a Penélope, por lo que se mordió la boca lentamente, mojando y deslizando los dientes por su labio inferior. Cualquier resto de cordura que le quedara a Penélope se evaporó con la provocación. Se imaginó a sí misma mordiendo y besando esos labios carnosos que tan solo unos días antes le habían robado el juicio.

Se quitó las zapatillas y se acercó hasta la cama para hacer lo propio con Evan a quien también despojó de los calcetines. Tras ello se colocó en el hueco entre sus piernas y fue subiendo las manos desde sus tobillos hasta la pretina de sus vaqueros, lentamente, haciendo que la espera se hiciera insoportable.

Cuando las manos llegaron a su destino la respiración de ambos se aceleró. Evan cerró los ojos y se arqueó para facilitarle el acceso. Sin embargo, Penélope se tomó su tiempo, torturándole con cada toque, deslizando los dedos por la cinturilla de sus vaqueros, rozando de forma casual la protuberancia en el vértice de sus piernas...

—He soñado con esto... He soñado contigo... —Su voz sonó ronca y sensual.

Penélope suspiró al escucharle, pero no dijo nada. El deseo que la embargaba se intensificó con la confesión. No tenía ninguna duda de que Evan la deseara en ese momento, lo que la abrumaba es que la hubiera deseado antes.

Se obligó a disfrutar del momento y se centró en quitarle la ropa, dispuesta a demostrarle que la realidad que iba a ofrecerle superaría con creces cualquier sueño.

Una vez que los pantalones estuvieron desabrochados, se deshizo de ellos y centró su atención en los bóxer negros de Armani.

La idea de quitárselos con la boca cruzó su mente. La adrenalina y el deseo clamaban en su sangre, haciendo que se sintiera capaz de llevar a cabo todas las fantasías que había plasmado en sus novelas, y que, por mucho que le molestara

reconocer, en su mente siempre estaban interpretadas por Evan.

La intensidad de su deseo la asustó, por lo que se obligó a respirar profundamente y a terminar lo que había comenzado.

Sin más miramientos metió los dedos a los costados de los calzoncillos y tiró hacia abajo, descubriendo a cada milímetro un trozo más de piel. Cambió de postura, y se arrodilló en la cama, intentando controlar las reacciones de su propio cuerpo.

Evan estaba quieto cediéndole el control. Penélope nunca había creído que pudiera llegar a encontrarse en esa situación con él. Siempre había pensado que sus sueños románticos eran inalcanzables porque no dependían de ella, de su esfuerzo, sino de alguien más. Y gracias a un giro del destino ahora estaba a solo un suspiro de saber lo que se sentía al estar entre sus brazos. Comenzó a acariciarle la pelvis con la nariz mientras con la mano izquierda presionaba sus testículos y con la derecha lo asía con fuerza. Abrumada por las sensaciones, lo acogió en la boca y comenzó a saborearlo.

Una mezcla entre gemido y gruñido escapó de los labios de Evan. Acuciada por su respuesta succionó con más fuerza mientras con la lengua jugueteaba con él. De un modo inconsciente, las caderas de Evan comenzaron a moverse al ritmo que Penélope marcaba.

—Suficiente —pidió forcejeando con sus ataduras—. Para, por favor.

Sabiendo que estaba al límite obedeció permitiendo que se relajara, momento que aprovechó para desnudarse ella misma bajo la atenta mirada de Evan, que no se perdía detalle de cada uno de sus movimientos.

El forcejeo de Evan con la camiseta terminó con su liberación. No obstante, a pesar de estar libre, mantuvo las manos a su espalda. No estaba interesado en ofrecerle ventaja a su oponente y mucho menos tratándose de uno tan capaz.

—Supongo que tienes preservativos —preguntó Penélope parada a los pies de la cama.

—¡Joder! No sé en qué maldita caja están.

Se sorprendió a sí misma respondiendo:

—Me tomo la píldora y estoy sana.

—Yo también estoy sano. Nunca lo he hecho sin usar preservativo.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida porque estuviera dispuesto a quebrantar sus propias reglas, y sin querer cuestionarse porqué iba a quebrantarlas ella misma.

Sin darse tiempo a pensar en lo que significaba se sentó a horcajadas sobre él. La penetración fue profunda y certera. En un solo movimiento que le arrebató el aliento. Sin embargo, no tuvo tiempo de gozarla antes de que Evan la asiera por las caderas y le diera la vuelta, dominando él la fricción.

Sus manos apresaron sus pezones y su boca saqueó sus labios mientras su miembro seguía inmóvil y grueso dentro de ella.

—Por favor, muévete.

—¿Quién suplica ahora?

—Yo, pero por Dios muévete. ¡Haz algo!

Con una sonrisa traviesa que prometía grandes momentos, Evan empezó a deslizarse lentamente dentro y fuera de su cuerpo. Penélope arqueó la espalda buscando que la penetración fuera más profunda, y Evan fue incapaz de aguantar más el ritmo que les estaba torturando a ambos. Con un gruñido aceleró sus movimientos y volvió a besarla con tal intensidad que apenas podían respirar.

El clímax les llegó a la vez. Tan intenso y explosivo que los dejó exhaustos uno sobre el otro.

Capítulo 20

La despertó el olor a café y sintió el calor que desprendía el vapor de la taza que Evan le había colocado cerca de su nariz. Durante unos segundos se planteó seguir con los ojos cerrados, y evitarse de ese modo enfrentarse con el día después, pero hacerlo solo serviría para alargar el suspense, ya que estaba condenada a afrontarlo.

El recuerdo de la noche anterior le golpeó con fuerza cuando comenzó a ser consciente de los pinchazos que sentía en músculos de los que ni siquiera conocía su existencia. Se sentía deliciosamente agotada.

No obstante, no eran ni sus besos ni sus caricias lo que recordaba en esos instantes, sino el calor del cuerpo de Evan pegado a su espalda, sus piernas entrelazadas, su brazo rodeándole la cintura y la dulzura con que la había tratado tras el frenesí de la pasión.

Tenía fresco en su memoria el recuerdo de haberse despertado en plena noche por el calor y haber descubierto que se debía al abrazo de Evan, quien no solo la había rodeado con sus brazos sino prácticamente la envolvía con todo su cuerpo. Como si dormir adherido a ella fuera la cosa más natural del mundo. En ese momento, tras aspirar su aroma, y sentirse feliz, había vuelto a cerrar los ojos y se había dormido casi instantáneamente.

—Dormilona, abre los ojos.

Penélope obedeció intentando ocultar su nerviosismo.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿qué prefieres hacer antes, café? —preguntó ofreciéndole la taza—. ¿O una ducha?

Arqueó las cejas como si estuviera pensando en una respuesta para intentar ocultar la sorpresa de su oferta, no había esperado que la echara de su casa, pero tampoco esperaba que su relación siguiera igual que la noche anterior, o más íntima si cabía.

Evan la observaba mientras parecía meditar qué hacer.

—Creo que voy a elegir por ti. Vamos a la ducha —dijo, tirando de la sábana y asiéndole la mano.

—Un momento, ¿los dos? —inquirió, demasiado asombrada como para avergonzarse por estar completamente desnuda a la luz del día.

—Llevo casi una hora esperando a que te despiertes. Sin desayunar ni ducharme por esperar para hacerlo contigo. Vas a tener que compensarme por la espera, y tengo varias ideas de cómo quiero que lo hagas.

Penélope sonrió con picardía.

—¿De veras? ¿Y cuánto tiempo llevas perfeccionándolas?

—Aproximadamente una hora —gruñó, sacándola de la cama en brazos.

Para alguien tan ordenado y organizado como Evan estaba resultando un suplicio no poder hablar abiertamente de lo que Penélope esperaba de su nueva relación. Si se hubiera tratado de otra mujer no estaría tranquilo hasta que hubiera aclarado la situación. Habría puesto las cartas sobre la mesa inmediatamente, antes de que se pudiera dar un equívoco y la implicada pensara que le ofrecía más de lo que en realidad iba a darle.

No obstante, aunque sin ser consciente de ello, Penélope había conseguido que volviera a saltarse una regla. Al despertar la había visto tan perdida y confundida que no quiso atosigarla con expectativas y límites. Para su propia sorpresa estaba abierto a permitir que fuera la propia relación la que les llevara a ambos a su conclusión natural, fuera cuál fuera esta.

El momento que había compartido con ella iba más allá de una mera relación sexual, habían conectado a niveles a los que no había llegado nunca con ninguna otra mujer. Ambos habían confiado ciegamente el uno en el otro, y con ella dormida entre sus brazos por primera vez se sintió relajado. No necesitaba establecer límites para su relación como no los había habido la primera vez que se encontraron. Desde el primer instante con ella se había dejado llevar por las emociones, lo había hecho en la fiesta posterior a los BAFTA, y había seguido haciéndolo desde entonces.

La miró mientras se comía una tostada y revisaba las llamadas en el móvil, preocupada porque su abuela la había llamado varias veces, y ahora no conseguía dar con ella. Llevaba puesta una de sus camisetas, sin nada de maquillaje, con el pelo mojado por la ducha, y aun así, pensó que no había visto nunca a ninguna mujer que estuviera tan hermosa recién levantada.

—No deberías estar con el pelo mojado —le dijo, preocupado—, lo tienes demasiado largo, vas a resfriarte.

—Lo sé, pero no tienes secador.

—Entonces compraré uno —contestó, casi sin pensar en lo que su respuesta implicaba.

Penélope le miró fijamente, como si esperara descubrir sus pensamientos a través de sus ojos. Demasiado confusa con sus propios sentimientos como para pararse a analizar lo que significaba ese gesto para Evan. Pasaron unos tensos segundos antes de que respondiera a su oferta.

—De acuerdo. Gracias.

—No hay de qué. Lo necesitarás cuando te duches en casa. —Sentenció.

—Evan... Creo que... —Se detuvo a mitad de la frase sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué simplemente no nos dejamos llevar? Tú me gustas, eres divertida,

guapa, inteligente y aunque te cueste reconocerlo —le dijo guiñándole un ojo—, sé que yo también te gusto a ti. Dejémonos llevar por la situación, sin reglas preconcebidas ni normas personales. Únicamente tú y yo.

—¿Y qué sucederá si alguno de los dos siente más que el otro? ¿Qué haremos si al final esperamos cosas distintas de esta...? Ni siquiera sé cómo llamarla.

—Ese es el riesgo de cualquier «relación» —dijo resaltando la última palabra—. Lo que te estoy pidiendo es que no aventuremos nada.

—De acuerdo, aunque te confieso que me extraña que seas tú, precisamente quien no quiere ponerle nombres a esto. Parece que me he dejado llevar por los prejuicios y te había encasillado como cuadrículado —dijo, son una sonrisa de disculpa.

—Soy cuadrículado, aunque contigo siempre me he dejado llevar por el momento. Me gusta la sensación.

—¿Y Camden?

—¿Qué pasa con mi hermano?

—¿Qué le vamos a decir?

—La verdad, que nos gustamos y hemos empezado a vernos. Que no sigamos un guión no quiere decir que tengamos que mantenerlo en secreto —dijo, levantándose de la mesa y acercándose a su lado—. No quiero tener que fingir que no quiero besarte porque haya alguien delante —expuso besándola en los labios que sabían a mermelada y a mantequilla—. Ni quiero que nadie crea que estás libre para salir con otros hombres simplemente porque no te cojo de la mano. Lo demás lo iremos solucionando mientras nos vamos conociendo —explicó al tiempo que le acariciaba la mejilla.

Penélope asintió. Demasiado nerviosa y excitada para articular palabra. A pesar de su prosa, cuando Evan la miraba de ese modo perdía toda su admirada capacidad para unir palabras formando frases grandiosas, aunque en esos instantes se conformaría con unir palabras y formar frases.

El sonido de su móvil la sacó de su ensimismamiento.

—No contestes —pidió Evan, con la cara enterrada en su cuello.

—Tengo que hacerlo. Ahora es mi abuelo quien llama. ¿Y si ha pasado algo? Es muy raro que me llamen los dos —explicó, preocupada por la insistencia en ponerse en contacto con ella.

—De acuerdo, contesta, pero no lo alargues mucho. Tienes cara de cansada, lo mejor será que volvamos a la cama.

Rio mientras su estómago se llenaba de mariposas y por su mente surgían centenares de imágenes que las hacían saltar de alegría.

Se decantó por llamar a Richard, quien respondió con tanta rapidez que Penélope dedujo que llevaba el móvil en la mano.

—Hola, abuelo. ¿Me has llamado? ¿Va todo bien?

—Muñequita, ¿dónde estás? Necesito verte.

—¿Qué sucede?

—No te preocupes —explicó al notar el pánico en su voz—. He dejado a tu abuela y necesito cobijo por unos días.

—¿Qué dices, abuelo? ¿La has abandonado? —preguntó, mirando a Evan que había dejado de tocarla, preocupado por su expresión—. Creía que ibas a esperar para que habláramos los dos juntos con ella.

—No servirá de nada. ¿Dónde estás? Estoy frente a tu piso.

—Dame un minuto —pidió saliendo a toda prisa por la puerta, sin detenerse a explicarle a Evan lo sucedido, confiando en que hubiera escuchado lo suficiente como para entender el problema.

—Evan, lo siento. Tengo que irme.

—No te preocupes. ¡Ve!

Cuando llegó a su puerta se encontró con Richard de pie con una maleta a su lado. Había salido disparada por la puerta sin cambiarse la camiseta de Evan por la suya propia.

Su abuelo la miró extrañado por su aspecto desaliñado, y por el hecho de que llevara el pelo mojado.

—¿De dónde vienes así? ¿He interrumpido algo?

—He subido a desayunar con Evan. No has interrumpido nada —mintió, rezando para no sonrojarse y delatarse.

—¿Evan?

—El hermano de Camden.

—¡Ah! Ese Evan.

—Sí, ese Evan. Abuelo, ¿vas a decirme qué pasa? ¿Cómo es eso de que hablar con ella no iba a funcionar? —preguntó, tan preocupada que ni siquiera le había invitado a entrar en casa.

—Por supuesto, pero ¿podemos hablarlo dentro? Preferiría no airear los problemas familiares en el rellano de tu casa.

—Claro, perdona.

—No tienes que pedir perdón por nada, muñequita, es normal que estés nerviosa. Yo todavía sigo temblando. —Lo dijo para que sonara como una broma aunque en realidad era completamente cierto.

—Te quiero, abuelo. ¡Vamos dentro!

Abrió la puerta y se apartó para que pasara él delante con la maleta. Se fijó en que no era muy grande, lo que parecía indicar que no pensaba estar fuera de casa mucho tiempo.

Su abuelo se sentó en el sofá, y esperó a que ella se acomodara a su lado para contarle lo sucedido. Que se reducía a un intento desesperado por hacer que Julia reaccionara, ya que las amenazas de abandonarla no habían dado resultado, ni tampoco

quería reconocer que tenía un problema con el juego.

Richard le había dado un ultimátum: únicamente regresaría a casa si ella aceptaba visitar a un especialista en ludopatía.

Era la primera vez en cincuenta años que se separaban, y en ese detalle radicaba la esperanza de que reaccionara. Porque Richard no tenía ninguna duda de que el trago iba a ser tan doloroso para ella como lo estaba siendo para él.

—¿Estás seguro de lo que has hecho?

—Ahora no puedo echarme atrás. No me quedaré más que unos días, si tu abuela no viene a buscarme alquilaré un apartamento durante el tiempo que sea necesario.

—No creo que haga falta llegar a tanto, abuelo, ella te quiere mucho.

—Eso espero, muñequita. Además, tengo un plan y necesito tu ayuda para que funcione.

—Te ayudaré solo si no implica llamar a mamá. —Sonrió, intentando aligerar la carga que su abuelo sostenía en ese momento sobre su espalda.

Funcionó. Richard le devolvió la sonrisa aunque no fuera más que una sombra de la que solía ofrecerle.

La madre de Penélope era una mujer enérgica y muy exagerada. A pesar de lo mucho que elogiaba sus raíces, y lo orgullosa que se sentía de ellas, era como si sus muchos años en España le hubieran mutado el carácter, lo que la convertía en una mezcla explosiva de flema británica y explosión latina. A pesar de ello, su padre, Antonio Martín, periodista deportivo, que había viajado a Londres para cubrir un importante encuentro futbolístico, y que a su vuelta se llevó consigo a Madrid a una preciosa hinchada del Chelsea Football Club, le tenía pillada la medida a su esposa. Con tan solo una mirada era capaz de tranquilizarla y de obligarla a usar el sentido común que tantas veces olvidaba.

—No te preocupes, tu madre está descartada. Seremos tú y yo, como siempre.

Penélope no respondió, al menos no con palabras, salvó la distancia que los separaba y le abrazó. Buscando y ofreciéndole consuelo. Su vida era una montaña rusa de emociones. Y en esos instantes era consciente de lo mucho que echaba de menos a su tranquilo padre, y a la bomba de relojería que era su madre.

Julia Pryce invitó a su nieta a entrar en casa con su habitual circunspección. Ni siquiera se mostró sorprendida porque apareciera en su puerta el mismo día en que su marido la había abandonado, tras darle un ultimátum que no estaba segura de acatar. Intentando mantener una aparente normalidad se había esforzado porque su vida siguiera el curso habitual de un viernes por la tarde, merendaría con sus amigas en casa, charlarían y jugarían un rato a las cartas, aunque antes lo hicieran en persona al bridge y ahora lo hicieran a través del móvil y al póquer.

De ese modo pasaría la tarde, y se obligaría a no pensar en que cuando ellas se

marcharan se quedaría sola en casa. Que Richard no estaría sentado en el sofá viendo los deportes.

Acompañó a su nieta en silencio hasta la salita en la que estaban cuidadosamente colocadas las pastas con las que serviría el té, y le ofreció asiento junto a ella en el sofá.

—¿A qué debo tu inesperada visita? —A pesar del intento de Julia por ocultarlo Penélope se dio cuenta de que su abuela estaba dolida con ella.

Seguramente había adivinado que su abuelo habría ido a su casa para pedirle refugio, lo que a ciencia cierta ella lo vería como una traición.

—¿Estás esperando a alguien?

—Hoy es tarde de chicas. Pero dime, ¿en qué te soy de utilidad? Dudo mucho que estés aquí para unirte a nosotras.

—He venido porque quería saber cómo estabas.

—No tienes que preocuparte por mí, es tu abuelo quien ha perdido el juicio, yo soy la cuerda, no lo olvides.

Penélope suspiró, resignada a que se mantuviera impasible. Su abuela siempre había sido una mujer fuerte, de mucho carácter. Estaba acostumbrada a salirse con la suya, y para ella lo que estaba sucediendo debía ser muy duro. No solo que su marido se hubiera marchado sino que ahora su nieta estuviera allí, dispuesta a enfrentarse a ella como no había hecho nunca. De niña, e incluso siendo ya una mujer, había tenido la sensación de que su abuela era tan inamovible como un pilar de carga. Su papel en la familia podía equipararse al de los cimientos de un edificio, ella era quienes les unía, en quien se apoyaban, en definitiva, era la persona que les ofrecía seguridad, porque pasara lo que pasara Julia Pryce se mantenía firme y al pie del cañón. Capaz de soportar cualquier cataclismo; el problema era que en esos momentos ella misma se había convertido en uno.

—Abuela, te quiero. Sé que no te lo he dicho tanto como debería, pero quiero que sepas que te quiero, que el abuelo te quiere, y que dudo que haya alguien que te conozca y que no sienta lo mismo por ti.

Julia alzó la mano para callarla, con un gesto que indicaba que no quería que siguiera con sentimentalismos. Sus manos en cambio, decían otra cosa, temblaban ligeramente, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas.

—¿Por qué no me cuentas directamente lo que has venido a decirme? Espero visita en unos minutos.

—De acuerdo.

—Lo que no significa que no te puedas quedar cuando ellas vengan — argumentó, ansiosa por dulcificar sus palabras anteriores—. Se trata de que prefiero que sueltes tu discurso en privado.

—Tienes razón, lo mejor es que deje de dar rodeos —dijo, poniéndose la máscara

de indiferencia que había prometido a su abuelo que usaría —. Toma —dijo, tendiéndole un papel doblado.

Julia titubeó antes de cogerlo.

—Dentro de una semana tienes una cita con una psicóloga especialista en ludopatías. Tienes un problema y cuanto antes lo reconozcas mejor para todos.

—Yo no...

Penélope no le permitió hablar.

—Si no acudes a la cita el abuelo y yo tomaremos medidas más drásticas. No solo llamaremos a mi madre para informarle del problema, además el abuelo cancelará tus tarjetas y no dispondrás de dinero. No obstante, él seguirá haciéndose cargo de los gastos de la casa, pero nada más.

—¡Esto es indignante! —exclamó, levantándose del sofá, y clavando su mirada autoritaria en su nieta.

—Hay más. Si no eres capaz de reconocer que estás enferma y buscas ayuda, es posible que solicite el divorcio —anunció, tal y como ella y Richard habían acordado.

Julia abrió la boca para decir algo, pero se quedó callada antes de articular sonido alguno, y se dejó caer de nuevo en el sofá, completamente asombrada por lo que acababa de escuchar.

—Tengo que irme —dijo Penélope abruptamente.

Salió del salón con el estómago revuelto y los ojos brillantes por las lágrimas que se esforzaba por contener. Ni siquiera se despidió en condiciones de su abuela, porque sabía que si se agachaba para besarla acabaría llorando allí mismo. Justo lo que le había prometido a su abuelo que no haría. Y no lo hizo, a pesar de que acababa de vivir uno de los momentos más difíciles de su vida.

Capítulo 21

Dimitri la saludó con entusiasmo al entrar en el edificio, ella, en cambio, solo le ofreció un gesto con la cabeza a modo de respuesta porque no quería que el portero se diera cuenta de que había estado llorando. Por otro lado tampoco estaba muy segura de cuándo volvería a derrumbarse. La imagen de su abuela boqueando como un pez sin ser capaz de articular palabra le oprimía la garganta cada vez que lo recordaba.

Subió al ascensor, y presionó el botón del último piso, no estaba preparada para enfrentarse a las preguntas que seguramente le haría su abuelo.

Era consciente de que había hecho lo correcto, pero jamás había visto a su abuela tan derrotada como la había visto en ese momento.

Las puertas del ascensor se abrieron y se cerraron varias veces antes de que se decidiera a salir de él. Si lo que acababa de pasar le hubiera sucedido unos días antes habría recurrido a Camden para que la consolara, como siempre hacía, pero en esos instantes no era a Camden a quien se imaginaba abrazándola, sino a Evan. Y aun así, ni siquiera sabía si tenía derecho a acudir a él para que lo hiciera. El no haber querido delimitar su relación la tenía perdida, y más asustada que si únicamente hubieran decidido ser amigos con derechos.

Respiró profundamente y se paró frente a su puerta. Llamó una única vez y esperó que estuviera en casa. Se había marchado tan abruptamente esa mañana que no le había preguntado si tenía planes, o si se quedaría en casa y seguiría con la mudanza.

El peso que tenía oprimiéndole el pecho se atenuó cuando le vio con una camiseta gris, en vaqueros y descalzo. Con ese atuendo estaba claro que tenía planes para salir en breve.

Evan sonrió al verla aunque su expresión cambió en cuanto fue consciente de sus ojos y nariz roja.

—Penélope, ¿qué sucede, cariño? —preguntó, pasándole el brazo por los hombros y haciéndola entrar en casa.

—He venido a recoger a Byron. —Hipó.

—Dime ¿por qué estás así?

Durante varios minutos no fue capaz de hablar, se abrazó a él y lloró, lloró por haber lastimado a su abuela, por no saber qué hacer para ayudarla, porque echaba de menos a sus padres... Y lloró porque se había enamorado perdidamente del hombre que la sostenía.

Un hombre que le había trastocado la vida prácticamente desde el instante en que sus caminos se cruzaron. Inicialmente estaba enamorada de un ideal perfecto, el que ella había creado de él. No obstante, el verdadero Evan era infinitamente mejor

porque era auténtico. Era el hombre que aguantaba con paciencia sus pullas, que bloqueaba sus ganas de pelea, simplemente bromeando o marchándose para evitar llegar a mayores. El mismo que la había cuidado cuando estaba enferma, que se había encariñado con Byron, y que era capaz de mostrar empatía y ofrecerle seguridad a la vez.

Se abrazó más fuerte a él, y se dejó llevar al sofá, donde Evan siguió sosteniéndola sin decir nada, sin intentar consolarla con palabras huecas. Sus manos acariciaban su cabello, era el lenguaje que había elegido para calmarla.

Cuando por fin pudo hablar le relató el problema que tenía su abuela, y el modo en que habían intentado hacerla reaccionar. Charlaron sobre ello durante casi una hora, la luz que entraba por las ventanas ya había desaparecido cuando Penélope estuvo lo suficientemente calmada como para bajar a su casa y enfrentar a su abuelo.

—¿Por qué no llamas a casa y le dices a Richard que vas a cenar con un amigo? Mañana estarás más tranquila, y podréis hablar y encontrar soluciones.

—No es justo que no le cuente lo que ha pasado. Tengo que decírselo. Debe de estar preocupado.

—De acuerdo. Ve y díselo. Mientras prepararé algo para cenar y después podemos ver alguna película.

—De acuerdo, pero paso de comedias románticas. ¿Tienes algo de acción?

Evan arqueó la ceja, ¿acaso no sabía que había participado en un buen puñado de películas de acción?

—Tengo alguna de esas.

—Me muero por ver *Red mortal*. ¿Te suena? Me encanta esa película. El protagonista está impresionante, sobre todo cuando se quita la camiseta.

Él fingió no darse cuenta de quién hablaba.

—¿Te refieres a Matt Skinner?

Penélope arrugó el ceño, y le miró sonriendo. Con la broma había olvidado parte de su tristeza anterior. Esa era una de las cosas que más le atraían de Evan, el modo en que la hacía sentir, como si estuviera en una burbuja en la que no hubiera nadie más que ellos y su complicidad.

—Estoy hablando del actor que interpreta a Daniel Black, el protagonista.

La sonrisa que le ofreció Evan estaba cargada de promesas y de sensualidad.

—Estoy seguro de que verme sin camisa te alegrará el día —concedió, por fin, besándole la punta de la nariz—. O al menos te lo hará más llevadero.

—Solo una duda antes de irme, ¿voy a tener que conformarme con verte sin camisa en la televisión?

—No te preocupes por eso. La película es solo el aperitivo.

—Pues espero que haya primer y segundo plato porque estoy hambrienta.

Charlotte se sentía en una nube de la que no tenía intención de bajar.

Había disfrutado de una de las mejores interpretaciones de Ricardo III, de la historia del teatro, con Camden, quien parecía completamente relajado y cómodo en su compañía. Y a ello había que añadir que en esos instantes se encontraba en la cocina del Hispania, gozando del privilegio de ser servida por el propio jefe de cocina de tan afamado restaurante.

Brian Mosley era un amigo de la infancia de Camden y de Evan, por lo que había resultado relativamente fácil que se encontraran cenando en medio del ordenado caos de una de las mejores cocinas de todo Londres.

—Mi reino por tus pensamientos. —Brindó Camden, mirándola sin disimulos.

Charlotte le ofreció a cambio una sonrisa.

—Estoy segura de que Ricardo III^[1] promete su reino por un caballo, no por los pensamientos de nadie.

—Eso es porque no te conocía.

Los ojos ámbar de Charlotte relampaguearon un instante, pero ella no aludió al comentario sino que respondió a la pregunta.

—No puedo creer que estemos aquí. Parece que te has especializado en ofrecerme las cenas más increíbles de mi vida.

—Gracias, supongo. Aunque no lo dices por mi habilidad culinaria.

Ella volvió a sonreír, encantada con la nueva actitud de Camden. Tras la cena que habían compartido el lunes, su relación se había vuelto más ligera, natural... Incluso en la universidad, donde la había ido a buscar los dos últimos días para comer juntos, o simplemente compartir un café y hablar de cualquier cosa.

—No puedo opinar sobre lo que desconozco —dijo en actitud coqueta.

—Si no te conociera diría que me estás retando para que cocine para ti.

—En ese caso no me conoces.

En esta ocasión fue Camden el que rio. Cada minuto que pasaba junto a Charlotte descubría un nuevo aspecto de su carácter en el que no se había fijado. Ni siquiera comprendía cómo había pasado tantos años llamándola Charles cuando viéndola sentada frente a él, quedaba claro que era una mujer de la cabeza a los pies.

Esa misma semana se había dado cuenta de que incluso con los sobrios trajes de chaqueta que vestía para dar clase destilaba sensualidad. Su magnetismo no residía en su ropa sino en sus movimientos, en sus palabras... En la seguridad que derrochaba hablaran del tema que fuera o hicieran lo que hicieran.

Charlotte era hermosa más allá de lo físico, su inteligencia era *sexy*. Su cerebro era *sexy*, ella lo era.

La sonrisa se hizo más amplia cuando comprendió que estaba rodeado de mujeres inteligentes y *sexys*, si Evan fuera tan listo como él se daría cuenta a tiempo.

—Tienes cara de estar muy satisfecho contigo mismo —bromeó Charlotte.

—Lo estoy —dijo y le guiñó un ojo.

Brian se acercó a ellos varias veces para preguntarles por la comida, y confiarles algún que otro secreto culinario. Era un hombre muy atractivo, rubio, con los ojos castaños, pero a pesar de su porte, Charlotte no podía dejar de mirarle las manos. No porque tuviera las manos mejor cuidadas que jamás hubiera visto sino porque no podía dejarlas quietas. Mientras conversaban retocaba platos antes de que salieran al comedor, batía salsas o simplemente gesticulaba, apoyándose en ellas para explicar lo que quería decir.

A la hora de los postres fue el chef repostero quien se acercó hasta ellos para escuchar su veredicto. A Charlotte le llamó la atención el modo en que todos los presentes se movían con tanta coordinación, la misma que se podía disfrutar en un *ballet*.

Terminada la cena ambos agradecieron el privilegio del que habían disfrutado, y salieron a la calle. Estaban a finales de marzo por lo que todavía hacía bastante frío, aunque no tanto como para no dar un paseo, sobre todo tras la cantidad de comida que habían ingerido.

La ciudad presentaba el aspecto de un viernes noche cualquiera, luces, movimiento y un constante fluir de taxis en cada avenida.

En esta ocasión Charlotte sí que aceptó tomarse una copa antes de despedirse y dar por finalizada la velada. Se detuvieron en un club a solo dos calles de distancia de casa de ella, y siguieron hablando como si tras cuatro horas juntos, todavía les quedasen temas por tratar, historias por compartir.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —preguntó Camden, una hora después, cuando llegaron al portal de Charlotte.

—Ninguno.

—¿Quieres cenar conmigo? Antes de que aceptes te aviso que tengo intención de cocinar, y que se me da fatal.

—Acepto encantada. No puedes ser tan malo —comentó divertida.

—Mañana lo comprobarás, aunque es probable que acabe rogando ayuda —dijo con una sonrisa tan tentadora que erizó el vello de Charlotte—. Te espero a las seis en mi casa.

Camden se acercó un paso más, y ella asintió con la cabeza. Como la vez anterior, esperaba el mismo beso en la mejilla, pero éste nunca llegó. Lo que sí que recibió fue un suave beso en los labios, casi como un tanteo, como si quisiera comprobar si sus caricias iban a ser bien recibidas. Charlotte separó los labios y permitió que su lengua se adentrara en su boca. El gesto fue la señal que él había esperado, con un brazo le rodeó la cintura acercándola a su cuerpo y con la mano libre enterró los dedos en el sedoso cabello con el que llevaba soñando acariciar toda la semana. Había especulado durante días sobre si al tacto sería tan suave como parecía.

Se separaron con la respiración acelerada y el deseo de avanzar un poco más. No

obstante, Camden se obligó a hacerle caso al sentido común. No podía seguir besándola de ese modo en mitad de la calle, por lo que se separó de ella, con la esperanza de que le invitara a subir a su apartamento, y seguir con lo que estaban.

— Buenas noches, Camden — se despidió ella con los ojos brillantes y una sonrisa de disculpa.

Charlotte sabía lo que él esperaba, y aunque ella misma también lo deseaba, quería estar segura de que Camden era consciente de que no era únicamente sexo lo que buscaba de él. No era ninguna hipócrita, y mucho menos lo era consigo misma. Era consciente de que estaba enamorada de él y de que ansiaba algo más que unos besos en el portal, pero necesitaba saber que Camden también sentía algo más profundo que una mera atracción.

— Buenas noches.

Esperó hasta que la perdió de vista al meterse en el ascensor, y entonces se alejó calle abajo, con una sonrisa irónica en los labios al caer en la cuenta de lo vengativo que era el destino. Unos días antes se había preocupado por cómo negarse con tacto si ella le invitaba a subir a su casa, y en esos instantes se marchaba decepcionado porque no lo había hecho.

^[1]«Mi reino por un caballo», célebre frase de *Ricardo III* de Shakespeare. (N. de la A.)

Capítulo 22

El fin de semana duró apenas un suspiro para la percepción de Penélope. Evan y ella habían establecido una rutina durante esos días, adaptándose a la perfección a las necesidades del otro.

Las mañanas las dedicaban cada uno a trabajar en sus cosas, Penélope escribiendo la nueva novela y Evan aprendiéndose el guión de *Un viaje infinito*, el nombre que habían escogido para la adaptación cinematográfica de *Lágrimas de sal*, y que comenzaría a rodarse en agosto, dentro de cuatro meses.

Al tener a su abuelo en casa, Penélope reservaba la comida para estar con él, y las cenas para compartirlas con Evan. Y bajo ningún concepto se permitía pasar la noche en otro lugar que no fuera su cama.

Richard no había dicho una palabra al respecto, como si esperara que fuera ella la que le contara sobre su relación, se limitaba a sonreír socarronamente cada tarde cuando la veía salir por la puerta con un brillo especial en los ojos. Sin embargo su nieta estaba todavía asimilando en que consistía, era demasiado pronto como para hablar de ello con su abuelo.

De ese modo pasó la noche del viernes y el sábado; el domingo parecía que iba a transcurrir del mismo modo, cuando el móvil de Penélope comenzó a vibrar sobre la mesita de té del salón. Lo había puesto en modo vibración para que no les importunase, pero se había dado cuenta demasiado tarde que la opción era igual de molesta.

Hacía diez minutos que habían terminado de colocar todas las pertenencias de Evan en su lugar. Dimitri acababa de llevarse las cajas vacías para tirarlas al contenedor de papel, y por fin se habían sentado a descansar.

Evan sugirió pedir comida china, porque tenía prácticamente vacía la nevera, y Penélope estaba tan cansada que se sentía incapaz de bajar a su apartamento a por algo de comer, de modo que aceptó la oferta. Ninguno de los dos tenía ganas de moverse del sofá y el móvil seguía vibrando incansable. Tras lanzarle una mirada esperanzada a Evan, quien se excusó alegando que era su teléfono y que podía ser una llamada personal, Penélope alargó el brazo para cogerlo.

Dudó menos de un segundo en responder, pero Evan estaba tan cerca que se dio cuenta de su reacción.

—Hola, Camden.

—Pen, cuánto tiempo sin saber de ti —dijo, con evidente alegría de escuchar su voz—. Tengo muchas cosas que contarte, ¿qué te parece si nos ponemos al día cenando juntos?

—Cenando juntos —repitió—. ¿Hoy?

—Claro que hoy. ¿Tienes mejores planes que cenar con tu mejor amigo?

Evan extendió la mano para que le diera el teléfono.

—Cam, vente a cenar con nosotros. Penélope y yo acabamos de terminar con la mudanza y vamos a pedir comida china.

—¿Estáis seguros de que queréis que vaya? ¿No interrumpiré nada? —preguntó con picardía.

—Tranquilo, nos esperaremos a que te vayas antes de hacer manitas —dijo, guiñándole un ojo a Penélope que lo miraba asombrada—. Tú trae vino y te recibiremos con los brazos abiertos.

—Perfecto, voy a ver qué tengo en la bodega —contestó, siguiendo la broma de su hermano.

Camden había aparecido en la puerta de Evan con dos botellas de vino y mucho tiento. No era la primera vez que los veía juntos, pero aun así, no parecía muy seguro del terreno que pisaba. Haciendo gala de su sentido común no hizo ninguna pregunta. Sino más bien lo contrario, la llamada que le había hecho a Penélope era, más que para interrogarla sobre su reciente amistad con Evan, para contarle cómo había ido la última cita que había tenido con Charlotte.

Como si hubiera sentido la incomodidad de su hermano, y quisiera darle espacio para que hablara con Penélope en privado, Evan se excusó con que iba a darse una ducha y salió del salón, dejándoles a solas. Ni siquiera en esos momentos de intimidad con su mejor amiga Cam dijo nada sobre que estuviera en casa de Evan cuando la había llamado. Aprovechó el momento y le relató cómo habían sido las últimas dos citas que había tenido con Charlotte. Penélope solo estaba al tanto de la primera, y Charlotte le caía muy bien, por lo que escuchó con interés, y preguntó aquello que Camden, como hombre, pasaba por alto.

—¿Cómo se despidió de ti? —inquirió, con una sonrisa traviesa.

—Me besó, y se negó a que subiera a casa.

Charlotte había alegado que era perfectamente capaz de tomar un ascensor sin su ayuda. Camden había sonreído, completamente admirado por su carácter. Acababa de besarla, de disfrutar de la dulzura de sus labios, se había dejado llevar por la pasión y había confiado en él, y un instante después se mostraba inflexible y segura de sí misma, dispuesta a pelear por defender aquello en lo que creía.

—Me gusta mucho, Cam.

—Siempre lo he sabido, Pen.

—Lo sé. Y como andamos de confesiones te diré que a mí también me gusta mucho Charlotte —confesó con timidez.

Estaba abrazándole, contenta porque estuviera interesado en Charlotte, cuando Evan entró en el salón con una camiseta blanca que le marcaba los músculos de los brazos, unos vaqueros viejos y el cabello húmedo. Aunque sabía que su hermano y

Penélope eran buenos amigos no estaba preparado para el pinchazo de celos que oprimió su estómago al verlos tan juntos. No se trataba de un gesto romántico sino de una complicidad que iba más allá: cariño y confianza.

—¿Pedimos la cena? —comentó, girando la vista hacia otro lado para que no vieran su expresión.

—Por mí bien, tengo hambre. ¿Pen?

—Sí. Pidámosla.

Cam se levantó del sofá anunciando que iba a la cocina a por los cubiertos y los platos, dejándolos a solas. No tenía ni la más remota idea de dónde estaba cada cosa, y no tenía ninguna duda de que encontrarlos le llevaría el tiempo suficiente como para que Evan borrara la mirada asesina que le había lanzado al verlo abrazando a Penélope.

Tal y como Cam había esperado, su hermano no perdió el tiempo, se acercó al sofá en dos zancadas, extendió la mano frente a Penélope para que ella la asiera y tiró hasta hacerla levantarse, pegándola a su cuerpo.

Sin decir nada agachó la cabeza y la besó para que no le quedara ninguna duda de que él era más que un amigo.

—Pen, tu teléfono no deja de vibrar, será mejor que lo cojas antes de que perfore la mesa —comentó Camden con una sonrisa burlona.

—Es Paola, una amiga de España. —No hacía falta ser un genio para descubrir que sus llamadas no la tenían loca de contenta.

—Pues la tal Paola no piensa darse por vencida hasta que le respondas —intervino Evan, que había ido a abrirle la puerta al repartidor de comida.

—La llama para pedirle algún favor, siempre es por eso —explicó Camden a su hermano, poniéndole al día de lo que sabía sobre la amiga de Penélope. Una mujer a la que conocía solo de oídas, y que a pesar de ello no soportaba.

—¿Es muy amiga? —preguntó, al escuchar la explicación de su hermano y ver la incomodidad de ella.

—Se puede decir que sí. Al menos lo es desde hace mucho tiempo, fuimos juntas al colegio.

—No la recuerdo —comentó Evan, encogiéndose de hombros, al tiempo que sacaba la cena de la bolsa—. Al menos, no por el nombre.

Penélope sonrió encantada, era extraño que no la recordara, ella se había explayado contándole lo encantador que era Evan con ella cada año. Además, Paola era una mujer muy atractiva y no dudaba en explotar sus encantos siempre que sirvieran a sus fines. El teléfono quedó en silencio unos minutos para acto seguido volver a vibrar para anunciar que había recibido un mensaje de texto.

En él, su amiga, le contaba que tenía que viajar a Londres y que, como siempre, necesitaba que le dejara dormir en su casa.

Paola trabajaba como *personal shopper* para españolas famosas en general y

actrices en particular. Viajaba mucho a la capital británica para comprar ropa exclusiva para sus clientas. La primera vez que le había pedido ayuda a Penélope había alegado que hospedarse en un hotel o incluso un *Bed and breakfast* fulminaría sus beneficios. Desde entonces cada vez que visitaba la ciudad le pedía a Penélope que le cediera su casa durante los días que fuera a quedarse. Tanto daba si ella estaba en el país o si en esa época residía en España. No obstante, por mucho que le molestara la actitud de Paola, y por mucho que deseara hacerlo, Penélope nunca se había negado a ofrecerle cobijo. Se limitaba a apretar los dientes y a sonreír con cortesía.

De modo que cuando Camden la acusaba de ser demasiado blanda con la gente no podía hacer otra cosa más que encogerse de hombros. Siempre que podía evadía las peleas y las polémicas, hasta que por fin había conocido a Evan y su perspectiva había cambiado radicalmente.

El problema en ese momento residía en que con su abuelo en casa no disponía de ninguna habitación libre para acomodar a Paola, lo que asimismo constituía una excusa más que aceptable para negarle su ayuda.

Decidió responderle después de cenar, Evan y Cam estaban hambrientos, esperándola, mientras ella leía el mensaje. Y la botella de vino que habían bebido esperando que llegara la comida ya empezaba a causar efectos en ella.

—Después la llamaré. ¡Vamos a cenar! —pidió. No tuvo que insistir.

Una hora después el teléfono volvió a vibrar, por lo que no tuvo más remedio que cogerlo si esperaban seguir con su conversación en paz.

—Paola, ¿qué tal estás?

—Hola, Pe. Siento llamarte con tan poco tiempo, es que tengo un problema, y necesito tu ayuda. —*Cómo no*, pensó Penélope, llevándose la mano libre a la sien para presionársela e intentar mitigar la presión de su cabeza—. El martes tengo que volar a Londres, y necesito que me des hospedaje unos días en tu casa. —Como siempre que quería algo su voz era dulce y melosa.

—Lo siento, pero en esta ocasión es imposible que te quedes en casa. Mi abuelo se ha mudado una temporada conmigo. Está ocupando el dormitorio de invitados.

—¡Oh! ¿Y el sofá? Puedo adaptarme a lo que sea.

—No puedo incomodarle dejando que te quedes en el sofá, Paola. Es un hombre mayor. —No fue necesario que aludiera a sus horarios ni a su tendencia a llevar a *amigos* a su casa, Paola entendió a la perfección a lo que se refería.

—Tienes razón —aceptó, pero no tardó más que un segundo en volver a la carga—. ¿No tienes ninguna amiga o amigo que pueda hacerte el favor? —inquirió, con absoluta naturalidad.

—¿Quieres que le pida a un amigo mío al que ni siquiera conoces que te deje vivir en su casa? —La incredulidad teñía su voz.

La expresión de asombro de Camden se convirtió rápidamente en carcajadas que

intentó amortiguar con un cojín del sofá. ¡Qué descaró tenía esa mujer!

Evan se limitó a esbozar una media sonrisa aprensiva.

—Paola, creo que puedo ayudarte. Mi amigo Camden estará encantado de recibirte en su casa, me lo acaba de decir. Ahora mismo te lo paso para que hables con él y podáis concretar.

La risa del aludido se esfumó de golpe, no obstante aceptó el móvil que su amiga le tendía con los ojos abiertos como platos, y no sin antes preguntarle a su hermano:

—¿Qué demonios le has hecho? Eres una mala influencia para ella, Evan.

Fue la ocasión de Penélope de reírse a carcajadas.

Capítulo 23

Richard estaba plantado en la esquina frente a su casa desde las seis de la mañana. Llevaba tres días sin ver a su esposa. Dos noches sin dormir junto a ella. Cuarenta y ocho horas en vela porque extrañaba la calidez de su cuerpo a su lado.

Además estaba hambriento, había salido tan rápido de casa de su nieta que ni siquiera se había parado a desayunar. Aun así no pensaba moverse hasta que Julia saliera de casa, como cada mañana, a comprar su periódico, aunque no fuera a poder leerlo mientras desayunaban juntos en la cocina.

Su estómago protestó sonoramente pidiendo comida, pero Richard no estaba dispuesto a abandonar su posición hasta no ver a su esposa. Pasaron diez minutos largos antes de que ella saliera por la puerta a eso de las diez de la mañana. Cuatro horas después de que Richard se plantara frente a su casa, tres días después de decirle que se marchaba del que era su hogar.

Caminaba majestuosa varios metros por delante de él, nadie que la viera adivinaría el giro inesperado que había dado su vida, y el que tendría que dar para que el futuro se enderezara. Pasó de largo el quiosco de prensa y siguió caminando calle abajo, hasta que finalmente se detuvo frente al supermercado que había a cinco manzanas de su casa.

Richard esperó hasta que hubo entrado para hacer lo propio. Cogió una cesta, para disimular, aunque sabía que si su esposa le descubría no habría excusa que le valiera, ya que Penélope vivía demasiado lejos como para que él estuviera haciendo la compra en esa zona. Siguió en la distancia a Julia, con cautela para no ser descubierto, fingiendo escoger las mejores piezas de fruta, pero sin meter nada en la cesta. Fue entonces cuando su inoportuno estómago volvió a rugir clamando por comida.

El sonido fue tan fuerte que varias personas se giraron para mirarle. Entre ellas el guardia de seguridad que había ido tras él desde el momento en que le vio entrar, como si se hubiera dado cuenta de sus intenciones ocultas.

Seguramente le había llamado la atención el modo en que caminaba unos pasos y se paraba rápidamente para esconderse entre las estanterías.

—Caballero, por favor —pidió el hombre, al tiempo que se acercaba a él y le tocaba el hombro para que se diera la vuelta.

Se trataba de un hombre de menos de treinta años, rubio vestido con un uniforme marrón, de camisa y pantalón, que destacaba cada músculo de su cuerpo. Alto y de hombros anchos, su sola presencia imponía a cualquiera que tuviera intenciones de plantarle cara.

Richard había centrado toda su atención en su esposa por lo que ni siquiera se

dio cuenta de que estuviera llamando la atención hasta que sintió una mano sobre él. Entonces se dio la vuelta, preocupado por si se trataba de algún conocido que pretendía entablar conversación y con ello le descubriría su presencia a Julia. No obstante, al darse la vuelta comprobó que se trataba de un desconocido con uniforme de vigilante de seguridad.

—¿Sí? —susurró, para no alertar a Julia.

—Disculpe, caballero. Está prohibido meter animales en este establecimiento —explicó el guardia muy serio.

—Le pido perdón, pero es que no entiendo lo que me dice. ¿Animales?

—¿Lleva un perro debajo de la ropa? —inquirió, señalando su abultado estómago—. Le he oído gruñir.

Como si pretendiera retar al empleado de seguridad su estómago rugió una vez más.

—¡Oh! —exclamó al comprender. Dejó la cesta vacía en el suelo y se abrió el abrigo para que pudiera comprobar que no había nada allí debajo—. No hay ningún animal, joven. Son mis tripas las que suenan. Tengo hambre y no he desayunado todavía.

El trabajador lo miró de arriba abajo, confuso por lo que decía. El hombre que tenía delante no vestía como un indigente, tampoco tenía aspecto de pasar hambre. Puede que llevara la ropa arrugada y desaliñada, una incipiente barba y el cabello revuelto, pero su abrigo era de calidad, y no parecía muy desgastado por el uso. Aun así, era consciente de que la crisis estaba afectando a mucha gente en diversos grados. Tal vez hacía poco tiempo que se había quedado en la calle...

Miró el reloj de su muñeca, y le ofreció una sonrisa triste antes de volver a hablar:

—Por favor, acompáñeme —pidió, muy serio.

Richard estaba tan confundido que le siguió obedientemente mientras el guardia se acercaba al compañero que estaba custodiando la puerta de entrada y le decía algo al oído. En el mismo estado de trance le siguió fuera del supermercado.

—Me llamo Blake —le dijo, ofreciéndole la mano.

—Yo soy Richard. Encantado, Blake.

—Lo mismo digo.

Richard no comprendía la razón por la que habían abandonado el supermercado, estaba a punto de preguntarle cuando Blake se paró frente a una pequeña cafetería a solo tres locales de la tienda, e hizo un gesto con la mano para que Richard le precediera adentro.

La camarera le hizo un gesto con la mano y Blake le respondió señalando dos dedos. Era evidente que era un cliente habitual.

—No se preocupe, Richard. Ahora mismo tomará algo caliente, voy a invitarle a

desayunar.

—¿Por qué? —inquirió, aturdido.

—Porque está hambriento. —No había afectación en sus palabras, sino una sinceridad que le conmovió. Comprendió el razonamiento de Blake: Un hombre mayor y desaliñado que se acercaba al supermercado cogía una cesta y se paseaba por la zona de las frutas y las verduras con cara de querer hacerse con alguna, pero aun así no metía ninguna en su interior. Y después, para añadirle dramatismo a la situación, le sonaban las tripas por el hambre.

—Será un placer para mí desayunar contigo, Blake, pero como soy más viejo, me vas a permitir que pague yo —expuso, sintiéndose humilde.

Fue el momento de Blake para parecer aturdido.

El guardia de seguridad no le conocía de nada, no tenía porqué ofrecerle ayuda, ni porqué sacrificar su tiempo de descanso para invitarle a desayunar. No era nada para él, y aun así, no había dudado en brindarle algo caliente con que llenar el estómago. ¿Y qué había hecho él con su mujer, con el amor de su vida? Abandonarla y amenazarla para que hiciera lo que él deseaba, aunque fuera bueno para ella, aunque fuera necesario. Tendría que haber encontrado un modo distinto de convencerla. Lamentablemente ahora no podía echarse atrás, no si quería mantener el respeto de su esposa. Por lo que esperaría hasta el viernes, y si para entonces Julia no reaccionaba, regresaría a su casa, y le diría a su esposa lo mucho que la amaba y la necesitaba.

Se sentó junto a Blake en una mesa pegada a las cristaleras que daban a la calle.

Richard no esperó un solo segundo más para hacerle la pregunta que tenía en mente desde el momento en que había comprendido la intención de su nuevo amigo.

—Eres una buena persona, Blake. ¿Tienes pareja? ¿Te gustaría conocer a mi nieta?

Al principio no respondió, al menos no con palabras. Esbozó una sonrisa genuina y negó con la cabeza.

—No a lo primero y puede que sí a lo segundo.

—Espero que este sea el inicio de una gran amistad —parafraseo Richard, orgulloso de haber encontrado el contexto adecuado para tan gran frase.

Como si se burlasen de él, las tripas volvieron a reclamarle sustento.

Había invitado a sus padres a comer a casa para que vieran por fin su nuevo apartamento. Había tenido que pelear con su madre por teléfono porque sabía que no iba a ser capaz de no llevar nada, y en esa ocasión era la invitada y quería que disfrutara de la sensación de ser agasajada.

Echó mano de su encanto y su fama para llamar a uno de los restaurantes favoritos de su progenitora para que les llevaran la comida a casa, y se preparó para ir al gimnasio. Desde que había regresado de Edimburgo no lo había pisado y ya era hora de que retomara sus rutinas. Se puso el chándal, una gorra que ocultaba parcialmente

su cara y salió dispuesto a hacer un poco de ejercicio.

Cuando llegó al exclusivo gimnasio aparcó lo más cerca posible de la puerta, aun sabiendo que el aparcamiento era privado y que no iba a encontrarse con fotógrafos ni prensa que le impidieran el paso, también tenía claro que el complejo era un lugar muy goloso para los *paparazzi*, ya que cada día pasaban por sus instalaciones muchos de los habituales de la prensa rosa. Desde que comenzó a tener éxito tuvo claro que, aunque no las viera, las cámaras podrían estar apuntándole en ese mismo instante.

Alcanzó la puerta principal del gimnasio y entró, encaminándose directamente al vestuario para dejar su bolsa de deporte.

Se quedó en camiseta sin mangas y pantalones cortos, se colgó la toalla al cuello y salió a la sala de musculación. Inmediatamente después se le acercó David, su entrenador. David era un ex medallista olímpico en halterofilia, pero se lesionó y abandonó la competición para entrenar a ricos y famosos en el exclusivo gimnasio Art Body de Londres al que Evan asistía.

Tras los saludos de rigor, y la llamada de atención de David, por haber abandonado sus ejercicios durante más de una semana, Evan se puso a correr en la cinta para calentar los músculos. Ocho kilómetros después sentía la cabeza despejada y el cuerpo listo para ejercitar los músculos. Se sentó en el banco de pesas y comenzó con sus rutinas mientras hablaba con David de casi cualquier cosa.

El ex medallista tenía una pequeña cartera de clientes, pero como en ese instante no había ninguno de ellos en el gimnasio, más que Evan, le dedicó todo el tiempo a él. De manera que en las tres horas que estuvo allí intentaron recuperar los días que se había perdido.

— Sé que te estoy haciendo trabajar, pero tienes que hacerlo para mantenerte.

— Lo sé, no te preocupes por mí, no soy tan blando.

David arqueó las cejas, dando a entender de un modo cómico que dudaba de sus palabras.

— En unas horas vas a estar derrotado. Estoy seguro de que huirás de las mujeres a la primera insinuación — se burló David, dejando al descubierto su perfecta dentadura, la única parte de su anatomía que no era natural.

— Imposible. — Su voz sonó trémula mientras levantaba la pesada barra.

— Ya me dirás dentro de un par de horas cuando se pase la euforia del ejercicio si es imposible o no.

— Siempre que sea la mujer adecuada soy incapaz de negarme. Eso puedo asegurarlo.

David se alejó riendo a recibir a uno de sus alumnos que había entrado por la puerta en ese instante.

Evan había estado tan concentrado con el ejercicio que no se había dado cuenta del interés que había despertado en una nueva monitora del gimnasio. De hecho no fue

consciente de su existencia hasta que ella no se acercó a hablarle justo cuando se encaminaba al vestuario.

—Eres Evan Nash, ¿verdad? —El aludido asintió con una sonrisa educada—. Yo soy Anne. He empezado a trabajar aquí esta semana —saludó ella extendiendo su mano para que él se la estrechara—. Soy la que os hace sudar con el ejercicio aeróbico.

Evan le ofreció la sonrisa indiferente pero correcta que guardaba para esos momentos. No era la primera vez, ni sería la última, que una mujer se acercaba a él con claras intenciones, y sin ningún tipo de pudor. Siempre había tenido éxito entre el sexo femenino, pero tras su triunfo en la gran pantalla su atractivo se había magnificado.

—Encantado de conocerte, Anne.

—Si necesitas ejercicio extra, avísame. Prometo hacerte sudar. —Por si no lo había entendido su sonrisa coqueta matizó a qué se refería con el comentario. Aun así, Evan se hizo el distraído.

—Gracias, normalmente trabajo con David, pero tendré en cuenta tu oferta.

Ella no aprovechó la oportunidad que le había ofrecido para dejar correr el tema, sino que volvió a la carga.

—Dudo que David te ofrezca la misma clase de ejercicio que puedo ofrecerte yo.

—¡Oh, entiendo!, eres muy amable, Anne, pero no es necesario que trabajes más de la cuenta. Me gusta escoger a mis instructores, y para lo demás tengo a mi novia.

En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho se sintió mucho más relajado. Puede que hubiera sido brusco, pero ya estaba harto de las insinuaciones.

En contraste con su tranquilidad, la monitora exudaba tensión, de hecho le miró como si hubiera enloquecido allí mismo. Ni siquiera se molestó en añadir nada más, ¿una disculpa, tal vez? Se dio la vuelta y se alejó, seguramente con intención de acercarse a otro incauto más receptivo a aceptar sus favores.

Cuando habló, con intención de deshacerse de Anne, su objetivo había sido ponerle nombre a su relación con Penélope. Por el contrario, ambos habían decidido dejarse llevar por el momento y permitir que siguiera su curso sin restricciones ni expectativas. Y lo había hecho, quizás demasiado rápido. Llevaban poco más de dos meses viéndose. Y a pesar de que era una locura, no tenía intención de echarse atrás. Todo lo contrario. Iba a llamar a Penélope y a incluirla a ella y a su abuelo en la invitación para comer en su casa. Sus padres la adoraban y Cam ya estaba al tanto de que estaban saliendo.

Que lo supieran sus padres no era más que darle cierta oficialidad a su relación, y sorprendentemente para él, estaba más que dispuesto a dar ese paso por primera vez en su vida.

No es que estuviera enamorado de ella, se dijo. Todavía no había llegado tan lejos, aunque sí que le gustaba, y mucho, para ser precisos. Le gustaba ser capaz de hacerle perder los papeles, le gustaba que fuera dulce y amarga a la vez. Que nunca le

diera la razón ni siquiera cuando la tenía, y por encima de todas las cosas adoraba que cuando estaba a su lado, se relajaba de tal forma que se olvidaba de las formas y de la cortesía, y se dejaba llevar por la pasión que escondía a todos los demás.

Escuchó las fuertes risas de David a su espalda. Se giró a ver de qué se reía, y comprendió que había escuchado parte de su conversación con Anne, seguramente aquella en la que rechazaba su ofrecimiento.

—¡Te lo dije! A la menor insinuación.

Evan se limitó a encogerse de hombros y devolverle la sonrisa.

No iba a salir huyendo, más bien todo lo contrario.

Capítulo 24

Penélope llamó a Camden en cuanto le colgó el teléfono a Evan, acababa de invitarla a comer con sus padres, ¿qué narices significaba eso? ¿Lo hacía porque sabía de su amistad con ellos o el gesto llevaba aparejado algo más íntimo? En cualquier caso él tampoco se mostró muy comunicativo por teléfono, se limitó a invitarla y a extender la invitación a su abuelo, con lo que solo podía conjeturar al respecto.

Cuando contestó a la llamada se encontraba enfrascada en una escena apasionante de su nueva novela, estaba tan metida en la historia que aceptó sin pararse a pensar en nada más. No fue hasta después de colgar que se planteó lo que implicaba la invitación y su aceptación. Y fue esa duda lo que la llevó a llamar a Camden.

No pensó si era correcto telefonar a su mejor amigo para hablar sobre su hermano, lo había hecho siempre, y el que ahora se estuvieran viendo no iba a cambiar nada con sus otras relaciones.

Tal y como había esperado Camden gruñó al otro lado de la línea, todavía enfadado porque le hubiera preparado una encerrona para que acogiera en su casa a una amiga española a la que él ni siquiera conocía. Inmediatamente se sintió culpable por el arranque que la había empujado a vengarse de sus burlas mientras hablaba con ella.

Camden la había considerado siempre demasiado blanda para decir que no y la casualidad había hecho que estuviera presente mientras hablaba con Paola. Era más que evidente que él estaba disfrutando de lo lindo con la insistencia de la española para que le buscara alojamiento, y ella se había vengado de él obligándolo a acogerla en su casa.

—¿Estás muy enfadado? —tanteó con cautela.

—Mucho. —Por el tono de su voz era evidente que estaba intentando parecer serio.

—Nooo. Perdóname, Cam. Necesito a mi mejor amigo —dijo dramatizando exageradamente, con intención de arrancarle una sonrisa.

—¿Estás siendo sarcástica?

—No. En realidad pretendía sonar desesperada y darte pena —explicó, sabiendo que había fracasado en su empeño.

—Eres una pésima actriz.

—Gracias. Hablando de actores. Tengo algo que contarte sobre uno.

—Déjame adivinar. ¿Alto, moreno, de ojos grises y con un hermano atractivo y maravilloso? —Penélope no tenía ninguna duda de que se estaba burlando de ella, pero necesitaba la opinión de un hombre y Camden además de pertenecer al género adecuado, conocía a Evan mejor que nadie.

—¡Estoy impresionada! No se trata solo de tu atractivo, además eres el hombre más inteligente que conozco. ¡Qué afortunada soy de que seas mi mejor amigo!

—No me hagas la pelota, y cuenta.

—¿La pelota? ¡Jolín! Ahora sí que pretendía ser sarcástica.

—Jolín no. ¡Joder! ¿Qué te ha hecho mi hermano?

—Me ha invitado a comer con tus padres —explicó, impaciente por conocer su opinión—. Y ni siquiera me ha explicado porqué.

—No me refería a eso. Hablaba de lo que ha hecho contigo y con tu acostumbrado buen humor.

—Por favor, céntrate. La comida. ¿Por qué quiere que coma con ellos? —arrugó la nariz mientras recuperaba el hilo de la conversación. No pensaba seguirle el juego a Camden: primero se quejaba porque no sacaba carácter y ahora la criticaba porque lo hacía. Era imposible acertar con él.

Y lo peor de todo era que de algún modo el desencadenante sí que había sido Evan, y es que aunque con todas las demás personas seguía midiendo sus palabras, con los Nash se había soltado la melena y no había quien la parara.

Camden fue lo bastante avisado para darse cuenta de que Penélope estaba a punto de estallar, así que se puso serio. Le dio su opinión sobre que la hubiera invitado a comer, y fue lo suficientemente inocente como para que ella dejara de preocuparse: estaban saliendo y eran vecinos ergo la invitación era un detalle sin importancia.

Además Evan sabía que estaba trabajando en una novela con lo que seguramente pensaba que le hacía un favor al evitarle perder tiempo y concentración cocinando. Por otro lado estaban sus padres y lo mucho que la querían, ¿dónde estaba el problema? No era más que un gesto de amistad que no tenía que preocuparla, le dijo Camden de modo muy convincente. Otra cosa es lo que él pensaba realmente y que se guardó de compartir con su nerviosa mejor amiga.

Cuando Penélope y Richard subieron al piso de Evan, sus padres ya estaban allí. La sorpresa de Victoria cuando la vio entrar por la puerta le hizo saber que Evan no les había contado nada sobre ellos ni sobre que también la hubiera invitado a comer. En cualquier caso, Victoria sabía a la perfección que ella vivía en el edificio, por lo que su reacción era un poco sospechosa.

Tras los saludos y abrazos de rigor, Evan dio la explicación, que todos esperaban, asiéndola por la cintura y pegándola a su costado.

—Por si alguno de vosotros se lo preguntaba, Penélope y yo somos pareja. Estamos saliendo —dijo Evan con naturalidad.

—¿Sois exclusivos? —inquirió Richard con curiosidad paseando la mirada de uno a otra.

—¡Abuelo!

—Es que quería presentarte a un amigo —expuso con total sinceridad—. Por eso te he preguntado, muñequita. No quisiera meter la pata.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Victoria que le miraba como si de repente le hubieran crecido dos cabezas.

—De su edad, no de la mía —explicó sonriendo el abuelo.

—Somos exclusivos —zanjó Evan—. Nos gustamos y nos estamos conociendo. Y ahora que ya hemos aclarado este punto que tanto parece interesaros —dijo, guiñándole un ojo a Victoria y a Richard—, vamos a comer. Mamá, el menú es de tu restaurante favorito.

—Cariño, qué día llevo de buenas noticias —dijo, por si su expresión no era lo suficientemente explícita.

Tres horas más tarde ya se habían ido todos los invitados excepto Penélope que estaba sentada frente a la televisión encendida, pero sin prestarle atención al programa de cocina que había puesto. Su cabeza estaba dándole vueltas a lo sucedido durante la velada, mientras Evan recogía los restos de comida.

La sobremesa había sido un éxito en todos los sentidos, la conversación agradable, el menú delicioso, y todos los asistentes parecían encantados por la compañía. Victoria y su abuelo se habían pasado la tarde sonriendo, pendientes de cada gesto y de cada mirada que compartía con Evan. Incluso Jack, que jamás se metía en nada, parecía encantado de que estuvieran viéndose.

No dudaba de que los Nash la quisieran y esperaban que su relación con su hijo fuera más allá. El problema residía en que Evan había impuesto una norma que le impedía etiquetar lo que estaba sucediendo entre ellos, o incluso conversar sobre el tema, y eso la tenía más alterada de lo que había supuesto.

Algo de lo más extraño ya que ella era la reina del desorden. El concienzudo era Evan, era él quien tenía su casa meticulosamente ordenada, y aun así, en un tema tan importante como el que les ocupaba se mostraba absolutamente despreocupado. ¿Lo hacía porque pensaba que no duraría? Al fin y al cabo no se comportaban como una pareja normal. Su relación no había salido de las cuatro paredes de su edificio. Se había limitado a ese espacio al que ambos llamaban hogar. En su caso la frase hecha, «¿en tu casa o en la mía?» les definía a la perfección.

Quizás había llegado el momento de que tomara la iniciativa y probara a invitarle a cenar fuera de casa. Después podían tomar una copa en un club, ir al cine, al teatro... Hacer las típicas cosas que hacían las parejas.

Aunque las parejas normales no llevaran una legión de fotógrafos detrás.

Escuchó un ruido que la sacó de sus cavilaciones. En un principio pensó que a Evan se le debía de haber caído algún plato al meterlo en el lavavajillas. No obstante, el ruido volvió a repetirse, al menos cinco veces más, y Penélope al fin pudo descifrar qué era y de dónde provenía.

Se trataba de un sonido de persianas bajando que iba acompañado por la oscuridad. Primero el despacho de Evan cuya puerta estaba abierta, después el pasillo que conducía a la cocina. Siguió sentada en el sofá cuando él entró en el salón y corrió las cortinas antes de bajar también las persianas. Tenía la mirada clavada en ella mientras lo hacía, como si quisiera asegurarse de que no salía huyendo. Penélope no preguntó la razón por la que estaba cerrando a cal y canto, no podía. Sus miradas trabadas le provocaron un temblor en las rodillas que la hubieran hecho caer de bruces si no hubiera estado sentada. Le vio extender el brazo y supo que tenía el mando de la televisión en la mano. Un instante después la casa estaba completamente en silencio y a oscuras.

—¿Evan?

—He pensado que ha llegado la hora del postre. —Su tono era tan sensual que Penélope sintió la anticipación caldear su bajo vientre.

—¿Por eso estamos a oscuras?

—Estamos a oscuras porque vamos a jugar al juego de los sentidos. ¿Quieres jugar conmigo, Pen?

De nuevo esa voz, pensó Penélope mientras un escalofrío le bajaba por la espalda.

—Sí.

—Buena elección, cariño. Empieza a quitarte la ropa, y cuéntame cómo lo haces —pidió—. Quiero que me refieras todo lo que haces para quedarte desnuda.

—Evan, no creo...

—Cariño, eres maravillosa con las palabras, y me muero por oírte. ¿Acaso te da vergüenza contármelo? —preguntó en tono burlón.

El ramalazo de adrenalina *made in* Evan invadió sus venas.

—No.

—Demuéstralo entonces. ¿Dónde tienes las manos, cariño?

Penélope, que se había levantado del sofá, y se había girado en la dirección en que sonaba su voz, se quitó las bailarinas, y comenzó a relatarle cómo desabotonaba los vaqueros y se deshacía de ellos, seguido del jersey y de la camiseta interior, hasta que se quedó en ropa interior.

—¿No vas a quitarte nada más? ¿Justo ahora que viene la mejor parte?

—No hasta que no te lo quites tú.

—¿Y cómo sabes que no estoy desnudo esperando a que lo descubras? Quizás yo ya no lleve nada encima. Dime, Pen, ¿te gustaría comprobarlo?

—Sí. —Su propia voz le resultó extraña.

Estaba excitada, nerviosa y expectante. Nunca había imaginado que la voz y las expectativas pudieran ser tan incitantes. La sensación de estar rodeada de oscuridad aumentaba la sensibilidad de sus otros sentidos.

—Deshazte de toda la ropa y te prometo que dejaré que lo compruebes —ofreció,

y Penélope supo que él también estaba deseando que lo hiciera.

No tuvo que esperar mucho, como si fuera capaz de verla, sintió la mano de Evan sobre su cadera, antes de que el sujetador rozara siquiera el suelo.

Sus dedos acariciaron con suavidad su muslo. El calor de su cuerpo la envolvió a pesar de que no se estuvieran tocando más que por esa pequeña porción de piel. Su mano seguía recorriéndola con lentitud, tomándose el tiempo necesario para aprenderse de memoria cada curva.

Escuchó a Evan gemir al llegar a un punto especialmente delicado, y su propio gemido se unió al de él.

El aroma masculino se coló por sus fosas nasales, embotando su cabeza, del mismo modo que su tacto desbocaba sus sentidos. Su boca capturó la suya, en un beso duro que aceptó y correspondió con la misma necesidad de poseer que de sentirse poseída.

Evan la asió por los muslos instándola a que lo rodeara con las piernas. Tal y como había insinuado estaba tan desnudo como ella. Su piel ardía bajo su tacto. Se movió con ella en brazos y un instante después sentía el frío de la pared pegada a su espalda. Le recorrió un escalofrío justo en el instante en que Evan capturaba con los dientes un pezón por lo que la protesta se quedó atorada en su garganta.

Con fiera delicadeza besó, chupó y mordió cada rosada cima. Primero uno, después el otro, mientras con sus manos recorría la estrecha cintura, las caderas, los glúteos, en su camino hasta la zona que en su humedad clamaba su atención.

Con dos dedos tanteó la superficie, buscando torturarla, incitándola a mover las caderas para que el roce se hiciera más profundo, más intenso. No la complació hasta que la escuchó protestar, y lo hizo porque supo que la estaba llevando al límite, y que ninguno de los dos iba a ser capaz de esperar más.

Entonces y solo entonces, la penetró con un dedo, acariciando las paredes de su sexo mientras que con el pulgar buscaba la húmeda perla que escondían sus pliegues

Los suspiros y gemidos de Penélope se magnificaron en medio de la oscuridad y el silencio, y Evan perdió cualquier resto de cordura. Justo cuando ella iba a abandonarse por completo al placer, la penetró de una embestida tan profunda que los hizo gritar a ambos.

Se sabía incapaz de seguir tomándose las cosas con calma por lo que desde el primer instante en que la poseyó marcó un ritmo infernal que los enaltecía y los abocaba a la cima del placer.

—Quiero verte. Por favor, Evan...

—Y yo quiero que me sientas, Pen. Sin interferencias, solo yo dentro de ti —dijo sin dejar de moverse—. Siénteme, Pen. Solo siénteme.

—Sí, Evan. Sí.

No hubo más protestas. Sintió sus uñas clavarse a su espalda, y esperó el grito

que necesitaba escuchar antes de dejarse llevar él mismo por la arrolladora pasión que ella le despertaba.

Capítulo 25

Camden era demasiado inteligente como para mentirle u omitir la verdad a Charlotte. De modo que cuando el martes se marchó antes de tiempo de la universidad fue tan sincero como cabía esperar. Le contó con todo lujo de detalles la encerrona que le había preparado Penélope, y como por su culpa se veía obligado a dar cobijo a una mujer, a la que para empezar ni siquiera conocía y a la que para terminar tampoco le caía bien.

Su carácter interesado y lo que su amiga le había contado sobre ella le habían predispuerto en su contra. Y aunque normalmente no prejuizgaba a nadie antes de conocerle, en esta ocasión se había dejado llevar por los prejuicios sin ningún remordimiento.

Cuando llegó a casa y dejó el maletín en el suelo todavía tenía grabada en la retina la risa de Charlotte, que había disfrutado de lo lindo con la desafortunada historia que le obligaba a convertirse en compañero de piso temporal.

Cada día que pasaba estaba más encantado por haber aceptado la cita que Charlotte le propuso semanas atrás. Gracias a Dios había estado tan conmocionado por la sorpresa que ni siquiera pasó por su mente la posibilidad de negarse, al menos no en ese instante. De haberlo hecho estaba seguro de que se había arrepentido de por vida.

A las cuatro, cuando llamaron al timbre, supo antes de contestar que se trataba de Penélope. Estaba allí para suavizar el encuentro con Paola y presentarlos formalmente. Su amiga entró con timidez, arrastrando la culpabilidad que seguramente sentía por haberle metido en semejante embrollo. Como hacía siempre que quería congraciarse con él, se acercó y le dio dos besos en las mejillas. Un detalle muy español que Penélope tenía con las personas más allegadas.

Incapaz de resistirse a ella Camden actuó con naturalidad. Después de todo no estaba molesto ni enfadado, más bien todo lo contrario. Secretamente aplaudía el arranque de Penélope. Llevaba años exigiéndole que se revelara y sería muy hipócrita por su parte enfadarse porque por fin le había hecho caso. De modo que obviaron deliberadamente comentar el asunto y hablaron de la inminente estancia de Paola en casa de Camden.

La *personal shopper* llegaba media hora tarde, lo que no auguraba que pudiera causar buena impresión a su anfitrión, que había salido antes del trabajo para estar en casa esperándola cuando llegara.

Exactamente tres cuartos de hora más tarde volvió a sonar el timbre. Fue Penélope la que contestó, y quien recibió a Paola en la puerta.

Camden se quedó perplejo, observando el intercambio de las dos mujeres, que

hablaban en español. A pesar de los años que conocía a Penélope nunca se había preocupado por aprender su lengua materna, de modo que ahí estaba plantado y sin comprender nada de lo que decían. Solo las risas y las sonrisas le permitían adivinar que estaban contentas por el reencuentro. Sabía que Penélope era demasiado dulce para actuar falsamente.

Haciendo gala de su educación, su amiga cambió al inglés para hacerle partícipe de la conversación. No obstante él estaba demasiado impresionado como para hacer otra cosa más que mirar a la recién llegada. La mujer que estaba frente a él tenía el pelo negro y lacio a la altura de los hombros con un tupido flequillo recto que le rozaba las cejas. El rasgo que más destacaba en su rostro en forma de corazón era sus labios generosos y pintados de un intenso color rojo.

Acostumbrada a despertar interés entre el género masculino, le ofreció una sonrisa al tiempo que se acercaba a él para saludarle. Así como una hora antes Penélope le había besado para saludarle, Paola se limitó a extender la mano para que se la estrechara.

—Hola, Camdem. Muchas gracias por acogerme en tu casa. Eres muy amable.

—Encantado, Paola. Un placer conocerte.

—Solo voy a quedarme cuatro días, así que espero molestarte lo menos posible —comentó con un acento atroz. Aunque no fue precisamente su modo de hablar lo que captó su interés sino el movimiento de sus labios mientras lo hacía.

Acompañado por Penélope llevó a Paola al que sería su dormitorio y la dejó a solas para que deshiciera las maletas. Como si se tratara de un chiste les contó que solo una iba provista de ropa, la otra estaba vacía, la llevaba para poder transportar de vuelta a España la ropa que comprara.

Aun así, se quedó en el dormitorio mientras Camden y Penélope regresaban al salón. Aunque solo llevara una maleta estaba a rebosar de ropa y maquillaje. Siempre estaba perfecta aunque para ello tuviera que arrastrar consigo una tonelada de productos cosméticos.

Penélope aprovechó en cuanto se quedaron a solas para despedirse.

—Bueno, profe. Tengo que irme.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —inquirió, suspicaz.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Yo también trabajo, ¿sabes? Tengo que terminar una novela, y dentro de dos meses tengo que entregar el guión de una miniserie de Regencia que será la continuación de *El corazón de una dama*. Tras ganar el BAFTA la productora está interesada en retomar a los personajes para una nueva serie —explicó con los brazos en jarras.

—Ya veo...

—¿Se puede saber por qué dices eso? Evan no tiene nada que ver en que tenga que marcharme apresuradamente.

—Corrígeme si me equivoco, pero estoy casi seguro de no haber nombrado a mi hermano en ningún momento.

—No soporto cuando te pones en plan quisquilloso. Me voy. Te llamaré mañana para que me cuentes cómo va la convivencia —avisó, acercándose para besarle la mejilla.

—¡Dale recuerdos a mi hermano! —pidió riendo mientras la veía salir por la puerta, a toda prisa.

Penélope ya se había subido al ascensor y él seguía riéndose. La última palabra había sido suya.

Mientras Paola seguía deshaciendo el equipaje en el dormitorio Camden trasteaba en la cocina intentando preparar una cena que agradara a su invitada. Había abierto varias veces el congelador sin encontrar nada lo suficientemente exquisito como para impresionarla.

Normalmente no se preocupaba por el menú, a no ser que tuviera una cita, entonces, tal y como había hecho cuando invitó a Charlotte, recurría a su madre para que le echara una mano, o para ser más exactos le hiciera ella la cena. De los dos hermanos Nash era Evan el que había heredado las dotes culinarias de su madre, Camden al igual que Jack, solo servía para comérselas.

De modo que tenía asumido que lo máximo a lo que llegaba era a descongelar al punto un plato de pasta o a disolver en agua caliente los polvos de una sopa de sobre.

Sabiendo que la comida no iba a ser ninguna *delicatessen*, decidió ofrecerle a Paola una bienvenida en toda regla sacando del cajón de los manteles sus mejores galas. Por ello preparó la mesa en el salón, en lugar de en la cocina, donde comía normalmente, colocó su mejor mantelería y le quitó el polvo a las copas de bohemia que no había usado hasta el momento. Remató la presentación con la más exquisita botella de vino, un Rioja que le encantaba y que Penélope le llevaba cada vez que viajaba a España por expreso encargo suyo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Paola con su particular acento. Haciendo acto de presencia en el comedor.

Camden estaba tan concentrado en lo que hacía que las palabras de ella le sobresaltaron. Se giró para hablarle, pero lo que tenía pensado decirle se le quedó atascado en la garganta en cuanto sus ojos se posaron sobre aquella boca roja y generosa.

—Por supuesto. Puedes sacar los platos.

—Me refería a cocinar. Tienes cara de necesitar ayuda —bromeó, sabiendo exactamente qué decir para ganarse a la gente.

Esa era precisamente su mejor cualidad, la capacidad de adivinar lo que quería

cada persona y ofrecérselo pareciendo sincera.

—¿Sabes cocinar?

—No precisamente, pero sé freír huevos. ¿Tienes huevos?

—Sí, creo que sí. —Salió del salón para comprobar que había huevos en la nevera.

—¿Y aceite? Necesitamos aceite para freírlos. —Paola caminaba tras él ofreciendo su mejor sonrisa.

—Tengo. Penélope me trajo una botella y sigue en la despensa, y seguirá ahí si tú no le das uso —bromeó con una sonrisa.

—Penélope siempre salvando las situaciones —comentó Paola, y no se le escapó a Camden el sarcasmo que destilaba su voz.

Por un momento su afán de defender a su amiga se impuso al deseo que la boca de esa mujer le inspiraba.

—Completamente de acuerdo. Penélope es maravillosa.

Paola parpadeó varias veces, asimilando las palabras de su anfitrión, no había duda de que había comprendido su intención al hacer el comentario sobre su amiga. Con una sonrisa más falsa que la anterior corroboró la opinión de Camden.

Al final la cena resultó ser un éxito, los huevos fritos estaban deliciosos, y las patatas que hicieron para acompañar no se quedaban atrás. El vino y la compañía hicieron el resto. Paola era una conversadora insaciable. Hablaron durante horas de casi todo, hasta que finalmente llegaron al punto al que la española pretendía llegar desde el primer momento: Evan.

Camden estaba completamente fascinado con que ni siquiera la comida hubiera borrado el color rojo de los labios de Paola, que contestó a todas las preguntas que ella le formulaba. Hasta que ella no le preguntó directamente si su hermano salía con alguien no se puso en alerta.

—Sí. Tiene pareja. —No tenía ninguna intención de contarle que la pareja en cuestión era Penélope.

—¡Oh! Sabes, me gustaría poder saludarle antes de irme. Lo he comentado en varias ocasiones con Penélope cuando me he quedado en su casa, pero ha dado la casualidad de que siempre estaba fuera rodando.

—Es que viaja mucho —respondió cortante—. Si Penélope te dijo que estaba fuera era porque lo estaba. Ya sabes, el trabajo de actor es muy nómada.

—Cierto, pero estoy segura de que su trabajo no es tan fascinante como el tuyo. Dime, ¿cómo te interesaste por la Historia?

De nuevo volvió a cambiar magistralmente de tema, evitando las suspicacias de Camden.

Seguían con la conversación cuando el móvil de Camden comenzó a sonar. Disculpándose con Paola se levantó de la mesa para comprobar quién le llamaba. La

pantalla anunciaba que era Charlotte, durante unos segundos se debatió entre contestar o dejarlo sonar sin responder. Se decidió por lo segundo.

Regresó a la mesa para retomar su conversación con Paola sin un ápice de culpabilidad en el cuerpo.

Capítulo 26

El viernes llegó con demasiada rapidez, o esa le pareció a Richard cuando abrió los ojos con la sensación de no haber dormido más que un par de horas. Ya no iba a poder postergarlo más. Había llegado el momento en que todo iba a quedar visto para sentencia, fuera esta la que fuera.

Desde que conociera a Blake, el vigilante de seguridad de un supermercado al que había llegado siguiendo a Julia, se había planteado si su actuación era el mejor modo de ayudar a su esposa con su ludopatía. Ya que en lugar de apoyarla incondicionalmente se había marchado de casa, dejándola sola para que lidiara con sus decisiones.

Por todo ello su primera intención tras el encuentro con Blake había sido regresar a casa y ofrecerle de nuevo una oportunidad para reconocer su adicción y buscar juntos la solución. No obstante, su nieta le había convencido para que mantuvieran su palabra y le dejaran el tiempo acordado con ella. Exactamente hasta el viernes, día en que habían concertado una cita con una psicóloga especializada en el tema. La intención de Penélope era que su abuela se diera cuenta de que estaban dispuestos a llegar hasta el final para ayudarla. Que dejarla sola no era un farol, sino la consecuencia natural a su actitud.

El día, que Richard tanto había temido y deseado, había llegado y la decisión de Julia todavía le era desconocida.

Se levantó, incapaz de seguir en la cama dándole vueltas a preocupaciones a las que no lograba dar respuesta. Se duchó y se esmeró al vestirse, después de todo cabía la posibilidad de reencontrarse con la mujer que le había robado el corazón más de cincuenta años atrás. Cincuenta años que en esos momentos sentía muy lejanos.

Cuando salió del dormitorio Byron le dio la bienvenida arrastrándose por sus tobillos en busca de caricias. Se agachó para complacerlo, y se dispuso a salir con intención de comprar el desayuno para él y para su nieta, que seguía en la cama.

Al fin y al cabo estaba en su mano comenzar el día con buen pie, o eso creía.

El problema fue que en cuanto abrió la puerta Byron salió disparado pasando

por entre sus piernas. Por mucho que Richard se esforzó en alcanzar al gato solo fue capaz de ver de refilón cómo escapaba escaleras arriba.

Subió tras él, preocupado porque pudiera esquivarle y bajar sin que se diera cuenta. El animal había sido lo suficientemente hábil como para pasarle entre las piernas sin siquiera rozarle, de modo que podía esperar cualquier cosa de él. Aceleró el paso para que no le llevara mucha ventaja, después de la paciencia que Penélope había tenido con ellos, con su abuela y con él mismo, sería el colmo que extraviara a su mascota.

Cuando llegó al descansillo, rojo por la carrera y con la respiración entrecortada, se topó con Evan, en pantalones cortos y zapatillas de deporte, parado en la puerta de su casa y con Byron en brazos.

—¡Maldito gato! Casi me mato subiendo a buscarte —gruñó, señalando al animal con el dedo.

El felino cerró los ojos, arropado por Evan, y ni siquiera se molestó en atender a lo que Richard le decía.

—Ha estado arañando en mi puerta. No me habría dado cuenta de que estaba ahí si no hubiese sido porque iba salir a correr y al abrir me he topado con él —explicó Evan—. Richard, ¿quieres pasar y sentarte un momento?

—No te preocupes. Estoy bien —dijo, un poco menos acalorado.

Evan asintió.

—Voy para abajo. Si quieres te llevo yo al gato.

—Sí, llévalo tú no sea que decida volver a escaparse. Mi nieta va a tener que andar con cuidado si ahora le da por salir de casa cada vez que alguien abra la puerta.

—No creo que vaya a volver a hacerlo. Es un gato muy listo, y no quiere perderse.

—Si tú lo dices... —aceptó Richard, echando a andar de nuevo.

—Por cierto, ¿dónde está Penélope?

—En la cama, durmiendo. La pobre siempre está cansada, creo que últimamente ha hecho demasiado ejercicio... Tú ya me entiendes. Seguramente necesite descansar unos días...

Evan carraspeó incómodo. No tenía ninguna duda de que Richard se refería al sexo. Absolutamente ninguna duda.

—No, supongo que no le vendría mal.

—¡Qué bien que estemos de acuerdo! —alabó con una sonrisa.

El buen humor de Evan, en cambio, se evaporó al instante. Por primera vez en su vida estaba deseoso de lanzarse a los objetivos de los periodistas que rondaban su casa. Cualquier cosa era mejor que el abuelo de tu novia hablando de la cantidad de sexo que practicas con ella.

Penélope había salido a enviar unos paquetes por correo postal por lo que

Richard estaba solo en el piso. Faltaban menos de dos horas para las cuatro, que era cuando la psicóloga había citado a Julia para su primera sesión. Tenía pensado marcharse antes y hacer guardia frente a la puerta de la consulta para comprobar si Julia acudía a su cita, eso era más fácil que llamarla y saber de golpe su decisión. Al menos mientras esperaba su llegada todavía podía seguir teniendo esperanzas.

Su parte más temeraria se moría de ganas de presentarse en casa y ofrecerle su compañía, pero le había prometido a Penélope que no lo haría. Según su nieta, Julia tenía que tomar su propia decisión consciente y segura de que era lo mejor para ella, lo que Penélope no sospechaba era que ni con su consentimiento hubiera ido, estaba demasiado asustado de que su respuesta no fuera la que él deseaba oír.

Se estaba poniendo el abrigo cuando escuchó que llamaban suavemente a la puerta. Quien fuera que estuviera al otro lado no usó el timbre sino los nudillos. Inmediatamente pensó en Evan y en Byron, buscó con la mirada al gato, aunque no lo vio por ninguna parte. Teniendo en cuenta los antecedentes del animal, era muy capaz de haberse escapado cuando Penélope se fue sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

En dos zancadas se plantó en la puerta, abriendo de un tirón y topándose de frente con la última persona a la que esperaba ver, precisamente la misma a la que más deseaba encontrar.

—Hola, Richard —saludó Julia con seriedad—. ¿Puedo pasar?

Como no estaba muy seguro de que no le fuera a fallar la voz, simplemente se apartó del umbral para que entrara.

Su esposa estaba preciosa, y tan elegante como siempre. Llevaba un traje de chaqueta gris perla y unos zapatos a juego con un tacón grueso. Parecía mentira que a pesar de los años que llevaban juntos su belleza todavía pudiera alterarle de ese modo.

Estaba tan aturdido por la visita que seguía parado frente a ella, absorbiendo su presencia. Como si quisiera recuperar los días en que solo la había podido ver desde la distancia... Persiguiéndola cuando iba a hacer la compra o a pasear con sus amigas.

—¿Qué pasa, Richard? ¿Es que en una semana que llevas aquí te has olvidado de tus modales? Invítame a sentarme y ofrézme una bebida caliente. —Si bien intentaba mostrar su actitud habitual, lo cierto era que Julia Pryce estaba nerviosa.

Hecho que no admitiría ni bajo tortura.

—Siéntate, por favor. Traeré té —ofreció encaminándose a la cocina para poner el hervidor de agua al fuego. En su prisa por complacerla ni siquiera se había quitado el abrigo. Fue cuando abrió el armario que contenía el té y el azúcar cuando se dio cuenta de que todavía lo llevaba puesto.

Cuando regresó, diez minutos después, con una bandeja con todo lo necesario para disfrutar del té, Julia estaba sentada en el sofá, lo más alejada de Byron, que como el felino que era había captado a la perfección que la visitante no simpatizaba con él, y se proponía obligarla a aceptarle.

Mientras se calentaba el agua Richard había aprovechado la intimidad de la cocina para llamar a Penélope y contarle la inesperada visita que habían recibido. Estaba tan nervioso que su nieta le obligó a sustituir su té por una tila. Tras una breve conversación entre susurros, abuelo y nieta habían decidido que la presencia de Julia en la casa era una muy buena señal.

—¿Sirves tú? —preguntó, dejando la bandeja sobre la mesa y sentándose junto a ella en el sofá.

—Por supuesto. Supongo que sigues bebiendo el té con leche y sin azúcar, ¿o has cambiado de idea igual que lo has hecho con todo lo demás?

Richard sonrió internamente, sabedor de que estaba a punto de ganar una batalla muy importante para la guerra.

—¿A qué te refieres con todo lo demás?

Julia dejó la tetera sobre la bandeja y se giró para mirarle directamente.

—Hace cincuenta años juraste estar a mi lado en lo bueno y en lo malo, y al más mínimo problema me abandonas. A eso me refiero Richard Ray Pryce. No te hagas el tonto conmigo, no te pega.

—¿Al más mínimo problema?

—No intentes cambiar de tema y dime de una vez. ¿Tienes intención de acompañarme a ver a la psicóloga esa que tu nieta y tú me habéis elegido o vas a cambiar de idea como con todo lo demás? —El temblor de su voz y el brillo de sus ojos alertaron a Richard de lo mucho que le estaba costando pedírselo.

—Por supuesto que voy a acompañarte. Estás demasiado guapa para que me atreva a dejarte salir sola.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Es la verdad. No hay ninguna mujer como tú.

—¡Oh, Richard! Lo siento tanto. —Ya no fue capaz de sofocar los sollozos que pugnaban por salir y liberarla de la tensión acumulada durante toda la semana que había estado alejada de su marido.

—Ven aquí, tonta —dijo, atrayéndola a su cuerpo y besándole la coronilla—. Te quiero, cariño. Y quédate tranquila, no he cambiado de opinión.

Escapó de Julia un sollozo a medio camino entre risa y llanto.

—Yo también te quiero, Richard. Tanto que he regalado mi teléfono —explicó entre lágrimas.

El peso que Richard había estado sintiendo en el estómago escapó en forma de carcajadas. Su maravillosa esposa había regalado su teléfono y con ello había dado el primer paso para curarse: asumir que tenía un problema.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu generosidad, cariño. Tu generosidad.

El día había sido un auténtico torbellino, pero al final había llegado a su fin, y

todo lo que parecía impensable había sucedido.

Penélope había vuelto a recuperar su casa y su intimidad Y gracias a ello ahora se encontraban Evan, ella y Byron en el sofá viendo los minutos finales de el *reality show* de cocina que tenía enganchado a medio país.

En cuanto apareció la sintonía que anunciaba el final del programa, Penélope se pegó más a Evan. Cerró los ojos y enterró la nariz en su cuello para aspirar el aroma de su colonia. Se tensó en cuanto notó que Evan se apartaba muy sutilmente, pero lo dejó correr creyendo que lo había imaginado y que el único motivo por el que se había movido era para ponerse cómodo.

—¡Humm! Hueles muy bien. Está empezando a entrarme hambre —musitó, mordiéndole suavemente el cuello—. Me gustaría disfrutar del postre ahora.

—Pen, es tarde —dijo, separándose de ella con delicadeza.

En ese instante no le cupo ninguna duda de que se había apartado de su lado con toda la intención.

—Eso no debería ser un problema. Mi abuelo ha regresado a su casa, puedes quedarte conmigo toda la noche si quieres.

Evan apretó los dientes con fuerza. ¡Mierda! La oferta era más que tentadora, y él estaba a un paso de aceptarla. Tenía que dejar de sentir el calor de su cuerpo pegado al suyo si pretendía vencer a su impulso menos desinteresado.

—Será mejor que me marche ahora a casa —dijo, intentando levantarse del sofá sin conseguirlo porque Penélope se había encaramado sobre sus rodillas, y le lanzaba una mirada especulativa.

Fuera lo que fuera que vio en sus ojos no fue necesario que volviera a repetir que deseaba marcharse. Como movida por un resorte se separó de él acomodándose en la otra punta del sofá.

—¿Por qué? Dime por qué quieres irte. —Sus preciosos ojos llameaban mientras le miraba, a la espera de una respuesta.

—Será mejor que esta noche durmamos cada uno en su cama —insistió.

—Dormimos todas las noches en nuestras camas. Prueba otra vez a ver si me convences porque esa no es una respuesta sensata. —Era más que evidente que estaba molesta—. ¿Ya quieres terminar con... esto. Lo que quiera que sea que tenemos?

—No, no se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? Dímelo, Evan porque te aseguro que no te entiendo.

—De acuerdo. Esta mañana... —Se calló sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Esta mañana? —le ayudó ella a retomar el hilo.

—Esta mañana tu abuelo me insinuó que debíamos tomarnos unos días sin sexo porque te veía agotada. —Lo dijo del tirón por temor a que ella le cortara en medio de la frase—. Me ha recomendado que te deje descansar unos días, y eso era lo que pretendía hacer.

—¿Qué dices?!

—Lo siento, ¿tiene razón tu abuelo? ¿Estás agotada?

—Evan, mi abuelo tiene setenta y seis años. Que él se canse por todo no quiere decir que también lo haga yo. No puedo creer que fueras a hacerle caso, y peor, que no me lo hubieras contado.

—Tienes que reconocer que la situación es un poco surrealista. No sabía cómo decírtelo y seguir pareciendo cuerdo —bromeó, con intención de arrancarle una sonrisa.

—De acuerdo, eso lo entiendo. Pero estoy muy enfadada porque me lo hayas ocultado durante todo el día. Ya puedes ir pensando en cómo vas a compensarme.

—Eso es fácil. Así —zanjó antes de fulminar el espacio que les separaba y capturar su boca en un beso apasionado.

Capítulo 27

Camden empezaba a sentirse idiota. Llevaba una hora leyendo la misma página de un libro cualquiera solo para sentir que no estaba pendiente de cada sonido que escuchaba en el pasillo, al otro lado de la puerta de su casa, mientras esperaba la llegada de Paola.

Los últimos días los había pasado cargando bolsas y paquetes para su invitada, y dejando de lado sus estudios e investigaciones. Al fin y al cabo, Paola se marcharía al día siguiente y su vida regresaría a la normalidad. Volvería a enterrarse entre libros y a retomar su amistad con Charlotte, a quien sin darse cuenta, había mantenido al margen de su vida durante la última semana.

El miércoles, primer día de su estancia en Londres, Camden salió de la universidad para comer con la española en el centro, y desde ese momento compartieron cada mediodía. Después, a las cinco, cuando terminaba su jornada laboral, acompañaba a la *personal shopper* a visitar tiendas que ni siquiera sabía que existían. A pesar de lo poco que le gustaban las compras, lo pasó de maravilla. No es que se hubiera vuelto de repente ningún fanático de la moda sino que su acompañante era divertida, tenía muy buen gusto y parecía disfrutar de su compañía.

El encanto de Paola incluso había conseguido que aceptara a comprarse ropa para renovar su armario.

Como esa iba a ser su última noche en Londres, Cam había pretendido que fuera especial para ella. Por esa razón se había puesto los vaqueros y la camiseta que había escogido para él, y tenía intención de invitarla a cenar. No obstante, Paola no daba señales de vida, y Camden estaba empezando a impacientarse.

Varios minutos más tarde, en los que siguió perdido en la misma página, escuchó un sonido de tacones repiqueteando en el pasillo y un instante más tarde el sonido de una llave en la cerradura. Notó cómo se le aceleraba el pulso anticipándose al encuentro. Sin embargo, no levantó la cabeza del libro, pretendiendo dar a entender que no estaba ansioso por verla, nada más lejos de la realidad.

—Hola, Cam —saludó ella.

Cuando el aludido levantó por fin la cabeza, se dio cuenta de que ella estaba agachada prácticamente sobre él.

Antes de que pudiera razonar, aquellos labios rojos que tanto deseaba se posaron con suavidad sobre su mejilla para darle un beso.

—La cerradura del portal está rota. No se puede cerrar la puerta —comentó ella sentándose a su lado en el sofá.

—Llamaré a la administradora para que envíe a alguien que lo arregle —

respondió, intentando por todos los medios no mirarle los labios.

—¡Qué eficiente eres! Deberías esperar que lo haga otro vecino.

—Entonces esperaría eternamente.

Paola rio, sentándose a su lado en el sofá, y quitándose los tacones. Camden miró sus pies desnudos, con las uñas pintadas del mismo color rojo de sus labios y sintió una sacudida en sus pantalones ante la idea de besarlos.

—¿Qué tal te han ido las compras? —preguntó con intención de borrar la sensual imagen de su cabeza.

—Estupendamente. Ya tengo todo lo que necesitaba y más. Soy incapaz de parar a tiempo cuando algo me gusta —dijo riendo, y su mirada parecía decir mucho más que sus palabras.

—Me alegro. —¿En serio había dicho eso?, se recriminó Cam.

—Cam, ¡estás guapísimo! —exclamó de repente Paola, que se había dado cuenta de la ropa que llevaba puesta.

—¡Gracias! Te lo debo a ti.

Ella sonrió, convencida de que Cam sabía de su atractivo y que la frase solo era un gesto cortés.

—¡Tenemos que salir! Esta es mi última noche y me voy con un montón de ropa, y con un nuevo amigo maravilloso. Tengo mucho que celebrar.

—De acuerdo —aceptó con mesura, a pesar de que por dentro se sentía eufórico, ni siquiera había sido necesaria la invitación que tanto había temido que rechazara.

—Conozco una pizzería estupenda en Covent Garden, yo invito. Dame quince minutos, me cambio y nos vamos. —Volvió a acercarse a él para darle un beso, aunque en esta ocasión llegó desviado, más cerca de la comisura de la boca que de la mejilla.

Paola se rio alegre al apartarse, le estaba mirando fijamente.

—Límpiate, te he dejado dos manchas rojas en la piel. Es extrañísimo que el carmín permanezca intacto mientras como y bebo, y que no ocurra lo mismo cuando beso. ¿Será porque lo disfruto más? —dejó la pregunta en el aire, porque tras formularla se dio la vuelta y se encaminó al dormitorio para arreglarse.

La cena resultó ser lo de menos. Desde el instante en que Paola apareció de nuevo por el salón, enfundada en un ajustado vestido rojo, que seguramente se había puesto con calzador, Camden había sido incapaz de pensar en nada coherente. Y tampoco ayudaba a su tranquilidad que ella no dejara de sonreírle y de tocarle a la menor oportunidad.

Camden estaba tan confuso y excitado que apenas era capaz de seguir la conversación. Sus ojos se centraban en los labios rojos que se movían frente a él, de modo que era Paola la que hablaba.

Ensimismado en ella se dio cuenta de que mujer con la que había compartido los últimos cuatro días no se parecía en nada a la persona que había creído que era por su

relación con Penélope. No se mostraba interesada, más bien todo lo contrario. Se había encargado de hacer la cena casi todas las noches, e incluso le había ofrecido su orientación como *personal shopper* para que renovara su estilo.

Y todo ello con una naturalidad que le tenía completamente cautivado. Además le había invitado a cenar, no es que fuera a permitirle pagar, pero la intención de ella había sido esa. Quizás después de todo se había permitido juzgarla sin otro motivo que su relación con su mejor amiga.

—Estás muy callado, ¿no te gusta la *pizza*? Si quieres puedes probar la mía — ofreció, cogiendo una porción de su plato y llevándosela a la boca.

Con los ojos clavados en la boca femenina Cam abrió la suya y le permitió que le diera de comer. Era la primera vez que una mujer le alimentaba, y a pesar de los tópicos tuvo que reconocer que el gesto estaba cargado de sensualidad, sobre todo porque Paola abría la boca y se mordisqueaba el labio al mismo ritmo en que él masticaba.

—¿Está buena? —inquirió bajando deliberadamente la voz.

—Deliciosa.

—Me alegra que te guste —comentó con una sonrisa al tiempo que se acercaba a él para volver a besarle en la mejilla.

El deseo de Camden estalló antes de que ella le rozara. El aroma de su piel desestabilizó su ya precario dominio.

—No hagas eso, por favor.

—¿El qué? —ella se fingió confundida. Aunque estaba claro que sabía perfectamente a lo que se refería.

—No vuelvas a besarme en la mejilla. Si deseas besarme hazlo bien. —Él no era ningún crío, se dijo. Era un hombre de casi treinta años y sabía lo que quería. Siempre lo había sabido, y no iba a tolerar que la aparición de Paola le fundiera de ese modo el cerebro.

—De acuerdo —aceptó ella, con un brillo triunfal en los ojos—. Lo haré si lo deseas. ¿Lo deseas, Cam?

—Sí. —Y dicho lo cual cubrió la distancia entre los dos y la besó en los labios, fascinado por su suavidad.

Allí, en medio del comedor del restaurante, delante de todos los comensales que quisieron mirar, la besó con pasión, sin preámbulos. Deslizando su lengua en su boca y jugueteando con ella, obligándole a pelear con él para dominar el beso. Retándola a que negara que ella también lo deseaba con la misma fuerza.

Camden no supo cómo pagaron la cuenta o llegaron a casa. Solo podía recordar que no se separó de ella durante el trayecto en taxi hasta su casa.

Sus besos eran tan intensos y adictivos como había sido la obsesión con su boca. Tuvo que apretar los puños para no desnudarla allí mismo en el asiento trasero del taxi. No obstante, una vez en el ascensor fue incapaz de esperar más. Cuando entraron en

casa, él llevaba su camiseta en la mano y el vestido de Paola estaba arrugado en la cintura.

Puede que esa fuera su última noche con ella, pero iba a disfrutarla hasta el amanecer. Ya había esperado bastante.

Capítulo 28

Cuando Penélope levantó la cabeza del ordenador ya había pasado de largo la hora de comer. Había estado tan enfrascada con su trabajo que no se había dado cuenta de que el tiempo pasaba. La inspiración era muy caprichosa y había que retenerla mientras lo permitiera.

Además haberse levantado tarde, y por consiguiente haber desayunado fuera de horario, contribuía a que no sintiera la necesidad de parar para llenar el estómago.

Era la primera vez que pasaba la noche completa con Evan, y había sido maravilloso: tanto la noche en sí como el despertar a su lado. Una cosa llevó a la otra y el día comenzó más tarde de lo que acostumbraba.

No es que se quejara, pensó sonriendo como una tonta. De hecho el retraso sería bienvenido siempre que una noche con Evan fuera la causa directa del mismo.

Ya que se había saltado la comida, lo mejor era que organizara la cena, decidió con una sonrisa satisfecha. Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de invitar a Evan a salir. No es que no disfrutara con él en casa, pero de algún modo retorcido tenía la absurda sospecha de que él evitaba que les vieran juntos. El problema era que no se atrevía a preguntarle directamente, lo que la tenía especulando sin llegar a ninguna conclusión. Quizás era el momento perfecto para desmontar su teoría, lo único que tenía que hacer era subir al ático y preguntarle si quería cenar con ella.

Al fin y al cabo aunque no fueran pareja oficial no era tan extraño que salieran juntos. Había visto a Evan multitud de veces en las revistas o en los programas de televisión con otras mujeres. La especulación periodística estaba a la orden del día en la vida de cualquier actor famoso.

—Deséame suerte, Byron —pidió antes de coger las llaves y salir por la puerta. Estaba tan impaciente que ni siquiera esperó el ascensor. Subió el piso que los separaba saltando los escalones de dos en dos. Después de todo, la noche anterior en lugar de quitarle energía le había dado brío.

Se detuvo un segundo en la puerta para coger aliento, antes de llamar.

Evan le abrió todavía con la ropa de correr empapada en sudor, y a pesar de ello, Penélope lo encontró más atractivo que nunca. Habían pasado la noche juntos, su relación había ido un paso más allá y estaba a punto de dar otro.

—Has llegado justo a tiempo para compartir una placentera ducha conmigo —ofreció mientras se sentaba para desatarse las zapatillas.

—En realidad he venido con una propuesta que hacerte —comentó enigmática.

—Suenas bien. Aunque no tanto como mi ducha —dijo, acercándose a ella para darle un beso de bienvenida—. Imagínate, tú y yo, desnudos... El agua resbalando por

nuestra piel mientras yo pongo en práctica alguna de las ideas que he ido desarrollando mientras corría.

—Me gusta la idea, y después, ¿qué te parece si salimos a cenar? También podemos ir al cine o a bailar.

—Imposible. Esta noche me han invitado a la fiesta de celebración por los cincuenta años de S&B, incluso voy a tener que ponerme un traje de chaqueta diseñado por la casa para asistir.

—No sabía que tuvieras uno.

—No lo tengo. Mi agente se ha puesto en contacto con la firma de modas para que me lo envíen. Al parecer es una de las normas de la invitación.

—Y como eres una gran estrella no han puesto ninguna pega en regalarte el traje. —Penélope se dio cuenta de que había sonado sarcástica, cruzó los dedos para que Evan no se hubiera dado cuenta de ello.

—Supongo que algo así.

—Espero que lo pases bien —comentó, con la esperanza de que le ofreciera acompañarle. Asistir a una selecta fiesta no era el modo que ella habría elegido para pasar la noche del sábado, pero si Evan era su acompañante se daría por más que satisfecha—. Seguro que es una fiesta espléndida.

—Siempre lo son —comentó con desgana—. Voy a ducharme o se me hará tarde. Todavía sigue en pie mi oferta para que te duches conmigo.

Penélope pensó que era una pena que estuviera más interesada en otra oferta que al parecer él no iba a hacerle.

— Mejor no. Tengo que irme.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo? —La besó en la mejilla, con una sonrisa que en otro momento Penélope hubiera tildado de irresistible, y que en ese instante le pareció incompleta.

—Claro.

No tardó ni dos segundos en llegar a la puerta y salir por ella sin darse la vuelta para mirarle. ¿No quería confirmar su teoría de que Evan no quería ser visto en público con ella? Pues ahí tenía su respuesta.

Su novio, amigo con derechos, vecino... O lo que fuera Evan, acababa de dejarle claro que no quería tener ninguna relación con ella más allá de las paredes de su apartamento. ¿Qué más necesitaba? ¿Qué se lo deletreará?

Entró en su piso como un vendaval. La antigua Penélope se habría conformado y habría buscado una excusa para justificar su desplante, la nueva Penélope no iba a dejarlo correr. Se dejó caer en el sofá con el móvil en la mano y buscó el número de Víctor, su agente y mejor amigo de su padre. Este respondió a los dos tonos:

—Hola, preciosa. ¿En qué lado del estrecho estás?

—Estoy en Londres y necesito un favor muy grande. Tan grande que ni siquiera

sé si vas a poder ayudarme.

—La duda ofende. ¿Cuándo no he podido yo conseguirte algo?

—¿Ahora? —dijo arrugando la nariz—. Necesito una invitación para la fiesta de S&B de esta noche.

—No hay problema.

—¿En serio? ¿Así de fácil?

—Penélope, eres una escritora maravillosa, una guionista deseada por todos los directores de cine, y acabas de ganar un BAFTA, conseguirte una invitación es pan comido. Puede que incluso tenga, sobre la mesa de mi despacho, una con tu nombre.

—Víctor, eres el mejor agente del mundo. Eres... maravilloso.

Escuchó su risa complacida a través de la línea telefónica.

—Solo hay un problema. La invitación dice que tienes que llevar un modelo de la casa. ¿Tienes algo o necesitas también mi ayuda para eso? —dijo, con orgullo mal disimulado.

—Tengo el vestido perfecto. ¡Gracias, Víctor!

—De nada, preciosa. Ahora te mando a un mensajero con la invitación. ¡Pásalo bien! Eso es obligatorio.

Tras la conversación con Víctor ya solo le faltaba conseguir el vestido, de manera que hizo una llamada más, a su abuela, para pedirle prestado el maravilloso vestido de cóctel que tenía colgado en su armario desde que Penélope tenía uso de razón. Se trataba de un vestido negro por la rodilla diseñado por el propio S&B hacía casi cuarenta años, y que Julia había lucido solo una vez en la boda de su hermana Martha. Lo que lo convertía en un vestido *vintage* de un valor sentimental incalculable, y en la pieza perfecta para que Penélope encandilara a los asistentes a la fiesta del año.

Sorprendida y entusiasmada por la petición, Julia no solo había accedido a prestarle el vestido a su nieta sino que se encargó de concertar una cita a domicilio con una reconocida estilista para que la peinara y la maquillara. La única razón por la que pudo contar con ella, avisando con tan poco tiempo, era porque la estilista en cuestión era nieta de una de las amigas de Julia con las que quedaba todas las semanas para jugar, ahora al bridge de nuevo, y a tomar el té.

El hotel Baglioni, en el que se iba a dar la recepción, era uno de los más selectos de la ciudad. Había sido el escogido porque al igual que la casa de modas, pertenecía a una cadena hostelera de la misma nacionalidad que la firma. Situado en Hyde Park Gate había sido el elegido por la *maison* italiana para celebrar por todo lo alto los cincuenta años de vida y de éxitos que ya llevaba a sus espaldas. Julia estaba ilusionada con que su nieta asistiera, ya que era una apasionada de la marca, que en su medio siglo de vida había ido adaptándose a los cambios sin perder su estilo personal.

Mientras Julia no dejaba de darle indicaciones a la estilista, que esta no necesitaba, Penélope se fijó en sus sonrojadas mejillas, y en el buen humor que destilaba

esa tarde. Su abuelo mostraba el mismo aspecto sonriente y feliz, si bien en él no era tan sorprendente.

Al llegar a casa había intentado que le contaran cómo les había ido con la psicóloga, pero su abuela había cortado cualquier posibilidad de que Richard dijera nada con una maestría y un encanto que Penélope jamás antes le había visto.

En apenas una frase había sintetizado toda la hora de terapia, sin explayarse con los detalles: quedaba un largo camino por recorrer, pero el paso más importante ya estaba dado.

En esos instantes, de pie ante el enorme espejo del armario del dormitorio de sus abuelos, no solo notaba cambiada a su abuela, tampoco se reconocía a sí misma en la elegante mujer que tenía delante. El diseño resaltaba cada una de sus curvas, y acentuaba su estrecha cintura. Entre el vestido negro y el maquillaje ahumado que hacía que sus ojos se vieran aun más exóticos y rasgados, ni en la fiesta de los BAFTA había estado tan guapa como lo estaba en ese momento. Y saber lo que llevaba debajo de la ropa la hacía sentir *sexy* y sensual. Se había comprado el conjunto y los ligueros la última vez que estuvo en Agent Provocateur movida por la curiosidad de saber qué se sentiría al llevarlos, pero nunca había encontrado el instante adecuado para estrenarlos, hasta esa noche.

—Estás preciosa, pero te falta algo —comentó Wendy, la estilista, señalándole los pies.

—Es verdad, cariño. Los zapatos son tan importantes como el vestido, quizás más —respaldó Julia.

—Abuela, puedes acercarme la mochila que he traído.

Dos minutos después Julia regresaba con los ojos brillantes por la emoción y un par de zapatos en la mano. Tal y como Penélope había esperado, su abuela no iba a resistirse a llevarle la bolsa sin descubrir qué había dentro.

Los zapatos que sostenía eran unos *peep toe* negros con un tacón de quince centímetros y todo el empeine cubierto de finas tiras que remataban con una hebilla dorada en el lateral.

—Ahora sí que estás perfecta —sentenció Wendy.

—Solo le falta la carroza y regresar a casa antes de medianoche —murmuró Julia, más para sí misma que para que la escucharan.

Wendy sonrió discretamente por la ocurrencia, mientras Penélope se sentía de algún modo identificada con el personaje infantil, al fin y al cabo ella también iba en busca de su príncipe azul.

Un segundo más tarde sonaron unos golpecitos en la puerta del dormitorio, sabiendo que se trataba de su abuelo, Penélope le invitó a entrar.

—Muñequita, en la puerta hay una limusina esperándote. El chófer dice que la envía Víctor Santos para llevarte a la fiesta.

—Ya podemos tachar la carroza de la lista de pendientes —murmuró Wendy con una sonrisa traviesa.

Penélope bajó de la limusina, que se detuvo a las puertas del hotel, detrás de otras dos, ayudada por el chófer. Se sentía a la altura de cualquier estrella de cine, había ido allí para demostrar que lo estaba, y tenía que reconocer que el vestido, el maquillaje y el vehículo ayudaban mucho.

A pesar del desplante de Evan, o quizás por él, había ido hasta allí para disfrutar de la noche, y hacerle saber que, aunque no tan extensa, ella también disfrutaba de su propia fama.

Estaba a punto de franquear las puertas del hotel cuando una voz que le resultó familiar la llamó desde atrás.

Se dio la vuelta con cuidado, ya que temía no ser capaz de hacerlo sin perder el equilibrio encima de los tacones de diez centímetros que calzaba, y se topó con Daniel Scott, parado a menos de un metro de ella, sonriéndole mientras la observaba con admiración.

—¡Wow, Penélope! Estás espectacular —le dijo en cuanto llegó a su lado.

Para su completa sorpresa se inclinó sobre ella y le depositó un suave beso en la mejilla, demasiado cerca de la comisura de los labios.

—Gracias, tú también estás muy guapo, Daniel. Me alegra volver a verte —comentó con cortesía.

La sonrisa del actor se ensanchó.

—Si hubiera sabido que ibas a asistir a la fiesta te habría propuesto que viniéramos juntos. La última vez lo pasamos estupendamente, y por lo que veo, los dos venimos solos.

Penélope sonrió sin aceptar ni negar su afirmación. Si hubiera tenido que definir su velada en los BAFTA, al menos la parte relacionada con Daniel Scott, no habría usado ese adverbio. «Estupendamente» era diametralmente opuesto a lo que ella recordaba sobre la noche. Todavía tenía fresco en su memoria cómo le había metido mano sin ningún disimulo, y cómo, al comprobar que no estaba interesada en sus atenciones, había desaparecido en busca de otra incauta que aceptara solo por el hecho de que era un actor conocido.

—Podemos entrar juntos —ofreció, dejando salir a la vieja Penélope, esa que hacía de la educación y la cortesía su carta de presentación. Sin saber porqué la había liberado precisamente en el peor momento para hacerlo.

—¡Genial! —dijo Daniel, ofreciéndole el brazo. Fue entonces cuando Penélope se dio cuenta de que era justo lo que había esperado que ella dijera—. Seguro que soy el hombre más afortunado de la fiesta porque voy a entrar con la mujer más hermosa de Londres.

Evan estrechó los ojos, esperando que al hacerlo la imagen que veía se aclarara y

le mostrara algo distinto a lo que estaba sucediendo delante de él.

Había cedido las llaves de su Aston Martin a uno de los aparcacoches de la fiesta y se disponía a entrar en el hotel cuando una pareja a escasos metros de él le llamó la atención.

En un principio había sido la mujer quien captó su interés. El vestido negro que llevaba acariciaba sus curvas, y sus zapatos de tacón convertían sus piernas en interminables. Su modo de moverse y la brillante melena rizada, que llevaba en un lateral, sujeta con una trenza que comenzaba en su coronilla, le hicieron pensar en Penélope, a pesar de que sabía que era imposible que fuera ella. Si hubiera recibido una invitación seguro que le habría avisado ya que sabía que él iba a asistir.

Todavía estaba demasiado lejos como para verle el rostro por lo que aceleró el paso con el pulso latándole en las sienes. ¿Por qué de repente estaba tan alterado? ¿Qué tenía la desconocida que le hacía reaccionar tan visceralmente?

Fue en ese preciso instante que el hombre que la acompañaba se inclinó sobre ella y le besó la mejilla, mostrándole al hacerlo, su rostro. Evan sintió que la adrenalina se disparaba en su sangre. Casi sin ser consciente de ello aceleró el paso hasta encontrarse a menos de un metro de ellos, que seguían tan enfrascados en su conversación que ni siquiera se dieron cuenta de su presencia. Su primer pensamiento fue acercarse para pedirle explicaciones a Penélope, pero había sentido el golpe como un puñetazo que le oprimía la boca del estómago, su orgullo le impidió acercarse, al menos hasta que fuera capaz de serenarse.

¿Por qué estaba con él? ¿Y por qué no le había dicho que también estaba invitada cuando él le contó que iba a asistir a la fiesta?

Iba a tener que aclararle muchas cosas, y lo iba a hacer esa misma noche, pero no había ninguna duda de que antes necesitaba una copa.

La fiesta era espléndida. En cuanto llegaron al *hall*, una empleada del hotel, elegantemente vestida con ropa de la marca, se acercó a ellos con una sonrisa deslumbrante para saludarles y acompañarles al jardín en el que se habían montado varias carpas en las que se celebraba la fiesta.

Había unos quince empleados esperando a los invitados, por lo que ningún asistente se quedaba descolgado en ningún momento.

Penélope siguió del brazo de Daniel y se sumergió en la celebración. Dentro de una de las carpas, estaban colocadas unas mesas hexagonales con el *catering*. Las cubrían manteles negros de encaje, adornados con perlas y brillantes de Swarosky, asombrosamente parecidos a las telas de los vestidos que lucían las invitadas, como si la elegancia de la casa quisiera estar presente en cada detalle de la reunión.

Las copas, en cambio, eran grandes y sin ningún artificio, de cristal liso. Y era esa sencillez la que contrastaba con los demás elementos de la mesa y las hacía destacar.

Lo primero que hizo Penélope una vez llegaron junto a las mesas fue intentar

deshacerse de Daniel, y buscar a Evan entre los invitados. Puede que estuviera molesta porque ni siquiera se le hubiese ocurrido la posibilidad de pedirle que lo acompañara al evento, aun así, no estaba dispuesta a perder la oportunidad de que la viera en todo su esplendor.

Como era de esperar no consiguió ni una cosa ni la otra. Ni Daniel le permitió alejarse de su lado ni divisó a Evan por ninguna parte. Se relajó pensando que quizás no había llegado.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó el actor en cuanto el camarero se detuvo frente a ellos con una bandeja llena de bebidas.

—Vino blanco, por favor.

—Excelente elección. Tanto el hotel como la casa de modas son italianos, estoy seguro de que el vino es excelente —alabó, tendiéndole una copa y cogiendo una para él.

—Voy a dar una vuelta por allí —dijo señalando las otras carpas.

Desde donde estaba podía ver que en cada una de las otras dos había música en directo, en una de ellas un cuarteto de cuerda, en la otra un *disc-jockey*. Supuso que en cada una de ellas sonaría un estilo distinto.

—Te acompañaré.

—Gracias, pero no es necesario —alegó, con una sonrisa—. Tómame el vino tranquilamente.

Estaba claro que Daniel iba a protestar, sin embargo la aparición de una pareja a la que conocía y que se había acercado a saludarle, le retuvo cuando Penélope comenzó a andar.

Aprovechando su libertad Penélope se acercó a la mesa de los canapés, y llenó un plato sin saber muy bien lo que cogía, ya que estaba más pendiente de ubicar a Evan entre los invitados que de escoger las viandas que le apetecía degustar.

—¿Vas a comerte todo eso? —preguntó una voz conocida a su espalda.

—Seguramente. ¿Lo preguntas porque quieres probar algo? —inquirió, dándose la vuelta para encarar a Evan.

Se alegró de haber hablado antes de girarse porque si no le hubiese resultado imposible decir algo coherente.

—Estás preciosa —dijo él, como si también le hubiera costado pensar en algo distinto.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Tras la declaración Evan le ofreció una sonrisa que dejaba el calificativo de Penélope, guapo, muy, muy corto.

—Gracias. Iluso de mí que pensaba que me preferías sin camisa.

—Y lo hago, aunque reconozco que con ropa tampoco estás mal.

Dejó el plato sin tocar porque se sentía demasiado acelerada como para comer

nada. Después de todo era la primera vez desde que estaban juntos que se veían frente a otras personas.

—Y dime, ¿qué haces aquí? —Durante unos instantes, al verla tan hermosa, se había olvidado de lo enfadado que estaba con ella.

—Lo mismo que tú, recibí una invitación.

—¿Por qué no me lo dijiste? Sabías que yo iba a asistir.

—No había recibido mi invitación cuando hablamos.

Se calló cuando vio a Daniel dirigirse hacia ellos. Evan estaba de espaldas por lo que no fue consciente de su presencia hasta que no se detuvo a su lado. El estómago de Penélope se contrajo violentamente.

¡Que se marche!, ¡que se marche!, rezó mentalmente. La inoportuna presencia de Daniel iba a trastocar la conversación y sin duda, la posibilidad de pasar la noche con Evan.

—Evan Nash, está muy mal acaparar a la acompañante de otro hombre, ¿no te lo explicó nunca tu madre? —inquirió Daniel Scott con una falsa sonrisa.

—¿Acompañante?

—Penélope y yo siempre vamos juntos a estos eventos. Así nos aseguramos que lo pasaremos bien.

—En realidad... —intentó explicarse ella.

—Ya veo. En ese caso lo mejor es que os deje a solas. Me alegra haber podido hablar contigo, Penélope. Buenas noches, Daniel —se despidió Evan sin siquiera dirigirle una nueva mirada.

—¿Te apetece bailar?

—Por qué no.

Capítulo 29

Cuando Camden abrió los ojos al día siguiente a su cena de despedida con Paola, se convenció de que lo más acertado, dadas las circunstancias, era hacer una lista mental con las razones por las que no era una idea pésima mantener una relación de más de una noche con ella. La primera era que después de todo, nunca había estado en Madrid, la única vez que había visitado España había sido el verano en que cumplió los veintiuno y él y Penélope habían alquilado un apartamento en la playa, en un pueblecito de la costa valenciana, pensó mientras observaba a Paola dormir. Como norma general pasaban los veranos en Londres, hasta que Penélope comenzó a repartir su residencia entre España y Gran Bretaña, y como Perséfone pasaba seis meses en la ciudad de la niebla y otros seis en Madrid, en el país del sol. El que pasaran tantos meses sin verse propició que los dos amigos reservaran quince días en el verano para viajar juntos. De ese modo evitaron pasar largos periodos alejados.

Con un poco de suerte, pensó Camden, sus alumnos repetirían la experiencia de los seminarios y podría tomarse una semana de vacaciones antes de que llegara el verano. Y si todo iba como esperaba, en agosto Paola se les uniría para su escapada anual.

No es que de repente se hubiera enamorado perdidamente de la española, y quisiera mantener una relación formal a distancia, no se trataba de eso, sino de la química que había entre ellos. De las sensaciones que le corrían la columna vertebral cada vez que le miraba la tentadora boca. Le gustaba lo que sentía y no estaba dispuesto a perderlo por una minucia como que cada uno viviera en un país distinto. Si había sido capaz de mantener una amistad tan estrecha con Penélope un noviazgo no le supondría ninguna dificultad.

Nunca había sido partidario de las relaciones abiertas, como tampoco se había dejado llevar de ese modo por la pasión. Él era una persona racional, moderada. Su experiencia con la española iba más allá de su carácter y de su forma de actuar, y tenía la intención de explorar esa nueva faceta de su personalidad que acababa de descubrir.

Se levantó de la cama con cuidado para no despertarla. El avión de Paola despegaba a las cuatro, por lo que todavía disponía de tiempo para estar con ella y esos planes contenían una cama, más concretamente la suya. Aunque antes de dejar volar su imaginación tenía que hacer algo muy importante. De hecho debería haberse anticipado a lo que había sucedido la noche anterior, pero había estado tan absorto con su invitada que no pensó en nada ni en nadie más.

En calzoncillos y descalzo se dirigió al salón. La ropa de ambos estaba desperdigada en pequeños montoncitos por el suelo. Buscó con la mirada sus

pantalones, y una vez que los localizó se acercó hasta ellos para rebuscar en los bolsillos su móvil.

Tenía varios mensajes de *spam* de su compañía telefónica, y una llamada perdida de Penélope. Tomó nota mental para devolverle la llamada más tarde, e hizo lo que había planeado en un primer momento. Buscó en la agenda el número de teléfono de Charlotte y pulsó el icono verde en la pantalla. Sonaron cinco tonos antes de que se escuchara la voz de su compañera de trabajo pidiendo que le dejara un mensaje, y que ella se pondría en contacto en cuanto pudiera.

Un ramalazo de culpabilidad y de algo más le golpeó en la boca del estómago. Charlotte era una mujer maravillosa que no se merecía lo que estaba a punto de hacerle, sobre todo porque hasta hacía unos días había creído que era la mujer perfecta para él.

De hecho era tan especial que estaba completamente seguro de que si Paola no hubiera aparecido en su vida para volverla del revés habría terminado completamente enamorado de ella.

Poco dispuesto a ponerla al día de su nueva situación emocional por teléfono, se limitó a comentarle que necesitaba hablar con ella. Después, con la conciencia menos pesada regresó a la cama, con intención de aprovechar hasta el último minuto de Paola en Londres.

Ella le había pedido que no la acompañara al aeropuerto, y aunque sorprendido por la petición, Camden no tenía intención de contradecirla.

Durante la comida había intentado en varias ocasiones sacar el tema de un posible viaje para verla, pero Paola había evitado que la conversación siguiera ese camino. Durante un instante él se quedó paralizado, sin saber si había ido demasiado lejos en sus suposiciones. Entonces ella metió la mano en su bolsillo e intentó devolverle las llaves del piso que le había dado para que tuviera independencia de entrar y salir cuando quisiera.

—No quiero que me las devuelvas. Quédatelas para cuando regreses a la ciudad. Estaré encantado de acogerte otra vez. Quién sabe, quizás pueda ir yo antes a verte a ti.

—¡Oh, Cam! Eres maravilloso —dijo, levantándose de un salto de la silla y arrojándose en su regazo para acto seguido echarle los brazos al cuello y besarle—. Puedes estar seguro de que prefiero quedarme aquí contigo que con Penélope. Tú eres infinitamente más guapo.

—He de reconocer que tienes buen gusto —comentó riendo, y devolviéndole el beso.

Siguieron haciéndolo hasta que el timbre de la puerta les hizo separarse.

—¿Será mi taxi? —preguntó ella.

—No creo, ha sonado el timbre de arriba.

—Seguramente lo sea, la cerradura de abajo está rota, ¿recuerdas? Voy a por mis cosas —anunció, ofreciéndole un nuevo beso.

Camden esperó a que ella se bajara de sus rodillas, y desapareciera en su dormitorio antes de levantarse para abrir la puerta, todavía con las hormonas alteradas por los besos y la mente adormecida por su aroma.

Se quedó paralizado cuando al abrir se topó con Charlotte sonriéndole. Aunque un instante más tarde no supo si la sonrisa que había creído ver era una mera ilusión de su mente, ya que la expresión que en esos instantes tenía su compañera de trabajo era cualquier cosa menos feliz.

—¿Charlotte?

—Hola, Camden. Siento haber venido —dijo, dándose la vuelta para marcharse, sin siquiera decir el motivo de su inesperada visita.

—No, no te vayas —pidió el asiéndola con delicadeza del brazo.

Notó como ella se ponía de repente rígida, y la soltó, sorprendido por la reacción a su contacto.

—Pasa, por favor —ofreció, señalándole la puerta con el brazo.

—Tengo prisa. En realidad he venido porque he escuchado el mensaje que me has dejado en el contestador, y estaba cerca de tu casa. Pero ya hablaremos en otro momento cuando estés... Menos ocupado.

—No estoy ocupado, Charlie, podemos hablar.

Ella parpadeó, al escuchar cómo la había llamado. Hacía muchos días que no la llamaba de ese modo.

—Mejor no, nos vemos el lunes, Camden. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia las escaleras sin mirar atrás ni una sola vez.

Durante unos minutos Camden se quedó parado en la puerta, intentando adivinar lo que terminaba de pasar delante de sus narices, no obstante fue incapaz de entender el porqué de la frialdad de Charlotte. Tampoco es que hubiese esperado que se lanzara a sus brazos, ni lo esperaba ni lo deseaba, se dijo. Pero aun así, sintió la distancia que ella había impuesto entre los dos como un aguijón afilado que se clavaba sin descanso en su piel.

Cuando entró en casa, Paola llevaba puesto el abrigo, y tenía las dos maletas una a cada lado de ella. En cuanto se fijó en él se echó a reír.

—¿Qué es tan divertido? —la confusión de su voz se vislumbraba también en su rostro.

—Tú. Tienes la boca manchada de carmín rojo. Dime que no has abierto la puerta con esas pintas —pidió entre risas—. El taxista debe de haberse reído de lo lindo de ti.

—No era el taxista —respondió, cortante.

Se llevó la manga a los labios para borrar las huellas de los besos de Paola con el corazón latiéndole a toda prisa.

—Tengo que irme, Camden. Muchas gracias por tu hospitalidad. Quizás volvamos a vernos pronto.

—¿Quizás? —preguntó.

—Quién sabe lo que nos deparará el destino. Me ha encantado conocerte, y si vuelvo a Londres puedes estar seguro de que te llamaré. —Se acercó a él para besarle en la mejilla, y salió por la puerta como si no dejara nada más que un viaje de trabajo a sus espaldas.

Capítulo 30

Evan se recordó a sí mismo que tenía que sonreír y saludar a los que se acercaban a él como si no hubiese pasado nada. Como si en esos instantes no sintiera el impulso de abrir un agujero a puñetazos en la pared del lujoso cuarto de baño en que se encontraba.

Tras su breve conversación con Penélope se había sentido tan frustrado que había desaparecido de la fiesta para intentar aclarar sus ideas.

Cierto era que Penélope y él no habían hablado abiertamente sobre hacia dónde les conducía su relación, ni siquiera la habían delimitado más allá del término. No obstante, desde un primer momento había quedado claro, en opinión de Evan, el punto más importante de la misma: la exclusividad. Y viendo el modo posesivo en que Daniel Scott se había acercado a ellos, esa exclusividad quedaba en entredicho, y eso lo ponía furioso de un modo que llegaba a asustarle.

Si se esforzaba podía recordar algún episodio de celos durante su adolescencia, pero ninguno de ellos se acercaba ni de lejos al que estaba sufriendo en ese momento. Estaba tan enfadado que era incapaz de razonar o de darse cuenta de la sutileza con la que Penélope intentaba alejarse del actor.

Estaba tan molesto que no pensó en cómo debía de haberse sentido ella cuando no la invitó a acompañarle a la fiesta, cuando la miró a los ojos y le dijo que no podía cenar con ella porque iba a salir, y que ya la llamaría al día siguiente. Tanto que actuó como un niño enfurruñado y decidió pagarle con la misma moneda.

Salió del aseo con la brillante idea de disfrutar de la fiesta, y poner a Penélope en su lugar si ella pretendía provocarle tendría que haber supuesto que él también podía jugar al mismo juego, y en el arte del fingimiento, él era un profesional.

¡Mierda! Pensó Penélope, y tuvo que morderse la lengua para no decirlo en voz alta. Con lo que le estaba costando mantener las manos de Daniel alejadas de ella y Evan no se molestaba por hacer lo mismo con la rubia que se le había pegado como una lapa prácticamente desde que se marchó, enfadado, de su lado.

Le había perdido de vista un instante, cuando se había girado por completo a Daniel con intención de dejarle claro que no era su pareja en la fiesta, pero entonces él había comenzado a hablar con un compañero de oficio, y Penélope había tenido que dejarlo correr. Se había visto obligada a sonreír cuando Daniel la presentó, y a olvidarse de Evan por unos minutos.

El problema residía en que cuando por fin pudo alejarse de Scott, Evan estaba ocupado charlando con una voluptuosa rubia, y ella no se sentía con fuerzas para acercarse e interrumpirlos.

—¡Estás impresionante! —dijo una voz tras ella. Se dio la vuelta, esperando ver a Daniel de nuevo pegado a sus faldas, pero para su sorpresa se encontró con Víctor Santos sonriéndole con el afecto de siempre.

Del mismo modo que hacía de niña, cuando Víctor visitaba a su padre y le llevaba un regalo, se arrojó a sus brazos. En esta ocasión buscando su consuelo.

Él no preguntó nada. Se limitó a devolverle el abrazo, y cuando Penélope se separó con una sonrisa triste, la tomó de la mano y tiró de ella para abandonar la carpa del *catering* y visitar aquella en la que sonaba el tipo de música perfecto para bailar y conversar al mismo tiempo. Avanzaron por la pista de baile, en la que más de una docena de parejas bailaba, y se unieron a ellas.

La música cambió y comenzaron los primeros compases de *Fly me to the moon*, unos segundos después la voz de Diana Krall transformó el momento en mágico.

Fly me to the moon, [Llévame a la luna]let me play among the stars, [déjame jugar entre las estrellas]let me see what spring is like [déjame ver cómo es la primavera]on jupiter and mars. [En Júpiter y Marte]In other words, hold my hand, [en otras palabras, coge mi mano]In other words, darling kiss me. [en otras palabras, bésame]Fill my heart with song and [llena mi corazón de música]let me sing for ever more. [y deja que cante para siempre]You are all I long for, [Tú eres todo lo que anhelo]all I worship and adore. [todo lo que venero y adoro]In other words, please be true. [En otras palabras, dime la verdad]In other words, i love you. [En otras palabras, te amo] Durante los dos minutos que duró la canción Penélope se dejó llevar por Víctor, y se centró en escuchar la letra. De alguna manera reflejaba a la perfección lo que sentía cuando estaba con Evan. Su relación se había desarrollado casi exclusivamente en su piso, alejados de todo lo que no fueran ellos dos. Estaba claro que no era la luna, pero no había duda de que se le parecía bastante.

—¿Vas a contarme por qué estás así? —inquirió Víctor, cuando comenzó una nueva canción. Con sutileza la había ido dirigiendo hasta el lateral en el que había dispuestos sillones, y mesas para que los invitados pudieran tomarse una copa y descansar tras el baile.

—Estoy bien.

—Claro que sí. Siempre te alegras mucho de verme —dijo, con sorna.

—Sabes que lo hago.

—Puede, pero esto ha sido algo distinto. ¡Cuéntale a tu tito qué pasa! —pidió, con el deje bromista que le permitía arrebatarse la seriedad a cualquier asunto.

—La verdad es que estoy deprimida, y quizás también un poco enfadada. Aunque si lo pienso detenidamente creo que es al revés: muy enfadada y un poco deprimida.

—Imagino que tiene algo que ver con que me hayas llamado esta mañana loca por venir a esta fiesta —aventuró, sin hacer ningún movimiento para salir definitivamente de la pista de baile.

—Sí. —Y añadió inmediatamente después antes de que él se pusiera a preguntar—: Presumo que tu preocupación por mí es la razón por la que estás aquí.

—Eres demasiado lista para tu propio bien —dijo con una sonrisa.

—Puede que sea un poco triste decir esto, pero estoy así por culpa de un hombre.

Yo...

Se quedó callada de golpe al ver a Evan entrar en la carpa con la rubia colgada de su brazo. Supo que había cometido una indiscreción casi de inmediato cuando Víctor se dio la vuelta y fijó su atención en él.

—¡Oh, Dios mío! ¿En serio, Penélope?

—No sé de qué me hablas.

Víctor arqueó una ceja, desafiándola a que lo negara.

—Tendrías que buscarte un novio. Te aburres mucho y te montas películas donde no las hay —dijo, movida por la incomodidad de saberse pillada.

—¿Cómo sabes que no tengo?

—Has venido solo, ¿no? Si tuvieras pareja habrías venido acompañado. —Sintió un pinchazo en el pecho al comprender lo cierta que era la declaración.

—No precisamente, pero estábamos hablando de ti. No cambies de tema.

—Evan no tiene nada que ver con que yo esté así.

—¿He dicho yo algo que te haya hecho pensar en él?

—No tiene gracia, Víctor.

—Yo creo que sí. Cuéntamelo todo, vamos a sentarnos —dijo, señalando uno de los reservados con sillones.

Asintió con la cabeza y le siguió hasta una mesa con tres sillones de cuero negro, del mismo estilo que el resto de la decoración. Inmediatamente después de sentarse apareció de la nada un camarero para ofrecerles una bandeja con bebidas. Tanto Víctor como Penélope optaron por al *champagne*. Se bebió de un solo trago todo el contenido de la copa y comenzó con su historia. Si bien Víctor estaba al tanto de los pormenores de la primera parte, la segunda, más intensa, fue una completa sorpresa para él.

—Prométeme que no le vas a decir ni una palabra a mi madre —pidió, deteniéndose a media narración.

—¡Dios! No se me ocurriría. Me sometería a un tercer grado, y tu madre me da miedo —bromeó.

Penélope respiró tranquila y le contó porqué le había llamado tan desesperada por una invitación y cómo Daniel Scott se había interpuesto en sus planes. Lo de la rubia lo dejó caer fingiendo indiferencia.

Víctor se giró, con poco disimulo, para ver a Evan y a su acompañante. Lo que vio le hizo fruncir el ceño, enfadado porque su niña estuviera pasando un mal rato. La discreción de la que siempre hacía gala el actor brillaba por su ausencia, y es que más que bailando parecían pegados el uno al otro.

—Espérame aquí un momento. Vuelvo en seguida —pidió Víctor, levantándose de repente y abandonando la carpa.

Penélope se quedó allí sentada, no porque él se lo hubiera pedido, sino porque estaba demasiado sorprendida para reaccionar. A pesar de las ganas que tenía de marcharse se quedó allí, mirando en la dirección contraria a la que se encontraba Evan bailando con la rubia.

Su danza había captado la atención de los fotógrafos, que hasta ese momento se paseaban por la fiesta, disparando sus *flashes* a diestro y siniestro, pero que en ese momento estaban pendientes del actor y su oxigenada compañera.

Estaba tan ensimismada en no mirar a la pareja que no se dio cuenta de la aparición de Víctor hasta que lo tuvo parado frente a ella.

—Pe, cariño. Te presento a Roger McGarry —dijo este, señalando a su derecha.

La aludida abrió los ojos desmesuradamente cuando vio quién estaba junto a su agente. Roger McGarry era, a pesar de sobrepasar ya los cuarenta, uno de los actores más atractivos del cine de todos los tiempos.

—Es increíble que seas más guapo en persona que en la gran pantalla. —Se llevó la mano a la boca en cuanto se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Roger rio a carcajadas y sus ojos se achinaron con el gesto.

—Y yo he de reconocer que eres mucho más guapa de lo que me esperaba cuando Víctor se ha acercado para pedirme que te invitara a bailar —contó alargándole una mano para que ella la tomara.

—Si fueras otro actor ahora mismo estaría matando a mi agente, pero como te ha elegido a ti estoy tentada de adorarlo para siempre.

Su respuesta hizo que se sorprendiera. ¿Acababa de coquetear con uno de sus ídolos?

Las palabras de Víctor la sacaron de su ensoñación. Estaba clara la razón por la que su agente había recurrido a Roger, y desde luego, Penélope pensaba disfrutarla.

Un instante después estaba entre los brazos de McGarry, quien se acercaba peligrosamente al lugar en que Evan bailaba. Ella sabía que debería resistirse, quizás decirle a Roger que fuera lo que fuera que le había contado Víctor ella no quería estar cerca de Evan, ni siquiera iba a molestarse en ponerle celoso. No obstante, no lo hizo.

Se dejó llevar y disfrutó de cada segundo. No dedicó ni una centésima de su tiempo en mirar a Evan, charló con su pareja, se rio de sus chistes, y cuando la canción terminó, saboreó el beso en la mejilla con que él se despidió de ella al dejarla en los mismos sillones en que la había encontrado.

Seguía en una nube cuando un malhumorado Evan se acordó de que existía:

—Vaya, Penélope. ¿Cómo lleva Daniel Scott que le hayas abandonado por Roger? —preguntó Evan, surgiendo de la nada y plantándose delante de ella con los ojos brillantes por la rabia.

—Daniel puede pensar lo que quiera. Me lo he encontrado en la puerta del hotel de casualidad. No hemos venido juntos —explicó con frialdad—. Deberías saber que no es mi estilo.

La expresión de Evan cambió repentinamente. La última frase de Penélope podía entenderse de dos modos distintos, no era su estilo jugar a dos bandas, y Daniel no era el estilo de hombre por el que se interesaría.

—Penélope. —Intentó decir algo más, pero no supo cómo disculparse y se calló.

Ella esperó. Durante unos largos segundos mantuvo la esperanza de que él se disculparía y le diría que la rubia no significaba nada para él. No obstante, no lo hizo.

—Evan, ¿podrías, por favor, hacer algo por mí? —pidió ella, con una sonrisa excesivamente amable.

—Por supuesto.

—Estupendo, pues, ¡vete a la mierda! —dijo, antes de darse la vuelta y marcharse a toda prisa de allí.

Capítulo 31

No estaba enfadada, pensó, a las dos de la madrugada mientras abría la puerta de su piso y entraba física y mentalmente agotada. Se sentía furiosa, rabiosa y decepcionada consigo misma. ¿Cómo había sido tan estúpida como para enamorarse de un cretino de la talla de Evan? Ella que se creía tan lista, y que tanto se había burlado de las niñerías que hacían sus amigas por una cara bonita. Había terminado haciendo estupideces mucho más grandes por un hombre que no era más que un rostro atractivo y un cuerpo de pecado, y bueno, qué narices, también una mente ágil y una sonrisa irresistible.

Para empezar no tendría que haber ido a la fiesta, decidió un poco tarde ya para hacer nada al respecto, y tampoco tenía que haber sido amable con Daniel Scott, pensó con lucidez también tarde, aunque era consciente de que de esa parte de la historia no podía culpar a Evan.

Se soltó el cabello sin mucho tacto, deshaciendo la trenza tan acelerada que se tiró varias veces del cabello, arrancándole alguna que otra maldición no muy propia de una señorita tan educada como ella.

—Será mejor que me quite el vestido de la abuela, Byron, antes de que se estropee. —Sin deshacerse de ninguna prenda más, bajó la cremallera del lateral, y se lo sacó por la cabeza con mucho cuidado de que no se enganchara en sus pendientes.

Sin soltarlo por temor a que Byron decidiera adornarlo con sus uñas, se metió en el dormitorio y lo colgó de una percha fuera del armario. Iba a tener que llevarlo a la tintorería y si lo guardaba se olvidaría de hacerlo. Después de todo ahora era suyo. Su abuela se lo había regalado en un arranque de buen humor impropio de ella. De hecho sus abuelos se habían mostrado más sonrientes y alegres de lo habitual.

No cabía duda de que Penélope se alegraba por ellos, pero eso no quitaba que se sintiera mal por su propia situación. Julia y Richard llevaban más de cincuenta años juntos, y ella no podía mantener al hombre al que quería ni unos pocos meses.

Se sentó en la cama para quitarse los ligeros y las medias, pero antes de que se quitara siquiera los zapatos llamaron al timbre con insistencia, como si quien estuviera al otro lado de la puerta hubiera dejado deliberadamente el dedo pegado al interruptor con la única intención de molestar.

Penélope no tenía ninguna duda de quién podía ser el que llamaba esas horas y de ese modo tan grosero, así que se levantó como un resorte de la cama, repasando mentalmente todos los insultos que le iba a dedicar, y fue a abrir sin ser consciente que la ropa interior que llevaba apenas cubría un treinta por ciento de su cuerpo.

Sin mirar por la mirilla, abrió de un tirón:

—¿Qué quieres? —le espetó a su visitante, sin permitirle la entrada.

Evan parpadeó antes de repararla de pies a cabeza, y apartó el dedo del timbre.

—¡Joder, a ti! —rugió.

Sin muchos miramientos la cogió en brazos para apartarla de la puerta y entrar en el piso. Sabiendo lo enfadada que estaba y lo viperina que era su lengua, le tapó la boca con sus labios mientras deslizaba, la mano que no usaba para pegarla a él, por las medias de seda sujetas por las ligas.

Gruñó mezcla de placer y dolor cuando sintió cómo ella le tiraba del cabello obligándole a alzar la cabeza apartándole de su boca.

—¿Ya te has cansado de la rubia?

—¿De quién? —Parpadeó aturdido. En esos instantes no podía pensar en nada más que en devorarla.

—Tu amiga. La rubia de la fiesta.

—No hay nadie más, Penélope —confesó, buscando de nuevo sus labios, pero ella no estaba dispuesta a rendirse con una respuesta tan ambigua. Volvió a separarse de él, a pesar de que seguía envolviéndolo con sus piernas, y su pechos estaban pegados al suyo.

—Parecía que os llevabais muy bien.

Evan se enderezó de golpe, y la soltó para que se plantara frente a él, sin que ninguna parte de sus cuerpos se rozara. Era el único modo de que pudiera hablar y razonar de un modo coherente, y aunque era lo que menos deseaba en ese instante, estaba claro que Penélope no iba a claudicar sin la respuesta que tan insistentemente buscaba.

—No me interesa la rubia, y ya puestos tampoco me atrae ninguna pelirroja o castaña. La única mujer con la que deseo estar eres tú, pero para poder hacerlo necesito que te quedes calladita un momento, cariño.

—Eres... Eres un cretino.

—De acuerdo, soy un cretino. Un cretino que te desea desesperadamente. ¿Crees que podrías dejar que este cretino te bese?

—Podría... Si...

No pudo añadir nada más. En cuanto aceptó Evan se lanzó de nuevo a devorarla con más ansias que antes. De repente la ropa interior que unos minutos antes le había parecido tan *sexy*, ahora la consideraba un incordio que le impedía llegar a la piel que tanto deseaba acariciar, lamer y besar.

Sin perder un segundo se deshizo de su chaqueta y comenzó a tironear de su camisa de seda, ayudado en todo momento por Penélope, quien parecía invadida por la misma acuciante necesidad. En cuanto se deshizo de su ropa, atacó la poca que la cubría a ella. Rasgó las medias sin miramientos perdido en medio del torbellino de sensaciones que ella le despertaba.

El calor de su piel era casi tan excitante como sus besos, pensó Penélope pegándose más a Evan. De algún modo el enfado que había sentido se había transformado en deseo, le deseaba como nunca lo había hecho, pero lo que más ansiaba era sentir que lo tenía a su merced. Volvió a tirarle del pelo, obligándole a que la mirara.

—Quiero hacerlo aquí, contra la pared. Y quiero que me mires. No cierres los ojos.

Evan asintió, y la empujó con delicadeza hasta que su espalda estuvo pegada a la pared de su dormitorio, y sin más preámbulos embistió en su interior, adueñándose de su cuerpo y anhelando hundirse más profundamente. Tan adentro que no se distinguiera donde comenzaba uno y donde terminaba el otro.

El deseo rugió en sus venas, mientras entraba una y otra vez en el calor femenino. Tuvo que esforzarse por cumplir con su promesa y mantener los ojos abiertos, la languidez del placer le impulsaba a cerrarlos.

Ella se dejó llevar mientras gritaba su nombre, y entonces él se permitió hacer lo mismo. Cuando recobró el sentido estaban en el suelo abrazados.

Pasaron varios minutos antes de que pudiera hacer algo más que sostenerla pegada a su cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó, cuando pudo recobrar el habla. No hizo falta que especificara cuál era su pregunta.

—Para que sepas que soy yo —susurró, avergonzada por la confesión.

Él levantó la cabeza del suelo, y se puso de lado arrastrándola con él.

—No necesito verte para saber que eres tú la mujer a la que estoy poseyendo. Puedo olerte, nadie huele como tú; y puedo sentirte, tocar tu piel para mí es como leer en braille. Puedo descifrar con el tacto lo que sientes, si estás excitada, si te sientes saciada... No dudes en ningún momento que sé quién eres. Siempre lo he sabido.

—Evan... —Se tragó las palabras que hubiera querido decirle, y solo confesó—. Me gustas mucho.

—Y tú a mí, preciosa. Tanto que te deseo de nuevo. —Bajó la cabeza y volvió a besarla.

Culpable. No había otra palabra que definiera mejor cómo se sentía en esos momentos, sentada junto a Evan en su Aston Martin, camino de su primera salida juntos, en el mismo coche que ella había mandado precintar con plástico, en un arranque de ingenio y mala uva.

Sabía que el desasosiego no desaparecería hasta que no se armara de valor y le contara la verdad sobre el incidente, pero en la media hora que llevaban en el vehículo no había encontrado el momento adecuado para confesar sus pecados.

Tras una noche maravillosa, que nadie hubiera augurado, dado lo mal que había comenzado, Evan la despertó con una invitación inesperada que la había llenado de esperanza y de optimismo.

—Despierta, preciosa.

—¿Qué hora es? —preguntó, abriendo los ojos con dificultad. Casi había amanecido cuando, saciados y agotados, se acostaron en la cama, esta vez con intención de dormir.

—Hora de que te duches y te arregles. Voy a llevarte a comer fuera.

Y esas simples palabras hacían tan difícil y tan necesario que Penélope le confesara la verdad. No es que esa fuera su única conversación pendiente, todavía necesitaba saber porqué no la había invitado a la fiesta, pero el hecho en esos momentos resultaba menos grave, ya que por fin habían salido juntos del edificio e iban a pasar unas horas fuera de su reducido espacio.

—Evan...

Él no llegó a escucharla, había extendido la mano para subir el volumen de la música que sonaba en el reproductor. Penélope reconoció inmediatamente la canción: *Demons* de Imagine Dragons.

When the days are cold [Cuando los días son fríos]And the cards all fold [y las cartas están marcadas]And the saints we see [y los santos que vemos]Are all made of gold [están hecho de oro]When your dreams all fail [Cuando tus sueños no se cumplen]And the ones we hail [y a aquellos a los que aclamamos]Are the worst of all [son los peores de todos]And the blood's run stale [Y la sangre se ha secado]I want to hide the truth [quiero esconder la verdad]I want to shelter you [quiero protegerte]But with the beast inside [pero con la bestia dentro]There's nowhere we can hide [No hay lugar en el que podamos escondernos]...It's dark inside [dentro está oscuro]It's where my demons hide [donde se esconden mis demonios]

El coche se detuvo, al mismo tiempo en que terminaba la melodía, en un barrio residencial que ella conocía muy bien. No había ningún restaurante cerca. Un parque infantil en el lado izquierdo de la calzada y casas a la derecha. No era para nada lo que había esperado de su cita.

—*It's where my demons hide* —coreó en voz baja Penélope.

Eva salió disparada de la casa, como si hubiera sido capaz de adivinar por el sonido del motor que era Evan el que había llegado. Tras ella salieron cogidos de la mano Pamela y Brian, sus padres, y mejores amigos de los hermanos Nash.

—¿Penélope? —inquirió Evan al ver que no se movía de su asiento.

—¿Vamos a comer aquí?

—Sí —contestó, desconcertado por su repentino cambio de actitud.

Ella no hizo ningún comentario, se limitó a desabrocharse el cinturón de seguridad y abrir la puerta del coche, antes de que Evan terminara de dar la vuelta para abrírsele, y salir a saludar a sus anfitriones. No era la primera vez que comía en esa casa, pero sí que era la primera vez que hubiera deseado estar en cualquier otra parte.

Los años de práctica fomentando la cortesía, en cualquier situación por desagradable que fuera, le permitieron ocultar sus emociones y salir del coche de Evan

con dignidad. La sonrisa de Eva, que se lanzó a saludarla con afecto, borró por un segundo su propia desilusión, pero la niña cambió rápidamente su atención hacia su padrino y Penélope perdió la alegría momentánea. Se obligó a sonreír al tiempo que se acercaba a saludar a Pamela y a Brian.

Al fin y al cabo ellos no tenían la culpa de nada. Ambos eran encantadores, y aunque en otro momento hubiera agradecido estar en su casa y disfrutar de las habilidades culinarias de Brian, en esa ocasión sentía un peso en el estómago que estaba segura que le impediría disfrutar de la comida.

Nadie pareció sorprendido cuando Evan se le acercó y le rodeó la cintura con el brazo, lo que le aclaró a Penélope que los Mosley estaban al tanto de su *affaire*.

Tras los saludos de rigor, Pamela los llevó hasta una de las zonas más acogedoras de su casa, e inició una conversación con Evan sobre antiguos compañeros de trabajo. Pamela, que era americana, había llegado a Londres para participar como maquilladora en una producción teatral en la que Evan había actuado. La noche del estreno le presentó a Brian, y el resto era historia. Una historia de amor preciosa.

—Penélope, ¿me cuentas un cuento? —pidió Eva con su sonrisa más encantadora.

—Brujilla, acaba de llegar. Deja que se tome una cerveza antes, ¿no? —comentó su padre, que en ese momento entraba en la terraza de invierno con cuatro cervezas frías en la mano.

Se habían sentado en la terraza acristalada, con vistas al jardín. El lugar era completamente familiar y acogedor. La mesa y las sillas de mimbre le daban un aspecto cálido que combinaba a la perfección con los rayos de sol que entraban a través de las cristaleras. Si no fuera porque no se sentía con ánimos habría disfrutado del instante de paz que destilaba el lugar.

—Por supuesto, cariño. Ven, siéntate aquí conmigo.

—No deberías ser tan buena con ella, o no te dejará tranquila en todo el día —advirtió Pamela, aunque su sonrisa orgullosa delataba la fascinación que sentía por su hija.

—Me gusta contarle cuentos. Es mi mejor fan, todo lo que le cuento le gusta. —Rio besándole la coronilla rubia.

—Eso es porque eres una escritora estupenda —apuntó Evan.

Penélope no le respondió. Ni siquiera giró la cabeza para mirarle. No estaba segura de su reacción si le miraba.

—De acuerdo, Eva. ¿Damos un paseo y nos inventamos el cuento que quieras?

—De eso nada. A mí también me gustan los cuentos. Queremos oírlo —pidió Pamela, que inmediatamente fue secundada por Evan y su marido.

—De acuerdo. —Suspiró, fingiendo resignación—. Había una vez una... —Calló para que la niña participara.

—Una princesa.

—Eso es. Había una princesa que se llamaba...

—Penélope.

Los cuatro rieron por la ocurrencia de Eva. Penélope retomó la historia.

—Había una vez en un reino muy lejano una princesa llamada Penélope. Penélope era una princesa muy especial. Ella no se conformaba con esperar a que llegara su príncipe azul sino que había decidido salir en su busca.

Sus padres pensaron que no era propio de princesas hacer algo así, pero ella estaba decidida y no se rindió hasta que les convenció de que la dejaran hacerlo.

Durante meses vagó de reino en reino buscando a su príncipe, pero ninguno de los que encontraba era adecuado para ella. Unos eran muy guapos, otros muy feos. Los había valientes, cobardes, simpáticos y antipáticos, pero ninguno era el elegido.

Siguieron pasando los meses y no encontró a aquel que tentara a su corazón.

Entonces una noche en un baile, vio a un príncipe, con una capa azul, y rodeado de princesas que querían captar su atención; y supo que él sería el escogido por su corazón. Dispuesta a conseguir que se casara con ella, se acercó para hablarle y en seguida se hicieron inseparables. Como Penélope, el príncipe también era especial. Era el más famoso de los príncipes azules, y todos le querían. Las princesas deseaban que les pidiese matrimonio, y el resto de príncipes querían parecerse a él. A pesar de lo ocupado que estaba, el príncipe de la capa azul siempre tenía tiempo para visitar a la princesa Penélope en su castillo y pasear con ella por los jardines.

Cuando nuestra princesa ya estaba convencida de que se casarían se dio cuenta de que el príncipe...

—Evan. —Sentenció Eva, sin pensarlo.

—De acuerdo, Evan. Como decía la princesa se dio cuenta de que Evan no sentía lo mismo por ella. Penélope se fijó en que, aunque pasaban mucho tiempo juntos, siempre lo hacían donde nadie podía verlos, y cuando coincidían en los bailes, él no se acercaba para bailar con ella delante de sus amigos, ni siquiera cuando se veían en la calle se acercaba. Al contrario, fingía que no la conocía. Entonces, Penélope se dio cuenta de que era un error escuchar solo a su corazón. Para ser feliz también tenía que hacerle caso a su cabeza, y esta le decía que el príncipe solo era azul por su capa.

Por lo que una vez más volvió a emprender la marcha, aunque en esta ocasión lo hizo con la certeza de que debía hacer caso tanto a su corazón como a su cabeza.

—¿Y qué pasó con el príncipe Evan? —preguntó Eva, curiosa.

—Encontró a otra mujer más parecida a él, de la que no se avergonzaba y se casó con ella.

—¿Y Penélope?

—También se casó y tuvo pequeños príncipes y princesas a los que aconsejó que siguieran su ejemplo y buscaran la felicidad donde fuera que esta se escondiera.

Durante varios minutos todos se quedaron en silencio, asimilando el cuento que acababan de escuchar.

—¡Chicas! —las llamó Pamela, levantándose de su asiento—, demos un paseo, hace un día precioso.

Penélope asintió con una sonrisa cuando Eva la cogió de la mano para que pasearan juntas.

En cuanto los hombres se quedaron solos en la terraza Brian clavó una mirada aturdida en Evan antes de preguntarle a bocajarro:

—¿Qué narices le has hecho a esa mujer?

—¡Joder! No tengo ni idea. —Estaba tan asombrado por el cuento que acababa de escuchar que era incapaz de razonar con sentido—. Pero parece grave.

—Pues, amigo, quizás deberías pedirle que te vuelva a contar el cuento.

Capítulo 32

Se había equivocado por completo y a lo grande. Desde el principio quedó todo muy claro, pero ella no se había dado cuenta, pensó mientras se dejaba conducir por Eva al jardín de los Mosley. Se sentía estúpida y avergonzada por lo que acababa de hacer en un arranque de sinceridad brutal.

Cuando comenzó el cuento que tenía intención de convertirlo en algo personal, pero su frustración e incomodidad la habían empujado a ello. Después Eva había bautizado a la princesa con su nombre y el de Evan y se había desatado el caos. Precisamente por dejarse llevar, algo que hacía muy a menudo últimamente, estaba pagando las consecuencias de su arranque: la vergüenza y sin ninguna duda, la pena que debían sentir por ella y su estupidez.

Ella que siempre era tan comedida, tan educada... Conocer a Evan había dilapidado su mundo de mil formas distintas, no solo había terminado perdidamente enamorada de él sino que su presencia en su vida también la había cambiado a ella y a su modo de enfrentarse al día a día. Se había convertido en su inspiración para escribir, pero por encima de todo era su amigo, un hombre al que recurrir para buscar consuelo, alguien capaz de apartarla del resto del mundo...

Sintió un pinchazo físico en el pecho. Se detuvo en seco para poder respirar con normalidad. Entre la bruma que se había colado en sus sentidos escuchó a Pamela hablar con su hija:

—Eva, cariño, ¿por qué no vas a recoger flores para regalárselas a Penélope como agradecimiento por su bonito cuento?

—Vale, mamá —aceptó la niña, un segundo antes de salir corriendo.

—Penélope, cielo, muévete. Los chicos pueden vernos desde la terraza y será mejor que Evan no te vea en ese estado —dijo, enlazando su brazo al de ella y fingiendo que paseaban de un modo casual.

La mención del nombre de Evan consiguió que regresara a ella cierto frágil dominio de sí misma.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte conmigo por nada. Sigamos andando y cuando estemos lejos de su vista me cuentas por qué estás así, aunque creo tener una idea de la razón.

Pamela siguió asiéndola del brazo mientras la encaminaba hacia la parte trasera del jardín que conectaba con la cocina de la casa. Se trataba de un patio cubierto por un toldo a rayas blancas y amarillas, y en la que había una barbacoa y un horno de piedra. Se trataba de una zona que no era visible desde la terraza acristalada en la que se habían

quedado Brian y Evan, ya que estaba justo al otro lado de la casa.

Se sentaron en las sillas de plástico, menos elegantes pero sí más funcionales que las de mimbre que constituían el mobiliario de la terraza de invierno.

—¿Quieres un poco de agua? —ofreció su anfitriona, levantándose de la silla—. Estás un poco pálida.

—Lo que estoy es avergonzada. Normalmente no soy así. Suelo ser más comedida.

Pamela sonrió con afecto.

—Lo sé. Eres la persona más encantadora que conozco, pero también eres humana, cielo. Dame un segundo, te traeré el agua.

—Gracias.

Finalmente el vaso de agua había servido para poner las flores que Eva le había regalado. La niña había llegado con el ramo en la mano casi al mismo tiempo en que su madre le ofrecía a Penélope la bebida, dejándosela frente a ella en la mesa. Eva se había acercado y sin preguntar depositó las margaritas dentro del vaso con una sonrisa.

Ninguna de las dos se había atrevido a regañarla, tampoco Penélope tenía sed.

Y la niña se veía tan contenta con su detalle que se habían limitado a sonreírle y a encogerse de hombros ante la ocurrencia. Después, satisfecha con el resultado de su bouquet, se había sentado junto a Penélope y había hecho la pregunta que a su madre tanto le estaba costando formular:

—¿Por qué estás tan triste? Cuando vienes con el tío Cam sonríes más.

—Eva, esas cosas no se preguntan. Es de mala educación —explicó Pamela, avergonzada porque ella deseaba saber lo mismo.

—La buena educación está sobre valorada. Créeme, sé de lo que hablo —zanjó Penélope, quitándole importancia a la pregunta.

—Cariño, ¿por qué no le dices a papá que vaya a comprar pan para comer? Y después le enseñas a Penélope tus princesas —comentó Pamela, intentando alejar a la niña de allí—. Están en tu cuarto de juegos, tráelas y jugamos contigo un ratito.

—¡Yupiii! —exclamó entrando a toda prisa en casa.

—Tenemos un ratito antes de que Eva encuentre a las princesas. Se las guardé ayer porque no juega con otra cosa, y quiero que coja los puzles —expuso, riendo.

Penélope le devolvió la sonrisa con timidez, sabiendo la razón por la que había enviado a la niña a su cuarto.

—No me voy a andar con tonterías, no es mi estilo. Dime, ¿qué te pasa con Evan? Penélope suspiró profundamente antes de responder.

—Evan no quiere que nadie sepa que estamos juntos.

—No estoy segura de que sea así, Pen. Te ha traído a casa, y no se ha cortado ni ha fingido que no sois nada más que amigos. Además, eres la primera mujer a la que trae aquí.

—No hablo de sus amigos. Me refiero a la gente normal, de a pie, a la prensa... A todo el mundo en general.

Entonces comenzó a contarle lo sucedido con su invitación para cenar, con la fiesta, y siguió exponiendo sus dudas. Deshaciendo poco a poco el nudo de su estómago al poder compartirlo con otra persona. Le relató cómo desde que habían comenzado a verse no habían ido más allá de los límites del edificio en el que ambos vivían.

—Evan es muy celoso de su intimidad. Supongo que es lo lógico si vives rodeado de fotografías.

—Sinceramente no he visto a ninguno acechándole, y vivo muy cerca. —Sonrió, sorprendida por tener ganas de bromear con ello.

—No tardarás en verlos cuando se estrene la nueva película. Supongo que entre una y otra le dan un respiro.

Tuvieron que dejar de hablar en cuanto escucharon los pasos apresurados de Eva.

—Penélope —llamó la niña, que salió al patio con una muñeca en cada mano—, yo soy Elsa y tu Anna, ¿vale? —preguntó plantándose frente a ella, con una mirada esperanzada.

—Jolines, yo quería tener súperpoderes, hacer hielo y esas cosas... —Fingió pensárselo antes de aceptar—. De acuerdo, seré Anna, creo que tú te pareces más a Elsa que yo.

—Podemos pedirle al tío Evan que sea Kristoff, es tu novio.

—¿Kristoff?

—No, el tío Evan. —La niña la miró como sorprendida. Era imposible que no supiera que Evan era su novio, ella tenía cinco años y lo había visto a la perfección. Al final iba a resultar que los adultos estaban más tontos de lo que parecía.

—Eva, cariño, no es exactamente así —intentó explicarle Penélope.

—Es exactamente así, Eva. Penélope es mi novia —zanjó Evan apareciendo por sorpresa detrás de ellas, y posando una mano posesiva en el respaldo de su silla—. ¿Qué te parece mi chica?

—Me gusta mucho —dijo la niña, lanzándose a los brazos de una asombrada Penélope.

Pamela sonrió abiertamente y le guiñó un ojo.

—A mí también me gusta mucho, Evan.

Antes de que ninguno pudiera volver a hablar se escucharon las carcajadas de Brian, que regresaba de comprar el pan en la tienda que había a la vuelta de la esquina.

Cuando salió donde estaban ellos, llevaba una bolsa de papel con el pan, y un periódico en la mano. Debía de tener mucha prisa por decirles algo porque ni siquiera se había detenido para dejar la compra, a pesar de haber cruzado la cocina para salir.

—Evan, ¿has visto la imagen de portada del *Daily Mirror*?

—No suelo leer prensa sensacionalista, y tampoco imaginaba que lo hicieras tú —bromeó sin saber por dónde iban los tiros.

—Y no lo hago, pero cuando es mi mejor amigo el que ocupa la primera página no puedo resistirme al impulso de comprarlo —dijo, extendiendo el diario para que todos lo vieran.

En ella se veía a Evan con un traje de chaqueta oscuro abrazado a una rubia despampanante, bajo el titular: «Evan Nash y Monica Blade a punto de tener sexo en la pista de baile».

Él se limitó a hacer un gesto con la mano, restándole importancia a la noticia. Al fin y al cabo no era la primera vez que le adjudicaban un romance falso, y la imagen no era tan escandalosa como rezaba el titular.

—¿No te importa que hayan publicado la fotografía? —inquirió Penélope sin parpadear.

—Son gajes del oficio de actor. La prensa nos inventa amoríos cada semana, si le diera importancia a todo lo que se publica sobre mí acabaría completamente desquiciado.

Penélope no respondió. Ni siquiera le dedicó una nueva mirada. Se dio la vuelta como si no hubiera hablado, como si no estuviera de pie, detrás de su silla, y habló mirando a Pamela:

—¿Me puedes pedir un taxi, por favor?

—Por supuesto, cielo. Ahora mismo —respondió la americana, levantándose y acercándose a Penélope para que la acompañara adentro, como si quisiera protegerla y no dejarla sola en ningún momento. Desaparecieron por la puerta de la cocina de camino al salón.

Por su parte, los dos hombres se miraron sin entender nada.

Capítulo 33

Evan lo había permitido, se dijo, dejándose caer sin formalidades sobre el sofá de su salón. Había dejado que se marchara en el taxi que Pamela había pedido para que la llevara a casa.

En un primer momento su amiga se había ofrecido a acompañarla, pero Penélope no quería estropearle el día, más de lo que ya lo había hecho, así que se negó a consentir que abandonara su propia reunión y a Eva, para ir con ella. Y mientras eso sucedía, Evan ni siquiera había entrado en la casa para buscarla o hablar con ella. Se había quedado fuera conversando con Brian como si no hubiese sucedido nada. Como si no le importase que se marchara sin ninguna explicación.

Consciente del desasosiego de su dueña, Byron se subió de un salto en su regazo y comenzó a ronronear, en busca de caricias. En otros momentos la calidez del gato, su compañía, era suficiente para que Penélope superara los malos momentos, lamentablemente no iba a funcionar en esa ocasión.

No podía seguir así, tenía que entretener su cabeza con algo, se dijo. Cogió el mando de la televisión y la encendió, con la esperanza de encontrar algún programa que le apartara a Evan de la mente, al menos durante unos minutos. Seguía haciendo *zapping* sin decidirse cuando escuchó una llave en la cerradura, y un segundo después se abrió la puerta y Evan entró en su casa con paso decidido.

La irritación que sentía se intensificó ante la incursión, de modo que se levantó tan rápido que Byron tuvo que hacer una pirueta en el aire para caer sobre sus patas, y le encaró.

—¿Cómo has entrado en mi casa? ¿Qué haces aquí?

Evan no perdió la compostura. Habló con calma, sin levantar el tono y sin perder el contacto visual.

—No tenía muy claro si ibas a dejarme entrar si simplemente me plantaba ante tu puerta y llamaba al timbre así que le he pedido a Dimitri que me prestara la llave de tu piso que guarda en la portería.

—Eso es ilegal. Podría denunciarle por dártela, y a ti por pedírsela.

—¡Oh, vamos! Dimitri sabe que estamos juntos, por eso me la ha dado, Pen. Bueno, puede que también lo haya sobornado un poco...

—No lo estamos.

—¿Perdón?

—No estamos juntos, Evan. Puede que nunca lo hayamos estado, aunque ni siquiera estoy segura porque tú no quisiste que habláramos de ello.

Una llamarada de desconcierto y algo más cruzó la expresión de Evan, que la

miraba como si no la reconociera.

—¿Qué está pasando, Penélope? Porque te prometo que no entiendo nada —dijo, acercándose a ella y pasándose las manos por el cabello con frustración.

—Me he cansado, Evan. Eso es todo.

La reacción de él la dejó sin aliento. Su expresión pasó de confundida a abatida en un instante. Se sentó en el sofá, como si sus piernas no pudieran sostenerle.

—¿Qué quieres decir? ¿Pretendes romper conmigo?

—No seas obtuso, no hay nada que romper porque no hay nada entre nosotros.

La provocación avivó la chispa en los ojos del actor, que se levantó como movido por un resorte, y se plantó frente a ella, tan cerca que sus cuerpos casi se rozaban.

—¿Conque no hay nada? ¿Y esto que es? —preguntó, cubriendo la pequeña distancia que los separaba para besarla.

Durante varios minutos permitió que él la dominara. Se estaba demasiado bien entre sus brazos. No obstante, el recuerdo de la fotografía del periódico despertó de nuevo su furia, y logró apartarse de sus labios con un empujón poco amable.

—Esto es sexo, Evan. Nada más que sexo. Las relaciones implican mucho más.

—No entiendo nada. —Volvió a repetir—. ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión de repente? Creía que estábamos bien. Sé que ayer te molestaste, pero lo arreglamos. —O eso había querido creer, porque la determinación que veía en ella lo tenía aterrado.

—Me he dado cuenta de la verdad. Que no buscas nada más que sexo de mí. Lo único que te interesa es tenerme a mano. Pero el sexo es solo sexo, excluye la amistad, el compañerismo, que la gente nos vea juntos o que se sepa que estamos saliendo, y la verdad es que ya me he cansado de que me uses. Puede que tú no lo veas, pero valgo más que eso.

—¡Dios mío, Penélope! Eso no es cierto. Eres muy importante para mí.

—¿No lo es, Evan? Entonces, ¿por qué no me pediste que te acompañara a la fiesta? ¿Por qué no hemos salido a cenar fuera ni una sola vez en estas semanas? ¿Por qué la única vez que me invitas a salir me llevas a casa de tus mejores amigos? Unos amigos que sabes que jamás te traicionarían contando que estás conmigo.

—Me gusta mi privacidad.

Penélope soltó una carcajada cargada de falsedad.

—Lo siento, Evan, pero eso ya no es creíble. He sido testigo de tu reacción ante la fotografía del periódico, incluso te he preguntado sobre ella y has dicho claramente que no te importa. Estoy segura de que eres capaz de inventar algo más imaginativo...

—Te has ido por eso... —No era una pregunta sino la confirmación de una duda.

—Me he ido y tú me has dejado hacerlo. Esta conversación no lleva a ningún lado.

—Te he dejado marchar porque no quería alterarte más. Tu reacción me ha

pillado desprevenido. Además necesitaba hablar con Pamela y entender el porqué de tu actitud. Y respecto a que soy celoso de mi intimidad es completamente cierto. No me importa lo que inventen sobre mí, nunca me ha importado. Lo que me molesta es que se metan en mi vida. En mi vida real, y tú eres parte de ella, Pen, ¿no lo entiendes? Tú no eres una mentira, eres mi verdad, y me gusta mantener esa parte de mi vida solo para mí. Sé que debería haberte hablado de ello, pero no lo hice y...

—Bueno, parece que ahora lo entendemos todo los dos. —Penélope se dio cuenta de que le había fallado la voz, pero tampoco quería fingir que no le importaba.

—Te probaré que no es cierto. Te probaré que no es solo sexo para mí —dijo, tirando de ella y sacándola al balcón—. Te demostraré que no me avergüenzo de que me vean contigo... Eres inteligente y hermosa, Penélope, siempre he creído que eras perfecta. No hay nada en ti que me pueda causar vergüenza... Y esto que hay entre nosotros es demasiado bonito como para esconderlo.

Una vez fuera, a la vista de cualquiera, solo tenían que alzar la cabeza y mirar hacia arriba para verles, la besó de nuevo, poniendo el alma en el beso.

Sabía que ella no se lo iba a poner fácil, de modo que la inmovilizó pegándola a la barandilla, y posando sus brazos alrededor de ella. Penélope estaba aprisionada entre el vacío y sus brazos, y temerosa de caer, se pegó a él en busca de protección.

Durante un tiempo que ninguno de los dos supo determinar se besaron apasionadamente, como si fuera la última vez que fueran a hacerlo. Al final fue Evan quien rompió el beso cuando sintió las lágrimas de Penélope mojarle el rostro.

—¿No me crees? —inquirió, con tristeza.

—No sé qué creer, Evan. Y esto no prueba nada.

—Lo sé. —Lo peor era que no sabía cómo hacerlo mejor.

Dejó que el agua de la ducha borrar sus lágrimas y sofocara su llanto. Estaba predestinada a amarlo, lo había sabido desde el primer instante en que había sabido de su existencia. Desde ese lejano momento en que entró en su dormitorio y vio al chico que vivía allí, ese que lo mantenía todo en perfecto orden, que sentía debilidad por los clásicos del teatro inglés. Y precisamente por esa condena a amarlo también entendía que estaba predestinada a perderlo. Lo único que la mantenía a flote era la esperanza de que el tiempo se aliara con ella, y la separación llegara más tarde que pronto. Aunque una parte de ella sabía que por mucho tiempo que pasara para ella siempre sería pronto.

Después de la particular despedida en el balcón, se habían sentado en el sofá, el mismo que había sido testigo directo de su pasión, y habían intentado recomponer los pedazos de cada uno. Salvar de la quema la amistad, que habían ido forjando beso a beso, caricia a caricia. Porque aunque su relación amorosa terminara, ellos iban a trabajar juntos en la película que tanto entusiasmaba a ambos.

Evan había decidido adelantar su viaje de promoción a Los Ángeles una semana.

Se marcharía al día siguiente para poder darse tiempo y espacio el uno al otro.

El trabajo del actor lo mantendría fuera de Londres todo un mes, durante ese tiempo no hablarían por teléfono, ni por *e-mail*, ni mensajes de texto ni nada de nada. Si a su regreso Penélope era capaz de aceptar que su relación iba más allá del sexo, y Evan todavía estaba interesado en convencerla de que era así, se darían una nueva oportunidad.

—Quizás el problema sea que todo entre nosotros ha ido demasiado rápido. Apenas hemos tenido tiempo para conocernos —especuló Evan, intentando encontrar el motivo que hacía que la relación hiciera aguas.

—Tal vez...

Después de eso se había levantado, acercándose a Byron para despedirse, y había salido por la puerta como si no supiera que dejaba un corazón roto tras él.

¡Un mes!, sollozó de nuevo Penélope, un mes de incertidumbre, de temor, de añoranza...

¿Cuántas cosas podían pasarle en un mes a una persona normal? ¿Y a una estrella del cine? ¿A cuántas fiestas asistiría? ¿Cuánta gente fascinante conocería...?

Apagó el grifo, se escurrió el cabello retorciéndolo en un rodete, y salió de la ducha para envolverse en su albornoz.

La vieja Penélope fingiría que no le importaba el rechazo, seguramente mantendría una rutina de trabajo maratoniana para evitar pensar en lo que le preocupaba, pero la nueva Penélope no iba a hacer eso. Esta Penélope en que se había convertido iba a mirar hacia el futuro con todo el positivismo que fuera capaz de encontrar, e iba a empezar por hacer de sí misma la persona que quería ser.

Había puesto punto final a la pasividad. Si algo no le gustaba, si alguien no le agradaba, iba a permitirse hacérselo saber. Sin perder la educación que le habían inculcado desde niña, pero sin tener que encerrar bajo siete llaves su carácter. Respecto a Evan las cosas también debían cambiar, puede que en esos momentos no fuera la perfecta candidata para acompañarle en sus eventos por la alfombra roja, pero era inteligente, emprendedora, y disponía de un mes para potenciar lo que le gustaba de su personalidad. Y aprender a desarrollar la seguridad en sí misma que demostraba en su trabajo para poder extenderla a su vida personal.

Con una rapidez que la asombró, se secó y se vistió con ropa cómoda.

Una vez lista se hizo con su móvil y telefoneó a su agente. Víctor respondió con voz monótona, y no reaccionó hasta que escuchó a Penélope hablar.

—Lo siento, cariño. He cogido la llamada sin mirar quién era. Cuéntame, ¿funcionó lo de ayer? —preguntó, haciendo alusión al baile que le había organizado con McGarry.

—Más o menos, pero no seas cotilla que no te llamo para eso.

—Ilumíname, pues. ¿Qué necesitas de tu tito Víctor?

—Quiero que desde este momento aceptes en mi nombre todas las invitaciones a eventos que te envíen para mí. He decidido disfrutar un poco de la vida, solo tengo veintiocho años, soy demasiado formal. Hasta mi abuela es más marchosa que yo.

—¡Esa es mi chica! —alabó con una sonrisa en la voz.

Capítulo 34

Quizás, después de todo, se había precipitado al decirle a Víctor que aceptara todas las invitaciones que le llegaban, pero ahora no podía echarse atrás, pensó mientras esperaba a que Camden apareciera en el restaurante en el que se habían citado para comer.

Hacía tres días que Evan se había marchado de Londres, todavía le quedaban veintisiete antes de volver a verle, y necesitaba desahogarse con su mejor amigo cuanto antes. Además, tenía la intención de convencerle para que le acompañara a la exposición de Frédéric Balmes a la que la habían invitado, ya que no tenía ninguna intención de asistir sola.

En realidad escogerle como acompañante también era un acto de caridad, su amigo estaba hecho polvo desde que Paola se había marchado como si no hubiera sucedido nada entre ellos. Y aunque tarde, Camden comprendió que había lastimado a una mujer tan fabulosa como Charlotte por alguien que jamás le tomaría como nada más que al amor de una noche.

—¿Entonces por qué se acostó conmigo? —había preguntado el lunes, cuando pasó por casa de Penélope al salir del trabajo.

—Vamos, Cam. Sabías desde el principio cómo era Paola. Para ella no fuiste nada más que un Milan.

—¿Un qué?

—Un chico goma. Aunque si lo piensas bien para ella todos los hombres lo son, no busca nada serio con nadie. Solo los utiliza para borrar al anterior, y así con cada «relación» —Penélope hizo el gesto internacional de las comillas con los dedos— que tiene si sirve a sus planes.

—Le di las llaves de mi casa —murmuró Camden tan bajo que Penélope no estuvo segura de haberle escuchado bien.

—¿Qué le diste qué?

—Las llaves de mi piso. Quería ser amable, le dije que no me las devolviera.

—Ahí tienes tu respuesta, se acostó contigo para tener una segunda opción cada vez que venga a Londres. Si yo me niego a acogerla recurrirá a ti. Si fuera tú cambiaría

la cerradura de mi casa por si acaso.

Regresó al presente cuando el camarero se acercó para tomarles nota al ver que Penélope saludaba con la mano a Camden, que entraba en ese instante por la puerta.

Pidieron dos Coca-Cola y la carta.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Camden sentándose frente a ella.

—Han pasado tres días, ¿cómo quieres que lo lleve? Mal, el tiempo pasa muy despacio.

—Tendrías que haber hablado conmigo, Pen. No puedo creer que pensaras lo que pensabas y que no lo hubieras hablado conmigo: tu mejor amigo, su hermano... Si lo hubieras hecho los dos os habrías ahorrado muchos disgustos.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Por qué no hablamos de cosas más alegres? No tengo un buen día.

No tenía ganas ni ánimos para pensar en ello. La cara de Camden cuando le había relatado lo sucedido entre ellos tenía la misma mezcla de pena y acritud, con que la miraba ahora.

—Mi hermano es una buena persona. Jamás haría nada tan rastrero. —Le había dicho.

—Lo sé. El problema es que todos los indicios apuntaban en esa dirección. — Pero supo que su excusa era demasiado floja.

Visto en perspectiva su reacción tal vez había sido desmesurada, pero cuando te enamoras tu sentido común desaparece y eso era lo que le había sucedido a Penélope.

En lugar de envenenarse pensando cosas de las que no tenía ninguna certeza, debería haberle preguntado a él directamente. Haber tenido la madurez necesaria para afrontar la posibilidad de que sus suposiciones fueran ciertas, y despejar la incógnita.

Ahora ya no podía hacerlo, su única opción era esperar que los sentimientos de Evan por ella fueran más fuertes de lo que ella había supuesto.

—¿Qué vas a pedir? Tengo hambre. —La pregunta la sacó de su ensimismamiento. Ni siquiera había mirado la carta que el camarero les había llevado junto con las bebidas.

—El plato combinado de pollo frito y patatas.

—Excelente elección. Yo tomaré lo mismo —indicó Camden. Penélope levantó la cabeza y se dio cuenta de habían ido a tomarles nota—. Añada una ensalada, por favor.

El empleado asintió, recuperó las cartas y se marchó a pasar su pedido a la cocina.

—Estás en otro mundo. ¿Has empezado una nueva novela? —La pregunta le hizo gracia, era cierto que cuando empezaba a dibujar una nueva novela se perdía en sus pensamientos más a menudo de lo normal, y resultaba halagador que Cam se hubiera dado cuenta. ¿Lo habría notado Evan? Se preguntó, sabiendo que era una mala opción torturarse de ese modo cuando faltaban tantos días para que terminara su plazo

de separación.

—No, sigo con la misma. Lo siento, estaba distraída.

—Eso ya lo veo.

Conversaron entre bromas hasta que llegó la comida. Entonces Cam se limitó a devorar la suya mientras Penélope, quien últimamente apenas tenía apetito, hablaba, y le contaba sobre las presentaciones literarias a las que había asistido y los eventos a los que tenía intención de ir. Una cosa llevó a la otra, con toda la intención, y Penélope invitó a Cam a acompañarla a la exposición de Balmes.

—No tengo nada mejor que hacer, así que iré contigo.

—Muchísimas gracias, amigo. Me hace sentir de maravilla tu comentario —dijo con sorna—. En cualquier caso estoy desesperada. Es este viernes.

—Ya puestos tú tampoco has tenido mucho tacto.

—Ya ves, somos perfectos el uno para el otro. Lástima que no nos atraigamos.

Cam cabeceó asintiendo.

—Una pena —corroboró—. Pero mira el lado bueno, para mí eres una cuñada de ensueño.

El día de la exposición entraron en la galería cogidos del brazo, era un gesto casual entre ellos que no implicaba nada, a pesar de lo que pensarán los que los veían.

—¡Qué elegante, cuñadita! Este sitio es una maravilla.

—No me llames así —le recriminó, pellizcándole con fuerza en brazo.

Llevaba varios días llamándola de ese modo solo para fastidiarla.

—¡Hecho! Pero no me tortures más —bromeó, haciendo alusión al pellizco.

—Vayamos a por una copa y así nos confundimos con los demás —propuso Penélope.

Balmes era uno de los pintores del siglo XXI más eclécticos y valorados por los críticos y los aficionados a la pintura. Su estilo personal radicaba en el modo cotidiano y casual con el que mostraba la realidad que pintaba. Víctor le había pedido que fuera a la exposición porque Balmes acababa de firmar un contrato millonario para publicar algunos de sus cuadros en un libro ilustrado, con notas de su propia mano, que vería la luz en la editorial con la que ella misma publicaba sus novelas.

Las tres salas de que constaba la exposición estaban a rebosar de gente. Los organizadores habían dejado las puertas de la calle abiertas de par en par con la esperanza de que la gente saliera a fumar y no se mantuvieran todos dentro al mismo tiempo.

Una atractiva mujer se paró frente al campo de visión de Cam, quien parpadeó intentando aclarar su enfoque convencido de que estaba sufriendo una alucinación. No obstante, cuando volvió a abrir los ojos la joven seguía allí, y no había ninguna duda de que era Charlotte. Absolutamente impresionante enfundada en un vestido malva, que resaltaba su piel y el color de su cabello, y que no dejaba ninguna de sus curvas a la

imaginación.

El cabello le caía suelto por la espalda, e incluso su actitud y sus movimientos parecían pertenecer a una mujer distinta a la que él conocía. Más sensual de lo que recordaba.

—¿Esa es...?

—Sí.

—Vaya, está estupenda —reconoció Penélope.

—Lo sé.

—Y te ha dejado sin palabras, *wow* —se burló su amiga, al ver que Camden contestaba de un modo tan escueto.

—Muy graciosa. ¿Ves lo que me pasa por acompañarte? Ahora voy a tener que saludarla y me odia.

—No te lo tengas tan creído. Dudo mucho que te odie.

—Apenas me habla en el trabajo. Créeme, me odia.

En ese instante Charlotte miró en su dirección y Penélope alzó una mano para saludarla. Le devolvió el saludo, y tras decirle unas pocas palabras a su acompañante, un hombre alto y atractivo, ambos acercaron a ellos.

—Hola, Charlotte. Qué sorpresa verte aquí —comentó Camden, visiblemente incómodo.

—No tanto. Creía que sabías que me gustaba el arte. —Y añadió con una sonrisa deslumbrante—: Además Jamie es el dueño de la galería. No podía perdermelo —dijo señalando al hombre que estaba a su lado.

El corazón de Charlotte se apaciguó un poco al ver la reacción de Cam a su presentación. Puede que Jamie fuera uno de sus hermanos, pero él no lo sabía ni lo sabría nunca, y como cualquier hombre había deducido que se acostaba con él, y a juzgar por su ceño fruncido la idea no le gustaba lo más mínimo. Era una suerte que Jamie fuera el más guapo y atlético de sus hermanos, y que además no se parecieran en nada.

Como si hubiera entendido perfectamente la treta de su hermana menor, Jamie la rodeó con su brazo y la atrajo a su costado, en una actitud posesiva que no pasó desapercibida ni a Camden ni a Penélope.

—Soy Jamie —se presentó tendiéndole la mano—. Espero que estéis disfrutando de los cuadros.

—Encantada, yo soy Penélope. —Fue la rápida reacción de la escritora la que salvó el momento porque Camden se había quedado petrificado observando la mano extendida del marchante de arte—. Acabamos de llegar, pero lo poco que hemos visto es asombroso.

—Frédéric tiene un estilo al que pocas personas pueden resistirse —comentó Jamie sin mirar a Cam.

—Lo siento —balbuceó—. Soy Camden. Un placer conocerte. —Estrechó su mano con fuerza, midiendo la de su oponente que le apretó con las mismas ganas.

—Lo mismo digo. ¿De qué conocéis a Lottie?

—¿Lottie? —preguntó Cam, desconcertado.

—Es como me llaman mis amigos —aclaró Charlotte, con un deje de orgullo en la voz.

—Lottie y yo trabajamos juntos en la universidad —aclaró, haciendo hincapié en la primera palabra de la frase.

—Interesante —masculló por lo bajo Jamie.

Penélope notó la incomodidad de Carlote, quien inmediatamente habló con intención de despedirse de ellos.

—Me ha gustado mucho saludaros, chicos —dijo, con una sonrisa educada y distante—, pero tenemos que mezclarnos con los invitados.

—Por supuesto —comprendió Penélope. Camden seguía sin reaccionar—. Nos vemos más tarde, quizás.

La pareja se alejó, y tal y como había comentado ella, se detenían cada pocos pasos para saludar a los asistentes.

—Parece que Charlotte ha superado lo tuyo.

Camden la fulminó con la mirada y echó a andar dejándola sola.

—¡Espera! ¿Qué he dicho?

Salió tras él, que se había apoyado en una de las pocas paredes que no estaban cubiertas por lienzos, cerca de la puerta.

—¡Joder! No me esperaba esto.

—¿Qué saliera con alguien más? Es normal que quiera seguir con su vida, tú la dejaste tirada tras varias citas. Y por lo poco que la conozco sé que Charlotte no es de las que se dedican a llorar por las esquinas.

—No, no lo es. Pero me refería a otra cosa.

Penélope arqueó las cejas, instándole a que se explicara.

—Estoy celoso, y muy enfadado.

—Podrías haberlo pensado antes de meter la pata. Su acompañante es muy atractivo, y parecen muy unidos. Lo siento, pero no creo que vayas a volver a tener una oportunidad.

—Eres la mejor dando ánimos.

—Me he propuesto ser sincera —dijo, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—Vámonos de aquí. Necesito algo un poco más fuerte que el *champagne* —sentenció Cam, cogiéndola de la mano.

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca.

Camden estaba loco y lo peor era que iba a contagiarle su locura. Tras su

encuentro con Charlotte habían pasado por una licorería en la que su mejor amigo había comprado una botella *whisky* escocés, y la había llevado a casa con intención de regresar a la suya y bebérsela solo.

Por supuesto, ella no lo había permitido y habían terminado los dos sentados en la moqueta bebiendo:

—Si yo fuera tú, no le haría caso al trato, cogería el primer vuelo que saliera para Los Ángeles y me plantaría en su hotel.

Se lo había dicho en medio de la bruma del alcohol, pero eso no le había impedido que la idea comenzara a tentarla peligrosamente. Ni siquiera la resaca que estaba padeciendo conseguía quitarle la idea de la cabeza.

Capítulo 35

Acababa de hablar con la productora, el inicio del rodaje de *Un viaje infinito* estaba a la vuelta de la esquina. Ya se habían escogido los decorados exteriores, la lectura de guiones estaba programada para dentro de seis semanas, y todos los contratos estaban firmados.

La película estaba a punto de despegar, y ella no tenía a nadie más que a Byron para celebrarlo.

Habían pasado tres semanas desde que Evan se marchó, y había cumplido su palabra a rajatabla. No la había llamado ni escrito, ni puesto en contacto con ella a través de ningún medio.

Penélope había recurrido a fuentes fiables como Pamela o Cam, para averiguar cómo le estaba yendo en tierras americanas.

Estaba tan aburrida que incluso aceptó la invitación de sus abuelos a cenar.

Una invitación un poco extraña teniendo en cuenta que su abuela le había ofrecido concertarle una cita con Wendy para que la ayudara a arreglarse. Ante su negativa Julia le había hecho prometer que se esmeraría con su atuendo.

De modo que ahí estaba ella, enfundándose en un vestido, y domando sus rizos rebeldes para una cena de lo más extraña, ya que nadie que conociera a Julia Pryce hubiera imaginado que comería en el Hispania. Lo único bueno que iba a traer la noche era, sin duda, lo bien que se comía allí.

Se calzó unos zapatos de tacón de un azul más oscuro que su vestido, agarró el bolso y salió por la puerta.

Cuando llegó al vestíbulo se encontró con Dimitri, quien últimamente cada vez que se cruzaban se mostraba cabizbajo, casi avergonzado. Y no era para menos después de haberle dado a Evan las llaves de su casa sin ningún motivo que lo justificara.

— Buenas tardes, Dimitri. ¿Puedes pedirme un taxi?

— Por supuesto, señorita.

La formalidad de su tono la hizo sonreír. Se regañó mentalmente por hacerlo. Estaba enfadada con él y no estaba dispuesta a sentirse culpable por estarlo. Después de todo le había dado su llave a Evan, traicionándola.

El *maître* del Hispania la reconoció en cuanto cruzó el umbral. Se acercó a ella con una sonrisa más amplia que la profesional que guardaba para los clientes.

— Buenas noches, señorita Martín. No he visto su reserva esta noche.

— No he reservado yo. Vengo a cenar con mis abuelos. — Sonrió con timidez.

— Por supuesto — aceptó, buscando entre la agenda que tenía delante. ¿El señor Pryce?

—Sí.

—Sígame, por favor. En cuanto la acompañe le diré al chef que está aquí. Seguro que se esmera especialmente con su pedido.

—Gracias, Robert.

—Un placer.

Robert se detuvo y le indicó a Penélope que ya habían llegado, pero ella estaba demasiado asombrada como para decir nada. En la mesa en la que estaban sentados sus abuelos había alguien más. Un hombre rubio y atlético que la miraba sin ningún tipo de pudor.

El *maître* se retiró discretamente mientras ella permanecía de pie, a la espera de que alguno de sus abuelos hablara.

—Penélope, muñequita. Este es Blake Darcy, un amigo mío. Espero que no te importe que le haya invitado a cenar con nosotros.

El aludido se levantó y extendió la mano para saludarla.

—No, claro que no —dijo ella mientras se la estrechaba—. Supongo que mis abuelos te han puesto al día, en cualquier caso, soy Penélope.

—Un placer, Penélope. Te aseguro que tus abuelos se han olvidado de lo más importante, no me habían dicho lo preciosa que eras.

Ella rio encantada con el comentario. No había duda de que Blake sabía cómo encandilar a una mujer.

Ocupó la única silla que quedaba libre, al lado de Blake, y durante unos minutos, hasta que Robert regresó con las cartas, no cayó en la cuenta de dónde estaban, de quién trabajaba allí, y de las personas que la acompañaban...

Estaba metida de pleno en una encerrona. No tardarían en informar a Brian, si no lo habían hecho ya, que estaba cenando con sus abuelos y con un hombre atractivo. Un hombre que no era Evan... Penélope estaba segura de que el chef no le iba a ocultar esa información a su mejor amigo. Todo lo contrario, se lo diría, y si quedaba alguna posibilidad para que pudieran arreglar su relación, la maldita cena acabaría con ella.

—Abuela, ¿cómo descubriste este lugar? A ti no te gusta la comida española.

Julia se quedó muda unos segundos. Pillada con la guardia baja no supo qué responder.

—Camden nos lo recomendó —comentó su abuelo con sinceridad.

—¿Camden? ¿Cuándo lo has visto?

—Coincidimos por casualidad —dijo sin dar más detalles, y añadió, para cambiar de tema—: ¿Sabes que Blake colabora con una asociación para familias sin recursos? Tal vez podrías dejarlo caer en alguno de tus libros, o hacer una donación.

—Por supuesto. Háblame sobre ella, Blake.

El rubio estaba pletórico mientras le contaba todas las obras sociales que hacía la asociación. Era un hombre guapo, solidario, educado y con un aura de peligro que

resultaba muy atractiva. No dudaba que de haberle conocido en otras circunstancias se habría prendado de él. Lástima que en esos instantes no le quedara espacio para nadie en su corazón. Evan lo había conquistado y enterrado su bandera en él. Una bandera que probablemente se llevaría consigo cuando supiera que había tenido otra cita.

O quizás no, quizás él también había estado saliendo con otras personas, dándose un margen para comprobar si lo que sentía por ella era lo suficientemente fuerte para soportar la distancia y la separación o no lo era. En cualquier caso no lo sabía con certeza.

Siguiendo el consejo de Camden había huido de las revistas y recurrido a Daniel Balck y Jack Hard para ver su rostro, sentirle cerca... El problema era que había visto tanto sus películas que los DVD estaban medio rayados. Y en esos momentos la idea de comprar revistas del corazón la atraía considerablemente... ¿Qué estaría haciendo en Los Ángeles?

Camden, ¿por qué iba a darle a sus abuelos la dirección del restaurante dónde trabajaba el mejor amigo de su hermano, precisamente?

Se levantó de la silla, y ofreció una sonrisa de disculpa.

—Vuelvo en seguida. Por favor, seguid comiendo. —Asió su bolso y se encaminó al cuarto de baño.

El teléfono sonó varios tonos antes de que la familiar voz respondiera:

—¿A que no sabes dónde estoy ahora mismo?

—En el Hispania, cenando con tus abuelos.

—¡Lo sabes!

—Claro que lo sé. Yo les recomendé el restaurante. Ahora deja de estresarte y disfruta de la cena. Si no me equivoco, y dado las pocas veces que lo hago estoy seguro que he acertado, Brian tardará muy poco en llamar a mi hermano y decirle que estás cenando con un apuesto caballero. Porque es apuesto, ¿verdad?

—Sí —respondió, conmovida por lo que estaba escuchando.

—Entonces, ve y aprovecha.

—Cam, esto es una locura, y si...

—Volverá a Londres, Pen. Aunque solo sea para pedirte explicaciones. Lo que suceda después es cosa tuya.

—¡Gracias!

—Nada de gracias, me debes una muy gorda.

Cuando regresó a la mesa estaba mucho más relajada y dispuesta a disfrutar de la comida y de la compañía. Con esa intención hizo la pregunta que le rondaba por la cabeza casi desde que descubrió a Blake sentado con sus abuelos.

—Tengo mucha curiosidad, ¿cómo os conocisteis?

Richard carraspeó incómodo, y Julia esbozó la sonrisa más amplia que Penélope recordaba haberle visto nunca. Con lo que fue Blake el que tuvo que responder a la

pregunta. Cuando terminó de relatarle la surrealista historia, Penélope estaba emocionada y admirada a partes iguales.

Su primera suposición era que Blake era nieto de alguna de las amigas de su abuela, en ningún momento hubiera imaginado que su encuentro fuera tan rocambolesco.

—No es la primera vez que lo haces, ¿verdad?

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —sentenció, incómodo porque se le otorgara mérito a su acción.

—Ojalá fuera cierto, que no lo es —intervino Richard.

Al terminar la cena, en la que no apareció Brian Mosley, como era habitual cada vez que pasaba por el Hispania, sus abuelos se excusaron porque estaban cansados, y casi obligaron a Blake a que la llevara a casa.

—Siento que te hayas visto en estas —se disculpó cuando paró el coche frente a su edificio.

—¿Qué parte sientes? ¿La deliciosa comida o la estupenda compañía? Porque te advierto que yo estoy encantado con las dos. Además, no tienes que preocuparte por mi corazón, tu abuelo me avisó de que estabas saliendo con alguien, detalle que ahora que por fin te conozco, lamento.

Penélope sonrió halagada, y encantada con haberle conocido. Había personas por las que era indispensable dar gracias porque hubieran entrado en tu vida y Blake era una de esas personas.

—Si te interesa conocer gente tal vez tenga alguna amiga estupenda para ti.

Blake alzó los brazos y abrió mucho los ojos fingiendo asombro:

—¿Qué os pasa a los Pryce que solo pensáis en hacerme de casamenteros?

Al parecer Byron había decidido que ya había dormido bastante, porque se subió a la cama y comenzó a patear por encima de la almohada, pisándole el pelo en su baile para encontrar la mejor postura.

—Byron, para. ¡Déjame dormir! No seas pesado.

El gato no estaba por la labor de desperdiciar la oportunidad de tumbarse en la mullida almohada, así que hizo oídos sordos a su dueña y se dejó caer prácticamente sobre su cabeza.

—¡Byrooon! —gritó, dispuesta a echarle un buen rapapolvo.

Afortunadamente para el gato sonó el móvil y la ira de Penélope se apaciguó.

—Salvado por la campana, Byron. Pero después, tú y yo vamos a tener una pequeña charla, señorito.

—Miau, miau —lloriqueó, acercándose a su regazo.

—No seas zalamero. Esta vez no te va a funcionar.

Pero sí que lo hacía pensó sonriendo mientras deslizaba el dedo por el icono del teléfono verde del móvil:

—Buenos días, Pamela. ¡Qué sorpresa! ¿Va todo bien?

—Dime que no es cierto. Dime que no estás saliendo con alguien.

—No es cierto. Fue cosa de mis abuelos. ¿Te lo ha contado Brian? ¿Sabes si va a decírselo a Evan?

—¿Qué te parece si nos vemos en una hora y nos tomamos un café?

—Me parece perfecto.

Habían quedado en una cafetería de la calle Brick Line llamada Café 1001, era la primera vez que Penélope la pisaba, a pesar de estar situada en una calle tan céntrica de Londres, y quedó encantada con ella. No solo el café era una maravilla sino que la bollería, no industrial, estaba deliciosa y le recordaba a la podía encontrar en España en cualquier panadería.

Se asombró de que Pamela siendo americana disfrutara de un local tan atípico.

—Este sitio es genial.

—Sabía que te gustaría. Lo encontré por casualidad cuando llegué a Londres. Mi casa era tan pequeña que no tenía más que el dormitorio un baño minúsculo y una cocina igual de diminuta. Venía aquí a leer y pasar las tardes —dijo, sonriendo con nostalgia—. Cuando conocí a Brian vinimos un par de veces, pero el pobre trabaja tanto que cuando terminaba la jornada estaba tan cansado que solo tenía ganas de dejarse caer en el sofá. Supongo que el poco espacio de mi casa aceleró que nos fuéramos a vivir juntos —dijo riendo.

Penélope se unía a sus risas.

—Seguro que fue por esa razón. No tiene nada que ver lo enamorado que está de ti.

—Yo también estoy muy enamorada de él. Supongo que ese es el secreto para un matrimonio feliz —comentó Pamela.

—Supongo.

—De acuerdo, ya hemos hablado del tiempo, de lo estupenda que es mi hija... Le hemos dado un repaso a todos los temas que la cortesía insiste que debemos abordar. Vayamos ahora a la parte importante. ¿Cómo se te ocurrió ir a cenar al Hispania con otro hombre?

—Para empezar yo no tenía ni idea de que mis abuelos habían invitado a alguien, y para terminar ha sido idea de Cam. Fue él quién les recomendó el restaurante a mis abuelos. Según ellos se encontraron por casualidad, pero le llamé y me dijo claramente que esperaba que Brian se lo contara a Evan.

—En ese caso déjame obrar mi magia. Me encargaré de contarle la historia de... ¿cómo se llama el chico?

—Blake.

—La historia de cómo Blake, quien está profundamente enamorado de ti, recurrió a tus abuelos para que te invitaran a cenar porque tú te has negado

sistemáticamente a quedar con él.

—Dios, eres malévola.

—No he terminado. Espera y verás. Lo importante es que tras la cena en la que por fin le diste una oportunidad, te has dado cuenta de que es una persona maravillosa y empiezas a estar confundida respecto a Evan y Blake.

Penélope se rio.

—Menos mal que somos amigas, Pam. Miedo me das... Aunque he de confesarte que no andas desencaminada, Blake es maravilloso.

—En ese caso, cielo, si Evan no vuelve inmediatamente tras estas noticias es que es gilipollas. Aunque también cabe la posibilidad de que siga enfadado contigo por pensar que te había utilizado, lo que en cualquier caso demuestra que es un gilipollas.

—Creo que ese es un calificativo que le aplican mucho, últimamente —comentó sonriendo nostálgica.

Capítulo 36

Odiaba el sol, el calor, pero por sobre encima de todo odiaba la sensación de vacío que se respiraba en su habitación de hotel. Le daba igual que estuviera en una de las *suites* más lujosas de toda la ciudad de Los Ángeles seguía siendo fría, aséptica e impersonal.

La única razón por la que no se había hecho con una casa en la ciudad era porque quería seguir siendo el actor británico que hacía teatro clásico y que de vez en cuando rodaba películas. Sin embargo en esos momentos se arrepentía de no haberse hecho con una casa, esa habría sido la excusa perfecta para romper el maldito pacto y llamar a Penélope con la excusa de que necesitaba su ayuda para la mudanza, tal vez incluso para decorarla.

Había pensado en multitud de ocasiones en las palabras que le diría:

—Hola, Penélope, me he comprado una casa en Los Ángeles y como tú eres una experta en mudanzas he pensado que quizás te apetecería volar aquí y ayudarme con ello.

No obstante, por muchas vueltas que le diera a la conversación en su cabeza, por mucho que perfeccionara la petición, no se había comprado ninguna maldita casa a la que mudarse. Seguía en la insulsa habitación de hotel, aburrido y cansado de asistir a los eventos de promoción y poner buena cara cuando lo que quería era romper con todo y llamar a la mujer a la que amaba.

El móvil comenzó a sonar en alguna parte. Tuvo que quitar tres cojines del sofá antes de dar con él.

—¡Qué sorpresa, Brian! —dijo en cuanto descolgó—. ¿Va todo bien?

—Más o menos. Siento si te pillo en mal momento, pero es que no me aclaro con la diferencia horaria, ¿qué hora es por ahí?

—Aquí son las dos del mediodía por lo que en Londres son las diez de la noche. En Los Ángeles tenemos ocho horas menos, pero estoy casi seguro de que no me has llamado para hacer un curso de diferencias horarias —dijo, con la sonrisa en la voz.

—No, te he llamado para contarte algo. Verás, Penélope...

—¿Penélope está bien? ¿Le ha sucedido algo?

—No, no. Ella está bien. Más que bien diría yo. Mira, Evan te lo voy a decir sin parches, ya sabes que a mí no me van los chismes, pero tú eres mi amigo y...

—¡Dios! Brian, dilo de una vez me estás poniendo nervioso —le cortó.

—De acuerdo. Penélope ha conocido a otro hombre.

No fue capaz de asimilar ninguna de las siguientes palabras que su amigo pronunció. Seguía dándole vueltas a la frase que había minado su estabilidad:

«Penélope ha conocido a otro hombre». Y lo había conocido por su idiotez, porque le había permitido que lo hiciera, al enfadarse con ella por todo lo que había sucedido. Por el mal concepto que tenía de él, pero cómo iba a tenerle en buena consideración si la había ignorado durante años, y lo habría seguido haciendo si el destino no se la hubiese puesto delante.

Penélope le había asustado siendo un adolescente, cuando descubrió su cuaderno azul y supo que esa mujer era demasiado profunda y maravillosa como para no hacerle un hueco en su vida. Sabía que conocerla era peligroso, sus padres la adoraban, su hermano el intelectual de la familia la respetaba y la admiraba, y él no iba a quedarse atrás... Sus palabras le removían algo por dentro cada vez que las leía.

Por eso se había alejado catorce años atrás... Y ahora de nuevo volvía a repetir el mismo error.

La única diferencia era que entonces la había mantenido lejos para no amarla y en esos instantes se había alejado de ella amándola.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la voz de Brian, lejana, al otro lado del teléfono.

—No lo sé.

—Evan, ella te importa, ¿verdad?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? Claro que me importa. La quiero.

—Puede que haga preguntas estúpidas, pero doy consejos cojonudos. ¡Díselo! Estoy seguro de que querrá saberlo.

Camden Nash adoraba su trabajo. Disfrutaba enseñando a sus alumnos, aprendiendo hazañas pasadas, y encargándose de que nadie las olvidara. Para él nunca había sido un problema madrugar tras acostarse tarde perdido entre libros, o preparando una clase. No obstante, desde hacía unas semanas todo se le estaba haciendo cuesta arriba.

No se engañaba pensando que no era culpa suya, sabía que había sido su indiscreción y falta de tacto la que lo había propiciado. Si bien con sus alumnos todo seguía como siempre, el departamento de Historia era, nunca mejor dicho, otra historia.

Dicho departamento estaba dividido internamente en periodos históricos que iban desde la Edad Media a la época contemporánea. Y en la sección histórica en la que él trabajaba había otros dos profesores, Michelle Dalton, de baja por maternidad y Charlotte Shepard, la mujer que más le detestaba en el mundo, y con la que estaba obligado a trabajar.

Si bien ella no había sido directa en su animadversión, tampoco ocultaba demasiado bien que no quería tener ningún tipo de relación con él, incluida la profesional. Le toleraba como colega porque no tenía más remedio que hacerlo. Y el rechazo de ella le dolía mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Había descubierto demasiado tarde que Charlotte Shepard era exactamente la clase de mujer que le atraía y le convenía.

Entró en la estancia sabiendo a lo que iba a enfrentarse. Ambos sabían que a esa hora serían los únicos que estarían en el departamento, y mientras Camden esperaba poder aprovechar ese tiempo para hablar con Charlotte, ella había decidido otra cosa completamente diferente. Porque cuando entró ella estaba leyendo, mientras escuchaba música en su móvil. Tenía conectados unos auriculares, y la canción sonaba tan fuerte que Cam fue capaz de adivinar cuál era la que escuchaba:

I never meant to fall for you but I [Nunca quise enamorarme de ti, pero yo]was buried underneath and [estaba enterrada debajo y]all that I could see was white. [todo lo que podía ver era blanco]My salvation. [Mi salvación]My, my...My salvation.My, my...^[1]

Ni siquiera levantó la cabeza cuando arrastró la silla de enfrente y se sentó.

Estuvo a punto de dejar caer con fuerza los libros sobre la mesa, pero sabía que no serviría de nada, ella se negaría a darse por enterada de su presencia. No porque estuviera comportándose como una niña enfurruñada, ella tenía más clase que eso, sino porque había urdido lo de los auriculares con la única finalidad de ignorarle.

Tras varios golpecitos de cortesía la puerta se abrió y entró el decano con unos papeles en las manos.

—Buenas tardes, Camden —saludó, y paseó la mirada por Charlotte que seguía ensimismada con su música.

Sabiendo que no estaba quedando muy bien ante el decano de la facultad, Camden le tocó con suavidad el brazo para que alzara la cabeza. Su reacción le confirmó a Cam que siempre había sido consciente de su presencia allí.

—Buenas tardes, disculpadme. Estaba trabajando.

—No pasa nada. En realidad el que debería disculparme soy yo, ya que he venido en vuestra hora libre, pero tenía que hablar con vosotros.

—Tú dirás. —Le instó Camden.

—Necesito vuestra lista de lecturas para el próximo semestre. Sé que normalmente la hacéis entre los tres, el problema es que no puedo esperar a que regrese Michelle de su baja.

—¿Para cuándo lo necesitas? —intervino Charlotte.

—A más tardar lo necesito para el viernes.

—Estamos a martes —expuso Cam, sabiendo que estaba resultando obvio.

—Lo sé y lo siento, pero tenemos que publicar ya los cursos y necesitamos la lista de lecturas.

—No hay problema. Podemos hacerlo, ¿verdad, Camden?

—Por supuesto. Nos llevamos demasiado bien como para que nos peleemos por algo tan trivial como la elección de lecturas —comentó en un tono casual, que escondía un intento descarado de hacerla reaccionar.

Sin embargo, Charlotte no cayó en la provocación, sonrió con falsedad al tiempo que se mordía la lengua para no responder delante de su jefe.

^[1] Gabrielle Aplin: *Salvation* (N. de la A.)

Capítulo 37

Tenía que asumirlo, pensó Penélope, una semana después de su cena en el Hispania. Había apostado y había perdido. Evan no regresó, como Cam había previsto, seguramente porque ya no le importaba nada que tuviera que ver con ella, y a Penélope no le quedaba otra que seguir con su vida.

La idea de romper el trato y presentarse en Los Ángeles había quedado muy lejos.

Quizás era tiempo de regresar a casa. Añoraba Madrid, a sus padres, sus amigos... Y por otra parte, también podía escribir allí. Se tomaría unas vacaciones de un par de semanas y regresaría cuando comenzara el rodaje de la película.

Durante el tiempo que pasara en Madrid se mentalizaría para que el reencuentro con Evan no la destrozara.

Se prepararía para volver a verlo aceptando que ya no existía nada entre ellos, sabía que no iba a ser fácil, pero la nueva Penélope no se achicaba ante nada.

Se levantó del escritorio, sin molestarse en apagar el PC, y buscó su bolso y su abrigo.

Decidido: regresaba a España y lo primero que iba a hacer era despedirse de Camden y de sus abuelos, llamaría a Pam para decirle adiós, ya que no tenía ganas de ver a Brian, después regresaría a casa, compraría el billete y haría la maleta.

Una vez fuera de casa cogió el metro para llegar a la universidad. Era casi la hora de comer por lo que el vagón estaba lleno de gente que volvía del trabajo.

Por instinto se fijó en los libros que leían los viajeros, a excepción de dos caballeros que leían un género distinto, a juzgar por las portadas policíaca, la inmensa mayoría de los que sostenían un libro en las manos estaban devorando novela romántica.

Penélope sonrió, la vida de por sí ya era demasiado complicada como para torturarse leyendo historias infelices. Ella, espaciaba ese tipo de lecturas entre tres o cuatro novelas románticas que la hacían sonreír y le alegraban las horas.

Cuando el tren se detuvo en su parada comenzó a andar, pensando en que en esas historias las heroínas eran tenaces, valientes y con carácter, y quizás ese era el secreto de su éxito. Tal vez había que perseverar y luchar antes de darse por vencida...

Con esa idea en mente entró en el edificio que albergaba la facultad de Historia.

A pesar de no haber estudiado nunca allí sus pasillos le eran familiares. Se sentía cómoda paseando por ellos, había ocasiones en que los alumnos la paraban para pedirle un autógrafo o incluso para hacerse fotos con ella. De hecho era el espacio en que más era reconocida.

No obstante, ese mediodía llegó sin interrupciones a la puerta del departamento de historia inglesa. Llamó con suavidad. Siempre había alguien leyendo o estudiando, y tras sus incontables visitas los conocía a todos.

Abrió la puerta cuando escuchó la invitación que esperaba. Para su sorpresa solo estaba Charlotte sentada en el sitio de siempre mordisqueando un bolígrafo:

— Buenas tardes, Charlotte. Siento molestarte, pero ¿sabes dónde está Cam?

— No molestas, Penélope. Por favor, siéntate. Camden está en clase, puedes esperarle si quieres.

Le ofreció una sonrisa de agradecimiento y tomó asiento donde ella le indicaba. La profesora siempre había sido amable con ella, pero ese día estaba particularmente encantadora, detalle que llamó su atención, no había vuelto a verla desde que se toparon por casualidad en la galería, motivo por el que le extrañaba su cordialidad.

— ¿Qué tal le fue a Jamie la exposición? — preguntó por romper el silencio.

— Estupendamente. Gracias por preguntar.

— Genial. Se le veía un tipo estupendo. Me alegro mucho por ti. — Porque hayas encontrado a alguien después de lo de Cam. Esa parte no la pronunció aunque ambas la escucharon igualmente.

De nuevo el silencio.

— Jamie es uno de mis hermanos.

— ¡Oh! Lo siento, pensaba que... Yo creía que era tu novio.

— Sé lo que pensabáis.

— ¿Por qué me lo cuentas? — estaba claro que debía de imaginar que ella se lo contaría a Cam.

— Me caes bien, Penélope. Sé que eres amiga de Camden, pero no sé... Tal vez también pueda considerarte amiga mía. No se me da muy bien la amistad con mujeres, supongo que es la consecuencia de haber crecido rodeada de hombres — bromeó, pero se le notaba incómoda.

— Me encantará conocerte mejor, Charlotte. Creo que deberíamos empezar por compartir un café, o una comida, ya es mediodía.

— ¿Y Cam?

— Lo que tenía que decirle no era tan urgente. Y además, si te soy sincera necesito desahogarme con una mujer, no hay duda de que somos más sensibles que los hombres.

— Completamente de acuerdo — corroboró Charlotte.

— ¡Madre mía! Nos llevamos estupendamente — se carcajeó Penélope, tomándola del brazo para que se levantara de la silla—. ¡Vayamos a comer! Necesito ahogar mis

penas en calorías.

El camino hacía la cafetería les había dado para mucho, Penélope había puesto más o menos al día a su nueva amiga sobre su relación frustrada con Evan, y Charlotte había declarado que no tenía intención de ser el segundo plato de nadie. Tras semejantes declaraciones ambas se habían felicitado por su determinación, y habían seguido hablando de cualquier cosa que se les pasó por la cabeza. Hasta que Penélope se paró frente a un establecimiento con los ojos brillantes por alguna emoción que Charlotte no pudo adivinar.

—Lottie, por favor. Espera un segundo —pidió, deteniéndose frente al quiosco.

La tentación de entrar era tan fuerte, y estaba tan decidida a saber el motivo de su silencio que no dudó.

—¿Estás segura? —preguntó Charlotte, adivinando sus intenciones—. Igual no es muy buena idea, la prensa del corazón no es muy fiable.

—Sí. Tampoco es que importe mucho ahora, pero... Quiero hacerlo.

—Pues entremos —sentenció la profesora, asiéndola del brazo para entrar en el quiosco.

—Te has dejado un dineral en revistas —comentó riendo, Charlotte.

—Lo necesitaba para mi paz mental. Tú mira estas —pidió, dándole un buen montón—. Yo me quedo con estas.

—¿Solo te interesa Evan, o también puedo ofrecerte diez pasos para definir tu estilo en la cama? —inquirió con la cabeza enterrada en la primera revista de su montón.

—No puede ser. Es una broma, ¿verdad?

—Te prometo que no. ¡Mira! —Le tendió el *magazine* por la página en cuestión—. Cuando termines de leerlo me lo pasas que me he quedado con ganas de hacer el test.

Ambas estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

De repente se habían olvidado de Evan y se dedicaban a buscar titulares imposibles, y test sobre temas como «¿Qué canción describe tu vida?», «¿Qué famoso sería tu media naranja?», «¿Te va a volver a llamar?», etc.

—Pongámonos serias —pidió Charlotte entre risas—. Busquemos a Evan antes de que enloquezca y me ponga a hacer tests sin parar.

—Tienes razón, pongámonos serias —apoyó Penélope, no obstante, no actuó como su amiga esperaba que lo hiciera. Apiló las revistas en un montón, se levantó de la mesa con ellas en la mano y se acercó a la barra para hablar con el camarero.

Charlotte vio cómo se las ofrecía y el hombre las tomaba con una sonrisa. Un instante después se daba la vuelta y regresaba a la mesa sin ellas.

—¿Qué ha pasado?

—Me he puesto seria. Me da igual quién o qué le ha retenido en Los Ángeles, el punto importante es que no está aquí.

Estaba saliendo del ascensor cuando escuchó el teléfono de su casa. Se había quedado sin batería en la cafetería mientras comía con Charlotte, de modo que quien la hubiera llamado al móvil habría recurrido al fijo para dar con ella.

Sintió una inyección de adrenalina cuando la esperanza se apoderó de Penélope. ¿Y si era Evan?, ¿y si algo le había retenido en Los Ángeles?, ¿y si...?

Entre llegar a la puerta y sacar las llaves del bolso cuando finalmente entró en su piso el teléfono había dejado de sonar. Todavía acelerada, corrió por la casa en busca del cargador del móvil y, una vez que dio con él, lo conectó a toda prisa encendiéndolo para recibir los mensajes de las llamadas entrantes mientras había estado apagado.

Una parte de ella era consciente de que estaba actuando como una tonta, no obstante, la esperanza pesaba más que el sentido común.

Se sentó en el sofá, frente al teléfono conectado a la red eléctrica, a esperar las ansiadas notificaciones.

Se dio por vencida cuando cinco minutos más tarde seguía sin entrar ningún mensaje de aviso.

—De acuerdo, Byron, tu dueña es tonta. ¡Confirmado! —dijo, intentando reírse de sí misma.

Se levantó sin muchas ganas y decidió que lo mejor para mantener la mente ocupada era ponerse a escribir. Al fin y al cabo seguía pensando en marcharse a España, aunque no con la prisa que había manifestado esa misma mañana. Lo haría con conocimiento, avisando a los más allegados: Cam, sus abuelos, Pamela y Eva, Víctor, Charlotte e incluso era probable que decidiera escribirle un *e-mail* a Evan para decírselo.

Capítulo 38

Era jueves, casi cuatro semanas después de que Evan se marchara a Los Ángeles para promocionar su nueva película, y el día posterior a su decisión de regresar a Madrid. Se despertó alertada por el timbre de la puerta. Giró la cabeza para ver la hora en el reloj despertador y al darse cuenta de lo tarde que era se levantó lo más rápido que pudo, todavía con los ojos pegados por el sueño del que no había disfrutado. La noche anterior se había acostado a altas horas de la madrugada escribiendo la nueva novela en la que andaba enfrascada.

Abrió sin cambiarse el pijama y se topó con las caras sonrientes de sus abuelos. Como era habitual la risa de Richard fue más amplia que la de Julia.

—Buenos días, muñequita. ¿Te hemos pillado durmiendo? —preguntó Richard con su habitual dulzura.

—Imposible, es muy tarde para que estuviera todavía en la cama —zanjó Julia, entrando en el piso por el hueco que Penélope dejaba al apoyarse en la puerta abierta.

—Claro que no, abuelo —respondió con sorna—. Llevo levantada desde las seis de la mañana, ¿por quién me tomas?

Richard sonrió con solidaridad y le guiñó un ojo, entrando detrás de su esposa.

—¿Os apetece un té? —ofreció—. Yo necesito un café antes de sentirme capaz de mantener una conversación con sentido.

—Un té sería perfecto. Muchas gracias —aceptó su abuela.

Un instante después Penélope salía despavorida del salón y se encerraba en su dormitorio para cambiarse y lavarse la cara y los dientes. Una vez que estuvo presentable se escabulló en la cocina, rezando para que su abuela no la viera, y puso la tetera a hervir. Mientras el agua se calentaba para el té preparó unas tostadas con que acompañar la bebida.

La noche anterior se había olvidado de cenar, centrada como estaba en escribir, por lo que no solo estaba agotada, también estaba hambrienta.

Su abuelo asomó la cabeza con su eterna sonrisa:

—¿Necesitas ayuda? —ofreció.

—Me vendría bien que sacaras la bandeja. No soy muy buena camarera —bromeó, más cómoda ahora que se había aseado.

—Tienes suerte de tenerme cerca. No hay quien me supere con la bandeja.

—Siempre lo he pensado —corroboró Penélope, refiriéndose a la primera parte de su discurso.

La voz de Julia anunciando, en un tono que aunque alto nadie podría definir como grito, que estaba sedienta les hizo dejar la conversación y dirigirse al salón con él

té y las tostadas. Un refrigerio de media mañana para el matrimonio Pryce y el desayuno para su nieta.

—¿A qué debo tan inesperada visita? —Lo dijo de modo casual mientras se llevaba la taza de té a los labios, pero lo cierto era que la visita le había sorprendido.

—Venimos a despedirnos, muñequita.

—Nos vamos unas semanas a España. Echamos de menos a tu madre, y además la psicóloga nos ha recomendado que no le ocultemos a nuestra hija lo de mi enfermedad.

Penélope sintió un nudo en la garganta al escuchar a su abuela hablar de ello con tanta convicción y entereza.

—Hemos venido a decirte adiós y explicarte el motivo de nuestro viaje. Ha sido algo de improviso, pero estamos muy ilusionados —explicó Richard con una sonrisa que exponía lo contento que se sentía ante la perspectiva del viaje.

—Sé que es inusual que nos marchemos justo la temporada que tú pasas en Londres, pero es necesario que haga esto, cariño. Que hable con tu madre.

El nudo se intensificó al escuchar a su abuela hablarle con tanta dulzura. Normalmente ese tono lo reservaba en exclusividad para su hija.

—No os preocupéis por mí, puede que os siga en unos días. Yo también tengo ganas de ver a mamá.

—¿La cena no sirvió de nada? —preguntó Richard con curiosidad.

—Sirvió para mucho, pasé una noche maravillosa con mis abuelos, y conocí a un hombre encantador. —Bajo ningún concepto quería hablar de Evan. Ya estaba a punto de ponerse a llorar, emocionada por la fragilidad que se adivinaba en su abuela, como para añadir a ello el desengaño sufrido con el hombre al que amaba.

—Eres una chica estupenda, Penélope. Que no te lo diga a menudo no quiere decir que no lo piense —comentó con fingida indiferencia Julia—. No eres tú la que sale perdiendo.

—Gracias, abuela. —Tenía que cambiar de tema antes de que no pudiera controlarse y se echara a llorar—. Y decidme, ¿sabes mamá que vais o es una sorpresa?

—Lo sabe. Nosotros no nos presentamos en casa de nadie por sorpresa —sentenció su abuela regresando a su antiguo yo.

—Por supuesto. Eso sería de muy mala educación.

El comentario hizo que Richard se atragantara con el té y que su abuela la fulminara con la mirada.

Cuando sus abuelos se marcharon permaneció sentada en el sofá unos minutos. Necesitaba cambiar de aires, y el viaje en el que se reuniría toda su familia era la excusa perfecta para regresar a Madrid. Además quería estar presente cuando su abuela tuviera que enfrentar el mal trago de contarle a su madre los problemas que había tenido con el juego, después de todo ella había contribuido a que su abuela tomara

conciencia de la gravedad del asunto, y quería apoyarla llegado el momento.

Alargó la mano, casi sin moverse, y cogió el móvil que descansaba junto a su taza de té.

Había tomado una decisión e iba a cumplirla con madurez, sin arranques de ningún tipo.

Camden contestó cuando Penélope ya pensaba que no iba a hacerlo.

—Hola, Pen.

—Hola, profe. ¿Tienes planes para esta noche?

—No, pero no pienso ir a ninguna exposición ni a ninguna presentación de libros —avisó con firmeza.

—En realidad estaba pensando en ir a cenar y al cine. Ya sabes, cosas convencionales. —Se rio—. Me voy en unos días a Madrid y quería despedirme de ti en condiciones.

Camden no hizo ninguna alusión a su marcha, y Penélope se lo agradeció íntimamente. No tenía ganas ni fuerzas para soportar un tercer grado por parte de su amigo.

—En ese caso pagas tú.

—¡Hecho! Y como pago elijo yo la película —zanjó sin dar opción.

—Solo si no me obligas a ver... —Estuvo a punto de decir «a mi hermano en la gran pantalla», pero afortunadamente se mordió la lengua a tiempo—. Nada romántico y deprimente.

—Si me acompañas te prometo vísceras y sangre —dijo con la sonrisa bailándole en la voz.

—No hay ninguna duda de que eres mi mujer ideal. Te recojo a las cinco.

—¡Perfecto!

En cuanto colgó volvió a dejarse caer en el sofá, sabía que tenía que comenzar a hacer las maletas y comprar el billete, en cambio se puso a hacer listas mentales con lo que quería llevarse y con lo que iba a dejar. En principio solo se iba por unas semanas por lo que tampoco necesitaba mucha ropa, en su casa de Madrid tenía prendas que no se había traído a Londres.

—Byron, dentro de poco estaremos en casa. Bueno, en nuestra otra casa. ¿Tienes ganas?

El gato ladeó la cabeza para observarla, sin articular sonido.

—Para serte sincera, yo tampoco. Pero es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias.

En esta ocasión Byron dio su opinión con un maullido lastimero.

Camden volvió a intentarlo con el mismo resultado que en las tres ocasiones anteriores. La misma voz artificial avisándole de que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Joder! —masculló entre dientes, y aun así fue escuchado por Charlotte sentada frente a él en la mesa del departamento.

—¿Qué sucede? ¿La conexión con España es mala? —la pregunta de Charlotte, así como el modo en que la formuló encendieron una pequeña llama de esperanza en Camden. Su tono había destilado rabia y celos, quizás después de todo podía redimirse ante ella y reconquistarla.

En cualquier caso él tenía muy clara su postura. Estaba dispuesto a cualquier cosa por conseguir su perdón, arrastrarse incluso, aunque esa fuera su última opción y antes lo intentara de otros modos menos extremos.

—No, la conexión con España siempre es buena. Estoy llamado a Evan que está en USA, supongo que allí sí que falla porque no hay manera de dar con él.

Charlotte enrojeció de rabia. Camden no había negado que llamara a Paola, al fin y al cabo acababa de admitir sin ningún tapujo que regularmente hacía llamadas a España. Si no hubiera estado tan enfadada podría haber caído en que Penélope, su mejor amiga, vivía en Madrid seis meses al año.

—Deberíamos ponernos con la lista de lecturas. No quiero llegar tarde a casa —comentó ella.

—¿Por qué? ¿Tienes planes para esta noche?

—No es que sea de tu incumbencia, pero como parece tan interesado por mi vida privada te diré que sí. He quedado para cenar. —Hubo cierto triunfo en su tono que no pasó desapercibido a Camden.

—Maravilloso, ¿le conozco?

—Pues en realidad sí. Voy a cenar con Cole Kenner, del departamento de Historia del Arte.

—¿El especialista en el siglo XX?

—El mismo.

—Pues que lo pases bien —dijo, cuando en realidad deseaba todo lo contrario. No quería que Charlotte se involucrara con él. Todos en la facultad sabían de su fama de casanova.

—Gracias. Tengo intención de hacerlo. —El brillo en los ojos de la profesora hizo que Camden se estremeciera de pavor.

Capítulo 39

Penélope cumplió su palabra y llevó a Camden a un festival de cine clásico en el que proyectaban *La invasión de los ladrones de cuerpos*, una película de 1956, protagonizada por Kevin McCarthy y Dana Wynter. Nada de películas actuales o de cines en los que proyectaran tráileres de las novedades que estaban en cartelera. En definitiva, nada que tuviera que ver con Evan.

Tras la película terminaron cenando en una hamburguesería cercana al cine: hamburguesa, patatas fritas y una pinta de cerveza, aderezado con una conversación fluida y sin contratiempos.

Desde que la recogió en casa a las cinco, Camden tuvo el tacto de no tocar ningún tema susceptible para su amiga. En cambio no evitó relatarle el desencuentro que había tenido con Charlotte y como esta le había confesado que tenía una cita.

—Sinceramente, me alegro por ella. Es una persona encantadora —comentó, sin ocultar su nueva amistad.

—No me digas que te vas a poner de su lado —pidió Camden, frustrado.

Desde que Charlotte le había hablado de su cita estaba enfadado y con ganas de polémica. Y aunque sabía que había actuado mal, de hecho su primera intención fue hablar con Charlotte, lamentablemente ella no contestó a su llamada, en esos momentos tenía intención de justificarse, e incluso de pelear un poco con su mejor amiga. Nada extremo, solo un poco de acción que le hiciera olvidar que Charlotte estaría cenando con un casanova redomado. Primero Jamie y ahora Cole, parecía que después de todo lo había olvidado con suma rapidez.

—Además, me podría haber dado el beneficio de la duda, ni siquiera me permitió explicarle lo sucedido, en seguida pensó lo peor.

—Es que pasó lo peor.

—Lo sé, pero ella no tenía porque saberlo, ¿no? No era más que una suposición que resultó ser la acertada.

—Es una mujer inteligente y una historiadora brillante, ¿cómo puedes preguntar eso? Era evidente que iba a llegar a esa conclusión.

—Supongo. Aunque tampoco debería habérselo tomado tan mal. Al fin y al cabo solo habíamos salido unas cuantas veces.

—No intentes justificarte de ese modo tan mezquino porque me va a sentar mal la cena. Solo porque no hablarais de relación no significa que no la tuvierais.

—Tengo la sensación de que ya no estamos hablando de lo mismo —dijo Camden mirándola con fijeza—. En cualquier caso no pienso rendirme. Puede que metiera la pata, lo reconozco, pero Charlotte me gusta y haré lo que sea necesario para

recuperarla. Si alguien te importa y lo dejas correr no eres más que un cobarde.

Su amiga le miró ceñuda, sabiendo por dónde iba el comentario, pero lo esquivó con pocas sutilezas.

—Y dime, ¿qué te ha parecido la película? Creo que hay una versión más moderna con Nicole Kidman como protagonista.

El cambio de tema preocupó a Camden, no obstante no estaba dispuesto a darse por vencido ni con Charlotte ni con Penélope, y en ambos casos tenía un plan.

La cena que compartía con Penélope era una especie de despedida porque regresaba a Madrid en unos días, y él llevaba todo el día sin poder localizar a su hermano sin éxito. Y aunque evitaba tocar el tema con su mejor amiga, su influencia estaba presente en la conversación.

Estaba a punto de saltarse el guión inicial cuando sonó el móvil que había dejado junto a su servilleta. En cuanto vio la llamada entrante, movido por el instinto, lo alejó todo lo posible de la mirada curiosa de Penélope que le observaba con fijeza.

—Dame un segundo, ya vengo. Que aquí hay mucho escándalo para hablar.

—Claro.

Penélope se extrañó cuando Camden se levantó para atender la llamada. Era la primera vez que se escondía para responder al teléfono, y de algún modo se sintió traicionada. ¿Qué le ocultaba su mejor amigo? Ella siempre se lo contaba todo. No se había guardado información ni siquiera cuando era la pareja de su hermano, bueno, puede que no le contara los detalles íntimos, pero por todo lo demás era su mejor amigo y confiaba en él.

Camden regresó a la mesa cinco minutos después. Se bebió de un solo trago su pinta de cerveza y le comentó que estaba agotado, que lo mejor sería que regresaran a casa.

Ella no se negó. Estaba demasiado dolida e intrigada con su actitud de esa noche como para reaccionar.

Puesto que su casa quedaba cerca fueron andando. En menos de diez minutos se detuvieron frente a su edificio. El camino de regreso había sido el más silencioso que había compartido nunca con Camden.

—Gracias por acompañarme. ¿Quieres subir a casa y tomarte una cerveza? Ofreció, dispuesta a arreglar las cosas con su amigo más incondicional.

—Mejor no, mañana trabajo.

—Buenas noches, entonces. Te llamaré antes de irme —ofreció dándole un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cuñadita —se despidió con una sonrisa maliciosa.

Penélope, que había comenzado a caminar hacia su portal, se dio la vuelta como impulsada por un resorte y le lanzó una mirada que podría haberle liquidado allí mismo.

—Cam, eso ha sido insensible y cruel —le amonestó—. No sé qué te pasa esta noche, pero no me gusta tu actitud —dijo, del modo más educado que pudo.

—Saca a la nueva Penélope, cuñadita. Te aseguro que la vas a necesitar esta noche.

—¡Imbécil!

—Eso está mejor. Te quiero, Pen.

—Pues yo no siento lo mismo por ti. ¡Qué lo sepas!

Camden se alejó riendo a carcajadas mientras ella entraba en su edificio echando chispas de indignación.

¿Qué narices les pasaba a los hombres de la familia Nash? O mejor, ¿qué narices le pasaba a ella con ellos que lograban sacarla de sus casillas de ese modo?

Estaba tan enfadada que no esperó al ascensor sino que subió a pie dando zancadas para desahogar su mala uva.

Si no fuera porque era una persona cuerda y racional se plantearía la posibilidad de que a Camden le hubieran abducido los ladrones de cuerpos.

Se rio de sí misma mientras buscaba en su bolso las llaves. Abrió la puerta todavía sonriendo y la sonrisa se le quedó petrificada en la cara. Su corazón se saltó un latido para acto seguido dispararse.

Delante de ella tenía a un Evan ojeroso con la ropa arrugada que sujetaba en su regazo a un encantado Byron. En cuanto la vio se levantó del sofá, posando con cuidado al gato en el suelo.

—Hola, Pen. Olvidé devolverle a Dimitri las llaves —dijo, con su maravillosa sonrisa. La misma que Penélope había evocado cada noche al acostarse.

—¡Oh! —No fue capaz de decir nada más. Todavía le costaba creer que estuviera allí, plantado frente a ella.

—He regresado porque necesito de tus servicios logísticos. Me he comprado una casa en Los Ángeles y soy incapaz de mudarme allí sin ti. He pensado que como ya tienes las maletas preparadas, quizás quieras cancelar tu billete y venir conmigo —pidió levantando dos billetes de avión.

—¿Por qué? ¿En calidad de qué? Sé que no quieres que delimitemos esto, pero yo necesito saber qué somos.

—Porque te quiero. En calidad de mi novia, mi prometida, mi mujer... Te quiero, Penélope.

—Yo también te quiero —dijo, emocionada.

—Entonces ¿se puede saber qué estás haciendo ahí parada tan lejos de mí?

Los dos acortaron la distancia en apenas un segundo y se fundieron en un beso largo, y dulce de reencuentro.

—Te esperaba hace una semana —confesó ella feliz entre sus brazos.

—Lo sé. Me moría por venir a buscarte, pero pensé que lo mejor era esperar y

traerte una oferta que no pudieras rechazar.

—Ya veo, ¿y cuál es la oferta?

—El trabajo logístico de decorar nuestra casa. Me gustaría que cuando vayamos a Los Ángeles tengamos un hogar propio en el que refugiarnos del resto del mundo.

—Acepto con dos condiciones —dijo con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Cuál es la primera?

—Que antes de viajar a Los Ángeles hagamos una parada en Madrid, mi abuela va a contarle su problema a mi madre y quiero estar a su lado.

—Cariño, me he escapado una semana antes de terminar la promoción de la película para venir a buscarte. Tenemos todavía multitud de eventos a los que asistir, ¿podríamos hacer la visita a nuestro regreso? Eso sí, habría que llamarles antes para contarles que nos queremos. ¿No querrás que se enteren por la prensa? —bromeó, volviendo a besarla.

Penélope rio sobre sus labios.

—Por cierto, yo también tengo una petición. Mete en la maleta el maravilloso vestido negro que llevaste a la fiesta de S&B y los complementos también —pidió guiñándole un ojo.

—¿Te refieres al liguero?

—Y sigo asombrándome por tu inteligencia —se rio dándole un beso fugaz en los labios, que los dejó a ambos con ganas de más—. ¿Y cuál es la segunda condición?

—Yo me encargo de la logística si eres tú quien monta las estanterías.

Evan rio encantado antes de volver a besarla, en esta ocasión, a conciencia.

Algunas horas más tarde, tumbados en el sofá con Byron encima de ellos Penélope se dio cuenta de que no podía comenzar una relación con él, ni volar a Los Ángeles sin confesarle que había sido ella quien había pagado para que le precintaran su adorado Aston Martin. Estaba tan nerviosa que hasta Byron, normalmente vago hasta la saciedad, era incapaz de estarse quieto.

—¿Qué sucede? —preguntó Evan tomándole la barbilla con los dedos para obligarla a mirarle—. ¿Ya te estás arrepintiendo? —bromeó.

—Tengo algo que contarte.

Él asintió, esperando a que continuara.

—¿Te acuerdas del incidente de tu coche? —esperó a que volviera a asentir antes de continuar—. Tenías razón. Fui yo la que pagó a un vecino delincuente para que lo hiciera. Lo siento mucho, Evan. Sé cuánto aprecias tu coche. Yo...

Se calló a la espera de que él dijera algo, seguía en silencio, mirándola.

Pasó más de un minuto en el que Penélope se imaginó mil formas distintas de pedir disculpas, antes de que él estallara en carcajadas tan estridentes que Penélope no pudo evitar unirse a ellas, olvidando la tensión anterior.

—¡Dios, te quiero! Mi coche no significa ni una cuarta parte de lo que significas tú para mí. Adoro tu sonrisa, el modo en que me dejas tirado en medio de una conversación para salir disparada en busca de tu libreta para apuntar una nueva idea para tu novela. Adoro que nunca me des la razón, tu sentido de la justicia... Eres tan maravillosa —dijo, acercándose para besarla.

—¿Soy maravillosa por atentar contra tu coche?

—No, eres maravillosa por contármelo, —dijo, guiñándole un ojo—. Lo que me obliga a hacerte una confesión. ¿Recuerdas que te dije que mi piso se había inundado y por eso me mudaba?

—Sí —contestó, con el corazón latiéndole acelerado mientras imaginaba lo que venía después.

—Era mentira. Me mudé porque quería estar cerca de ti. Me quedé prendado de ti en Edimburgo, o quizás fue en el avión cuando me insultaste con tanta educación —bromeó, emocionado al ver la expresión de ella, tan llena de amor como la suya propia.

—Te quiero, Evan. Tenía miedo de decírtelo y que esto se estropeará. Cam me dijo lo importante que era el Aston Martin para ti, y yo...

—Cariño —la interrumpió—, no hay nadie tan importante como tú en mi vida. Aunque eso no quiere decir que no vayas a tener que compensarme por las horas que dediqué a quitar el film de mi coche —dijo mientras le acariciaba el mentón y la garganta.

—¿Tienes alguna idea de cómo puedo compensarte? —preguntó ella con un tono sensual que erizó el vello de Evan.

—Yo siempre tengo alguna idea al respecto —zanjó, levantándola de su lado en el sofá, y colocándola sobre su regazo.

—¡Hummm! Me encanta esta idea —murmuró Penélope antes de que le cubriera la boca con un beso

Epílogo:

18 meses después...

El estreno mundial de *Un viaje infinito* fue en Madrid en deferencia a Penélope y a su avanzado embarazo que le impedía volar. Ella y su marido habían decidido que la niña naciera en España de modo que, al igual que ella, contaría con la doble nacionalidad: británica y española. Por lo que tres meses antes habían fijado su residencia en Madrid, en la casa que Penélope tenía en la capital española.

La familia de Evan había viajado para acompañarles no solo en el nacimiento de Shelley, nombre que los Nash habían escogido para su hija, y que era motivo de controversia entre sus familiares. Unos alegaban que era un nombre masculino, concretamente Julia, Jane y Victoria, las mujeres de la familia. Los otros que con un gato llamado Byron el nombre de la niña era más propio para una mascota.

El único que se ponía del lado de la pareja era Camden, que desde un primer momento se había mostrado encantado con la elección:

—Un nombre único para una niña única —decía, cada vez que su madre le pedía ayuda para intentar convencer a Penélope de que lo pensara mejor—. Mi cuñadita ha estado muy acertada con el nombre.

—Le pondréis segundo nombre por lo menos... —Se quejaba Victoria.

—No mamá. No tendrá segundo nombre. Penélope no lo tiene. Además si se lo pusiéramos tú y Jane acabaríais llamándola por él y no por Shelley, su nombre.

La entrañable discusión resurgía cada vez que se encontraban, a excepción de la noche del estreno.

Esa noche incluso Brian Mosley y su familia estaban allí, acompañando a la feliz pareja.

Todavía no se había estrenado la película y la crítica ya hablaba de que Evan Nash había interpretado el papel de su vida. Un papel que si las apuestas no fallaban le valdría el Globo de oro y el Oscar.

Penélope, había escogido para la *premiere* un vestido largo hasta los tobillos y de un rojo cereza que resaltaba su abultada belleza, llevaba el cabello suelto e indomable. Los rizos le caían en cascada por la espalda descubierta del vestido.

La única concesión a su estado era el zapato plano que llevaba.

Al igual que les sucedía a muchas mujeres, la maternidad la embellecía, y la hacía destacar entre las rutilantes estrellas con las que se codeaba al acompañar a su marido a eventos relacionados con su trabajo. El brillo de la felicidad le otorgaba un aura casi mágica, que muchas actrices envidiaban.

Para Evan no había mujer más hermosa que su esposa, había sido así desde que la conoció. Primero descubrió la belleza de su alma y más tarde, cuando la conoció personalmente, descubrió la física.

Poco a poco fue colándose en su corazón y había echado tales raíces que era imposible que fuera a abandonarlo nunca.

Se habían casado en una pequeña capilla en Edimburgo, la ciudad en la que comenzó todo para ellos, dos semanas antes de que comenzara el rodaje de *Un viaje infinito*, rodeados de familiares y de amigos, y a salvo de los *flashes*.

La prensa les había incordiado desde el primer momento en que aparecieron juntos, pero supieron afrontarlo con serenidad. Para Evan la compañía de Penélope le ayudó a suavizar su ansiedad por preservar su intimidad, lo que lo hizo todo más fácil.

La prensa podía verles cuando iban a cenar juntos, cuando salían a bailar, pero la verdadera intimidad era la que compartían cuando cerraban las puertas de su casa, y a esa parte de su vida la prensa no llegaba. Evan lo comprendió tarde, pero lo hizo.

Cruzaron la alfombra roja cogidos de la mano. Sonriendo y saludando a los fans que se congregaban tras las vallas. Deteniéndose cuando la prensa gráfica así lo requería. Mientras les lanzaban preguntas y acercaban micros.

—Penélope, ¿sabéis el sexo del bebé?

Ella sonrió, mirando a su marido. Evan le devolvió la sonrisa y cabeceó casi imperceptiblemente.

—Es una niña —anunció, cargada de orgullo y felicidad.

Evan se inclinó sobre ella para hablarle al oído. Al día siguiente todos los periódicos y revistas plasmarían la misma instantánea admirando lo enamorado que estaba Evan Nash de su esposa española.

—Te quiero —susurró, rozándole el oído con su cálido aliento.

Ella se dio la vuelta para mirarle a los ojos.

—¿Aunque esté un poco rellenita?

Evan dejó escapar una carcajada divertida. Ajeno al interés que su íntima conversación estaba causando.

—Cariño, ¿no te lo he dicho nunca? Me encantan las rellenitas. Cuando nazca nuestra hija querré volver a verte así, quizás te deje embarazada de un Keats o de un Coleridge —bromeó, haciendo referencia a otros poetas románticos contemporáneos a Byron y Shelley.

—Estás loco. —Se rio Penélope.

—Completamente loco. Por ti.

Agachó la cabeza y la besó. Delante de todo el mundo. Sin importarle los cientos de flashes que se dispararon para captar el momento.

Agradecimientos

Escribir es un trabajo en solitario en el que intervienen muchas personas, desde las que nos ofrecen tiempo para escribir, ocupándose de las pequeñas brujas que solo tienen ganas de jugar, hasta las que nos brindan consejos, críticas o ideas.

Mi lista en este sentido siempre es muy extensa, y como siempre tras la palabra fin vienen los agradecimientos:

Quiero dar las gracias a mi familia por su confianza en mí y en cada proyecto en los que me embarco.

Gracias a todos mis amigos, a los que me hacéis reír, estando cerca o desde la distancia, en cualquier caso os tengo en el corazón.

Gracias a las lectoras, y en especial a las chicas Milan por su cariño y apoyo.

Gracias a Laura, Eugenia a Paola, Ester, Marga y una larguísima lista de estupendas lectoras por ser tan buenas anfitrionas y tan fabulosas personas.

Gracias a Desirée y a Verónica por el club de fans en Twitter.

Y gracias a Versátil por volver a creer en mí.

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo:
Agradecimientos